

Liahona



Discursos de la Conferencia General

Se reduce la edad requerida para los misioneros de tiempo completo

Se anuncian dos nuevos templos

Se introduce nuevo curso de estudio para los jóvenes



© WALTER RANE, PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN.

Todos se saciaron, por Walter Rane.

*“Y tomando [Jesús] los cinco panes y los dos peces, y mirando al cielo, bendijo y partió los panes,
y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió entre todos los dos peces.*

“Y comieron todos y se saciaron” (Marcos 6:41–42).

“Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños” (Mateo 14:21).

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

- 4 Bienvenidos a la conferencia
Presidente Thomas S. Monson
- 6 ¿Podéis sentir esto ahora?
Élder Quentin L. Cook
- 10 Lo sé. Lo vivo. Me encanta.
Ann M. Dibb
- 12 Un inefable don de Dios
Élder Craig C. Christensen
- 15 "...porque yo vivo,
vosotros también viviréis"
Élder Shayne M. Bowen
- 18 ¡Pregúntenles a los misioneros;
ellos pueden ayudarlos!
Élder Russell M. Nelson
- 21 Lamentos y resoluciones
Presidente Dieter F. Uchtdorf

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

- 25 El sostenimiento de los
Oficiales de la Iglesia
Presidente Henry B. Eyring
- 26 Llegar a ser buenos padres
Élder L. Tom Perry
- 29 Estar anhelosamente consagrados
Élder M. Russell Ballard
- 32 "Venid a mí, oh casa de Israel"
Élder Larry Echo Hawk
- 34 ¿Qué recompensa dará
el hombre por su alma?
Élder Robert C. Gay
- 37 Las normas de los templos
Élder Scott D. Whiting
- 39 La prueba de vuestra fe
Élder Neil L. Andersen
- 43 Proteger a los niños
Élder Dallin H. Oaks

SESIÓN DEL SACERDOCIO

- 47 Hermanos, tenemos trabajo que hacer
Élder D. Todd Christofferson
- 51 Sean valientes en cuanto a
intrepidez, vigor y actividad
Obispo Gary E. Stevenson
- 54 Tengan cuidado en cuanto
a ustedes mismos
Élder Anthony D. Perkins
- 57 El gozo del sacerdocio
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 60 Ayúdenlos a fijar metas elevadas
Presidente Henry B. Eyring

- 68 Ver a los demás como
lo que pueden llegar a ser
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

- 72 ¿Dónde está el pabellón?
Presidente Henry B. Eyring
- 75 La Expiación
Presidente Boyd K. Packer
- 78 Primero observa; luego sirve
Linda K. Burton
- 81 Aprendamos con el corazón
Élder Walter F. González
- 83 El primer y grande mandamiento
Élder Jeffrey R. Holland
- 86 Consideren las bendiciones
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

- 90 Ser un cristiano más cristiano
Élder Robert D. Hales
- 93 El gozo de redimir a los muertos
Élder Richard G. Scott
- 96 Un paso más cerca
del Salvador
Russell T. Osguthorpe
- 99 Por medio de la fe todas
las cosas se cumplen
Élder Marcus B. Nash
- 101 Llegar a ser un verdadero
discípulo
Élder Daniel L. Johnson
- 104 Las bendiciones de
la Santa Cena
Élder Don R. Clarke
- 106 Convertidos al Señor
*Élder David A.
Bednar*
- 110 Para siempre
Dios esté con vos
*Presidente
Thomas S. Monson*

REUNIÓN GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

- 111 ¿Está escrita en nuestro corazón
la fe en la expiación de Jesucristo?
Linda K. Burton
- 115 Bien atentas a nuestros deberes
Carole M. Stephens
- 118 El Señor no te ha olvidado
Linda S. Reeves
- 121 El Cuidador
Presidente Henry B. Eyring
- 64 Autoridades Generales de La Iglesia
de Jesucristo de los Santos de los
Últimos Días
- 125 Índice de relatos de la conferencia
- 126 Noticias de la Iglesia
- 128 Presidencias Generales de las
Organizaciones Auxiliares



Resumen de la Conferencia General Semestral número 182

DOMINGO POR LA MAÑANA, 6 DE OCTUBRE DE 2012, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Henry B. Eyring. Primera oración: Élder Kevin R. Duncan. Última oración: Élder Juan A. Uceda. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Clay Christensen y Richard Elliott, organistas: “Glorias cantada a Dios”, *Himnos*, Nº 37; “Qué firmes cimientos”, *Himnos*, Nº 40, arr. Wilberg, pub. Oxford; “Señor, yo te seguiré”, *Himnos*, Nº 138; “Te damos, Señor, nuestras gracias”, *Himnos*, Nº 10; “El plan de Dios puedo seguir”, *Canciones para los niños*, pág. 86, arr. Hofheins, inédito; “Ya regocijemos”, *Himnos*, Nº 3, arr. Wilberg, inédito.

SÁBADO POR LA TARDE, 6 DE OCTUBRE DE 2012, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf. Primera oración: Élder Gerrit W. Gong. Última oración: Élder José L. Alonso. Música por un coro combinado de jóvenes de Bennion y de Taylorsville, Utah; Leah Tarrant, directora; Linda Margetts y Bonnie Goodliffe, organistas: “¡Levántate, Oh gloriosa Sión!” *Hymns*, Nº 407; “Soy un hijo de Dios” *Himnos*, Nº 196, arr. Perry, inédito; “Trabajemos hoy en la obra”, *Himnos*, Nº 158; “En este día de gozo y alegría”, *Hymns*, Nº 64, arr. Huff, inédito.

SÁBADO POR LA NOCHE, 6 DE OCTUBRE DE 2012, SESIÓN DEL SACERDOCIO

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf. Primera oración: Élder Jay E. Jensen. Última oración: Élder Patrick Kearon. Música por un coro del Sacerdocio de Melquisedec de Ogden, Utah; Stephen P. Schank y Derek Furch, directores; Andrew Unsworth, organista: “Llor al Señor, al Todopoderoso”, *Hymns*, Nº 72; “Amad a otros” *Himnos* Nº 203, arr. Furch, inédito; “Jehová, sé nuestro guía”, *Himnos*, Nº 39; “Hope of Israel”, *Hymns*, Nº 259, arr. Schank, inédito.

DOMINGO POR LA MAÑANA, 7 DE OCTUBRE DE 2012, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf. Primera oración: Élder Marlin K. Jensen. Última

oración: Élder Keith R. Edwards. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg, director; Richard Elliott y Andrew Unsworth, organistas: “¿Qué es la verdad?”, *Himnos*, Nº 177; “Ya rompe el alba”, *Himnos*, Nº 1, arr. Wilberg, inédito; “¿Es muy larga la jornada?” *Hymns*, Nº 127, arr. Wilberg, inédito (Shane Warby, solista); “Llamados a servir”, *Himnos*, Nº 161; “Con el Salvador al lado”, Programa de la Primaria para la Reunión Sacramental, por Sally DeFord, arr. Cardon, inédito; “Si la vía es penosa en la lid”, *Cantos de Sión*, 1912, Nº 158, arr. Wilberg, inédito.

DOMINGO POR LA TARDE, 7 DE OCTUBRE DE 2012, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Henry B. Eyring. Primera oración: Élder Octaviano Tenorio. Última oración: Élder Larry W. Gibbons. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores: Bonnie Goodliffe y Linda Margetts, organistas: “El alba ya rompe”, *Himnos*, Nº 24, arr. Murphy, inédito; “¿Pensaste orar?”, *Himnos*, Nº 81, arr. Wilberg, pub. Jackman; “A Cristo Rey Jesús”, *Himnos*, Nº 30; “Para siempre Dios esté con vos”, *Himnos*, Nº 89, arr. Wilberg, inédito.

SÁBADO POR LA NOCHE, 29 DE SEPTIEMBRE DE 2012, REUNIÓN GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Linda K. Burton. Primera oración: María Torres. Última oración: Melinda Barrow. Música por un coro de jóvenes adultas solteras de las estacas de Salt Lake Bonneville, Salt Lake Holladay, y Murray; Emily Wadley, directora; Linda Margetts, organista: “Trabajemos hoy en la obra”, *Himnos*, Nº 158; popurri de “Mandó a Su Hijo”, *Children’s Songbook*, 34, y “Yo trato de ser como Cristo”, *Canciones para los niños*, 78, arr. Sally DeFord, inédito; “Asombro me da”, *Himnos*, Nº 118; “Señor, te necesito”, *Himnos*, Nº 49, arr. Beebe, pub. Larice.

DISCURSOS DE LA CONFERENCIA A DISPOSICIÓN DEL PÚBLICO

Para tener acceso a los discursos de la conferencia en muchos idiomas, visite conference.lds.org. Luego, seleccione un idioma. Por lo general, las grabaciones

en audio están disponibles en los centros de distribución dos meses después de la conferencia.

MENSAJES DE LOS MAESTROS ORIENTADORES Y LAS MAESTRAS VISITANTES

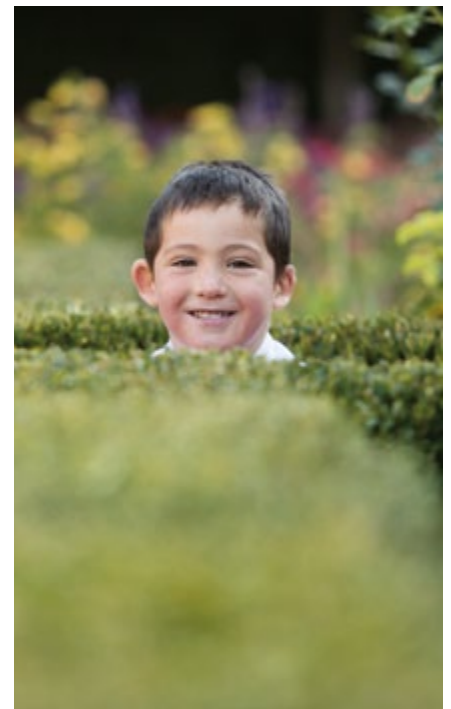
Para los mensajes de los maestros orientadores y de las maestras visitantes, tenga a bien seleccionar un discurso que sea de más beneficio para las personas que visite.

EN LA CUBIERTA

Adelante: Fotografía por Derek Israelsen.
Atrás: Fotografía por Leslie Nilsson.

FOTOGRAFÍAS DE LA CONFERENCIA

Las escenas de la conferencia general en Salt Lake City fueron tomadas por Craig Dimond, Welden C. Andersen, John Luke, Matthew Reier, Cody Bell, Leslie Nilsson, Weston Colton, Sarah Jensen, Derek Israelsen, Scott Davis, Kristy Jordan, Randy Collier, Lloyd Eldredge, y Cara Call; en Botsuana por John Huntsman; en Brasil por Francisco Flávio Dias Carneiro; en Estonia por Amanda Robinson; en Grecia por David L. Mower; en Italia por Christopher Dean; en México por Carlos Israel Gutiérrez Robles; en Mozambique por Daniel Osborn; en Polonia por Lois Jensen; en Escocia por John J. Graham; en España por Antoni García Corrius; y en Taiwán por Danny Chan La.



Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en español.

La Primera Presidencia: Thomas S. Monson, Henry B. Eyring, Dieter F. Uchtdorf

El Quórum de los Doce Apóstoles: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson, Neil L. Andersen

Editor: Craig A. Cardon

Asesores: Shayne M. Bowen, Bradley D. Foster, Christoffel Golden Jr., Anthony D. Perkins

Director administrativo: David T. Warner

Director de Apoyo para las familias

y los miembros: Vincent A. Vaughn

Director de Revistas de la Iglesia: Allan R. Loyborg

Gerente administrativo: Garff Cannon

Editor administrativo: R. Val Johnson

Editora administrativa auxiliar: LaRene Porter Gaunt

Ayudante de publicaciones: Melissa Zenteno

Equipo de redacción y revisión: Susan Barrett, Ryan Carr, David Dickson, David A. Edwards, Matthew D. Flitton, Mindy Raye Friedman, Hikari Loftus, Lia McClanahan, Michael R. Morris, Richard M. Romney, Paul VanDenBerghe, Julia Woodbury

Director administrativo de arte: J. Scott Knudsen

Director de arte: Tadd R. Peterson

Equipo de diseño: Jeanette Andrews, Fay P. Andrus, C. Kimball Bott, Thomas Child, Kerry Lynn C. Herrin, Colleen Hinckley, Eric P. Johnsen, Scott M. Mooy, Brad Teare

Coordinadora de Propiedad Intelectual:

Collette Nebeker Aune

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Equipo de producción: Connie Bowthorpe Bridge, Howard G. Brown, Julie Burdett, Bryan W. Gygi, Kathleen Howard, Denise Kirby, Ginny J. Nilson, Ty Pilcher, Gayle Tate Rafferty

Preimpresión: Jeff L. Martin

Director de impresión: Craig K. Sedgwick

Director de distribución: Evan Larsen

Coordinación de Liahona: Enrique Resek, Patsy Carroll-Carlini

Distribución:

Corporation of the Presiding Bishop of
The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints
Steinmühlstrasse 16, 61352 Bad Homburg v.d.H., Germany

Información para la suscripción:

Para suscribirse o para cambios de dirección,
tenga a bien contactar a servicios al cliente
Teléfono gratuito: 00800 2950 2950
Tel: +49 (0) 6172 4928 33/34

Correo-e: orderseu@ldschurch.org

En línea: store.lds.org

El precio para la suscripción de un año: EUR 5,25 para España;
2,25 para las Islas Canarias y 7,5 para Andorra.

Los manuscritos y las preguntas deben enviarse en línea a liahona.lds.org; por correo a Liahona, Room 2420, 50 E. North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-0024, USA; o por correo electrónico a: liahona@ldschurch.org.

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, bislama, búlgaro, camboyano, cebuano, coreano, croata, checo, chino, chino (simplificado), danés, esloveno, español, estonio, fijiano, finlandés, francés, griego, holandés, húngaro, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribati, letón, lituano, malgache, marshallés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano, urdu, y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2012 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

El material de texto y visual de la revista *Liahona* se puede copiar para utilizarse en la Iglesia o en el hogar, siempre que no sea con fines de lucro. El material visual no se puede copiar si aparecen restricciones en la línea de crédito del mismo. Las preguntas que tengan que ver con este asunto se deben dirigir a Intellectual Property Office, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150, USA; correo electrónico: cor-intellectualproperty@ldschurch.org.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" © es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For Readers in the United States and Canada:

November 2012 Vol. 36 No. 11. LIAHONA (USPS 311-480)

Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$12.00 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address *must* be included. Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #40017431)

POSTMASTER: Send address changes to Salt Lake Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368.



ÍNDICE DE DISCURSANTES

Andersen, Neil L., 39
Ballard, M. Russell, 29
Bednar, David A., 106
Bowen Shayne M., 15
Burton, Linda K., 78, 111
Christensen, Craig C., 12
Christofferson, D. Todd, 47
Clarke, Don R., 104
Cook, Quentin L., 6
Dibb, Ann M., 10
Echo Hawk, Larry, 32
Eyring, Henry B., 60, 72, 121
Gay, Robert C., 34
González, Walter F., 81
Hales, Robert D., 90
Holland, Jeffrey R., 83
Johnson, Daniel L., 101
Monson, Thomas S., 4, 68, 86, 110
Nash, Marcus B., 99
Nelson, Russell M., 18
Oaks, Dallin H., 43
Osguthorpe, Russell T., 96
Packer, Boyd K., 75
Perkins, Anthony D., 54
Perry, L. Tom, 26
Reeves, Linda S., 118
Scott, Richard G., 93
Stephens, Carole M., 115
Stevenson, Gary E., 51
Uchtdorf, Dieter F., 21, 57
Whiting, Scott D., 37

ÍNDICE DE TEMAS

Activación, 68
Adversidad, 39, 110, 115
Albedrío, 51
Amor, 10, 78, 83, 118
Aprendizaje, 10, 96
Arrepentimiento, 34, 75
Caridad, 121
Casa de Israel, 32
Castidad, 6, 39
Convenios, 54
Conversión, 6, 54, 81, 96, 106
Cristianismo, 90
Deber, 115
Dedicación, 51
Discipulado, 21, 29, 78, 83, 90, 101
Empleo, 47
Enseñanza, 18, 96
Esperanza, 15
Espíritu Santo, 12, 81, 99
Expiación, 6, 82, 104, 111
Familia, 26, 43, 54
Fe, 39, 72, 99, 111
Gozo, 21, 57
Gratitud, 110
Historia familiar, 93
Humildad, 34, 72
Inspiración, 86

Jesucristo, 15, 18, 75, 99, 111, 118
Juventud, 60
Lealtad, 83
Libro de Mormón, 32
Matrimonio, 26, 43, 47
Muerte, 15
Niños, 15, 43
Normas, 37
Obediencia, 101
Obra, 29
Obra misional, 4, 18
Oración, 86
Pornografía, 6
Prioridades, 21
Restauración, 18
Resurrección, 15
Revelación, 60
Sacerdocio, 47, 51, 54, 57
Sacrificio, 34
Sanación, 81
Santa Cena, 104
Servicio, 12, 29, 57, 72, 78, 101, 110, 115, 121
Sociedad de Socorro, 111, 115, 121
Talentos, 60
Templos, 4, 12, 37, 93
Testimonio, 68, 106
Valor, 51, 68



Por el presidente Thomas S. Monson

Bienvenidos a la conferencia

Ruego que escuchemos con atención los mensajes... que sintamos el Espíritu del Señor y adquiramos el conocimiento que Él desea que logremos.

Por lo que puedo ver, todos los asientos están llenos, con la excepción de algunos allí atrás. Hay lugar para mejorar. Ésta es una cortesía hacia aquellos que tal vez estén llegando un poco tarde debido al tránsito, a fin de que sepan dónde encontrar asiento cuando lleguen.

Éste es un gran día, un día de conferencia. Hemos escuchado a un hermoso coro cantar música magnífica. Cada vez que escucho al coro, el órgano o el piano, pienso en mi madre que dijo: “Me encanta todo el respeto que has logrado, todos los diplomas que has obtenido y todo el trabajo que has hecho; lo único que lamento es que no hayas seguido

con el piano”. Gracias madre; ojalá lo hubiese hecho.

Qué bueno es, mis hermanos y hermanas, darles la bienvenida a esta Conferencia General Semestral número 182 de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Desde que nos reunimos hace seis meses se han dedicado tres templos nuevos y se ha rededicado uno. En mayo, tuve el privilegio de dedicar el bello Templo de Kansas City, Misuri, y de asistir a la celebración cultural relacionada con dicha dedicación. Mencionaré esa celebración en más detalle en mis palabras de mañana por la mañana.

En junio, el presidente Dieter F. Uchtdorf dedicó el templo por tanto tiempo esperado de Manaos, Brasil; y a principios de septiembre, el presidente Henry B. Eyring rededicó el templo recientemente renovado de Buenos Aires, Argentina, templo que tuve el privilegio de dedicar hace casi 27 años. Hace apenas dos semanas, el presidente Boyd K. Packer dedicó el hermoso Templo de Brigham City en

la localidad donde él nació y se crió.

Como he indicado previamente, ningún edificio construido por la Iglesia es más importante que un templo, y nos complace tener 139 templos en funcionamiento en todo el mundo, con 27 más que se han anunciado o que están en construcción. Estamos agradecidos por esos edificios sagrados y las bendiciones que traen a nuestra vida.

Esta mañana me complace anunciar dos templos más que, en los próximos meses y años, se construirán en las siguientes localidades: Tucson, Arizona, y Arequipa, Perú. Los detalles en cuanto a estos templos se darán en el futuro cuando se obtengan los permisos y aprobaciones necesarios.

Hermanos y hermanas, ahora pasaré a otro asunto: el servicio misional.

Desde hace un tiempo, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles han permitido que jóvenes de ciertos países sirvan a los 18 años cuando son dignos, aptos, se han graduado de la escuela secundaria y tienen el deseo de servir. Ésta ha sido una norma específica para cada país y ha permitido a miles de jóvenes servir en misiones honorables y también cumplir con las obligaciones militares requeridas y las oportunidades de estudio.

Nuestra experiencia con estos misioneros de 18 años ha sido positiva. Sus presidentes de misión nos dicen que son obedientes, fieles, maduros y prestan servicio tan bien como los misioneros que son mayores que ellos y sirven en las mismas misiones. Su fidelidad, obediencia y madurez ha ocasionado que deseemos esa misma opción de servicio misional anticipado para *todos* los jóvenes, independientemente del país de origen.

Me complace anunciar que, entrando en vigor de inmediato, todos los jóvenes dignos y capaces que se hayan graduado de la escuela secundaria o su equivalente, independientemente de dónde vivan, tendrán la opción de ser recomendados para la obra misional a los 18 años en lugar de a los 19. No estoy sugiriendo que todos los jóvenes servirán, o deban





hacerlo, a esa edad más temprana. Más bien, basado en las circunstancias individuales, así como en la determinación de los líderes del sacerdocio, ahora tienen esa opción.

Al meditar en oración la edad a la cual los jóvenes podrían comenzar su servicio misional, también hemos considerado la edad a la que las mujeres jóvenes podrían servir. Hoy me complace anunciar que las jóvenes dignas y capaces que tengan el deseo de servir, pueden ser recomendadas para el servicio misional a partir de los 19 años en lugar de los 21.

Afirmamos que la obra misional es

un deber del sacerdocio, y alentamos a todos los hombres jóvenes que sean dignos y que son física y mentalmente competentes, a que respondan al llamado de servir. Muchas jovencitas también prestan servicio, pero no están bajo el mismo mandato de servir que los hombres. Sin embargo, les aseguramos a las hermanas jóvenes de la Iglesia que pueden hacer una valiosa contribución como misioneras y aceptamos con brazos abiertos su servicio.

Seguimos necesitando muchos más matrimonios misioneros. Según lo permitan sus circunstancias, al acercarse

el período de su jubilación, y según lo permita su salud, los animo a ofrecerse para prestar servicio misional de tiempo completo. Tanto el esposo como la esposa sentirán mayor gozo al servir juntos a los hijos de nuestro Padre.

Ahora, mis hermanos y hermanas, ruego que escuchemos con atención los mensajes que se presentarán durante los próximos dos días, que sintamos el Espíritu del Señor y adquiramos el conocimiento que Él desea que logremos. Que ésa sea nuestra experiencia, lo ruego, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Quentin L. Cook
Del Quórum de los Doce Apóstoles

¿Podéis sentir esto ahora?

Algunos en la Iglesia creen que no pueden responder a la pregunta de Alma con un rotundo “sí”; no “sienten eso ahora”.

Presidente Monson, ¡lo amamos, honramos y sostenemos! Este anuncio históricamente importante con respecto al servicio misional es inspirador. Recuerdo el entusiasmo que sentimos en 1960 cuando la edad para que los hombres jóvenes sirvieran se redujo de los 20 años a los 19. Cuando llegué a las Misiones Británicas como misionero nuevo tenía 20 años; el primer joven de 19 años en nuestra misión fue el élder Jeffrey R. Holland, una adición increíble; le faltaban pocos meses para cumplir los 20 años. Después, a lo largo del año, llegaron muchos más jóvenes de 19 años. Tengo la seguridad de que se logrará una cosecha aún mayor ahora a medida que misioneros rectos y dedicados cumplan con el mandamiento del Salvador de predicar Su evangelio.

Bajo mi punto de vista, ustedes, los de la nueva generación, están mejor preparados que cualquier otra generación anterior. Su conocimiento de las Escrituras es particularmente sorprendente. Sin embargo, los desafíos que su generación enfrenta al prepararse para servir son similares a los que enfrentan todos los miembros de la Iglesia. Todos somos conscientes de

que la cultura en la mayor parte del mundo no conduce a la rectitud y al compromiso espiritual. A lo largo de la historia, los líderes de la Iglesia han advertido al pueblo y han enseñado el arrepentimiento. En el Libro de Mormón, Alma, hijo, estaba tan preocupado por la iniquidad y la falta de compromiso que renunció a su puesto

como juez superior, o líder del pueblo de Nefi, y concentró todos sus esfuerzos en su llamamiento profético¹.

En uno de los versículos más profundos de las Escrituras, Alma proclama: “Si habéis experimentado un cambio en el corazón, y si habéis sentido el deseo de cantar la canción del amor que redime, quisiera preguntaros: ¿Podéis sentir esto ahora?”².

Los líderes locales de todo el mundo informan que, considerados en conjunto, los miembros de la Iglesia, en especial los jóvenes, jamás han sido más fuertes. Sin embargo, casi siempre plantean dos preocupaciones: primero, el desafío de la creciente iniquidad en el mundo; y segundo, la apatía y falta de compromiso de algunos miembros. Ellos procuran consejo sobre cómo ayudar a los miembros a seguir al Salvador y a lograr una conversión profunda y duradera.

La pregunta “¿Podéis sentir esto ahora?” resuena a través de los siglos. Con todo lo que hemos recibido en esta dispensación, incluso la restauración de la plenitud del evangelio de Jesucristo, el derramamiento de dones espirituales y las indiscutibles bendiciones del cielo, el reto de Alma jamás ha sido más importante.

Inmediatamente después de que se llamara a Ezra Taft Benson como



apóstol en 1943, el presidente George Albert Smith³ aconsejó: “Su misión [es]... advertir a las personas... de un modo tan afable como sea posible que el arrepentimiento será el único remedio para todos los males de este mundo”⁴. Cuando se hizo esa declaración, estábamos en medio de la conflagración de la Segunda Guerra Mundial.

Hoy, el deterioro moral se ha intensificado. Hace poco, un escritor prominente dijo: “Todos saben que la cultura es dañina y nadie espera que eso cambie”⁵. La manifestación constante de la violencia y la inmoralidad en la música, el entretenimiento, el arte y otros medios de comunicación en nuestra cultura cotidiana no tiene precedentes. Un teólogo bautista muy respetado lo describió de manera cruda al decir: “Se ha dañado el sistema inmunológico espiritual de toda una civilización”⁶.

No es de sorprender que algunos miembros de la Iglesia creen que no pueden responder a la pregunta de Alma con un rotundo “sí”; no “sienten eso ahora”. Sienten que están en una sequía espiritual; otros están enojados, dolidos o desilusionados. Si esas descripciones se aplican a ustedes⁷, es importante evaluar por qué no “sienten eso ahora”.

Muchas personas que están en una sequía espiritual y a quienes les falta dedicación, no han participado necesariamente en pecados ni transgresiones graves, pero han tomado decisiones poco sabias. Algunas son negligentes en la observancia de los convenios sagrados; otras dedican la mayoría de su tiempo en forma devota a causas menores. Algunas permiten que firmes opiniones culturales o políticas debiliten su lealtad al evangelio de Jesucristo. Algunas se han sumido en materiales de internet que aumentan, exageran y, en algunos casos, inventan defectos de los primeros líderes de la Iglesia, y entonces sacan conclusiones incorrectas que pueden afectar su testimonio. Cualquiera que haya tomado esas decisiones puede arrepentirse y ser renovado espiritualmente.

Compenetrarse en las Escrituras es esencial para nutrirse espiritualmente⁸. La palabra de Dios inspira a comprometerse y actúa como un bálsamo curativo para los sentimientos heridos, la ira o la desilusión⁹. Cuando nuestra dedicación disminuye por cualquier razón, parte de la solución es el arrepentimiento¹⁰. El compromiso y el arrepentimiento están estrechamente ligados.

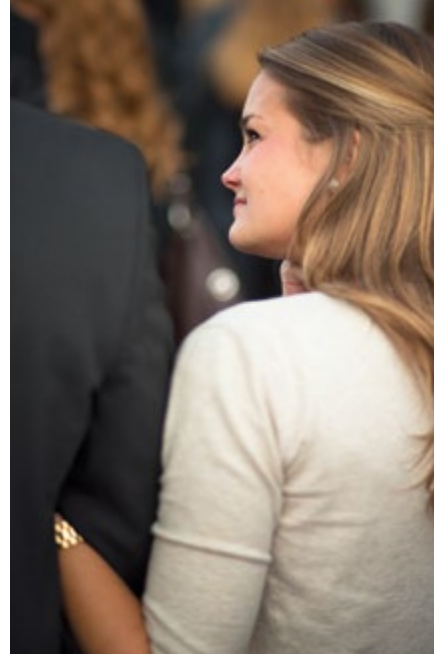
C. S. Lewis, el pragmático escritor cristiano, expresó el asunto elocuentemente. Afirmó que el cristianismo les dice a las personas que se arrepientan y les promete el perdón, pero no es sino hasta que éstas saben y sienten que lo necesitan que el cristianismo les habla. Manifestó: “Cuando sepas que estás enfermo, escucharás al médico”¹¹.

El profeta José Smith señaló que antes del bautismo se puede estar en un terreno neutral entre el bien y el mal, mas “al [unirnos] a la Iglesia, [nos] [alistamos] para servir a Dios; y al hacerlo, [salimos] del terreno neutral y jamás [podemos] volver a él”. Su consejo fue que nunca debemos abandonar al Maestro¹².

Alma enfatiza que mediante la expiación de Jesucristo “se extienden los brazos de misericordia” a quienes se arrepienten¹³. Luego plantea preguntas profundas y fundamentales como: ¿Estamos preparados para comparecer ante Dios? ¿Nos conservamos sin mancha?. Todos debemos contemplar esas preguntas. La propia experiencia de Alma al no seguir a su fiel padre y luego alcanzar un entendimiento drástico de lo mucho que necesitaba el perdón y lo que significaba cantar la canción del amor que redime es elocuente y persuasiva.

Si bien todo lo que debilita la dedicación es de importancia, hay dos problemas relevantes que son frecuentes y significativos. La primera es la falta de bondad, la violencia y el abuso en el hogar; la segunda es la inmoralidad sexual y los pensamientos impuros. Éstos a menudo preceden y son la causa por la que se escoge estar menos comprometidos.

La forma en que tratamos a las personas más cercanas a nosotros



es de importancia fundamental. La violencia, el abuso, la falta de cortesía y de respeto en el hogar no son admisibles; ni en los adultos ni en los de la nueva generación. Mi padre no era activo en la Iglesia, pero era un ejemplo extraordinario, en especial en el trato hacia mi madre. Solía decir: “Los hombres tendrán que responder ante Dios por cada lágrima que hagan derramar a sus esposas”. El mismo concepto se recalca en “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”; declara: “[Quienes] abusan de su cónyuge o de sus hijos... un día deberán responder ante Dios”¹⁴. Independientemente de la cultura en la cual se nos haya criado o de que nuestros padres nos hayan maltratado, no debemos abusar de nadie ni física, ni emocional ni verbalmente¹⁵.

La necesidad de cortesía en la sociedad jamás ha sido más importante. El fundamento de la amabilidad y la cortesía comienza en nuestro hogar. No es de sorprender que el trato entre las personas haya decaído en igual medida que la desintegración de la familia. La familia es el cimiento para el amor y para mantener la espiritualidad; proporciona un ámbito donde puede florecer la observancia religiosa. Ciertamente, qué “grato todo es cuando... el amor el lema es”¹⁶.

La inmoralidad sexual y los pensamientos impuros quebrantan la norma establecida por el Salvador¹⁷. Al principio de esta dispensación se



ustedes tienen de enseñar a sus hijos a llevar una vida moral y recta, y de andar rectamente delante del Señor. En vista del anuncio del presidente Monson de esta mañana, es esencial que esto se cumpla fielmente en hogares que sean un lugar de refugio donde prevalezcan la bondad, el perdón, la verdad y la rectitud. Los padres deben tener el valor de filtrar o controlar el acceso a internet, la televisión, las películas y la música; deben tener la valentía de decir no, de defender la verdad y de testificar con poder. Sus hijos necesitan saber que ustedes tienen fe en el Salvador, que aman a su Padre Celestial y que sostienen a los líderes de la Iglesia. La madurez espiritual debe florecer en nuestro hogar. Mi esperanza es que nadie salga de esta conferencia sin comprender que los problemas morales de nuestros días deben abordarse en la familia. Los obispos y los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares deben apoyar a las familias y asegurarse de que se enseñen los principios espirituales. Los maestros orientadores y las maestras visitantes pueden ayudar, en especial, con los niños que tienen un solo progenitor.

El joven que mencioné preguntó con fervor si los apóstoles sabían la edad a la que se debe comenzar a enseñar y proteger contra la pornografía y los pensamientos impuros. Indicó enfáticamente que, en algunos lugares, no estaría mal hacerlo antes de que los niños se gradúen de la Primaria.

A los jóvenes que han estado expuestos a imágenes inmorales a una edad muy temprana les aterroriza pensar que quizás ya no sean dignos para el servicio misional y los sagrados convenios. Como resultado, su fe puede verse seriamente afectada. Quiero asegurarles a ustedes, jóvenes, que tal como Alma enseñó, mediante el arrepentimiento pueden llegar a ser dignos de todas las bendiciones del cielo²⁰. De eso se trata precisamente la expiación del Salvador. Por favor, hablen con sus padres o con un asesor de confianza y consulten con su obispo.

nos advirtió que la inmoralidad sexual tal vez sería el mayor reto¹⁸. Si no nos arrepentimos, esa conducta causará una sequía espiritual y una falta de compromiso. El cine, la televisión e internet a menudo comunican mensajes e imágenes degradantes. El presidente Dieter F. Uchtdorf y yo estuvimos recientemente en un pueblo de la selva amazónica y notamos antenas parabólicas aun en algunas de las pequeñas cabañas más simples. Nos alegramos por la maravillosa información que está disponible en esa área remota; pero también entendimos que prácticamente no hay lugar de la tierra que no se vea afectado por imágenes lascivas, inmorales y sugestivas. Ésa es una de las razones por las que la pornografía ha llegado a ser una plaga en nuestros días.

Hace poco tuve una reveladora conversación con un poseedor del Sacerdocio Aarónico que tiene quince años. Él me ayudó a entender lo fácil que es en esta era de internet que

los jóvenes queden expuestos, casi sin advertirlo, a imágenes impuras e incluso pornográficas. Manifestó que para la mayoría de los principios que la Iglesia enseña, hasta cierto punto la sociedad en general reconoce que el transgredirlos tiene efectos devastadores en la salud y el bienestar. Mencionó los cigarrillos, el uso de drogas y el consumo de alcohol por parte de los jóvenes; pero indicó que no existe reconocimiento similar ni tampoco advertencia significativa de parte de la sociedad en general sobre la pornografía ni la inmoralidad.

Mis queridos hermanos y hermanas, el análisis de ese joven es correcto. ¿Cuál es la respuesta? Durante años, los profetas y apóstoles han enseñado la importancia de la observancia religiosa en el hogar¹⁹.

Padres, ya han pasado los días en que la participación activa y regular en las reuniones y los programas de la Iglesia, aunque esenciales, suplen la sagrada responsabilidad que

En cuanto a la moralidad, algunas personas adultas creen que el dedicarse a un único e importante proyecto o principio humanitario elimina la necesidad de cumplir con las enseñanzas del Salvador. Se dicen a sí mismas que la mala conducta sexual es “algo menor... [si soy] una persona bondadosa y caritativa”²¹. Esa idea es un burdo engaño a sí mismos. Algunos jóvenes me informan que en nuestra cultura actual no es “buena onda” esforzarse demasiado en muchos aspectos, entre ellos el vivir en estricta conformidad con principios rectos²². Por favor, no caigan en esa trampa.

Al bautizarnos, prometemos tomar sobre nosotros “el nombre de [Jesucristo], teniendo la *determinación* de servirle hasta el fin”²³. Tal convenio requiere un esfuerzo osado, un compromiso e integridad, si hemos de continuar cantando la canción del amor que redime y permanecer realmente convertidos.

Un histórico ejemplo para todas las edades sobre el compromiso de ser firme e inmutable lo dio un atleta olímpico británico que compitió en los Juegos Olímpicos de 1924 en París, Francia.

Eric Liddell era hijo de un misionero escocés en China, un hombre devotamente religioso. Enfureció a los directivos británicos de los juegos olímpicos al negarse, aun bajo enorme presión, a correr en una carrera de cien metros preliminar que se hacía un domingo. Al final, salió victorioso en la carrera de cuatrocientos metros. El ejemplo de Liddell de negarse a correr el domingo fue particularmente inspirador.

Descripciones y conmemorativos en su honor han hecho referencia a las inspiradoras palabras de Isaías: “Pero los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán”²⁴.

La conducta admirable de Liddell influyó mucho en la decisión de nuestro hijo menor de no participar en deportes los domingos y, lo que es más importante, de apartarse de

conductas inicuas y mundanas. Él usó la cita de Isaías como aporte para el anuario escolar. Eric Liddell dejó un ejemplo poderoso de determinación y de compromiso a un principio.

Conforme nuestros jóvenes sigan el consejo del presidente Monson al prepararse para servir en misiones, y conforme todos vivamos los principios que el Salvador enseñó y nos prepararemos para comparecer ante Dios²⁵, ganaremos una carrera mucho más importante²⁶. Tendremos al Espíritu Santo como nuestro guía para dirigirnos espiritualmente. Para todas las personas cuyas vidas no estén en orden, recuerden: nunca es demasiado tarde para hacer de la expiación del Salvador el fundamento de nuestra fe y de nuestra vida²⁷.

En las palabras de Isaías: “Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”²⁸.

Mi ruego sincero es que cada uno de nosotros dé cualquier paso que sea necesario para sentir el Espíritu *ahora* a fin de que *podamos* cantar, de todo corazón, la canción del amor que redime. Testifico del poder de la expiación del Salvador. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Alma 4:15–19.
2. Alma 5:26.
3. En ese momento George Albert Smith era Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles; llegaría a ser Presidente de la Iglesia el 21 de mayo de 1945. (Véase *Deseret News*, 2012, *Church Almanac*, 2012, pág. 98.)
4. George Albert Smith, en Sheri L. Dew, *Ezra Taft Benson: A Biography*, 1987, pág. 184.
5. Peggy Noonan, “The Dark Night Rises”, *Wall Street Journal*, 28 y 29 de julio de 2012, pág. A17.
6. Dr. R. Albert Mohler Jr., presidente, The Southern Baptist Theological Seminary, presentación para líderes eclesiásticos, Ciudad de Nueva York, 5 de septiembre de 2012.
7. Véase 2 Nefi 2:27.
8. Véanse Juan 5:39; Amós 8:11; véase también James E. Faust, “Nuestra relación con el Salvador”, *Liahona*, febrero de 1977, pág. 25.
9. Véase Alma 31:5.
10. Véase Alma 36:23–26.
11. C. S. Lewis, *Mere Christianity*, 1952, págs. 31–32. Lewis fue profesor de literatura

inglesa en la Universidad de Oxford y luego catedrático en inglés del Medioevo y del Renacimiento, en la Universidad de Cambridge.

12. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 344; véase también Apocalipsis 3:15–16.
13. Alma 5:33.
14. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, Nov. 2010, pág. 129.
15. Véase Richard G. Scott, “Cómo eliminar las barreras que nos separan de la felicidad”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 92–94. Algunos imperativos culturales son contrarios a las enseñanzas del Salvador y pueden descarriarnos. Cuando me hallaba en el Pacífico Sur, conocí a un hombre que había investigado la Iglesia durante años. Dijo que se había conmovido profundamente cuando un líder de la Iglesia enseñó en una conferencia del sacerdocio: “Las manos que antes han usado para golpear a sus hijos deben usarse para bendecirlos”. Recibió las lecciones misionales, se bautizó y ha sido un gran líder.
16. “Cuando hay amor”, *Himnos*, N° 194.
17. Véase Alma 39.
18. Véase Ezra Taft Benson, “Seamos puros”, *Liahona*, julio de 1986, pág. 1.
19. El presidente Gordon B. Hinckley presentó “La Familia: Una Proclamación para el Mundo” en la Reunión General de la Sociedad de Socorro en septiembre de 1995. El presidente Thomas S. Monson presidió los cambios en el primer capítulo del *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, “Las familias y la Iglesia en el plan de Dios”.
20. Véanse Alma 13:27–30; 41:11–15.
21. Ross Douthat, *Bad Religion: How We Became a Nation of Heretics*, 2012, pág. 238; véase también Alma 39:5.
22. No permitan que una cultura que está llena de violencia e inmoralidad y que critica a quienes viven los principios que el Salvador enseñó perturbe su fe. Tal como el poeta Wordsworth escribiera delicadamente: “[Alimenta] [la mente] con pensamientos nobles, que ni la maledicencia, ni el juicio presuroso ni la sorna del hombre egoísta... prevalezcan jamás... ni perturben [tu] alegre fe” (véase “Lines Composed a Few Miles above Tintern Abbey”, en *The Oxford Book of English Verse*, ed. Christopher Ricks, 1999, pág. 346).
23. Moroni 6:3, cursiva agregada; véase también Mosíah 18:13.
24. Isaías 40:31; véase Robert L. Backman, “Day of Delight”, *New Era*, junio de 1993, págs. 48–49.
25. Véase Alma 34:32.
26. Véase 1 Corintios 9:24–27.
27. Véase Helamán 5:12. Oliver Wendell Holmes Sr. aconsejó: “He hallado que lo importante en este mundo no es tanto dónde estemos sino la dirección hacia la que nos dirijamos”. Para alcanzar el puerto del Cielo, a veces debemos navegar a favor del viento y a veces en contra, pero debemos navegar, no ir a la deriva ni quedarnos anclados” (*The Autocrat of the Breakfast-Table*, 1858, pág. 105).
28. Isaías 1:18.



Por Ann M. Dibb

Segunda Consejera de la Presidencia
General de las Mujeres Jóvenes

Lo sé. Lo vivo. Me encanta.

Seguimos a nuestro Salvador Jesucristo. Esta conversión y confianza es el resultado del esfuerzo diligente y deliberado. Es personal. Es un proceso que dura toda la vida.

Me inspiran los ejemplos de los miembros justos de la Iglesia, incluso los de la noble juventud. Valientemente ustedes siguen al Salvador; son fieles, obedientes y puros. Las bendiciones que reciben por su bondad afectan no sólo su vida, sino también la mía y la de muchísimas personas más de manera profunda y, a menudo, anónima.

Hace algunos años, estaba en la línea de un supermercado local para hacer una compra y delante de mí había una jovencita de unos 15 años. Se veía segura y feliz. Al notar su camiseta, no pude contenerme y le hablé. Empecé: “Eres de otro estado, ¿verdad?”

Sorprendida por mi pregunta, contestó: “Sí, así es. Soy de Colorado. ¿Cómo lo supo?”

“Por tu camiseta”, le expliqué. Llegué a mi acertada conclusión después de leer la leyenda de su camiseta: “Yo soy mormona, ¿y tú?”

Proseguí: “Tengo que decirte que me llama la atención tu confianza para sobresalir y vestirse con una declaración tan audaz. Percibo una diferencia en ti y desearía que cada jovencita y

cada miembro de la Iglesia tuviera tu misma convicción y confianza”. Terminamos nuestras compras, nos despedimos y partimos.

Durante varios días y semanas después de esa experiencia cotidiana, reflexioné seriamente en aquel encuentro. Me preguntaba cómo esa jovencita de Colorado había llegado a tener tanta confianza en su identidad como miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. No pude evitar preguntarme qué frase significativa escogería, en sentido figurado, para llevar impresa en *mi* camiseta, que reflejara mis creencias y testimonio. Imaginé varias leyendas posibles. Finalmente, se me ocurrió una declaración ideal que me enorgullecería portar: “Soy mormona. Lo sé. Lo vivo. Me encanta”.

Hoy quisiera centrar mis palabras en esta declaración audaz y optimista.

La primera parte de la declaración muestra seguridad y nada de qué avergonzarse: “Soy mormona”. Como la joven que conocí en la tienda, que no temía que el mundo supiera que era miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, espero

que nunca tengamos miedo ni seamos reacios a dar a conocer que somos mormones. Debemos tener confianza, como el apóstol Pablo cuando dijo: “Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo; porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”¹. Como miembros, seguimos a nuestro Salvador Jesucristo. Esta conversión y confianza es el resultado del esfuerzo diligente y deliberado. Es personal. Es un proceso que dura toda la vida.

La siguiente parte de la declaración afirma: “Lo sé”. El mundo actual tiene un sinnúmero de actividades, temas e intereses que se disputan cada minuto de nuestra atención. Con tanta distracción, ¿tenemos la fortaleza, disciplina y dedicación para permanecer enfocados en lo que más importa? ¿Somos tan versados en las verdades del Evangelio como en nuestros estudios, profesiones, pasatiempos, deportes, mensajes de texto y tuits? ¿Nos afanamos por hallar respuesta a nuestras preguntas deleitándonos en las Escrituras y las enseñanzas de los profetas? ¿Buscamos la confirmación del Espíritu?

La importancia de lograr conocimiento es un principio eterno. El profeta José Smith “amaba el conocimiento por el poder de rectitud que había en él”². Dijo: “El conocimiento es necesario para la vida y la divinidad... Escuchen, todos los hermanos, esta grandiosa clave: el conocimiento es el poder de Dios para la salvación”³.

Aunque todo conocimiento y verdad es importante, ante las constantes distracciones de la vida diaria, debemos poner especial atención en aumentar el conocimiento del Evangelio a fin de entender cómo aplicar sus principios a nuestra vida⁴. A medida que éste aumenta, empezaremos a sentirnos seguros de nuestro testimonio y podremos decir: “Lo sé”.

Luego, la afirmación “Lo vivo”. Las Escrituras enseñan que debemos ser “hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores”⁵. Vivimos el Evangelio y nos convertimos en “hacedores de la palabra” al ejercitar



la fe, obedecer, servir a los demás con amor y seguir el ejemplo de nuestro Salvador. Somos íntegros y hacemos lo correcto “en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar”⁶, no importa quién nos esté o no nos esté mirando.

En este estado mortal, nadie es perfecto. Aun esforzándonos con suma diligencia por vivir el Evangelio, todos cometeremos errores y pecaremos.

Qué consuelo es tener la seguridad de que, por el sacrificio redentor del Salvador, podemos ser perdonados y limpios de nuevo. Este proceso de verdadero arrepentimiento y perdón fortalece nuestro testimonio y nuestra resolución de obedecer los mandamientos del Señor y vivir según las normas del Evangelio.

La frase “Lo vivo” me recuerda a una jovencita que conocí, llamada Karigan; ella escribió: “Tengo poco más de un año de ser miembro de la Iglesia... Para mí, cuando estaba investigando, una señal de que ésta era la Iglesia verdadera vino al sentir que finalmente había encontrado una

iglesia que enseñaba normas y modestia. He sido testigo de lo que sucede a las personas cuando ignoran los mandamientos y escogen el camino equivocado. Hace mucho, decidí vivir de acuerdo con altas normas morales... Me siento tan bendecida por haber encontrado la verdad y haberme bautizado. Soy tan feliz”⁷.

La frase final de mi declaración es “Me encanta”. Lograr un conocimiento del evangelio de Jesucristo y vivir diligentemente los principios del Evangelio en nuestra vida diaria lleva a que muchos miembros de la Iglesia exclamen con entusiasmo: “¡Me encanta el Evangelio!”.

Este sentimiento viene cuando el Espíritu Santo nos testifica que somos hijos del Padre Celestial, que Él nos tiene presentes y que estamos en el camino correcto. Nuestro amor por el Evangelio aumenta al experimentar el amor del Padre Celestial y la paz que promete el Salvador si le mostramos que estamos dispuestos a obedecerlo y seguirlo.

En diferentes momentos de nuestra vida, seamos nuevos conversos a la Iglesia o miembros de toda la vida, quizá descubramos que ese vivo entusiasmo se ha desvanecido. A veces sucede en tiempos difíciles, cuando debemos tener paciencia. Otras veces ocurre en la cima de la prosperidad y la abundancia. Siempre que me siento así, sé que tengo que volver a concentrar mis esfuerzos en aumentar mi conocimiento del Evangelio y vivir los principios del mismo más cabalmente.

Uno de los principios más eficaces del Evangelio, aunque a veces difícil de aplicar, es la humildad y la sumisión a la voluntad de Dios. Cuando Cristo oró en el Jardín de Getsemaní, dijo al Padre: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”⁸. Ése debe ser nuestro ruego también. A menudo, es en estos momentos apacibles de oración que nos sentimos rodeados por el amor del Padre, y volvemos a experimentar dulces sentimientos de regocijo.

En una reunión de liderazgo de Mujeres Jóvenes en Eugene, Oregón,

tuve el privilegio de conocer a la hermana Cammy Wilberger y de hablar con ella. La historia que la hermana Wilberger compartió conmigo fue un testimonio del poder y la bendición que es el que una joven conozca, viva y ame el Evangelio.

Brooke, la hija de 19 años de la hermana Wilberger, murió trágicamente hace varios años durante las vacaciones de verano, tras su primer año de universidad. La hermana Wilberger recordó: “Fue una época difícil y oscura para nuestra familia; pero Brooke nos había dado un gran regalo. No nos habíamos percatado de ello mientras crecía, pero cada año y momento de su corta vida, Brooke nos había dado el regalo más grande que una hija pueda darle a sus padres: Brooke era una hija digna de Dios... Gracias a ese regalo y en especial gracias al poder habilitador de la Expiación, he tenido la fuerza, el consuelo y la paz que prometió el Salvador. No tengo duda de dónde está Brooke ahora y anhelo nuestro tierno reencuentro”⁹.

Tengo un testimonio del gran plan de felicidad eterna de nuestro Padre Celestial. Sé que Él nos conoce y nos ama. Sé que Él nos mandó un profeta, el presidente Thomas S. Monson, para darnos aliento y ayudarnos a volver a Él. Ruego que todos nos esforcemos por tener la confianza para declarar: “Soy mormón. Lo sé. Lo vivo. Me encanta”. Digo estas cosas con humildad, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Nota: Para estudiar más al respecto, recomiendo leer *Alma 32* y el discurso del élder Dallin H. Oaks, “El desafío de lo que debemos llegar a ser”, *Liahona*, enero de 2001, págs. 40–43.

NOTAS

1. Romanos 1:16.
2. George Q. Cannon, en *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia*. José Smith, 2007, pág. 275.
3. *Enseñanzas*: José Smith, pág. 280; véase también Martha Jane Knowlton Coray, cuaderno, Biblioteca de Historia de la Iglesia, Salt Lake City.
4. Véase la experiencia número 1 del valor conocimiento, *Progreso Personal de las Mujeres Jóvenes*, librito, 2009, pág. 38.
5. Santiago 1:22.
6. Mosíah 18:9.
7. Correspondencia personal.
8. Lucas 22:42.
9. Correspondencia personal.



Por el élder Craig C. Christensen
De la Presidencia de los Setenta

Un inefable don de Dios

El Espíritu Santo trabaja en perfecta armonía con nuestro Padre Celestial y con Jesucristo, y cumple muchas funciones importantes y responsabilidades definidas.

En 1994, el presidente Howard W. Hunter invitó a todos los miembros de la Iglesia a “establecer el templo... como el símbolo supremo de [nuestra condición] de miembros”¹. Poco después, ese mismo año, se terminó de construir el Templo de Bountiful, Utah. Al igual que muchos, estábamos ansiosos por llevar a nuestra joven familia al programa de puertas abiertas previo a la dedicación. Trabajamos diligentemente a fin de preparar a nuestros hijos para entrar en el templo, orando con fervor para que tuvieran una experiencia espiritual y que el templo se convirtiera en el centro de sus vidas.

Al caminar con reverencia por el templo, yo admiraba su magnífica arquitectura, los elegantes acabados, la luz que se filtraba por las ventanas altísimas y muchos cuadros inspiradores. Cada aspecto de ese sagrado edificio era verdaderamente exquisito.

Al entrar en el cuarto celestial, de repente me di cuenta de que nuestro hijo menor, Ben, de seis años, estaba agarrado a mi pierna. Parecía ansioso y puede que hasta algo preocupado. “¿Qué sucede, hijo?”, le susurré.

“Papá”, me respondió, “¿qué está pasando aquí? Nunca me había sentido así”.

Reconociendo que tal vez aquella fuera la primera vez que nuestro hijo menor había sentido la influencia del Espíritu Santo con tanto poder, me arrodillé a su lado y, mientras los demás visitantes pasaban de largo, dedicamos varios minutos, uno al lado del otro, a aprender juntos acerca del Espíritu Santo. Me maravilló la facilidad con la que analizamos los sagrados sentimientos de Ben. Mientras conversábamos, se hizo evidente que lo que a Ben le resultaba más inspirador no era tanto lo que *veía* sino lo que *sentía*; no era la belleza física que nos rodeaba, sino la voz apacible del Espíritu de Dios dentro de su corazón. Compartí con él lo que yo había aprendido de mis propias experiencias, incluso el que su asombro infantil reavivara en mí un profundo agradecimiento por ese inefable don de Dios: el don del Espíritu Santo².

¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es el tercer miembro de la Trinidad y, como tal, al igual

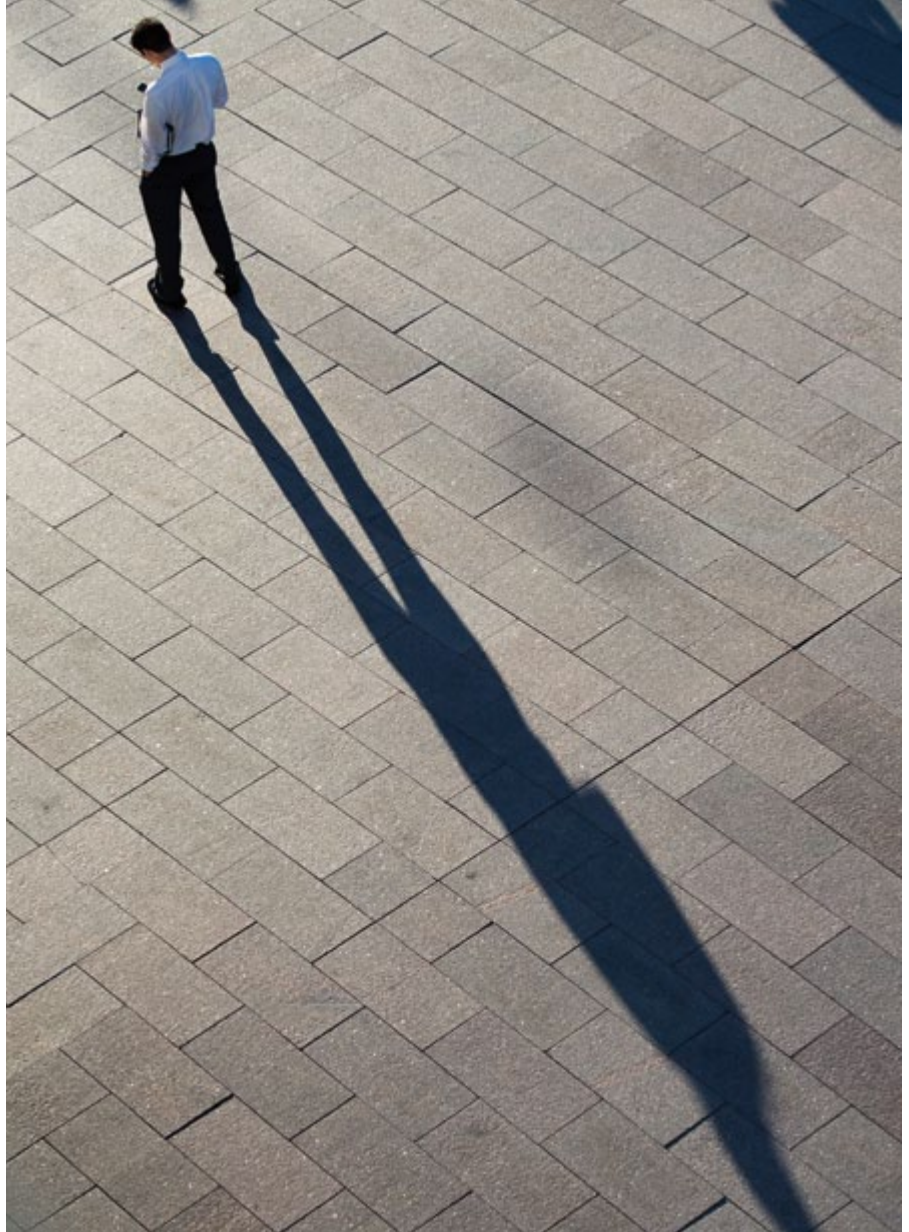
que Dios el Padre y Jesucristo, conoce nuestros pensamientos y las intenciones de nuestro corazón³. El Espíritu Santo nos ama y desea que seamos felices. Dado que Él conoce los retos que enfrentamos, puede guiarnos y enseñarnos todas las cosas que debemos hacer para regresar a nuestro Padre Celestial y vivir nuevamente con Él⁴.

A diferencia de nuestro Padre Celestial y de Jesucristo, quienes poseen cuerpos glorificados de carne y huesos, el Espíritu Santo es un personaje de espíritu que se comunica con nuestro espíritu a través de sentimientos e impresiones⁵. Como un ser de espíritu, tiene la responsabilidad única de ser un agente por medio del cual se recibe revelación personal. En las Escrituras suele referirse al Espíritu Santo como el Santo Espíritu, el Espíritu del Señor, el Santo Espíritu de la promesa o, simplemente, el Espíritu⁶.

¿Cuál es la misión del Espíritu Santo?

El Espíritu Santo trabaja en perfecta armonía con nuestro Padre Celestial y con Jesucristo, y cumple muchas funciones importantes y responsabilidades definidas. El propósito principal del Espíritu Santo es dar testimonio del Padre y de Su Hijo Jesucristo⁷, y enseñarnos la verdad de todas las cosas⁸. Un testimonio firme del Espíritu Santo transmite muchísima más certeza que un testimonio de otra índole. El presidente Joseph Fielding Smith enseñó que “el Espíritu de Dios hablándole al espíritu del hombre tiene el poder de impartir la verdad con mayor efecto y entendimiento que cuando la verdad es impartida por medio del contacto personal, aun con seres celestiales”⁹.

Al Espíritu Santo también se le conoce como el Consolador¹⁰. En momentos de tribulación o desesperación, o simplemente cuando necesitamos saber que Dios está cerca, el Espíritu Santo puede levantarnos el ánimo, brindarnos esperanza y enseñarnos “las cosas apacibles del reino”¹¹, permitiéndonos sentir “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento”¹².



Hace unos cuantos años, en una cena que congregó a toda nuestra familia, mi padre se puso a jugar con muchos de sus nietos. De repente y sin previo aviso, sufrió un colapso y falleció. Ese suceso inesperado pudo haber sido devastador, en especial para sus nietos, provocando preguntas que hubieran sido difíciles de responder. Sin embargo, al reunir a los niños a nuestro alrededor, y tras orar y leer las palabras de los profetas del Libro de Mormón acerca del propósito de la vida, el Espíritu Santo consoló a cada uno de nosotros en forma personal. De maneras que resultan difíciles de explicar, las respuestas que buscamos llegaron claramente a nuestro corazón. Aquel día sentimos una paz que sobrepasó *nuestro* entendimiento,

pero el testimonio del Espíritu Santo fue cierto, innegable y verdadero.

El Espíritu Santo es un maestro y un revelador¹³. Cuando estudiamos y meditamos las verdades del Evangelio, y oramos al respecto, el Espíritu Santo ilumina la mente y vivifica el entendimiento¹⁴. Él hace que la verdad quede escrita de manera indeleble en nuestra alma y surta un poderoso cambio en nuestro corazón. Al compartir estas verdades con nuestra familia, con otros miembros de la Iglesia y con nuestros amigos y vecinos, el Espíritu Santo también es su maestro, pues lleva el mensaje del Evangelio “al corazón de los hijos de los hombres”¹⁵.

El Espíritu Santo nos inspira a prestar servicio a nuestro prójimo. Personalmente, los ejemplos más



que no siempre las reconozcamos. Cuando pensamientos inspirados llegan a nuestra mente, sabemos que son verdaderos por las impresiones espirituales que tocan nuestro corazón. El presidente Boyd K. Packer enseñó: “El Espíritu Santo se comunica con una voz que se *siente* más de lo que se *oye*... Aunque decimos que ‘escuchamos’ los susurros del Espíritu, por lo general describimos una inspiración espiritual diciendo: ‘Tuve una *impresión*...’”¹⁸. Es por medio de estos sagrados sentimientos del Espíritu Santo que llegamos a saber lo que Dios desea que hagamos, pues esto, como se declara en las Escrituras, “es el espíritu de revelación”¹⁹.

vívidos de dar oído a las impresiones del Espíritu Santo al servir a los demás proceden de la vida y el ministerio del presidente Thomas S. Monson, quien ha dicho: “En lo referente al cumplimiento de nuestras responsabilidades, he aprendido que cuando damos oído a una impresión del Espíritu y la obedecemos sin demora, nuestro Padre Celestial guiará nuestros pasos y bendecirá nuestra vida, así como la vida de otras personas. No conozco una experiencia más dulce ni un sentimiento máspreciado que el de hacer caso a una impresión sólo para descubrir que el Señor ha contestado la oración de otra persona por mi intermedio”¹⁶.

Comparto otra tierna experiencia. Mientras el presidente Monson servía como obispo, supo que una miembro de su barrio, Mary Watson, estaba internada en un hospital. Al ir a visitarla, se enteró de que ella se hallaba en una habitación grande acompañada de otros pacientes. Al acercarse a la hermana Watson se percató de que la paciente de la cama de al lado se cubrió la cabeza.

Cuando el presidente Monson concluyó su visita a la hermana Watson y le hubo dado una bendición del sacerdocio, le estrechó la mano, se despidió y se preparó para salir. Entonces sucedió algo sencillo pero asombroso. Cito a continuación el propio recuerdo del presidente Monson sobre esa experiencia:

“No pude retirarme de su lado; fue como si una mano invisible reposara sobre mi hombro, y sentí dentro de mi alma que estaba escuchando estas palabras: ‘Ve a la cama de al lado, en la que la pequeña anciana se cubrió el rostro cuando llegaste’. Y así lo hice...”

“Me acerqué a la cama de la otra paciente, con gentileza le di unas palmaditas en el hombro y con cuidado descorrí la sábana que le cubría la cara. ¡Qué sorpresa! También ella era miembro de mi barrio. No sabía que estuviera en el hospital. Se llamaba Kathleen McKee. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, exclamó con lágrimas: ‘Ah, obispo, cuando entró por esa puerta, pensé que había venido a verme y bendecirme como respuesta a mis oraciones. Me sentí gozosa al pensar que sabía que estaba aquí; pero cuando se detuvo ante la otra cama, me entristecí y me di cuenta de que no había venido a verme a mí’.

“Le respondí: ‘No se preocupe [hermana McKee]. Lo importante es que nuestro Padre Celestial lo sabía y que usted había orado en silencio por una bendición del sacerdocio. Él fue quien me inspiró a interrumpir su descanso’”¹⁷.

¿Cómo nos habla el Espíritu Santo?

Todos tenemos experiencias con el Espíritu Santo, aun cuando puede

¿Qué significa recibir el don del Espíritu Santo?

Al enseñar a nuestro hijo Ben, de seis años, me pareció importante distinguir entre lo que él estaba sintiendo, que era la influencia del Espíritu Santo, y el don del Espíritu Santo, el cual recibiría después de su bautismo. Antes del bautismo, todos aquellos que buscan la verdad de manera honrada y sincera pueden sentir la influencia del Espíritu Santo de cuando en cuando. Sin embargo, la oportunidad de recibir la compañía constante del Espíritu Santo y la *plenitud* de las bendiciones asociadas a ello sólo están disponibles para los miembros dignos que han sido bautizados y que reciben el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos por parte de aquellos que poseen la autoridad del sacerdocio de Dios.

Mediante el don del Espíritu Santo recibimos capacidad y dones espirituales adicionales, mayor revelación y protección, guía y dirección firmes, y las bendiciones prometidas de la santificación y la exaltación en el reino celestial. Todas estas bendiciones se reciben como resultado de nuestro deseo personal de recibir las, y vienen cuando nuestra vida está en armonía con la voluntad de Dios y procuramos Su guía constante.

Al reflexionar en mi experiencia con Ben en el Templo de Bountiful,

Utah, tengo muchos sentimientos e impresiones dulces. Un recuerdo claro es el que, mientras yo me hallaba absorto en la grandeza de lo que veía, un pequeño que estaba a mi lado estaba reconociendo los poderosos sentimientos de su corazón. Mediante un gentil recordatorio, se me invitó no sólo a detenerme y arrodillarme, sino también a dar oído al llamado del Señor de llegar a ser como un niño pequeño: humilde, manso y presto para escuchar la voz quieta y apacible de Su Espíritu.

Testifico de la realidad viviente y de la misión divina del Espíritu Santo, y de que mediante el poder del Espíritu Santo podemos saber la verdad de todas las cosas. Testifico que el don del Espíritu Santo es el don preciado e inefable de nuestro Padre Celestial para todos los que acudan a Su Hijo, se bauticen en Su nombre y reciban el Espíritu Santo por medio de la confirmación en Su Iglesia. De estas sagradas verdades doy testimonio personal en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Howard W. Hunter, en Jay M. Todd, "President Howard W. Hunter: Fourteenth President of the Church", *Ensign*, julio de 1994, pág. 5; véase también Howard W. Hunter, "El símbolo supremo de ser miembros de la Iglesia", *Liahona*, noviembre de 1994, pág. 3.
2. Véase D. y C. 121:26.
3. Véase Alma 12:7; 18:16–18; D. y C. 6:15–16.
4. Véase 2 Nefi 32:5.
5. Véase D. y C. 130:22.
6. Véase Lucas 4:1, 18; 11:13; Juan 1:33; Efesios 1:13; D. y C. 88:3.
7. 2 Nefi 31:18; 3 Nefi 28:11; D. y C. 20:27.
8. Véase Moroni 10:5.
9. Véase Joseph Fielding Smith, *Doctrina de Salvación*, comp. Bruce R. McConkie, 3 Tomos, 1954–1956, Tomo 1, pág. 44.
10. Véase Juan 14:26; D. y C. 35:19.
11. D. y C. 36:2.
12. Filipenses 4:7.
13. Véase Lucas 12:12; 1 Corintios 2:13; D. y C. 50:13–22; *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, pág. 138.
14. Véase D. y C. 11:13.
15. 2 Nefi 33:1.
16. Thomas S. Monson, "Paz, cálmense", *Liahona*, noviembre de 2002, pág. 55.
17. Véase Thomas S. Monson, "Cristo junto al estanque de Betesda", *Liahona*, enero de 1997, págs. 18–19.
18. Boyd K. Packer, "Revelación personal: El don, la prueba y la promesa", *Liahona*, junio de 1997, pág. 10.
19. D. y C. 8:3; véase también el versículo 2.



Por el élder Shayne M. Bowen

De los Setenta

“...porque yo vivo, vosotros también viviréis”

Gracias a Él, nuestro Salvador Jesucristo, esos sentimientos de pesar, soledad y desesperación un día serán absorbidos en una plenitud de gozo.

A l prestar servicio como jóvenes misioneros en Chile, mi compañero y yo conocimos a una familia de siete integrantes en la rama. La madre asistía cada semana con sus hijos. Supusimos que eran miembros de la Iglesia de hacía mucho tiempo, pero después de varias semanas nos enteramos de que no se habían bautizado.

De inmediato nos pusimos en contacto con la familia y preguntamos si podíamos ir a su casa a enseñarles. Al padre no le interesaba aprender sobre el Evangelio, pero no se opuso a que enseñáramos a su familia.

La hermana Ramírez avanzó rápidamente por las lecciones. Estaba ansiosa por aprender toda la doctrina que le enseñábamos. Una tarde, al hablar sobre el bautismo de los niños, les enseñamos que los niños pequeños son inocentes y que no tienen necesidad de ser bautizados. Le pedimos que leyera en el libro de Moroni:

“He aquí, te digo que esto enseñarás: El arrepentimiento y el bautismo

a los que son responsables y capaces de cometer pecado; sí, enseña a los padres que deben arrepentirse y ser bautizados, y humillarse como sus niños pequeños, y se salvarán todos ellos con sus pequeñitos.

“Y sus niños pequeños no necesitan el arrepentimiento, ni tampoco el bautismo. He aquí, el bautismo es para arrepentimiento a fin de cumplir los mandamientos para la remisión de pecados.

“Mas los niños pequeños viven en Cristo, aun desde la fundación del mundo; de no ser así, Dios es un Dios parcial, y también un Dios variable que hace acepción de personas; porque ¡cuántos son los pequeñitos que han muerto sin el bautismo!”¹.

Tras leer ese pasaje, la hermana Ramírez comenzó a llorar. Mi compañero y yo estábamos confundidos y le preguntamos: “Hermana Ramírez, ¿hemos dicho o hecho algo que la ofendió?”

Nos dijo: “No, no, élder. No han hecho nada mal. Hace seis años tuve

un bebé varón y murió antes de que pudiéramos bautizarlo. Nuestro sacerdote nos dijo que como no había sido bautizado, estaría en limbo toda la eternidad. Por seis años he llevado ese dolor y esa culpa. Tras leer este pasaje, sé por el poder del Espíritu Santo que es verdad. Se me ha quitado un gran peso de encima, y las lágrimas son de gozo”.

Recordé las enseñanzas del profeta José Smith, quien enseñó esta doctrina consoladora: “El Señor se lleva a muchos, aun en su infancia, a fin de que puedan verse libres de la envidia de los hombres, y de las angustias y maldades de este mundo. Son demasiado puros, demasiado bellos para vivir sobre la tierra; por consiguiente, si se considera como es debido, veremos que tenemos razón para regocijarnos, en lugar de llorar, porque son librados del mal y dentro de poco los tendremos otra vez”².

Después de que sufrió pena y dolor casi insoportables por seis años, la verdadera doctrina, revelada por un amoroso Padre Celestial por medio de un profeta viviente, brindó dulce paz a esta mujer atormentada. No hace falta decir que la hermana Ramírez y sus hijos de ocho años y mayores se bautizaron.

Recuerdo haber escrito a mi familia expresándole la gratitud que sentía en el corazón por el conocimiento de ésta y tantas otras verdades claras y preciosas del evangelio restaurado de Jesucristo. Nunca soñé que este maravilloso principio verdadero volvería a mí en el futuro y llegaría a ser mi bálsamo de Galaad.



Quisiera hablar a quienes han perdido un hijo y se han hecho la pregunta: “¿Por qué yo?”, o que quizá incluso han cuestionado su propia fe en un amoroso Padre Celestial. Es mi oración que por el poder del Espíritu Santo me sea posible brindarles una medida de esperanza, de paz y de entendimiento. Deseo ser un instrumento en la restauración de su fe en un amoroso Padre Celestial que sabe todas las cosas y que nos permite pasar por pruebas para que podamos llegar a conocerlo y amarlo, y a entender que sin Él no tenemos nada.

El 4 de febrero de 1990 nació nuestro tercer varón y sexto hijo. Lo llamamos Tyson. Era un niño hermoso y la familia lo recibió con corazones y brazos abiertos. Sus hermanos y hermanas estaban muy orgullosos de él y todos pensábamos que era el niño más perfecto que había nacido.

Cuando Tyson tenía ocho meses, aspiró un pedazo de tiza que encontró en la alfombra. La tiza le quedó alojada en la garganta y dejó de respirar. Su hermano mayor llevó a Tyson al piso de arriba, gritando desesperadamente: “¡El bebé no respira; el bebé no respira!”. Empezamos la resucitación cardiopulmonar y llamamos al servicio de emergencia.

Llegaron los paramédicos y se llevaron a Tyson de urgencia al hospital. En la sala de espera, continuamos orando fervientemente pidiendo a Dios un milagro. Tras lo que pareció ser toda una vida, la doctora salió a la sala y dijo: “Lo siento mucho. Ya no hay nada más que podamos hacer. Tómense todo el tiempo que necesitan”; y se fue.

Cuando entramos a la habitación donde estaba Tyson, vimos a nuestro pequeño tesoro sin vida. Parecía como si tuviera un resplandor celestial alrededor de su pequeño cuerpo. Estaba tan radiante y puro.

En ese momento sentíamos como si se nos hubiera acabado el mundo. ¿Cómo podíamos volver con nuestros otros hijos y de alguna manera tratar de explicarles que Tyson no volvería a casa?

Hablaré en singular al relatar el resto de esa experiencia. Mi angelical esposa y yo pasamos esta prueba juntos, pero no puedo expresar adecuadamente los sentimientos de una madre, así que ni siquiera lo intentaré.

Es imposible describir la mezcla de sentimientos que tuve en esa etapa de mi vida. La mayoría del tiempo sentía como que estaba en un terrible sueño y que pronto despertaría y que esa horrible pesadilla llegaría a su fin. No dormí por varias noches. A menudo pasaba la noche dando vueltas de una habitación a la otra, asegurándome de que nuestros otros hijos estuvieran bien.

Los sentimientos de remordimiento atormentaban mi alma. Me sentía tan culpable; me sentía sucio. Yo era su padre; debí haber hecho algo más para protegerlo. Si tan sólo hubiera hecho esto o aquello. Todavía a veces hoy, 22 años después, esos sentimientos empiezan a invadir mi corazón, y tengo que desecharlos porque pueden ser destructivos.

Como un mes después de que murió Tyson, tuve una entrevista con el élder Dean L. Larsen. Tomó tiempo para escucharme y siempre estaré agradecido por su consejo y su amor. Me dijo: “No creo que el Señor desea que se esté castigando por la muerte de su pequeñito”. Sentí el amor de mi Padre Celestial por medio de uno de Sus instrumentos escogidos.

Sin embargo, me siguieron asediando pensamientos atormentadores y empecé a sentir enojo. “¡No es justo! ¿Cómo pudo Dios hacerme esto? ¿Por qué yo? ¿Qué hice para merecer esto?” Incluso empecé a enojarme con las personas que sólo estaban tratando de consolarnos. Recuerdo que mis amigos me decían: “Sé cómo te sientes”. Y yo pensaba: “No tienes idea de cómo me siento. Déjame en paz”. Me empecé a dar cuenta de que la autocompasión es muy debilitante. Me sentía avergonzado por tener malos sentimientos hacia nuestros queridos amigos que sólo estaban tratando de ayudar.

Al sentir que la culpabilidad, el enojo y la autocompasión trataban



de consumirme, pedí en oración que mi corazón cambiara. Mediante experiencias sagradas muy personales, el Señor me dio un nuevo corazón y, aun cuando todavía me sentía solo y lleno de dolor, toda mi perspectiva cambió. Se me dio a conocer que no se me había privado de nada, sino que me esperaba una gran bendición si era fiel.

Mi vida comenzó a cambiar y pude ver hacia adelante con esperanza, en vez de hacia atrás con desesperación. Testifico que esta vida no es el final. El mundo de los espíritus es real. Las enseñanzas de los profetas en cuanto a la vida después de la muerte son ciertas. Esta vida no es más que un paso transitorio hacia adelante en nuestra jornada de regreso hacia nuestro Padre Celestial.

Tyson ha seguido siendo una parte integral de nuestra familia. A lo largo de los años ha sido maravilloso ver la misericordia y la bondad de un amoroso Padre Celestial que ha permitido que nuestra familia haya sentido la influencia de Tyson en formas muy tangibles. Testifico que el velo es muy delgado. Los mismos sentimientos de lealtad, amor y unidad familiar no se acaban cuando nuestros seres queridos pasan al otro lado; por el contrario, esos sentimientos se intensifican.

A veces las personas preguntan: “¿Cuánto tiempo le tomó superarlo?”. La verdad es que uno nunca lo superará por completo hasta que esté

nuevamente con sus seres queridos que han muerto. Mi gozo nunca será completo hasta que volvamos a reunirnos en la mañana de la Primera Resurrección.

“Porque el hombre es espíritu. Los elementos son eternos; y espíritu y elemento, inseparablemente unidos, reciben una plenitud de gozo;

“y cuando están separados, el hombre no puede recibir una plenitud de gozo”³.

Pero mientras tanto, tal como el Salvador enseñó, podemos seguir teniendo confianza⁴.

Me he dado cuenta de que el dolor amargo, casi insoportable, puede llegar a ser dulce si nos volvemos a nuestro Padre Celestial y le suplicamos el consuelo que viene por medio de Su plan; de Su Hijo Jesucristo y de Su Consolador, que es el Espíritu Santo.

Qué bendición tan gloriosa es esto en nuestra vida. ¿Acaso no sería trágico si no sintiéramos gran pesar cuando perdiéramos un hijo? Cuán agradecido estoy a mi Padre Celestial que nos permite amar profunda y eternamente. Cuán agradecido estoy por las familias eternas. Cuán agradecido estoy de que haya revelado nuevamente, por medio de Sus profetas vivientes, el glorioso plan de redención.

Recuerden cuando asistieron al funeral de un ser querido, lo que sintieron en el corazón cuando se alejaban del cementerio y miraron hacia atrás para ver el solitario ataúd, preguntándose

si su corazón se rompería.

Testifico que gracias a Él, nuestro Salvador Jesucristo, esos sentimientos de pesar, soledad y desesperación un día serán absorbidos en una plenitud de gozo. Testifico que podemos confiar en Él y en lo que dijo:

“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.

“Todavía un poquito, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis”⁵.

Testifico que, tal como dice en *Predicad Mi Evangelio*, “al confiar en la expiación de Jesucristo, Él nos puede ayudar a sobrellevar bien nuestras tribulaciones, enfermedades y dolor, y podemos sentir gozo, paz y consuelo. Todo lo que es injusto en la vida se puede remediar por medio de la expiación de Jesucristo”⁶.

Testifico que en esa gloriosa y resplandeciente mañana de la Primera Resurrección, mis seres queridos y los suyos saldrán de la tumba tal como lo prometió el Señor mismo, y tendremos una plenitud de gozo. Gracias a que Él vive, ellos y nosotros también viviremos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Moroni 8:10–12.
2. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 186.
3. D. y C. 93:33–34.
4. Véase Juan 16:33.
5. Juan 14:18–19.
6. *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004, pág. 52.



Por el élder Russell M. Nelson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

¡Pregúntenles a los misioneros; ellos pueden ayudarlos!

Todos los misioneros, jóvenes y mayores, prestan servicio con el único propósito de mejorar la vida de otras personas.

Mis queridos hermanos, hermanas y amigos, extendemos nuestro amor y saludos a cada uno de ustedes. Estamos muy felices con el anuncio del presidente Thomas S. Monson esta mañana que establece la edad mínima para el servicio misional en 18 años para los hombres jóvenes y 19 años para las mujeres. Por medio de esta opción, más jóvenes podrán disfrutar de la bendición de una misión.

Hace dos años, como ha sido firmemente reafirmado esta mañana, el presidente Monson declaró: “Todo joven digno y capaz debe prepararse para servir en una misión. El servicio misional es un deber del sacerdocio, una obligación que el Señor espera de nosotros, a quienes se nos ha dado tanto”¹. Una vez más explicó que para las hermanas, una misión es una opción que aceptamos con gusto, pero no una responsabilidad; y también volvió a invitar a las parejas mayores a que sirvieran.

La preparación para una misión es importante. Una misión es un acto de

servicio voluntario hacia Dios y hacia la humanidad. Los misioneros se mantienen con sus ahorros. Los padres, parientes y donantes al fondo misional general también ayudan. Todos los misioneros, jóvenes y mayores, prestan servicio con el único propósito de mejorar la vida de otras personas.

La decisión de servir en una misión moldeará el destino espiritual del misionero, de su esposa o esposo y de su posteridad por generaciones futuras. El deseo de servir es consecuencia natural de la conversión, la dignidad y la preparación.

En esta gran audiencia mundial, muchos de ustedes no pertenecen a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y saben muy poco de nosotros y de los misioneros. Están aquí o participando de otro modo porque quieren saber más acerca de los mormones y de lo que enseñan nuestros misioneros. Al conocerlos mejor, verán que compartimos muchos de los mismos valores. Los alentamos a retener todo lo bueno y verdadero, y a ver si podemos agregar

más a ello. En este mundo lleno de desafíos, de vez en cuando necesitamos ayuda. La religión, la verdad eterna y los misioneros son una parte esencial de esa ayuda.

Nuestros jóvenes misioneros interrumpen la escuela, el trabajo, el noviazgo y cualquier otra cosa que los jóvenes adultos hacen a esa edad. Por 18 o 24 meses dejan todo pendiente debido a su deseo profundo de servir al Señor². Algunos misioneros sirven más tarde cuando son mayores; sé que las familias de ellos son bendecidas. En nuestra familia, ocho personas sirven en misiones actualmente: tres hijas con sus esposos, una nieta y un nieto.

Algunos de ustedes se preguntarán el porqué del nombre *mormón*; es un sobrenombre. Aunque se nos conoce comúnmente como mormones, no es nuestro verdadero nombre. El término deriva de un libro de Escrituras sagradas que se llama El Libro de Mormón.

El verdadero nombre de la Iglesia es La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; es la Iglesia original de Cristo que ha sido restablecida. Cuando Él estuvo sobre la tierra, organizó Su Iglesia; llamó a apóstoles, setentas y otros líderes a quienes les dio el sacerdocio, la autoridad de actuar en Su nombre³. Después de que Cristo y Sus apóstoles murieron, los hombres cambiaron las ordenanzas y la doctrina; la Iglesia original y el sacerdocio desaparecieron. Tras los años de oscuridad, y bajo la dirección del Padre Celestial, Jesucristo volvió a establecer Su Iglesia. Ahora existe nuevamente, está restaurada y funciona bajo Su guía divina⁴.

Seguimos al Señor Jesucristo y enseñamos acerca de Él. Sabemos que después de su glorioso triunfo sobre la muerte, el Señor resucitado apareció a Sus discípulos en muchas ocasiones; comió con ellos y caminó con ellos. Antes de Su ascensión final les mandó: “...id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”⁵. Los apóstoles siguieron esa instrucción y también llamaron a otros para que los ayudaran a

CHIESA DI
GESÙ CRISTO
DEI SANTI
DEGLI ULTIMI GIORNI



Milán, Italia

cumplir el mandato del Señor.

Hoy en día, bajo la dirección de apóstoles y profetas modernos, se ha extendido el mismo mandato a los misioneros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Estos misioneros sirven en más de 150 países. Como representantes del Señor Jesucristo, tratan de cumplir con ese mandato divino —que ha sido renovado en nuestros días por el Señor mismo— de llevar la plenitud del Evangelio al mundo y de bendecir la vida de las personas en todas partes⁶.

Los misioneros de 19 o 20 años son jóvenes desde el punto de vista del mundo; pero son bendecidos con dones, tal como el poder del Espíritu Santo, el amor de Dios y un testimonio de la verdad, los cuales los convierten en poderosos mensajeros del Señor. Comparten las buenas nuevas

del Evangelio que traerán verdadero gozo y felicidad duradera a todos los que presten atención al mensaje; y en muchos casos, lo hacen en un país y un idioma desconocidos para ellos.

Los misioneros procuran seguir a Jesucristo en palabras y en hechos; predicán sobre Jesucristo y Su expiación⁷; enseñan sobre la restauración literal de la antigua iglesia de Cristo por medio del primer profeta de Dios en los últimos días: José Smith.

Puede que se hayan encontrado con nuestros misioneros, y tal vez los ignoraron. Mi esperanza es que no les tengan temor, sino que aprendan de ellos; pueden ser un recurso enviado del cielo para ustedes.

Eso es lo que le sucedió a Jerry, un hombre protestante de unos sesenta y pico de años que vive en Mesa, Arizona. El padre de Jerry era ministro

bautista y su madre ministra metodista. Un día, su buena amiga Pricilla compartió con él el dolor que sentía por la muerte de su hijo al nacer y el amargo divorcio que ocurrió poco después. Pricilla afronta las dificultades de una madre sola con cuatro hijos: tres hijas y un hijo. Al abrir su corazón a Jerry, ella confesó que había pensado en quitarse la vida. Con todo el amor y la fortaleza que encontró, Jerry trató de hacerle entender que la vida de ella era valiosa. La invitó a ir a la iglesia, pero Pricilla le dijo que ya había perdido toda esperanza en Dios.

Jerry no sabía qué hacer. Más tarde, mientras regaba las plantas de su jardín, este hombre de fe oró a Dios pidiendo guía. Al orar, oyó una voz en la mente que le decía: “Detén a los jóvenes en bicicleta”. Jerry, asombrado, se preguntó qué querría

decir eso. Mientras reflexionaba en ello, miró hacia la calle y vio a dos jóvenes de camisa blanca y corbata que venían hacia su casa en bicicleta. Atónito por la “coincidencia”, miró cómo pasaban de largo. Entonces, dándose cuenta de que tenía que actuar, gritó: “¡Eh, ustedes, por favor deténganse, necesito hablarles!”.

Sorprendidos, pero muy contentos, los jóvenes se detuvieron. Al acercarse, Jerry notó que tenían placas que los identificaban como misioneros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Los miró y les dijo: “Esto puede sonarles raro, pero estaba orando y se me dijo que ‘detuviera a los jóvenes en bicicleta’; miré hacia la calle y allí estaban ustedes. ¿Pueden ayudarme?”.

Los misioneros sonrieron y uno dijo: “Seguro que podemos”.

Jerry les explicó su preocupación por Pricilla. Poco después, los misioneros se reunieron con Pricilla, sus hijos y Jerry. Hablaron del propósito de la vida y del plan eterno de Dios para ellos. Jerry, Pricilla y los hijos de ella aumentaron su fe mediante la oración, el estudio del Libro de Mormón y la amorosa camaradería de los miembros de la Iglesia. La firme fe de Jerry en Jesucristo se fortaleció aun más; las dudas de Pricilla y sus pensamientos de suicidio se convirtieron en esperanza y felicidad. Se bautizaron y

llegaron a ser miembros de la Iglesia restaurada de Cristo⁸.

¡Sí, los misioneros pueden ayudar de muchas maneras. Por ejemplo, algunos de ustedes tal vez quieran saber más de sus antepasados. Quizás sepan los nombres de sus padres y de sus cuatro abuelos; pero, ¿y los de sus ocho bisabuelos? ¿Les gustaría saber más de ellos? ¡Pregúntenle a los misioneros; ellos pueden ayudarlos!⁹; tienen amplio acceso a los registros de historia familiar de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Algunos de ustedes son miembros pero no participan activamente; aman al Señor y con frecuencia piensan en volver a Su redil, pero no saben cómo empezar. ¡Les sugiero que pregunten a los misioneros!¹⁰; ¡ellos pueden ayudarlos! También pueden ayudarlos enseñando a sus seres queridos. Nosotros y los misioneros los amamos y queremos traer el gozo y la luz del Evangelio de nuevo a sus vidas.

Algunos de ustedes probablemente quieran saber cómo librarse de una adicción o vivir más tiempo y disfrutar de buena salud. ¡Pregúntenles a los misioneros; ellos pueden ayudarlos! Estudios independientes han mostrado que, como grupo, los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días son sanos. El índice de mortalidad entre ellos está entre los

más bajos y viven más años que cualquier otro grupo bien definido que se haya estudiado por un largo período en los Estados Unidos¹¹.

Algunos tal vez sientan que la vida es ajetreada y frenética, pero en lo profundo sienten un vacío punzante, se sienten sin rumbo ni propósito. ¡Pregúntenles a los misioneros; ellos pueden ayudarlos! Pueden ayudarlos a aprender más del propósito de la vida, de por qué están aquí y adónde irán después de la muerte. Aprenderán cómo el evangelio restaurado de Jesucristo puede bendecir sus vidas más allá de lo que se puedan imaginar.

Si tienen preocupaciones sobre su familia, ¡pregúntenles a los misioneros; ellos pueden ayudarlos! El fortalecer a los matrimonios y a las familias es de suma importancia para los Santos de los Últimos Días. Las familias pueden estar unidas por la eternidad. Pidan a los misioneros que les enseñen cómo puede ser posible para su familia.

Los misioneros también pueden ayudarlos en su deseo de adquirir mayor conocimiento. El espíritu humano ansía esclarecimiento. Ya sea que la verdad provenga de un laboratorio científico o de una revelación de Dios, ¡nosotros la procuramos! Verdaderamente la gloria de Dios es la inteligencia¹².

Aprender más incluye tanto el conocimiento espiritual como el temporal. Hacemos hincapié en la importancia de comprender las Escrituras sagradas. Un estudio independiente recientemente encontró que los Santos de los Últimos Días eran los que más conocimiento tenían en cuanto al cristianismo y a la Biblia¹³. Si quieren comprender la Biblia y el Libro de Mormón mejor y obtener una comprensión mayor de la hermandad entre los seres humanos y de la paternidad de Dios, ¡pregúntenles a los misioneros; ellos pueden ayudarlos!

Muchos de ustedes tienen el profundo deseo de ayudar a las personas necesitadas. Porque seguimos a Jesucristo, a los Santos de los Últimos Días también nos induce ese insaciable deseo¹⁴. Cualquier persona puede



unirse a nosotros para ayudar al necesitado y socorrer a las víctimas de desastres en todo el mundo. Si desean participar, ¡pregúntenles a los misioneros; ellos pueden ayudarlos!

Y si quieren saber más acerca de la vida después de la muerte, acerca de los cielos o del plan de Dios para ustedes; si quieren saber más del Señor Jesucristo, de Su expiación y de la restauración de Su Iglesia como se estableció originalmente, ¡pregúntenles a los misioneros; ellos pueden ayudarlos!

Sé que Dios vive; Jesús es el Cristo; Su Iglesia ha sido restaurada. Oro fervientemente que Dios bendiga a cada uno de ustedes y a cada uno de nuestros preciados misioneros. En el nombre de Jesucristo. Amén ■

NOTAS

1. Thomas S. Monson, “Al encontramos reunidos de nuevo”, *Liahona*, noviembre de 2010, págs. 4–6.
2. Véase D. y C. 4:3.
3. Véase Mateo 10:1; Lucas 6:13; 10:1; Efesios 4:11–12.
4. Véase D. y C. 1:30.
5. Mateo 28:19.
6. Véase D. y C. 68:8; 84:62; 112:28.
7. Véase 1 Corintios 2:2; 2 Nefi 25:26.
8. Comunicación personal de W Tracy Watson, ex presidente de la Misión Arizona, Mesa.
9. Donde he mencionado la frase invitándolos a “preguntar a los misioneros”, también se podría aplicar el preguntarle a algún miembro de la Iglesia para que los ayude.
10. Los parientes y amigos activos, así como los líderes de la Iglesia también ayudarán con gusto.
11. Véase James E. Enstrom y Lester Breslow, “Lifestyle and Reduced Mortality among Active California Mormons, 1980–2004”, *Preventive Medicine*, Tomo 46, 2008, pág. 135.
12. Véase Doctrina y Convenios 93:36.
13. Véase *U.S. Religious Knowledge Survey* (Pew Forum on Religion and Public Life, 28 de septiembre de 2010, pág. 7).
14. Véase Ram Cnaan, Van Evans, y Daniel W. Curtis, *Called to Serve: The Prosocial Behavior of Active Latter-day Saints*, (Normas y prácticas sociales en la facultad de la Universidad de Pennsylvania, 2012); “Mormon Volunteerism Highlighted in New Study” (Mar. 16, 2012); véase también <http://www.mormonnewsroom.org/article/mormon-volunteerism-report>; *Mormons in America; Certain in Their Beliefs, Uncertain of Their Place in Society*, (Pew Forum on Religion and Public Life, 12 de enero de 2012, pág. 43; Robert D. Putnam y David E. Campbell, *American Grace: How Religion Divides and Unites Us*, 2010, págs. 444–454.



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Lamentos y resoluciones

Cuanto más nos dediquemos a buscar la santidad y la felicidad, menos probabilidades habrá de que nos lamentemos luego.

Lamentos

Presidente Monson, lo amamos. Gracias por sus anuncios inspirados e históricos en cuanto a la construcción de nuevos templos y al servicio misional. Debido a ellos, estoy seguro de que tanto nosotros como muchas generaciones futuras recibiremos grandes bendiciones.

Mis queridos hermanos y hermanas, ¡mis queridos amigos! Todos somos mortales. Espero que esto no sea una sorpresa para nadie.

Ninguno de nosotros estará mucho tiempo en la tierra. Tenemos cierta cantidad de preciados años que, en la perspectiva eterna, apenas corresponde a un abrir y cerrar de ojos.

Y luego partimos. Nuestros espíritus “son llevados de regreso a ese dios que [nos] dio la vida”¹. Nuestro cuerpo es sepultado y dejamos atrás las cosas del mundo al pasar a la siguiente esfera de nuestra existencia.

Cuando somos jóvenes, parece que viviremos para siempre. Pensamos que nos esperan una infinidad de amaneceres más allá del horizonte, y nos parece que el futuro es una senda ininterrumpida que se extiende

interminablemente ante nosotros.

Sin embargo, cuanto mayores somos, más tendemos a mirar hacia atrás y nos maravillamos ante lo corto que el camino realmente es. Nos preguntamos cómo pueden haber pasado tan rápido los años y comenzamos a pensar en las decisiones que hemos tomado y las cosas que hemos hecho. En el proceso, recordamos muchos dulces momentos que nos dan satisfacción al alma y gozo al corazón; pero también recordamos lo que lamentamos, lo que desearíamos volver hacia atrás y cambiar.

Una enfermera a cargo de enfermos terminales dice que a menudo les ha hecho una pregunta sencilla a los pacientes que se preparan para dejar esta vida.

“¿Hay algo de lo que se lamenta?”, les pregunta².

Estar tan cerca del último día de vida mortal a menudo aclara la mente y ofrece comprensión y perspectiva. Así que, al preguntarles si se lamentaban de algo, estas personas abrían su corazón y reflexionaban sobre qué cambiarían si pudieran volver el tiempo hacia atrás.



Al considerar lo que habían dicho, me llamó la atención la forma en que los principios fundamentales del evangelio de Jesucristo pueden influir en nuestra vida, si tan sólo los aplicamos.

Los principios del Evangelio no son nada misteriosos. Los hemos estudiado en las Escrituras, los hemos tratado en la Escuela Dominical y hemos escuchado de ellos desde el púlpito muchas veces. Estos principios y valores divinos son sencillos y claros; son hermosos, profundos y poderosos; y definitivamente nos ayudan a evitar que nos lamentemos en el futuro.

Desearía haber pasado más tiempo con las personas que amo

Quizá lo que más lamentan los pacientes terminales es no haber pasado más tiempo con las personas que aman.

Los hombres en particular expresaban este lamento universal: “Lamentaban profundamente haber pasado tanto tiempo de su vida en la rutina [diaria] del... trabajo”³. Muchos se privaron de recuerdos selectos que se logran al pasar tiempo con la familia y los amigos. Se privaron de lograr una profunda conexión con los que son más importantes para ellos.

¿No es verdad que a menudo

estamos muy ocupados? Y, por así decirlo, exhibimos el estar ocupados como símbolo de honor, como si el estar ocupado fuera en sí un logro o signo de una vida superior.

¿Es realmente así?

Pienso en nuestro Señor y Ejemplo, Jesucristo, y en Su corta vida entre la gente de Galilea y de Jerusalén. He intentado imaginarlo corriendo entre reuniones o haciendo muchas tareas a la vez para terminar una lista de cosas urgentes.

Pero no me lo imagino.

Más bien, veo al compasivo y solidario Hijo de Dios viviendo cada día con un propósito. Cuando Él interactuaba con Su prójimo, ellos se sentían importantes y queridos. Él conocía el valor infinito de las personas con que se encontraba; las bendecía y les ministraba; las elevaba, las sanaba; les daba el precioso regalo de Su tiempo.

En esta época, fácilmente podemos fingir pasar tiempo con los demás. Con un clic del ratón, podemos “conectarnos” con miles de “amigos”, sin tener que enfrentar jamás a ninguno de ellos. La tecnología puede ser maravillosa y es muy útil cuando no estamos cerca de nuestros seres queridos. Mi esposa y yo vivimos muy lejos de familiares queridos; sabemos lo que se siente. Aun así, creo que no vamos en

la dirección correcta, personalmente y como sociedad, si nos conectamos con familiares o amigos mayormente compartiendo fotos graciosas, reenviando cosas triviales o vinculando a nuestros seres queridos a sitios en internet. Supongo que hay lugar para este tipo de actividad, y a veces es divertido, pero ¿cuánto tiempo estamos dispuestos a dedicarle? Si no logramos dar lo mejor de nosotros y todo nuestro tiempo a quienes son realmente importantes para nosotros, un día lo lamentaremos.

Decidamos atesorar a aquellos que amamos pasando tiempo valioso con ellos, haciendo cosas juntos y cultivando recuerdos preciados.

Desearía haber vivido a la altura de mi potencial

Algo más que las personas lamentaron fue el no llegar a ser la persona que sentían que podrían o deberían haber sido. Al mirar su vida en retrospectiva, se daban cuenta de que nunca estuvieron a la altura de su potencial; habían quedado demasiadas cosas sin hacer.

No estoy hablando de ascender en la escalera del éxito en nuestras diferentes profesiones. Esa escalera, por más noble que parezca en esta tierra, apenas cuenta como un escalón de la

gran jornada eterna que nos espera.

Más bien estoy hablando de llegar a ser la persona que Dios, nuestro Padre Celestial, planea que seamos.

Llegamos a este mundo, como dijo el poeta, “con destellos celestiales”⁴ de la vida premortal.

Nuestro Padre Celestial ve nuestro verdadero potencial. Él sabe cosas de nosotros que ni nosotros mismos sabemos. Durante nuestra vida, Él nos impulsa a cumplir con la medida de nuestra creación, a llevar una vida recta y a regresar a Su presencia.

¿Por qué, entonces, dedicamos tanto tiempo y energía a cosas tan efímeras, de tan poca importancia y tan superficiales? ¿Nos negamos a ver la insensatez de ir en pos de lo trivial y pasajero?

¿No sería más sabio que nos “[hiciésemos] tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan”⁵?

¿Cómo hacemos esto? Siguiendo el ejemplo del Salvador, incorporando Sus enseñanzas a nuestra vida diaria, amando sinceramente a Dios y a nuestros semejantes.

Ciertamente no podremos hacer eso si emprendemos el discipulado arrastrando los pies, pendientes del reloj, quejándonos constantemente.

En lo referente a vivir el Evangelio, no debemos ser como el joven que metió un dedo del pie en el agua y luego afirmó que había ido a nadar. Como hijos e hijas del Padre Celestial, podemos hacer muchísimo más. Por eso, las buenas intenciones no alcanzan. Debemos *hacer*; y más importante aún, debemos *llegar a ser* lo que el Padre Celestial desea que seamos.

Declarar nuestro testimonio del Evangelio es bueno; pero ser ejemplos vivientes del Evangelio restaurado es mejor. Desear ser más fieles a nuestros convenios es bueno; ser fieles a los convenios sagrados, incluso el vivir vidas virtuosas, pagar nuestros diezmos y ofrendas, guardar la Palabra de Sabiduría y servir a los necesitados, es mucho mejor. Anunciar que dedicaremos más tiempo a la oración familiar, el estudio de las Escrituras y

las actividades familiares edificantes es bueno; pero realmente hacer todas estas cosas en forma constante traerá bendiciones celestiales a nuestra vida.

El discipulado es la búsqueda de la santidad y la felicidad; es el camino que nos lleva a ser las personas mejores y más felices posibles.

Decidamos seguir al Salvador y trabajar con diligencia a fin de llegar a ser la persona que fuimos creados para ser. Escuchemos y obedezcamos las indicaciones del Santo Espíritu; al hacerlo, el Padre Celestial nos revelará cosas que no sabíamos sobre nosotros mismos. Él iluminará el camino por delante y nos abrirá los ojos para que veamos nuestros desconocidos y quizá nunca imaginados talentos.

Cuanto más nos dediquemos a buscar la santidad y la felicidad, menos probabilidades habrá de que nos lamentemos luego. Cuanto más confiemos en la gracia del Salvador, más sentiremos que estamos en el camino que el Padre Celestial planeó para nosotros.

Desearía haberme permitido ser más feliz

Algo más que lamentaban quienes estaban por morir puede causar algo de sorpresa. Deseaban haberse permitido ser más felices.

Tan a menudo caemos en la ilusión de que hay algo que no llegamos a alcanzar y que nos traería felicidad: una mejor situación familiar, una mejor situación económica o el final de una prueba difícil.

Cuanto mayores somos, más miramos hacia atrás y nos damos cuenta

de que las circunstancias externas realmente no importan ni determinan nuestra felicidad.

Nosotros sí importamos. *Nosotros* determinamos nuestra felicidad.

En última instancia, ustedes y yo somos los responsables de nuestra propia felicidad.

A mi esposa Harriet y a mí nos encanta andar en bicicleta. Es hermoso salir y disfrutar de las bellezas de la naturaleza. Hay rutas específicas que nos gusta recorrer, pero no prestamos mucha atención a cuán lejos llegamos ni a lo rápido que viajamos en compañía con otros ciclistas.

De todos modos, cada tanto se me ocurre que deberíamos ser un poco más competitivos. Incluso pienso que podríamos mejorar el tiempo o ir más rápido con sólo exigirnos un poco más. Y otras veces, incluso cometo el gran error de mencionarle esta idea a mi maravillosa esposa.

Su reacción típica a mis sugerencias de esa naturaleza siempre es muy amable, muy clara y muy directa. Sonríe y dice: “Dieter, no es una carrera; es un trayecto. Disfruta el momento”.

¡Cuánta razón tiene!

A veces en la vida nos centramos tanto en la meta final que no hallamos gozo en el trayecto. Yo no salgo a andar en bicicleta con mi esposa porque me entusiasma llegar al final; salgo porque la experiencia de estar con ella es dulce y agradable.

¿No parece tonto arruinar dulces y gozosas experiencias por estar constantemente previendo el momento en que terminarán?

¿Escuchamos música hermosa esperando que la nota final se desvanezca antes de permitirnos disfrutar de ella realmente? No. Escuchamos y nos conectamos a las variaciones de la melodía, del ritmo y de la armonía a lo largo de la composición.

¿Oramos sólo con el “amén” o el final de la oración en mente? Por supuesto que no. Oramos para acercarnos a nuestro Padre Celestial, para recibir Su Espíritu y sentir Su amor.

No debemos esperar hasta alcanzar un punto futuro para ser felices únicamente para descubrir que la felicidad





ya estaba a nuestra disposición!, ¡todo el tiempo! El propósito de la vida no es valorarla sólo en retrospectiva. “Éste es el día que hizo Jehová”, escribió el salmista. “[Regocijémonos] y [alegrémonos] en él”⁶.

Hermanos y hermanas, más allá de nuestras circunstancias, sean cuales sean nuestros desafíos o pruebas, todos los días hay algo para apreciar y valorar; cada día hay algo que puede causarnos gratitud y gozo si tan sólo lo vemos y apreciamos.

Quizá deberíamos mirar menos con los ojos y más con el corazón. Me encanta la cita que dice: “Sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos”⁷.

Se nos manda dar “gracias en todas las cosas”⁸. Entonces, ¿no es mejor ver con los ojos y el corazón hasta las pequeñas cosas por las que *podemos* agradecer, en vez de agrandar lo negativo de nuestra situación actual?

El Señor prometió: “El que reciba todas las cosas con gratitud será glorificado; y le serán añadidas las cosas de esta tierra, hasta cien tantos”⁹.

Hermanos y hermanas, con las abundantes bendiciones de nuestro Padre Celestial, Su generoso plan de salvación, las verdades divinas del Evangelio restaurado y las muchas bellezas de esta jornada mortal, “¿no tenemos razón para regocijarnos?”¹⁰.

Tomemos la resolución de ser felices independientemente de nuestras circunstancias.

Resoluciones

Un día daremos ese paso inevitable y cruzaremos esta esfera mortal al siguiente estado. Un día miraremos nuestra vida y nos preguntaremos si podríamos haber sido mejores, tomado mejores decisiones o usado nuestro tiempo más sabiamente.

A fin de evitar algunos de los lamentos más profundos de la vida, haríamos bien en determinar algunas cosas hoy. Por eso:

- Determinemos pasar más tiempo con las personas que amamos.
- Determinemos esforzarnos más seriamente por llegar a ser la persona que Dios desea que seamos.
- Determinemos hallar felicidad, independientemente de nuestras circunstancias.

Testifico que muchos de los lamentos más profundos del mañana pueden evitarse siguiendo al Salvador hoy. Si hemos pecado o cometido errores, si hemos tomado decisiones de las que ahora nos arrepentimos, existe el precioso don de la expiación de Cristo, mediante el cual podemos ser perdonados. No podemos

retroceder el tiempo y cambiar el pasado, pero podemos arrepentirnos. El Salvador puede enjugar toda lágrima de arrepentimiento¹¹ y quitar el peso de nuestros pecados¹². Su expiación nos permite dejar el pasado atrás y avanzar con manos limpias, un corazón puro¹³ y la determinación de actuar mejor y, especialmente, de llegar a ser mejores.

Sí, esta vida pasa velozmente; nuestros días parecen desvanecerse rápidamente; y la muerte parece temible a veces. No obstante, nuestro espíritu seguirá viviendo y un día se unirá con nuestro cuerpo resucitado para recibir la gloria inmortal. Testifico solemnemente que, gracias al misericordioso Cristo, todos viviremos de nuevo y para siempre. Gracias a nuestro Salvador y Redentor, un día realmente entenderemos y nos regocijaremos en el significado de las palabras “el agujón de la muerte es consumido en Cristo”¹⁴.

El camino que conduce al cumplimiento de nuestro destino divino como hijos e hijas de Dios es eterno. Mis queridos hermanos y hermanas, queridos amigos, debemos empezar a recorrer ese camino eterno *hoy*; no podemos desperdiciar un solo día. Ruego que no esperemos hasta estar por morir para verdaderamente aprender a vivir. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Alma 40:11.
2. Véase Susie Steiner, “Top Five Regrets of the Dying”, *Guardian*, 1 de febrero de 2012, www.guardian.co.uk/lifeandstyle/2012/feb/01/top-five-regrets-of-the-dying.
3. Bronnie Ware, en Steiner, “Top Five Regrets of the Dying”.
4. “Ode: Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood”, *The Complete Poetical Works of William Wordsworth*, 1924, pág. 359.
5. Mateo 6:20.
6. Salmo 118:24.
7. Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*, traducción al español: María Soledad Ottone, 1999, pág. 72.
8. Mosíah 26:39; véase también D. y C. 59:7.
9. D. y C. 78:19.
10. Alma 26:35.
11. Véase Apocalipsis 7:17.
12. Véase Mateo 11:28–30.
13. Véase Salmo 24:4.
14. Mosíah 16:8; véase también 1 Corintios 15:54.



Presentado por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como profeta, vidente y revelador y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Henry Bennion Eyring como Primer Consejero de la Primera Presidencia; y a Dieter Friedrich Uchtdorf como Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Boyd Kenneth Packer como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles y a los siguientes como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson y Neil L. Andersen.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Los que estén en contra, pueden indicarlo.

Se propone que sostengamos a los consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay, con la misma señal.

Se ha relevado al élder Jay E. Jensen como miembro de la Presidencia de los Quórumes de los Setenta.

Los que deseen unirse a nosotros en un voto de agradecimiento, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que sostengamos al élder Craig C. Christensen como miembro de la Presidencia de los Quórumes de los Setenta.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay.

Se propone que relevemos con un voto de agradecimiento por su excelente servicio al élder Marlin K. Jensen como Historiador y Registrador de la Iglesia.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos al élder Steven E. Snow como Historiador y Registrador de la Iglesia.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Los que estén en contra.

Se propone que relevemos a los élderes Keith K. Hilbig, Jay E. Jensen, Marlin K. Jensen y Octaviano Tenorio como miembros del Primer Quórum de los Setenta y que se les designe como Autoridades Generales eméritas.

También se propone que relevemos a los élderes Keith R. Edwards y a Larry W. Gibbons como miembros del Segundo Quórum de los Setenta.

Todos los que deseen unirse para expresar gratitud a estos hermanos por su excelente servicio, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, Setentas de Área y Presidencias Generales de las organizaciones auxiliares tal como están constituidas actualmente.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Los que estén en contra, pueden manifestarlo.

Gracias, hermanos y hermanas, por su voto de sostenimiento, su fe, devoción y oraciones. ■





Por el élder L. Tom Perry
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Llegar a ser buenos padres

Existen muchas maneras mediante las cuales los buenos padres pueden acceder a la ayuda y al apoyo que necesitan para enseñar a sus hijos el evangelio de Jesucristo.

Este verano llegué a un hito especial: cumplí 90 años. Al llegar a ciertos hitos en la vida, nos es de ayuda y es instructivo reflexionar sobre los acontecimientos y las experiencias del pasado. Quizás a ustedes, los jóvenes que estén escuchando o leyendo este discurso, no les impresionen demasiado 90 años de vida, pero cuando yo nací, el vivir todo ese tiempo se consideraba un gran logro. Todos los días estoy agradecido al Padre Celestial por bendecirme con una larga vida.

Muchas cosas han cambiado en el transcurso de mi vida; he visto el desarrollo de la era industrial y de la era de la información. La producción de automóviles en masa, los teléfonos y los aviones eran las grandes innovaciones de los primeros años de mi vida. En la actualidad, las formas en que encontramos, compartimos y usamos la información cambian casi a diario. A mi edad, me maravilla el mundo rápidamente cambiante en el que todos vivimos. Muchos de los adelantos de hoy estimulan la imaginación con el potencial que tienen de mejorar nuestra vida.

Con todos los cambios vertiginosos que ocurren a nuestro alrededor, oramos y nos esforzamos con empeño para asegurar que los valores del evangelio de Jesucristo perduren. Algunos de ellos ya están en peligro de perderse. Entre los primeros de esta lista de valores y, por lo tanto, de los principales objetivos del adversario, se encuentran la santidad del matrimonio y la importancia central de las familias. Éstos proporcionan un ancla y un refugio seguro de un hogar en donde a cada hijo de un amoroso Padre Celestial se le puede influir para bien y puede adquirir valores eternos.

Mi propia familia, al anticipar la celebración de este hito de mis 90 años, empezó a ayudarme a recordar y a apreciar las experiencias de mi larga vida. Por ejemplo, mi sobrina recopiló y compartió conmigo varias cartas que yo había escrito a mis padres hace casi 70 años desde mi puesto de infante de marina en la isla de Saipán, en el Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial.

Una de esas cartas me llamó la atención en particular; era una que le escribí a mi madre para que la

abriera y la leyera el Día de las Madres en 1945. Me gustaría compartir con ustedes algunos extractos con la esperanza de que vean la razón por la que siempre estaré agradecido a mi querido padre y querida madre por las lecciones que aprendí de sus enseñanzas en el hogar. Mis padres son el ejemplo que tengo y que define a padres buenos que dieron la mayor prioridad a su matrimonio y a la debida crianza de los hijos.

Mi carta del Día de las Madres de 1945 empezó así:

“Querida mamá:

“Durante los últimos cuatro años he tenido la gran desdicha de pasar el Día de las Madres lejos de ti. Cada año he deseado estar contigo y decirte lo mucho que te quiero y lo mucho que pienso en ti, pero ya que una vez más es imposible hacerlo, tendré que hacer lo mejor después de eso y enviarte mis pensamientos por correo.

“Este año, más que cualquier otro, puedo ver lo que ha hecho por mí el tener una madre maravillosa. En primer lugar, extraño las cosas pequeñas que hacías por mí. Siempre que me levantaba por la mañana, nunca me tenía que preocupar por si tendría una camisa o calcetines limpios. Todo lo que tenía que hacer era abrir un cajón, y allí los encontraba. A la hora de comer, siempre sabía que encontraría algo que me gustaba preparado de la mejor manera posible. Por la noche, siempre sabía que encontraría sábanas limpias en la cama y la cantidad precisa de cobijas para estar cómodo. El vivir en casa fue verdaderamente un gran placer”.

Cuando leí esos dos primeros párrafos de la carta, al principio me quedé asombrado porque sonaban muy sentimentales. Tal vez el hecho de vivir en una tienda de campaña y dormir bajo una red para mosquitos en un catre de campamento hizo que pensara en mi hogar tan especial.

La carta a mi madre continuaba:

“Pero mi sentimiento hacia ti es más profundo por el ejemplo que me has dado. Hiciste la vida tan agradable para nosotros como familia que deseábamos seguir tus pasos, seguir



adelante disfrutando del mismo gozo que habíamos sentido en nuestros días de juventud. Siempre encontraste tiempo para llevar a la familia al cañón, y podíamos contar con que harías cualquier cosa con nosotros, desde escalar montañas hasta jugar a la pelota. Tú y papá nunca fueron solos de vacaciones; la familia siempre iba con ustedes. Ahora que estoy lejos de casa, siempre me gusta hablar sobre mi vida familiar porque fue tan placentera. No podría alejarme de sus enseñanzas ahora porque mis acciones reflejarían el carácter de ustedes. La vida presenta el gran desafío para mí de ser digno de ser llamado el hijo de Nora Sonne Perry. Estoy muy agradecido por ese título, y espero que siempre sea digno de él.

“Espero que el año próximo me encuentre contigo a fin de demostrarte las cosas lindas que he estado planeando durante los últimos cuatro años para ti para el Día de las Madres.

“Que el Señor te bendiga por todas las cosas maravillosas que has hecho por este mundo atribulado.

“Con todo mi amor, Tom”¹.

Al volver a leer la carta, también reflexioné en la cultura de la familia, del

barrio, de la estaca y de la comunidad donde me crié.

La cultura se define como el modo de vida de un pueblo. Existe una cultura única del Evangelio, un conjunto de valores, expectativas y prácticas comunes para todos los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Esta cultura del Evangelio, o modo de vida, se deriva del plan de salvación, de los mandamientos de Dios y de las enseñanzas de los profetas vivientes. Se manifiesta en el modo en que criamos a nuestra familia y vivimos nuestra vida.

La primera instrucción que se dio a Adán en cuanto a su responsabilidad mortal se encuentra en Génesis 2:24: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se allegará a su mujer, y serán una sola carne”.

El unir juntos a un hombre y a una mujer para que estén legal y legítimamente casados no es sólo una preparación para que las generaciones futuras hereden la tierra, sino que también trae el gozo y la satisfacción más grandes que se puedan hallar en esta experiencia mortal. Eso es especialmente de esta manera cuando mediante el poder del sacerdocio se

proclama que un matrimonio será por el tiempo y por toda la eternidad. Los hijos que nacen en esos matrimonios tienen una seguridad que no se encuentra en ninguna otra parte.

Las lecciones que enseñan los buenos padres en el hogar se están volviendo cada vez más importantes en el mundo de hoy, donde la influencia del adversario está tan difundida. Como sabemos, él está tratando de erosionar y destruir el cimiento mismo de nuestra sociedad: la familia. De maneras astutas y cuidadosamente enmascaradas está atacando el compromiso a la vida familiar en todo el mundo y está minando la cultura y los convenios de los fieles Santos de los Últimos Días. Los padres deben tomar la determinación de que la enseñanza en el hogar sea una de las responsabilidades más sagradas e importantes. Si bien otras instituciones, tales como la Iglesia y la escuela, pueden ayudar a los padres a “[instruir] al niño [o a la niña] en su camino” (Proverbios 22:6), esta responsabilidad descansa, en última instancia, en los padres. Según el gran plan de felicidad, son los buenos padres a quienes se confía el cuidado y el desarrollo de los hijos de nuestro Padre Celestial.

En nuestra extraordinaria mayordomía como padres, existen muchas maneras mediante las cuales los buenos padres pueden tener acceso a la ayuda y al apoyo que necesitan para enseñar el evangelio de Jesucristo a sus hijos. Permítanme sugerir cinco cosas que los padres pueden hacer para crear culturas familiares más fuertes:

Primero, los padres pueden orar con fervor para pedirle a nuestro Padre Eterno que los ayude a amar, comprender y guiar a los hijos que Él les ha enviado.

Segundo, pueden llevar a cabo la oración familiar, el estudio de las Escrituras, las noches de hogar, y comer juntos con tanta frecuencia como sea posible, convirtiendo la hora de la cena en un tiempo de comunicación y enseñanza de valores.

Tercero, los padres pueden beneficiarse plenamente de la red de apoyo de la Iglesia, comunicándose con los maestros de sus hijos en la Primaria, con los líderes de los jóvenes y con las presidencias de clase y de quórum. Al comunicarse con aquellos que han sido llamados y apartados para trabajar con sus hijos, los padres pueden proporcionar un conocimiento fundamental de las necesidades especiales y específicas del niño.

Cuarto, con frecuencia los padres pueden compartir su testimonio con sus hijos, hacer que se comprometan a guardar los mandamientos de Dios, y prometerles las bendiciones que nuestro Padre Celestial promete a Sus hijos fieles.

Quinto, podemos organizar a nuestras familia basándonos en reglas y expectativas familiares claras y sencillas, en tradiciones y ritos familiares sanos, y en una “economía familiar” donde los hijos tengan responsabilidades en el hogar y ganen cierta cantidad de dinero a fin de que aprendan a hacer un presupuesto, a ahorrar y a pagar el diezmo del dinero que ganen.

Esas sugerencias para crear *culturas familiares* más fuertes funcionan en armonía con la cultura de la Iglesia. Nuestras culturas familiares fortalecidas serán una protección para



nuestros hijos contra “los ardientes dardos del adversario” (1 Nefi 15:24) integrados en la cultura de su grupo de amistades, las culturas del entretenimiento y de las celebridades, las culturas del crédito y de tener derecho a todo, y las culturas del internet y de los medios de comunicación a los que constantemente se ven expuestos. Las culturas familiares fuertes ayudarán a nuestros hijos a “vivir en el mundo” y a “no ser del mundo” (Juan 15:19).

El presidente Joseph Fielding Smith enseñó: “Los padres tienen el deber de enseñar a sus hijos estos principios salvadores del evangelio de Jesucristo, a fin de que sepan por qué se han de bautizar y para que se grabe en su corazón el deseo de continuar guardando los mandamientos de Dios después de que se bauticen, para que puedan volver a Su presencia. Mis buenos hermanos y hermanas, ¿quieren a sus familias y a sus hijos?, ¿quieren ser sellados a su padre y a su madre que los antecedieron...? Si es así, deben empezar la enseñanza desde la cuna. Han de enseñar tanto por el ejemplo como por el precepto”².

La Proclamación acerca de la familia dice lo siguiente:

“El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y de

cuidarse el uno al otro, así como a sus hijos. ‘...herencia de Jehová son los hijos’ (Salmos 127:3). Los padres tienen el deber sagrado de criar a sus hijos con amor y rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, y de enseñarles a amarse y a servirse el uno al otro, a observar los mandamientos de Dios y a ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan...

“...Por designio divino, el padre debe presidir la familia con amor y rectitud y es responsable de proveer las cosas necesarias de la vida para su familia y de proporcionarle protección. La madre es principalmente responsable del cuidado de sus hijos. En estas sagradas responsabilidades, el padre y la madre, como compañeros iguales, están obligados a ayudarse el uno al otro”³.

Creo que es por designio divino que la función de la maternidad se centra en el cuidado y la enseñanza de la próxima generación; pero es maravilloso ver a esposos y esposas que han forjado una verdadera asociación donde armonizan su influencia y se comunican con eficacia acerca de sus hijos y con ellos.

La avalancha de maldad contra nuestros hijos es más sutil y descarada de lo que jamás haya sido. Cuando edificamos una cultura familiar más fuerte se agrega otra capa de protección para nuestros hijos, aislándolos de las influencias del mundo.

Dios bendiga a las buenas madres y a los buenos padres de Sión. Él ha confiado a su cuidado Sus hijos eternos. Como padres, nos asociamos e incluso nos unimos a Dios al llevar a cabo Su obra y gloria entre Sus hijos. Nuestro deber sagrado es esforzarnos por hacer lo mejor que nos sea posible. De ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Carta de L. Tom Perry a su madre para el Día de las Madres, enviada desde Saipán, con fecha 3 de mayo de 1945.
2. Joseph Fielding Smith, en Conference Report, octubre de 1948, pág. 153.
3. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.



Por el élder M. Russell Ballard
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Estar anhelosamente consagrados

Mediante el esfuerzo de muchas manos “anhelosamente consagradas a una causa buena”, se llevan a cabo grandes obras y se aligeran las cargas.

Élder Perry, pienso que usted debe ser la persona de 90 años más joven que haya en toda la Iglesia. Se habrán dado cuenta de cómo prácticamente saltó de la silla.

Mis queridos hermanos y hermanas, cada vez que pruebo un tomate fresco, que haya madurado en la planta, o un jugoso durazno [melocotón] maduro, tomado del árbol, mis pensamientos se remontan a hace 60 años, cuando mi padre tenía una pequeña granja con durazneros en Holladay, Utah. Allí él tenía colmenas para que las abejas polinizaran las flores de durazno, las que luego se convertían en duraznos grandes y deliciosos.

Mi padre quería mucho a sus delicadas abejas y se maravillaba al ver cómo miles de ellas, trabajando juntas, lograban transformar el néctar de las flores de durazno en dulce dorada miel, uno de los alimentos más benéficos de la naturaleza; de hecho, uno de los alimentos que, según los expertos en nutrición, reúne todas las sustancias necesarias para sustentar la vida: enzimas, vitaminas, minerales y agua.

Mi padre siempre trató de que yo participara en su trabajo con las abejas, pero yo prefería dejar que él las cuidara. Sin embargo, desde entonces, he aprendido más acerca de la gran organización que existe en las colmenas, una colonia constituida por unas 60.000 abejas.

Las abejas se sienten impelidas a polinizar, juntar el néctar y condensarlo para producir miel. Es una magnífica obsesión que nuestro Creador

grabó en su estructura genética. Se estima que para producir menos de medio kilo de miel, en la colmena donde hay un promedio de 20.000 a 60.000 abejas, en conjunto tienen que visitar millones de flores y viajar lo que equivale a dar la vuelta al mundo dos veces. En la corta vida de una abeja, de unas semanas a cuatro meses, ésta contribuye a la colmena con tan sólo una doceava parte de una cucharadita de miel.

Aunque parezca insignificante, cuando se compara con la cantidad total, la contribución de una doceava parte de una cucharadita de miel de cada abeja es esencial para la vida de la colmena. Las abejas dependen la una de la otra. Lo que sería un trabajo demasiado abrumador para unas pocas abejas, se vuelve más fácil debido a que todas cumplen fielmente su parte.

La colmena siempre ha sido un importante símbolo en la historia de nuestra Iglesia. En el Libro de Mormón aprendemos que los Jareditas llevaron consigo abejas (véase Éter 2:3) en su viaje hacia las Américas hace miles de años. Brigham Young escogió la colmena como símbolo para alentar e inspirar la energía cooperativa que sería necesaria para que los pioneros transformaran el desierto árido y baldío que rodeaba al Gran Lago Salado en los valles fértiles que tenemos hoy en día. Somos los beneficiarios de su visión y laboriosidad colectivas.





a Dios y a Sus hijos, y cuando este amor se manifieste tangiblemente en millones de actos de bondad cristiana, endulzará y nutrirá al mundo con el néctar que mantiene la vida, y que procede de la fe, la esperanza y la caridad.

¿Qué debemos hacer para llegar a ser como las diligentes abejas y para que esta dedicación forme parte de nuestra naturaleza? Muchos de nosotros asistimos fielmente a las reuniones de la Iglesia y trabajamos arduamente en los llamamientos, especialmente los domingos. Esto, ciertamente, es digno de encomio. Pero, ¿están nuestra mente y nuestro corazón tan anhelosamente consagrados a cosas buenas el resto de la semana? ¿Actuamos de forma rutinaria o realmente estamos convertidos al evangelio de Jesucristo? ¿Cómo tomamos la semilla de fe que se ha nutrido en nuestra mente y la plantamos en la tierra fértil de nuestra alma? ¿Cómo producimos el gran cambio en nuestro corazón que Alma dice que es esencial para nuestra felicidad y paz eternas? (véase Alma 5:12–21).

Recuerden, la miel contiene todos los nutrientes necesarios para sustentar la vida mortal. Y la doctrina y el evangelio de Jesucristo son la única manera de obtener la vida eterna. Sólo cuando nuestro testimonio trascienda lo que está en nuestra mente y se introduzca profundamente en nuestro corazón, será nuestra motivación para amar y servir semejante a la del Salvador. Entonces, y sólo entonces, llegaremos a ser discípulos de Cristo profundamente convertidos y estaremos facultados por el Espíritu para llegar al corazón de nuestro prójimo.

Cuando nuestro corazón ya no esté puesto en las cosas de este mundo, entonces ya no aspiraremos a los honores de los hombres, ni procuraremos satisfacer nuestro orgullo (véase D. y C. 121:35–37). En lugar de ello, adoptamos los atributos cristianos que Jesús enseñó:

- Tenemos benignidad, mansedumbre y longanimidad (véase D. y C. 121:41).

El símbolo de la colmena se encuentra en los interiores y exteriores de muchos de nuestros templos. Este púlpito, donde hoy me encuentro, fue elaborado con la madera de un nogal que creció en el jardín detrás de la casa del presidente Gordon B. Hinckley, y está adornado con imágenes talladas de una colmena.

Todo este simbolismo da testimonio de un hecho: mediante el esfuerzo de muchas manos “anhelosamente [consagradas] a una causa buena” (D. y C. 58:27), se llevan a cabo grandes obras y se aligeran las cargas. Imaginen lo que millones de Santos de los Últimos Días podríamos lograr en el mundo si funcionáramos como una colmena en nuestro compromiso centrado y concentrado en las enseñanzas del Señor Jesucristo.

El Salvador enseñó que el primer y gran mandamiento es:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente...

“Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

“De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas” (Mateo 22:37, 39–40).

Las palabras del Salvador son sencillas pero profundas en significado y de gran importancia. Debemos amar a Dios y cuidar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Imaginen el bien que podríamos hacer en el mundo si todos nos integramos, unidos como discípulos de Cristo, y anhelosa y diligentemente respondemos a las

necesidades de los demás y prestamos servicio a las personas a nuestro alrededor: a nuestras familias, nuestros amigos, nuestros vecinos y conciudadanos.

Como lo indica la epístola de Santiago, el servicio es la verdadera definición de la religión pura (véase Santiago 1:27).

Leemos acerca del servicio que brindan los miembros de la Iglesia en todo el mundo, especialmente la labor humanitaria dispensada en tiempos de crisis, debido a incendios, inundaciones, huracanes y tornados. Ciertamente, estas ayudas de emergencia son muy necesarias y valoradas, y deben continuar, como una manera de llevar las cargas los unos de los otros. Pero, ¿y en nuestra vida diaria?, ¿cuál sería el efecto acumulativo de millones de pequeños actos de compasión, realizados a diario por motivo de nuestro sincero amor cristiano hacia las demás personas? Con el tiempo, esto tendría un efecto transformador en todos los hijos de nuestro Padre Celestial, cuando el amor de Él llegue a ellos por medio de nosotros. En la actualidad, nuestro mundo lleno de problemas necesita este amor de Cristo más que nunca, y lo necesitará aún más en los años venideros.

Estos sencillos actos de servicio diario pueden parecer poca cosa en sí mismos, pero al considerarlos en forma colectiva, llegan a ser como la doceava parte de una cucharadita de miel que aporta una abeja a la colmena. Hay poder en nuestro amor

- Somos bondadosos, sin hipocresía y sin malicia (véase D. y C. 121:42).
- Sentimos caridad para con todos los hombres (véase D. y C. 121:45–46).
- Nuestros pensamientos son siempre virtuosos (véase D. y C. 121:45).
- Ya no tenemos deseos de hacer el mal (véase Mosíah 5:2).
- El Espíritu Santo es nuestro compañero constante y la doctrina del sacerdocio destila sobre nuestra alma como rocío del cielo (véase D. y C. 121:45).

Ahora bien, no estoy promoviendo un fanatismo religioso, ¡todo lo contrario! Simplemente sugiero que demos el siguiente paso lógico en nuestra conversión completa al evangelio de Cristo, asimilando en nuestro corazón y en nuestra alma sus doctrinas, para que actuemos y vivamos consecuentemente y con integridad, lo que profesamos creer.

Esta integridad simplifica nuestra vida y nos hace más sensibles al Espíritu y a las necesidades de los demás. Nos brinda gozo y paz, la clase de gozo y paz que recibimos cuando nos

arrepentimos de nuestros pecados y seguimos al Salvador, guardando Sus mandamientos.

¿Cómo realizamos este cambio? ¿Cómo inculcamos este amor de Cristo en nuestro corazón? Existe una sencilla práctica diaria que puede establecer la diferencia en cada miembro de la Iglesia, incluso en ustedes, niños y niñas, jóvenes y jovencitas, adultos solteros y ustedes, padres y madres.

Esta práctica sencilla consiste en lo siguiente: Cada mañana, en sus oraciones, pidan al Padre Celestial que los guíe a reconocer una oportunidad para servir a uno de Sus preciados hijos. Luego, vayan durante el día con el corazón lleno de fe y amor, buscando a quien ayudar. Manténganse centrados en esto, como las abejas se centran en las flores, de las que extraen el néctar y el polen. Si lo hacen, aumentará su sensibilidad espiritual y descubrirán oportunidades de servicio que nunca antes pensaron que eran posibles.

El presidente Thomas S. Monson enseñó que, en muchos casos, el Padre Celestial responde las oraciones de otra persona por medio de

nosotros, de ustedes y de mí; mediante nuestras palabras y acciones bondadosas, por medio de nuestros sencillos actos de servicio y amor.

Y el presidente Spencer W. Kimball dijo: “Dios nos tiene en cuenta y vela por nosotros; pero por lo general, es por medio de otra persona que atiende a nuestras necesidades. Por lo tanto, es vital que nos prestemos servicio unos a otros en el reino” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Spencer W. Kimball*, 2006, pág. 92).

Yo sé que si hacen esto en casa, en el colegio, en el trabajo y en la Iglesia, el Espíritu los guiará y podrán reconocer a los que necesiten un tipo de servicio en particular que sólo ustedes pueden brindar. Sentirán la inspiración del Espíritu y la maravillosa motivación para ayudar a polinizar el mundo con el amor puro de Cristo y con Su evangelio.

Y recuerden que, al igual que la doceava parte de la cucharadita de miel que aporta la abeja a la colmena, si multiplicamos nuestros esfuerzos por decenas de miles, e incluso por millones de esfuerzos inspirados para compartir el amor de Dios por Sus hijos mediante el servicio cristiano, habrá un efecto combinado del bien que traerá la luz de Cristo a este mundo cada vez más en tinieblas. Unidos, traeremos amor y compasión a nuestra propia familia, a los que están solos, a los pobres, los afligidos y a aquellos hijos de nuestro Padre Celestial que están buscando la verdad y la paz.

Es mi humilde oración, hermanos y hermanas, que en nuestras oraciones diarias pidamos la inspiración para hallar a alguien a quien podamos proporcionar algún servicio significativo, incluso el servicio de compartir la verdad del Evangelio y nuestro testimonio. Que al final de cada día podamos decir: “Sí” en respuesta a la pregunta: “¿En el mundo acaso he hecho hoy a alguno favor o bien?” (*Himnos*, N° 141).

Ésta es la obra de Dios. Que podamos estar dedicados a ella con tanta fidelidad como lo están las abejitas a su labor, lo ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Ciudad de México, México



Por el élder Larry Echo Hawk
De los Setenta

“Venid a mí, oh casa de Israel”

En la medida en que vayamos al Salvador, Jesucristo, y purifiquemos nuestro corazón, seremos los instrumentos para que se cumplan las poderosas promesas del Libro de Mormón.

Serví como voluntario en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos durante la guerra de Vietnam. Poco después de llegar a Quántico, Virginia, para recibir entrenamiento básico, me hallé en posición de firme frente a mi litera, en nuestro barracón, junto con otros 54 reclutas del Cuerpo de Marines. Conocí a nuestro oficial instructor, un veterano duro y aguerrido, cuando abrió la puerta del barracón de una patada y entró vociferando una sarta de palabras blasfemas.

Tras esa aterradora presentación, comenzó por un extremo del barracón a confrontar a cada recluta con preguntas. Sin excepción, el oficial instructor encontró minuciosamente algo con que ridiculizar a cada recluta, dando voces y con lenguaje soez. Poco a poco se acercaba por el pasillo mientras cada marine respondía a gritos el obligado “Sí” o “No, mi sargento”. Yo no lograba ver con exactitud qué estaba haciendo porque se nos había mandado estar en posición de firme y con la vista al frente. Cuando llegó mi turno, me di cuenta de que tomé la bolsa de lona con mis pertenencias

y la vació sobre el colchón que estaba a mis espaldas. Revisó mis cosas y caminó hasta situarse frente a mí. Me preparé para el ataque. Él tenía en sus manos mi ejemplar del Libro de Mormón. Yo esperaba oír sus gritos; pero, en vez de ello, se acercó lentamente y me susurró: “¿Eres mormón?”

Tal y como nos habían mandado, le grité: “Sí, mi sargento”.

De nuevo me preparé para lo peor. Sin embargo, hizo una pausa y levantó la mano en la que sostenía mi Libro de Mormón, y con una voz muy apacible, dijo: “¿Crees en este libro?”

Nuevamente grité: “Sí, mi sargento”.

A ese punto, yo estaba convencido de que iba a empezar a gritar y a menospreciar a los mormones y al Libro de Mormón, pero permaneció allí, de pie, en silencio. Después de un momento, regresó a mi litera y, con mucho cuidado, depositó el Libro de Mormón. Acto seguido, me pasó de largo sin detenerse y continuó ridiculizando y menospreciando a los demás reclutas con blasfemias.

A menudo me he preguntado por qué ese día aquel tosco sargento del

Cuerpo de Marines no me dijo nada, pero agradezco el haber sido capaz de decir sin vacilar: “Sí, soy miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días” y “Sí, sé que el Libro de Mormón es verdadero”. Este testimonio es un don preciado que recibí por medio del Espíritu Santo con la ayuda de dos misioneros y el asesor de mi quórum de presbíteros.

Cuando tenía 14 años, dos misioneros, Lee Pearson y Boyd Camphuysen, enseñaron a mi familia el Evangelio restaurado de Jesucristo, y yo me bauticé. Dos años después, el asesor de mi quórum de presbíteros, Richard Boren, me desafió a leer el Libro de Mormón. Acepté el reto, y cada noche leí un mínimo de 10 páginas hasta que lo terminé.

En la portada leí que fue “escrito a los lamanitas, quienes son un resto de la casa de Israel, y también a los judíos y a los gentiles”. En la introducción del Libro de Mormón: Otro Testamento de Jesucristo, dice que los lamanitas “se encuentran entre los antepasados de los indios de las Américas”. Al leer el Libro de Mormón, me parecía que se refería a mis antepasados indígenas; relata la historia de un pueblo, parte del cual se le describió más tarde como “lamanitas”, que emigró de Jerusalén a la “tierra de promisión” (1 Nefi 2:20) alrededor del año 600 A.C. Es un registro de la relación de Dios con estos antiguos pobladores que habitaron en algún lugar del continente americano, e incluye un relato del ministerio de Jesucristo entre ellos después de Su resurrección. Los pasajes del Libro de Mormón sugieren que, con el tiempo, fueron dispersados por todo el continente americano y por las islas de los mares cercanos (véase Alma 63:9–10). Sus profetas predijeron que, con el tiempo, multitudes de gentiles llegarían a esta tierra de promisión y que la ira de Dios descendería sobre los lamanitas, quienes serían esparcidos, afligidos y casi destruidos (véase 1 Nefi 13:10–14).

Mi bisabuelo, Echo Hawk, un indio pawnee, nació a mediados del siglo diecinueve en la región que hoy se conoce como Nebraska. Cuando tenía



19 años, el pueblo pawnee se vio obligado a entregar 9,3 millones de hectáreas de su tierra natal, para que los colonos se establecieran. En 1874 se obligó al pueblo pawnee a emprender una marcha varios centenares de kilómetros al sur, a una pequeña reserva situada en el Territorio Indio de Oklahoma. El número de indios pawnee había disminuido de 12.000 a menos de 700 al llegar a Oklahoma. Los pawnee, al igual que otras tribus, habían sido esparcidos, afligidos y casi destruidos.

El Libro de Mormón contiene un mensaje especial para los descendientes de los lamanitas, que son un resto de la casa de Israel. Nefi expresó este mensaje al interpretar la visión que su padre tuvo de los últimos días: “Y en aquel día el resto

de los de nuestra posteridad sabrán que son de la casa de Israel, y que son el pueblo del convenio del Señor; y entonces sabrán y llegarán al conocimiento de sus antepasados, y también al conocimiento del evangelio de su Redentor, que él ministró a sus padres. Por tanto, llegarán al conocimiento de su Redentor y de los principios exactos de su doctrina, para que sepan cómo venir a él y ser salvos” (1 Nefi 15:14).

El Libro de Mormón es un libro sagrado de Escrituras que contiene la plenitud del Evangelio sempiterno. El profeta José Smith escribió que “el Libro de Mormón [es] el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión; y que un hombre se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos que los de

cualquier otro libro” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 67). Por lo tanto, su mensaje es para todas las personas del mundo.

Cuando leí el Libro de Mormón por primera vez a los 17 años, me concentré en la promesa de Moroni: “Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo” (Moroni 10:4).

Al arrodillarme en oración, recibí un poderoso testimonio espiritual de que el Libro de Mormón es verdadero; dicho testimonio me ha ayudado a trazar el curso que he seguido en la vida.

Insto a todas las personas a leer El Libro de Mormón: Otro Testamento de Jesucristo.

En especial, pido al remanente de la casa de Israel, los descendientes de los pueblos del Libro de Mormón, dondequiera que se hallen, que lean y releen el Libro de Mormón. Conozcan las promesas que el Libro de Mormón contiene. Sigán las enseñanzas y el ejemplo de Jesucristo. Hagan convenios con el Señor, y cúmplalos. Procuren la guía del Espíritu Santo, y síganla.

Concluyo con las palabras de Amalekí, otro profeta del Libro de Mormón: “Y ahora bien, mis amados hermanos, quisiera que viniéseis a Cristo, el cual es el Santo de Israel, y participaseis de su salvación y del poder de su redención. Sí, venid a él y ofrecedle vuestras almas enteras como ofrenda, y continuad ayunando y orando, y perseverad hasta el fin; y así como vive el Señor, seréis salvos” (Omni 1:26).

Al acudir a nuestro Salvador Jesucristo y purificar nuestro corazón, seremos instrumentos para el cumplimiento de las poderosas promesas del Libro de Mormón. De ello testifico en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Robert C. Gay
De los Setenta

¿Qué recompensa dará el hombre por su alma?

Debemos abandonar todos nuestros pecados, grandes o pequeños, para recibir del Padre la recompensa de la vida eterna.

En una ocasión, el Salvador preguntó a Sus discípulos: “¿Qué recompensa dará el hombre por su alma?”¹.

Ésta es una pregunta en la cual hace años mi padre me enseñó a reflexionar detenidamente. Mientras crecía, mis padres me asignaban tareas en la casa y me daban dinero por ese trabajo. A menudo utilizaba ese dinero, un poco más de 50 centavos a la semana, para ir al cine. En aquel entonces, una entrada al cine costaba 25 centavos para un niño de once años. Me quedaba con 25 centavos para gastar en golosinas, que costaban 5 centavos cada una. ¡Una película y cinco golosinas! No podía haber algo mejor que eso.

Todo iba bien hasta que cumplí los doce años. Una tarde mientras estaba en la fila, me di cuenta de que el precio de la entrada para un niño de doce años era 35 centavos, y eso significaba dos golosinas menos. Sin estar muy dispuesto a hacer ese sacrificio,

pensé para mis adentros: “Tienes el mismo aspecto que hace una semana”. Me acerqué y pedí la entrada de 25 centavos. El cajero ni se inmutó y yo compré mis cinco golosinas de siempre en vez de tres.

Encantado con mi logro, más tarde corrí a casa para contarle a mi papá sobre mi gran hazaña. Mientras le contaba los detalles, él no dijo nada. Cuando terminé, simplemente me miró y dijo: “Hijo, ¿venderías tu alma por una moneda?”. Sus palabras traspasaron mi joven corazón; ésa es una lección que nunca he olvidado.

Años más tarde, me encontré haciendo la misma pregunta a un poseedor del Sacerdocio de Melquisedec menos activo. Era un hombre maravilloso que amaba a su familia; sin embargo, no había ido a la Iglesia por muchos años. Tenía un hijo con talento que jugaba en un equipo de deportes de primera clase que viajaba a otros lugares, y que practicaba y jugaba los domingos. Ese equipo

había ganado muchos campeonatos importantes. Al reunirnos, le recordé que, como poseedor del sacerdocio, se le prometió que si magnificaba el juramento y el convenio del sacerdocio, recibiría “todo lo que [nuestro] Padre tiene”². Entonces le pregunté: “¿Vale un campeonato nacional más que todo lo que tiene el Padre?”. Con suavidad dijo: “Entiendo”, y concertó una cita para ir a ver a su obispo.

Hoy en día es muy fácil quedar atrapado en las cosas del mundo, a pesar de nuestras buenas intenciones. El mundo nos empuja a “traspasar lo señalado”³. Hace poco alguien me preguntó: “¿Realmente importa una copa?”. ¿Se dan cuenta de que es una pregunta del adversario? Caín preguntó: “¿Quién es el Señor, para que tenga que conocerlo?”⁴, y luego perdió su alma. Al excusarnos de los pecados menores, Satanás triunfa. Por una botella de leche⁵, un nombre mal escrito⁶, un plato de guisado⁷, se han cambiado primogenituras y herencias.

Al considerar los cambios que hacemos por una moneda o un campeonato nacional en nuestra vida, podemos justificar nuestras acciones, como Caín, o asegurarnos de que nos sometemos a la voluntad de Dios. La pregunta a considerar no es si hacemos cosas que necesitamos corregir, porque siempre las hacemos. Más bien es: ¿“desmayaremos” ante lo que se nos pide que hagamos para hacer la voluntad del Padre o lo “acabaremos”?⁸.

Al Señor le complace nuestra rectitud, pero nos pide un arrepentimiento y sumisión constantes. En la Biblia leemos que fue un joven rico que obedecía los mandamientos quien se arrodilló ante el Salvador y le preguntó qué debía hacer para tener la vida eterna, y que se alejó entristecido cuando el Salvador dijo: “Una cosa te falta... vende todo lo que tienes”⁹.

Sin embargo, fue otro hombre rico y mundano, el principal rey lamanita, el padre de Lamoni, que también hizo la misma pregunta sobre la vida eterna; dijo: “¿Qué haré para nacer de Dios, desarraigando de mi pecho este espíritu inicuo, y recibir el Espíritu de



Dios?... Abandonaré mi reino a fin de recibir este gran gozo”¹⁰.

¿Se acuerdan de la respuesta que el Señor le dio al rey por medio de Su siervo Aarón? “Si te arrepientes de todos tus pecados y te postras ante Dios e invocas con fe su nombre, creyendo que recibirás, entonces obtendrás la esperanza que deseas”¹¹.

Cuando el rey comprendió el sacrificio requerido, se humilló, se postró, y oró: “¡Oh Dios!... abandonaré todos mis pecados para conocerte”¹².

Éste es el cambio que el Salvador nos pide: el abandonar todos nuestros pecados, grandes o pequeños, para recibir la recompensa del Padre de la vida eterna. Hemos de olvidar las historias para justificarnos, las excusas, las racionalizaciones, los mecanismos de defensa, los aplazamientos, las apariencias, el orgullo personal, los pensamientos que juzgan a los demás, y el hacer las cosas a nuestra manera. Debemos separarnos de todo lo mundano y tomar sobre nosotros la imagen de Dios en nuestros rostros¹³.

Hermanos y hermanas, recuerden que este mandato es más que simplemente no hacer lo malo. Con un enemigo activo nosotros también debemos actuar y no permanecer en un “insensible estupor”¹⁴. Tomar la imagen de Dios sobre nosotros significa servirnos mutuamente. Hay pecados de comisión y de omisión, y debemos vivir por encima de los dos.

Mientras servía como presidente de misión en África, se me enseñó para siempre esta gran verdad. Me dirigía a una reunión cuando vi a un niño pequeño solo y llorando histéricamente a un lado de la carretera. Una voz en mi interior me dijo: “Detente y ayuda al niño”. Tan pronto como escuché esa voz, en una fracción de segundo razoné: “No puedes detenerte. Vas a llegar tarde. Eres la autoridad que preside y no puedes llegar tarde”.

Al llegar al centro de reuniones, escuché la misma voz diciendo otra vez: “Ve a ayudar a ese niño”. Le di las llaves de mi auto a un miembro llamado Afasi y le pedí que me trajera

al niño. Unos 20 minutos más tarde, sentí un golpecito en mi hombro, el niño estaba fuera.

Tenía unos 10 años. Nos enteramos de que su padre había muerto y que su madre estaba en la cárcel. Vivía en la zona más pobre de Accra con alguien que lo cuidaba, le daba de comer y un lugar donde dormir. A cambio de ello, él vendía pescado seco en las calles. Pero, ese día después de la venta ambulante, al meter la mano en el bolsillo, descubrió que tenía un agujero; había perdido todo el dinero ganado. Afasi y yo supimos de inmediato que si volvía sin el dinero, lo llamarían mentiroso; lo más probable era que lo golpearan y lo arrojaran a la calle. Había sido en aquel momento de alarma cuando lo había visto por primera vez. Lo calmamos, reemplazamos el dinero perdido y lo llevamos de vuelta a la persona que lo cuidaba.

Mientras viajaba a casa esa noche, me di cuenta de dos grandes verdades. Primero, supe como nunca antes que Dios se acuerda de cada uno de



integridad de mi corazón, les dejo mi testimonio de que esta iglesia es la Iglesia verdadera de Dios, que nuestro Salvador está a la cabeza de ella y la dirige a través de Su profeta escogido. En el nombre de Jesucristo. Amén ■

NOTAS

1. Mateo 16:26.
2. D. y C. 84:38.
3. Jacob 4:14.
4. Moses 5:16.
5. Una botella de leche entera (con crema) fue el centro de un conflicto entre la esposa de Thomas B. Marsh y la señora Harris, quienes habían acordado combinar sus recursos y hacer queso. Cuando la señora Harris descubrió que la señora Marsh no incluía la crema en la leche sino que la guardaba para sí, la señora Harris se quejó, y las mujeres contendieron. Thomas Marsh llevó el asunto ante el obispo, quien se puso de parte de la señora Harris. Pasó del obispo al sumo consejo, y a la Primera Presidencia; todos acordaron que la señora Marsh estaba equivocada. Esto abrió una brecha entre Thomas Marsh y las Autoridades Generales. Poco después, Thomas Marsh declaró ante un juez de Misuri que los mormones eran hostiles hacia el Estado de Misuri. (Véase George A. Smith, "Discourse", *Deseret News*, 16 de abril de 1856, pág. 44.)
6. Cuando el profeta José Smith extendió el llamamiento a Simonds Ryder para servir como misionero, Ryder se dio cuenta de que su nombre se había escrito "Rider" en la revelación impresa. Se ofendió, y eso lo llevó a la apostasía y con el tiempo, a que participara untando brea y colocando plumas al Profeta. Ryder no sabía que, por lo general, José Smith dictada las revelaciones a sus escribientes y no tomaba parte en la ortografía (véase Milton V. Backman Jr., *The Heavens Resound: A History of the Latter-day Saints in Ohio, 1830–1838*, 1983, págs. 93–94; Donald Q. Cannon y Lyndon W. Cook, editores, *Far West Record: Minutes of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 1830–1844*, 1983, pág. 286.)
7. En Génesis 25 aprendemos que Esaú vende su primogenitura a Jacob por un "plato de pan y del guisado de las lentejas" (versículo 34).
8. Véase D. y C. 19:18–19.
9. Véase Marcos 10:21–22.
10. Alma 22:15.
11. Alma 22:16.
12. Alma 22:18.
13. Véase Alma 5:14–19.
14. Alma 60:7.
15. Véase Marcos 1:18.
16. Mateo 18:11.
17. Jacob 1: 8.
18. D. y C. 58:27.
19. Véase Lucas 15:11–32.
20. Véase José Smith-Historia 1:15–16.
21. Neal A. Maxwell, *Deposition of a Disciple* 1976, pág. 88.
22. Véase D. y C. 19:38.

nosotros y que nunca nos abandonará; y segundo, sabía que siempre debemos escuchar la voz del Espíritu dentro de nosotros e ir "al instante"¹⁵, a dondequiera que nos lleve, a pesar de nuestros temores o de cualquier inconveniencia.

Un día, los discípulos le preguntaron al Salvador quién era el mayor en el reino de los cielos. Él les dijo que debían convertirse, ser humildes y sumisos como niños pequeños. Luego dijo: "...el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido"¹⁶. Con esa sola frase Él definió nuestra misión. Hemos de ir al rescate de los que están perdidos, los últimos y los menos importantes. No es suficiente evitar el mal debemos "[sufrir] su cruz"¹⁷, y estar "anhelosamente consagrados"¹⁸ en ayudar a otros a convertirse. Con compasión y amor abrazamos al pródigo¹⁹, respondemos al llanto de los huérfanos que lloran histéricamente, a las súplicas de aquellos que están en obscuridad y desesperación²⁰, y a los ruegos afligidos de familiares en necesidad. "Satanás no necesita que todos sean como Caín o como Judas", dijo el

élder Neal A. Maxwell. "Él sólo debe lograr que hombres capaces... se vean a sí mismos como personas sofisticadas y neutrales"²¹.

Al final de una reciente conferencia de estaca, un jovencito se me acercó y me preguntó: "¿Me ama Dios?". Es mi deseo que nuestra vida de servicio afirme que Dios no abandona a nadie.

En cuanto a la pregunta: "¿Qué dará el hombre a cambio de su alma?", Satanás desearía que vendiéramos nuestra vida por las golosinas y los campeonatos de este mundo. El Salvador, sin embargo, nos llama, sin precio, para que cambiemos nuestros pecados, para tomar sobre nosotros Su imagen y que la llevemos al corazón de aquellos que estén a nuestro alcance. Por ello podemos recibir todo lo que Dios tiene, que se nos dice que es más grande que todos los tesoros combinados de la tierra²². ¿Se imaginan?

En un reciente viaje a Nicaragua, observé una placa en la humilde casa de una familia que visitamos; decía: "Mi testimonio es mi posesión más preciada". Así es para mí. Mi testimonio es el tesoro de mi alma, y con la



Por el élder Scott D. Whiting
De los Setenta

La norma de los templos

Las altas normas para la construcción de templos que usa la Iglesia son un modelo y un símbolo de la forma en que deberíamos vivir.

Cuando hace poco recorrí el hermoso Templo de Brigham City, Utah, recordé una experiencia que tuve cuando fui el coordinador del programa de puertas abiertas de la rededicación y la celebración cultural del histórico Templo de Laie, Hawaii.

Pocos meses antes de que se completara la extensa renovación, me invitaron a recorrer el templo con el director ejecutivo del Departamento de Templos, el élder William R. Walker, y sus colegas de ese departamento. Además, también había varios integrantes de la compañía constructora. El objetivo del recorrido era, en parte, evaluar el progreso y la calidad del trabajo realizado. Al momento del recorrido, se había completado alrededor de un 85 por ciento de la obra.

Al avanzar por el templo, observaba y escuchaba al élder Walker y sus colegas mientras inspeccionaban la obra y conversaban con el contratista encargado. De vez en cuando, veía que un hombre pasaba la mano por las paredes mientras íbamos de un salón a otro. Varias veces, después de hacerlo, se frotaba las yemas de los

dedos, se acercaba al contratista y le decía: “Esta pared está áspera, y la aspereza no concuerda con las normas para el templo. Tendrán que volver a lijarla y pulirla”. El contratista anotaba cada observación sin replicar.

Al llegar a una parte del templo que pocas personas llegarían a ver, ese mismo hombre nos detuvo y dirigió nuestra atención hacia una hermosa ventana de vidrio empalmado, que acababan de colocar. La ventana medía unos 60 cm de ancho por 1,80 m de alto y tenía un motivo geométrico con pequeños vidrios de colores incrustados. Señaló un cuadrado de 5 cm de vidrio de color que componía un motivo sencillo y dijo: “Ese cuadrado está torcido”. Miré el cuadrado y, para mí, estaba colocado perfectamente. Sin embargo, al usar un instrumento de medición para inspeccionarlo mejor, vi que había un fallo: el cuadrado realmente estaba torcido 3 mm. Entonces se le dieron instrucciones al contratista de que esa ventana tenía que cambiarse, pues no cumplía con las normas del templo.

Admito que me sorprendió que hubiera que cambiar toda la ventana

sólo por un defecto tan pequeño y casi imperceptible. Sin duda, era poco probable que alguien supiera o incluso notara esa ventana, ya que se encontraba en un lugar poco concurrido del templo.

Ese día, al volver del templo a casa, reflexioné sobre lo que aprendí de esa experiencia, o más bien, lo que pensaba que había aprendido. No fue hasta varias semanas después, cuando me invitaron a recorrer el templo terminado, que entendí con más claridad la experiencia del recorrido anterior.

Al entrar en el completamente renovado Templo de Laie, Hawaii, me maravilló la hermosura y la calidad de la obra terminada. Entenderán mi interés al acercarme a las paredes “ásperas” y a la ventana “defectuosa”. ¿Habría vuelto a lijar y pulir las paredes el contratista? ¿Realmente habría cambiado la ventana? Al llegar a las paredes ásperas, me sorprendió el hermoso empapelado que ahora viste las paredes. Lo primero que pensé fue: “Así es como el contratista solucionó la aspereza: la tapó”. Pero no; me enteré de que el plan siempre había sido colocar papel en esas paredes. Me preguntaba por qué importaba la casi imperceptible aspereza si la cubriría el papel. Luego me acerqué ansioso al lugar donde se encontraba la ventana defectuosa y me asombró ver una maceta con una hermosa planta que llegaba hasta el techo, justo frente a la ventana. Una vez más, pensé: “Así es como el contratista remedió el cuadrado torcido: lo escondió”. Al acercarme, separé las hojas de la planta y sonreí al ver que realmente habían cambiado la ventana. El antes torcido cuadrado ahora estaba derecho y alineado con el motivo de vidrio. Me enteré de que siempre había sido parte del diseño interior tener la planta frente a esta ventana.

¿Por qué habrían de requerir trabajo adicional, e incluso remplazo, una pequeña aspereza y una ventana con una diminuta asimetría, siendo que tan pocas manos humanas las notarían, o incluso, pocas personas las verían? ¿Por qué se le exigían



normas tan altas al contratista?

Al salir del templo sumido en mis pensamientos, hallé mi respuesta al mirar el exterior restaurado y ver estas palabras: “Santidad al Señor, la Casa del Señor”.

Los templos de esta Iglesia son exactamente lo que se declara de ellos. Estos edificios sagrados se construyen para nuestro uso, y dentro de sus paredes se efectúan ordenanzas sagradas y salvadoras. Pero no debe cuestionarse a quién pertenece la casa. Al exigir normas minuciosas de construcción hasta en el detalle más pequeño, no sólo mostramos amor y respeto al Señor Jesucristo, sino que demostramos a todos que honramos y adoramos a Aquél a quien pertenece la casa.

En la revelación dada al profeta José Smith para que se edificara el

Templo de Nauvoo, el Señor dijo:

“Venid, vosotros, con todo vuestro oro, vuestra plata, vuestras piedras preciosas y todas vuestras antigüedades; y con todos aquellos que tengan conocimiento de antigüedades... y traigan... los árboles preciosos de la tierra;

“...y edificad una casa a mi nombre, para que en ella more el Altísimo”¹.

Esto está de acuerdo con el modelo establecido por el rey Salomón del Antiguo Testamento cuando edificó un templo para el Señor usando únicamente los mejores materiales y mano de obra². En la actualidad, aún seguimos este modelo, con la moderación apropiada, al construir los templos de la Iglesia.

Aprendí que, aunque los ojos y las manos de las personas quizás nunca

vean ni sientan defecto alguno, el Señor sabe cuánto nos esforzamos y si hemos hecho lo mejor que podíamos o no. Lo mismo se aplica a nuestro esfuerzo personal por llevar una vida digna de las bendiciones del templo. El Señor aconsejó:

“Y si mi pueblo me edifica una casa en el nombre del Señor, y no permite que entre en ella ninguna cosa inmunda para profanarla, mi gloria descansará sobre ella.

“Sí, y mi presencia estará allí, porque vendré a ella; y todos los de corazón puro que allí entren verán a Dios.

“Mas si fuere profanada, no vendré a ella, ni mi gloria estará allí; porque no entraré en templos inmundos”³.

Como el contratista, cuando descubrimos aspectos de nuestra vida que no concuerdan con las enseñanzas del

Señor, cuando no nos hemos esforzado al máximo, debemos actuar con prontitud a fin de corregir cualquier fallo, y reconocer que no podemos esconder nuestros pecados del Señor. Debemos recordar que “cuando intentamos encubrir nuestros pecados... he aquí, los cielos se retiran; [y] el Espíritu del Señor es ofendido”⁴.

También aprendí que las altas normas para la construcción de templos que usa la Iglesia son un modelo y un símbolo de la forma en que deberíamos vivir. De manera individual, podemos aplicarnos las enseñanzas que el apóstol Pablo impartió a la Iglesia primitiva cuando dijo:

“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

“Si alguno profanare el templo de Dios, Dios le destruirá a él, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es”⁵.

Todos fuimos hechos con los materiales más finos, y somos el resultado milagroso de una obra divina. Sin embargo, al pasar de la edad de responsabilidad y entrar en el campo de batalla del pecado y la tentación, nuestro propio templo puede necesitar renovación y reparación. Quizás en nuestro interior haya paredes ásperas que deban pulirse o ventanas del alma que tengan que remplazarse a fin de permanecer en lugares santos. Afortunadamente, aunque luchamos para alcanzarla, la norma del templo que se nos pide cumplir no incluye la perfección, sino el guardar los mandamientos y hacer nuestro mejor esfuerzo por vivir como discípulos de Jesucristo. Es mi ruego que procuremos llevar una vida digna de las bendiciones del templo al dar lo mejor de nosotros, hacer las mejoras necesarias y eliminar los fallos e imperfecciones para que el Espíritu de Dios siempre pueda morar en nosotros. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. D. y C. 124:26–27.

2. Véase 1 Reyes 6–7.

3. D. y C. 97:15–17.

4. D. y C. 121:37.

5. 1 Corintios 3:16–17; véase también el versículo 19.



Por el élder Neil L. Andersen

Del Quórum de los Doce Apóstoles

La prueba de vuestra fe

Al igual que el fuego intenso que transforma el metal en acero, si permanecemos fieles durante los fuegos de prueba de nuestra fe, somos espiritualmente refinados y fortalecidos.

Hace diez años, cuando mi esposa Kathy y yo vivíamos en São Paulo, Brasil, el presidente David Marriott presidía la Misión Brasil São Paulo Interlagos. Él, su esposa Neill, y sus hijos Will, Wesley y Trace vivían cerca de nosotros. Ellos habían dejado su hogar, su negocio y a muchos familiares a fin de responder al llamado del profeta de servir en una misión.

El presidente Marriott me llamó una tarde. A su preciada y recta hija Georgia, de 21 años, que cursaba el último año de estudios de violín en la Universidad de Indiana, la había atropellado un camión cuando regresaba en bicicleta de una reunión en la Iglesia. Los primeros informes decían que ella estaba bien, pero horas más tarde, su condición empeoró considerablemente.

La familia y los amigos empezaron a ayunar y a orar por un milagro para Georgia. Su madre viajó toda la noche en avión desde Brasil. Al llegar a Indiana al día siguiente, la esperaban otros hijos mayores que entre lágrimas le explicaron que habían estado con Georgia en el momento que había muerto.

Observé a la familia Marriott en el momento de esa experiencia y en los

meses y años subsiguientes. Lloraron, oraron, hablaron de Georgia, sintieron inmenso dolor y tristeza, pero su fe no vaciló. Durante la sesión de esta mañana, hemos escuchado de una fe similar en la hermosa vida de las familias Bowen y Wilberger¹.

El don de la fe es un valioso legado espiritual. “...ésta es la vida eterna”, oró Jesús, “que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”².

Nuestra fe se centra en Dios, nuestro Padre, y en Su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor; y la refuerza nuestro conocimiento de que la plenitud del Evangelio se ha restaurado en la tierra, de que el Libro de Mormón es la palabra de Dios, y de que los profetas y apóstoles hoy en día poseen las llaves del sacerdocio. Atesoramos nuestra fe, nos esforzamos por fortalecerla, oramos por aumentarla, y hacemos todo lo posible por protegerla y defenderla.

El apóstol Pedro describió algo a lo que llamó una “prueba de vuestra fe”³. Él la había experimentado. Recuerden las palabras de Jesús:

“Simón... Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo;

“pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte”⁴.



Pedro más tarde alentó a los demás: “...no os asombréis”, dijo, “del fuego de prueba que os ha sobrevenido para ponerlos a prueba, como si alguna cosa extraña os aconteciese”⁵.

Esos fuegos de prueba tienen como fin hacernos más fuertes, pero tienen el potencial de disminuir o incluso destruir nuestra confianza en el Hijo de Dios y debilitar nuestra determinación de guardar las promesas que le hemos hecho. Muchas veces, esas pruebas están camufladas, lo que dificulta que podamos reconocerlas. Se arraigan en nuestras debilidades, nuestras vulnerabilidades, nuestras susceptibilidades o en aquellas cosas que para nosotros son importantes. Una prueba real pero manejable para una persona puede ser una prueba de fuego para otra.

¿Cómo permanecen “firmes e inmovibles”⁶ durante una prueba a su fe? Se concentran en las cosas específicas que edificaron su núcleo de fe: ejercitan fe en Cristo, oran, meditan en las Escrituras, se arrepienten, guardan los mandamientos y prestan servicio a los demás.

Cuando se enfrentan a una prueba a la fe, no importa lo que hagan, ¡no se alejen de la Iglesia! El distanciarse del reino de Dios durante una prueba a la fe es semejante a salir de un refugio subterráneo en el preciso momento en que se aproxima un tornado.

El apóstol Pablo dijo: “...ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino

conciudadanos con los santos, y miembros de la familia de Dios”⁷. Es dentro del santuario de la Iglesia que protegemos nuestra fe. Al reunirnos con otras personas que son creyentes, oramos y recibimos respuestas a nuestras oraciones, adoramos por medio de la música, compartimos el testimonio del Salvador, nos prestamos servicio unos a otros y sentimos el Espíritu del Señor. Participamos de la Santa Cena, recibimos las bendiciones del sacerdocio y asistimos al templo. El Señor dijo: “...en sus ordenanzas se manifiesta el poder de la divinidad”⁸. Cuando se enfrentan con una prueba de su fe, permanezcan dentro de la protección y seguridad de la familia de Dios. Siempre hay un lugar para ustedes aquí. No hay prueba que sea tan grande que no podamos superarla juntos⁹.

El presidente Thomas S. Monson dijo: “Las normas morales de la sociedad han cambiado a gran velocidad. Comportamientos que antes se consideraban inapropiados e inmorales ahora... muchísimas personas los consideran aceptables”¹⁰.

Hay muchos adultos solteros en la Iglesia que han sobrepasado los primeros años de la edad adulta. Aunque su vida actual es diferente de lo que habían esperado, guardan la ley de castidad¹¹. Puede ser la prueba de su fe, y expreso nuestro profundo respeto y admiración por esos discípulos de Cristo.

“Dios ha mandado que los sagrados poderes de la procreación han de emplearse sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados como esposo y esposa”¹². En el Nuevo Testamento, el Salvador elevó la norma moral de Sus seguidores cuando declaró: “...cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón”¹³. Nos enseñó a no condenar a los demás, pero Él no tuvo miedo de hablar de manera directa. Él dijo: “...vete, y no peques más”¹⁴.

Nuestra familia tiene una amiga. Ustedes probablemente conozcan a alguien como ella, o quizás sean como ella; siempre fiel, sirve noblemente en la Iglesia, es admirada en su profesión, su familia la adora y, aunque esperaba casarse y tener hijos, es soltera. Ella dijo: “Tomé la decisión de poner mi confianza en Jesucristo. El ir al templo con frecuencia me ayuda a centrarme en lo eterno. Tengo fe en... que no se me negará ninguna bendición... si permanezco fiel a mis convenios, incluyendo la ley de castidad”¹⁵.

Otro amigo sirvió en una misión de manera extraordinaria, seguida de una rigurosa capacitación académica. Él esperaba tener una familia. La prueba de su fe: sentimientos de atracción hacia personas del mismo sexo. Recientemente me escribió: “En mi bendición patriarcal se me hace la promesa de que algún día tendré mi propia familia. Si va a ser en esta vida

o en la siguiente, no lo sé... Pero lo que sí se, es que no quiero hacer nada que ponga en peligro las bendiciones que Dios ha prometido, tanto a mí como a mi futura posteridad... El vivir [la ley de castidad] es un desafío pero, ¿no vinimos a la tierra para afrontar desafíos y mostrarle a Dios nuestro amor y respeto al guardar Sus mandamientos? Soy bendecido con buena salud, el Evangelio, una familia amorosa y amigos fieles. Estoy agradecido por mis muchas bendiciones”¹⁶.

El mundo exclama en protesta: “¿Cómo puedes exigir tanto?”. El Señor responde:

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos...”

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”¹⁷.

Estos dos seguidores de Cristo y decenas de miles como ellos han sentido la promesa del Salvador: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo”¹⁸.

He aquí otra prueba. Siempre ha habido aquellos que desean desacreditar a la Iglesia y destruir la fe. Hoy en día usan el internet.

Alguna información sobre la Iglesia, no importa cuán convincente parezca ser, simplemente no es verdad. Recuerdo a un colega que entró a mi oficina en Florida, en 1985. Llevaba un artículo de la revista *Time*, titulado “Se ponen en tela de juicio las raíces del mormonismo”. Hablaba de una carta que hacía poco se había descubierto, supuestamente escrita por Martin Harris, que se oponía al relato de José Smith sobre el hallazgo de las planchas del Libro de Mormón¹⁹.

Mi colega preguntó si esa nueva información destruiría a la Iglesia Mormona. El artículo citaba a un hombre que dijo que iba a dejar la Iglesia debido a ese documento. Más tarde, otros supuestamente dejaron la Iglesia²⁰. Estoy seguro de que fue una prueba de su fe.

Unos meses después, expertos descubrieron (y el falsificador confesó) que la carta era todo un fraude. Recuerdo que sinceramente tuve la esperanza de que aquellos que habían dejado la Iglesia a causa de ese engaño encontrarán el camino de regreso.

Algunas personas ponen en duda su fe cuando encuentran una declaración que un líder de la Iglesia ha hecho hace décadas y que parece estar en desacuerdo con nuestra doctrina. Hay un importante principio que gobierna la doctrina de la Iglesia. Todos los quince miembros de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce enseñan la doctrina; no está escondida en un oscuro párrafo de un discurso. Muchos enseñan con frecuencia principios verdaderos; nuestra doctrina no es difícil de encontrar.

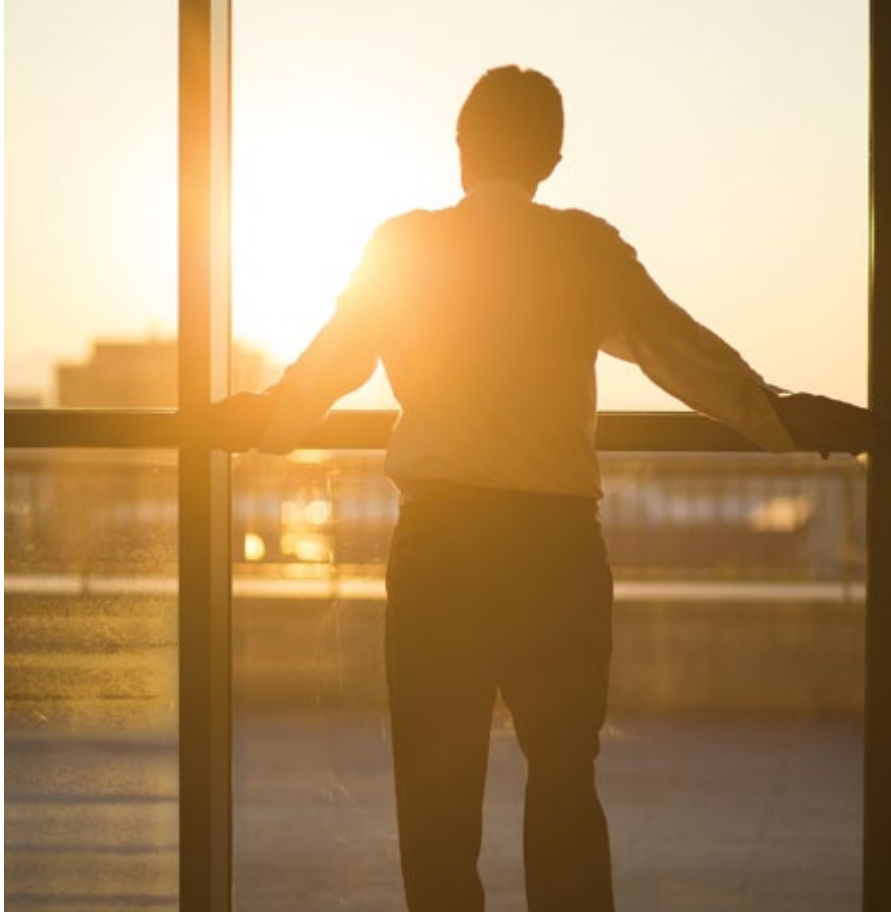
Los líderes de la Iglesia son hombres honrados pero imperfectos. Recuerden las palabras de Moroni: “No me condenéis por mi imperfección, ni a mi padre... más bien, dad gracias a Dios que os ha manifestado nuestras imperfecciones, para que aprendáis a ser más sabios de lo que nosotros lo hemos sido”²¹.

José Smith dijo: “Nunca les dije que fuera perfecto, pero no hay error en las relevaciones”²². El milagro de la mano de Dios en la historia y el destino de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días sólo se comprende mediante el lente de la investigación espiritual. El presidente Ezra Taft Benson dijo: “A la larga, [toda persona] se enfrenta a la pared de la fe, y allí debe tomar una decisión”²³. ¡No se sorprendan cuando les suceda a ustedes!

Por definición, las pruebas son difíciles; habrá angustia, confusión, noches en vela y almohadas mojadas con lágrimas; pero nuestras pruebas no tienen que ser espiritualmente fatales, no tienen que alejarnos de nuestros convenios ni de la familia de Dios.

“Recordad... que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento, para que cuando el diablo lance sus impetuosos vientos, sí, sus dardos en el torbellino, sí, cuando todo su granizo y furiosa tormenta os azoten, esto no tenga poder para arrastraros al





abismo de miseria y angustia sin fin, a causa de la roca sobre la cual estáis edificados, que es un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán”²⁴.

Al igual que el fuego intenso que transforma el metal en acero, si permanecemos fieles durante los fuegos de prueba de *nuestra* fe, somos espiritualmente refinados y fortalecidos.

El élder D. Todd Christofferson explicó lo que aprendió de una prueba personal: “Aunque en aquel entonces sufrí, ahora estoy agradecido de que no hubo una solución rápida a mi problema. El hecho de que me viera forzado a volverme a Dios para que me ayudara casi a diario por un prolongado periodo de varios años, me enseñó verdaderamente cómo orar para obtener respuestas a mis oraciones, y me enseñó de una manera práctica a tener fe en Dios. Llegué a conocer a mi Salvador y a mi Padre Celestial de un modo y hasta un punto que no hubiera logrado de otra forma, o que me hubiera llevado mucho más tiempo en conseguirlo... aprendí a confiar en el Señor con todo mi corazón. Aprendí a andar con Él día a día”²⁵.

Pedro describió estas experiencias como “mucho más [preciosas] que el oro”²⁶. Moroni agregó que el testimonio sigue a “la prueba de [nuestra] fe”²⁷.

Comencé con el relato de la familia Marriott. La semana pasada, Katy y yo nos juntamos con ellos en la tumba de Georgia. Han pasado diez años. Los familiares y amigos hablaron del amor y de los recuerdos que tienen de ella. Había globos blancos llenos de helio para celebrar la vida de la joven. Entre lágrimas, la madre habló tiernamente del aumento de la fe y de un mayor entendimiento que ha recibido, y el padre calladamente me contó del testimonio prometido que ha recibido.

Con la fe, vienen pruebas de fe, que traen mayor fe. La seguridad reconfortante del Señor al profeta José Smith es la misma promesa que el Señor les ofrece a ustedes en la prueba de su fe: “...persevera..., no temas... porque Dios estará contigo para siempre jamás”²⁸. De esto doy mi sagrado testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Shayne M. Bowen, “...porque yo vivo, vosotros también viviréis”, y Ann M.

- Dibb, “Lo sé. Lo vivo. Me encanta.”, durante la sesión del sábado por la mañana de la Conferencia General de octubre de 2012.
- Juan 17:3.
- 1 Pedro 1:7.
- Lucas 22:31–32.
- 1 Pedro 4:12; cursiva agregada.
- Alma 1:25.
- Efesios 2:19.
- D. y C. 84:20.
- Véase Mosiah 18:8–10.
- Thomas S. Monson, “Permaneced en lugares santos”, *Liahona*, noviembre de 2011, pág. 82.
- Véase Ezra Taft Benson, “The Law of Chastity”, *New Era*, enero de 1988, págs. 4–7; “The Law of Chastity”, Discursos de la *Universidad Brigham Young, 13 de octubre de 1987, 1987–88 Speeches*, 1988, págs. 1–5; speeches.byu.edu; véase también *Principios del Evangelio*, 2009, págs. 249–257.
- “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
- Mateo 5:28.
- Juan 8:11.
- Carta en archivo, 2012.
- Carta en archivo, 2012.
- Isaías 55:8–9.
- Juan 14:27.
- Véase Richard N. Ostling, “Challenging Mormonism’s Roots”, *Time*, 20 de mayo de 1985, pág. 44.
- Véase Gordon B. Hinckley, “Padre, aumenta nuestra fe”, *Liahona*, enero de 1988, pág. 51.
- Mormón 9:31.
- Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 555.
- Ezra Taft Benson, “El Libro de Mormón es la palabra de Dios”, *Liahona*, agosto de 1975, pág. 42.
- Helamán 5:12.
- D. Todd Christofferson, “Reconocer la mano de Dios en nuestras bendiciones diarias”, *Liahona*, enero de 2012, pág. 27.
- 1 Pedro 1:7; véase también 1 Pedro 4:13.
- Éter 12:6.
- Doctrina y Convenios 122:9; el presidente George Q. Cannon dijo: “No importa cuán difícil sea la prueba, cuán profunda la zozobra, cuán grande la aflicción, [Dios] nunca nos abandonará; nunca lo ha hecho y nunca lo hará. No puede hacerlo, ya que ése no es Su carácter. Él es un ser incambiable; es el mismo ayer, el mismo hoy, y será el mismo durante las eras eternas por venir. Hemos encontrado a ese Dios; lo hemos hecho nuestro amigo al obedecer Su evangelio; y Él estará a nuestro lado. Quizás pasemos por el horno ardiente; tal vez pasemos por aguas profundas, pero no seremos consumidos ni abrumados. Saldremos de esas pruebas y dificultades siendo mejores y más puros debido a ellas, si tan sólo confiamos en nuestro Dios y guardamos Sus mandamientos” (“Remarks”, *Deseret Evening News*, Mar. 7, 1891, 4); véase también Jeffrey R. Holland, “Come unto Me”, *Ensign*, abril de 1998, págs. 16–23).



Por el élder Dallin H. Oaks
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Proteger a los niños

Ninguno debería resistirse a la súplica de que nos unamos para aumentar nuestra preocupación por el bienestar y el futuro de nuestros hijos: la nueva generación.

Todos podemos recordar nuestros sentimientos cuando un niño nos ha pedido ayuda. Un amoroso Padre Celestial nos da esos sentimientos para impulsarnos a ayudar a Sus hijos. Les pido que recuerden esos sentimientos a medida que hablo acerca de nuestra responsabilidad de proteger y actuar a favor del bienestar de los niños.

Hablo desde la perspectiva del evangelio de Jesucristo, lo que incluye Su plan de salvación. Ése es mi llamamiento. Los líderes locales de la Iglesia tienen la responsabilidad de una sola jurisdicción, como un barrio o una estaca, pero un apóstol tiene la responsabilidad de dar testimonio al mundo entero. En toda nación y en toda raza y credo, todos los niños son hijos de Dios.

Aunque no hablo en términos de política o de normas públicas, al igual que otros líderes eclesiásticos, no puedo hablar del bienestar de los niños sin analizar también las decisiones que toman los ciudadanos, los funcionarios públicos y los trabajadores de organizaciones privadas. Todos estamos bajo el mandato del Salvador de amarnos y cuidarnos el uno al otro y, en especial, a los más débiles e indefensos.

Los niños son muy vulnerables. Tienen poco o ningún poder para protegerse o asegurar su sustento, y poca influencia en lo mucho que es vital para su bienestar. Los niños necesitan que otros hablen por ellos, y necesitan personas que tomen decisiones poniendo el bienestar de ellos por delante de los intereses egoístas de los adultos.

I.

A nivel mundial, nos impactan los millones de niños que son víctimas de los delitos y el egoísmo de los adultos.

En algunos países devastados por la guerra, los niños son secuestrados para servir como soldados en los ejércitos.

Un informe de las Naciones Unidas estima que cada año, más de dos millones de niños son víctimas de la prostitución y la pornografía¹.

Desde la perspectiva del plan de salvación, uno de los abusos más graves a los niños es negarles su nacimiento. Ésta es una tendencia mundial. La tasa de natalidad nacional en los Estados Unidos es la más baja en 25 años², y los índices de natalidad en la mayoría de países europeos y asiáticos han estado por debajo del nivel de reemplazo durante muchos años. Esto no es sólo una cuestión religiosa. A

medida que las nuevas generaciones disminuyen en número, las culturas, e incluso las naciones, se deshabitan y con el tiempo desaparecen.

Una de las causas de la disminución de la tasa de natalidad es la práctica del aborto. A nivel mundial, se estima que hay más de 40 millones de abortos por año³. Muchas leyes permiten e incluso promueven el aborto, pero para nosotros esto es un gran mal. Otros abusos que los niños sufren durante el embarazo son los daños fetales que derivan de una inadecuada nutrición de la madre o del consumo de drogas.

Existe una trágica ironía en la multitud de niños lesionados o eliminados antes de nacer, mientras que una multitud de parejas estériles anhelan y procuran adoptar un bebé.

Los abusos infantiles o el abandono de niños que ocurren después del nacimiento son más visibles públicamente. A nivel mundial, casi ocho millones de niños mueren antes de cumplir los cinco años, la mayoría por enfermedades tanto tratables como prevenibles⁴; y la Organización Mundial de la Salud informa que uno de cada cuatro niños no se desarrolla como debe en su crecimiento, tanto mental como físico, debido a una inadecuada nutrición⁵. Al vivir y viajar a otros países, nosotros, los líderes de la Iglesia, vemos mucho de eso. La Presidencia General de la Primaria informa que hay niños que viven en condiciones “que superan nuestra imaginación”. Una madre en las Filipinas dijo: “A veces no tenemos dinero suficiente para comprar alimentos; pero está bien, porque me da la oportunidad de enseñar a mis hijos acerca de la fe. Nos reunimos y oramos para pedir ayuda, y los niños ven que el Señor nos bendice”⁶. En Sudáfrica, una maestra de la Primaria conoció a una niña, triste y sola. Respondiendo en voz apenas perceptible a preguntas amorosas, ella contestó que no tenía madre, padre, ni abuela, sólo el abuelo para cuidarla⁷. Tragedias como ésta son comunes en un continente donde muchos de los que tienen niños a su cargo han muerto de SIDA.

Incluso en las naciones ricas, los niños y los jóvenes se ven afectados por el abandono. Los niños que crecen en la pobreza tienen una atención médica inferior, así como oportunidades educativas deficientes. También están expuestos a ambientes peligrosos en su entorno físico y cultural, incluso por la negligencia de sus padres. El élder Jeffrey R. Holland hace poco compartió la experiencia de un agente de policía miembro de nuestra Iglesia. En una investigación encontró a cinco niños pequeños acurrucados juntos tratando de dormir sin ropa de cama en el suelo sucio de una casa, donde su madre y otras personas estaban tomando alcohol y de fiesta. En el apartamento no había comida para aliviar su hambre. Después de poner a los niños en una cama improvisada, el agente se arrodilló y oró pidiendo protección para ellos. Mientras caminaba hacia la puerta, uno de ellos, de unos seis años, lo siguió, lo agarró de la mano, y le suplicó: “Por favor, adópteme”⁸.

Recordamos la enseñanza de nuestro Salvador cuando puso a un niño pequeño ante Sus seguidores y declaró:

“Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe.

“Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno y que se le hundiese en lo profundo del mar” (Mateo 18:5-6).

Si tenemos en cuenta los peligros de los que los niños deben ser protegidos, también debemos incluir el abuso psicológico. Los padres o encargados de los niños, los maestros o compañeros que degraden, intimiden o humillen a los niños o a los jóvenes, pueden ocasionar un daño más permanente que una lesión física. El hacer que un niño o joven se sienta sin valor, con falta de amor o no deseado, puede causar una herida grave y de larga duración en su bienestar emocional y en su desarrollo⁹. Los jóvenes que sufren una condición excepcional, incluso la atracción hacia personas

del mismo sexo, son particularmente vulnerables y necesitan una amorosa comprensión, y no la intimidación ni la exclusión¹⁰.

Con la ayuda del Señor, podemos arrepentirnos y cambiar, y ser más afectuoso y atentos con los niños, tanto con los nuestros como con los que nos rodean.

II.

Pocos son los ejemplos de amenazas físicas o emocionales a los niños tan importantes como las que se derivan de la relación que tienen con los padres o tutores. El presidente Thomas S. Monson ha hablado de lo que él llamó los “viles” actos de abuso a menores, donde uno de los padres ha lesionado o deformado a un hijo, física o emocionalmente¹¹. Sentí gran dolor al estudiar la impactante evidencia de estos casos durante mi servicio en la Corte Suprema de Utah.

Es de suma importancia para el bienestar de los hijos si sus padres se han casado, la naturaleza y la duración del matrimonio y, más ampliamente, la cultura y las expectativas de matrimonio y del cuidado infantil en donde viven. Dos eruditos en el tema de la familia explican: “A lo largo de la historia, el matrimonio ha sido, en primer lugar, una institución para la procreación y la crianza de los hijos. Ha proporcionado el lazo cultural que pretende conectar al padre con sus hijos al vincularlo a la madre de sus hijos. Sin embargo, en los últimos tiempos, cada vez más los hijos han sido desplazados del centro del escenario”¹².

Un profesor de derecho de Harvard describe la actual ley y actitud hacia el matrimonio y el divorcio: “La [actual] actitud en Estados Unidos acerca del matrimonio, según consta en la ley y en gran parte de la literatura popular, es más o menos así: el matrimonio es una relación que existe principalmente para la realización individual de cada uno de los cónyuges. Si deja de cumplir esa función, nadie tiene la culpa y cualquiera de los cónyuges podrá darlo por terminado a voluntad propia... Los hijos apenas aparecen en escena, la mayoría de ellos son personajes ambiguos que quedan en segundo plano”¹³.

Nuestros líderes de la Iglesia han enseñado que el ver “al matrimonio como un simple contrato que se puede firmar cuando se desee... y romper a la primera dificultad... es un mal que merece una severa condena”, especialmente cuando se “hace sufrir a los hijos”¹⁴. Y los hijos sí se ven afectados por el divorcio. En uno de estos años recientes, más de la mitad de los divorcios incluían a parejas con hijos menores¹⁵.

Muchos hijos podrían haber tenido la bendición de ser criados por ambos padres, si tan sólo los padres hubieran seguido esta enseñanza inspirada en la proclamación sobre la familia: “El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y de cuidarse el uno al otro, así como a sus hijos.... Los padres tienen el deber sagrado de criar a sus hijos con amor y rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, y de enseñarles a amarse y a servirse el uno al otro”¹⁶. La enseñanza más poderosa a los hijos se





da mediante el ejemplo de sus padres. Los padres que se divorcian, inevitablemente enseñan una lección negativa.

Ciertamente hay casos en que el divorcio es necesario para el bien de los hijos, pero esas circunstancias son excepcionales¹⁷. En la mayoría de los litigios matrimoniales, los padres contendientes deben dar mayor peso a los intereses de los hijos. Con la ayuda del Señor, pueden hacerlo. Los hijos necesitan la fuerza emocional y personal que viene al ser criados por los dos padres que están unidos en su matrimonio y en sus objetivos. Como alguien que fue criado por una madre viuda, sé por experiencia propia que esto no siempre se puede lograr, pero es el ideal que se debe buscar siempre que sea posible.

Los niños son las primeras víctimas de las leyes actuales que permiten el llamado “divorcio sin culpa” o de mutuo acuerdo. Desde el punto de vista de los hijos, el divorcio es demasiado fácil. Resumiendo décadas de investigación en ciencias sociales, un erudito minucioso concluyó que “la estructura familiar que produce los mejores resultados para los hijos, en promedio,

son dos padres biológicos que permanecen casados”¹⁸. Un escritor del periódico *New York Times* señaló “el sorprendente hecho de que aun cuando el matrimonio tradicional ha disminuido en los Estados Unidos... la evidencia ha aumentado en cuanto a la importancia de la institución para el bienestar de los hijos”¹⁹. Esa realidad debería ser una guía importante para los padres y futuros padres en sus decisiones relacionadas con el matrimonio y el divorcio. También necesitamos que los políticos, legisladores y funcionarios pongan más atención a lo que es mejor para los hijos, en contraste con los intereses egoístas de los votantes y defensores vocales de los intereses de los adultos.

Los niños también son víctimas de los matrimonios que no se llegan a producir. Pocos datos sobre el bienestar de nuestra nueva generación son más inquietantes que el reciente informe de que el 41 por ciento de todos los nacimientos en los Estados Unidos fueron de mujeres que no estaban casadas²⁰. Las madres solas tienen inmensos desafíos, y es clara la evidencia de que sus hijos están en

una desventaja significativa en comparación con los hijos criados por un padre y una madre casados²¹.

La mayoría de los hijos nacidos de madres solas —un 58 por ciento— nacieron de parejas que estaban cohabitando²². Sea cual sea la opinión que tengamos sobre el que estas parejas renuncien al matrimonio, los estudios muestran que los hijos sufren significativas desventajas en comparación con otros niños²³. Para los hijos, la estabilidad del matrimonio sí importa.

Debemos suponer las mismas desventajas para los niños criados por parejas del mismo sexo. La literatura de las ciencias sociales es controvertida y cargada de política en cuanto al efecto a largo plazo de ello en los niños, sobre todo porque, como observó un escritor del *New York Times*: “el matrimonio entre dos personas del mismo sexo es un experimento social y, como en la mayoría de los experimentos, se necesitará tiempo para comprender sus consecuencias”²⁴.

III.

He hablado a favor de los niños, los niños de todo el mundo. Puede que



ciertas personas rechacen algunos de estos ejemplos, pero ninguno debería resistirse a la súplica de que nos unamos para aumentar nuestra preocupación por el bienestar y el futuro de nuestros hijos: la nueva generación.

Estamos hablando de los hijos de Dios y, con Su poderosa ayuda, podemos hacer más para ayudarlos. En esta súplica, me dirijo no sólo a los Santos de los Últimos Días, sino también a todas las personas de fe religiosa y a otros que tienen un sistema de valores que los lleva a subordinar sus propias necesidades a las de otros, en especial al bienestar de los niños²⁵.

Las personas religiosas también son conscientes de las enseñanzas del Salvador en el Nuevo Testamento, de que los niños pequeños y puros son nuestro modelo de humildad y docilidad:

“De cierto os digo que si no os volvéis, y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

“Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos” (Mateo 18:3–4).

En el Libro de Mormón leemos acerca del Señor resucitado enseñando

a los nefitas que deben arrepentirse y ser bautizados y volverse “como un niño pequeñito”, o no podrán heredar el reino de Dios (3 Nefi 11:38; véase también Moroni 8:10).

Ruego que nos humillemos como niños pequeños y protejamos a nuestros niños, porque ellos son el futuro, para nosotros, para nuestra Iglesia y para nuestras naciones. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase UNICEF, *The State of the World's Children 2005: Childhood under Threat*, 2004, pág. 26.
2. Véase Haya El Nasser, “National Birthrate Lowest in 25 Years,” *USA Today*, 26 de julio de 2012, pág. A1.
3. Véase Gilda Sedgh y otros, “Induced Abortion: Incidence and Trends Worldwide from 1995 to 2008,” *The Lancet*, tomo 379, N° 9816, 18 de febrero de 2012, págs. 625–632.
4. Véase UNICEF, “Young Child Survival and Development”, <http://www.unicef.org/childsurvival/index.html>.
5. Véase World Health Organization (Organización Mundial de la Salud), *World Health Statistics, 2012*, págs. 109, 118.
6. Informe de la Presidencia General de la Primaria, 13 de septiembre de 2012.
7. Informe de la Presidencia General de la Primaria.
8. Véase Jeffrey R. Holland, “Israel, Jesús os llama”, Charla fogueñera para jóvenes

adultos del Sistema Educativo de la Iglesia, 9 de septiembre de 2012, lds.org/broadcasts; véase también R. Scott Lloyd, “Zion Not Only Where, but How We Live, Says Elder Holland”, *Deseret News*, 10 de septiembre de 2012, B2.

9. Véase Kim Painter, “Parents Can Inflict Deep Emotional Harm”, *USA Today*, 30 de julio de 2012, B8; Rachel Lowry, “Mental Abuse as Injurious as Other Forms of Child Abuse, Study Shows”, *Deseret News*, 5 de agosto de 2012, A3.
10. Véase “End the Abuses”, *Deseret News*, 12 de junio de 2012, A10.
11. Thomas S. Monson, “Y un niño los pastoreará”, *Liahona*, junio de 2000, pág. 3.
12. W. Bradford Wilcox y Elizabeth Marquardt, eds., *The State of Our Unions: Marriage in America*, 2011, pág. 82.
13. Mary Ann Glendon, *Abortion and Divorce in Western Law: American Failures, European Challenges*, 1987, pág. 108.
14. David O. McKay, “Structure of the Home Threatened by Irresponsibility and Divorce”, *Improvement Era*, junio de 1969, pág. 5.
15. Véase Diana B. Elliott y Tavia Simmons, “Marital Events of Americans: 2009”, *American Community Survey Reports*, agosto de 2011.
16. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre 2010, pág. 129.
17. Véase Dallin H. Oaks, “El divorcio”, *Liahona*, mayo de 2007, pág. 70.
18. Charles Murray, *Coming Apart: The State of White America, 1960–2010*, 2012, pág. 158.
19. Ross Douthat, “Gay Parents and the Marriage Debate”, *New York Times*, 11 de junio de 2012, <http://douthat.blogs.nytimes.com/2012/06/11/gay-parents-and-the-marriage-debate>.
20. Véase Joyce A. Martin, y otros, “Births: Final Data for 2010”, *National Vital Statistics Reports*, tomo 61, N°1, 3 de agosto de 2012, pág. 10.
21. Véase William J. Doherty y otros, *Why Marriage Matters: Twenty-One Conclusions from the Social Sciences*, 2002; W. Bradford Wilcox y otros, *Why Marriage Matters: Thirty Conclusions from the Social Sciences*, 3ra. ed., 2011.
22. Véase Martin, “Births: Final Data for 2010”, págs. 10–11.
23. Véase Wilcox, *Why Marriage Matters*.
24. Douthat, “Gay Parents and the Marriage Debate”. El estudio más reciente y más completo halla significativas desventajas en jóvenes adultos cuando uno de los padres tuvo relaciones con alguien del mismo sexo antes de que el joven cumpliera 18 años (véase Mark Regnerus, “How Different Are the Adult Children of Parents Who Have Same-Sex Relationships? Findings from the New Family Structures Study”, *Social Science Research*, tomo 41, 2012, págs. 752–770).
25. Los Santos de los Últimos Días tienen un especial compromiso en cuanto a la crianza de los hijos como una de las metas más importantes de la vida (véase Pew Research Center’s Forum on Religion and Public Life, *Mormons in America: Certain in Their Beliefs, Uncertain of Their Place in Society*, 12 de enero de 2012, págs. 10, 16, 51).



Por el élder D. Todd Christofferson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Hermanos, tenemos trabajo que hacer

Como hombres del sacerdocio, tenemos una función esencial que desempeñar en la sociedad, en el hogar y en la Iglesia.

Hermanos, en años recientes se ha hablado y escrito mucho sobre los problemas que enfrentan los hombres y los muchachos. Por ejemplo, entre algunos títulos de libros están: *¿Por qué ya no quedan hombres buenos?*, *La desaparición de los varones*, *El fin de los hombres*, *Por qué fracasan los muchachos* y *Cómo hacerse hombre*. Un detalle interesante es que la mayoría de ellos han sido escritos por mujeres. En todo caso, lo que esos análisis tienen en común es que en muchas sociedades actuales, los hombres y los muchachos reciben señales conflictivas y degradantes sobre las funciones y el valor que tienen en la sociedad.

La autora de *Cómo hacerse hombre* lo describió de esta manera: “Una regla casi universal de la civilización ha sido que mientras que las jovencitas se hacían mujeres sencillamente por llegar a la madurez física, los muchachos tenían que pasar una prueba: debían demostrar valor, proezas físicas o dominio de las habilidades imprescindibles. El objetivo era que probaran su capacidad como protectores de mujeres y niños, y ése era siempre su

principal papel social. Sin embargo hoy en día, debido al adelanto de la mujer en una economía avanzada, el que los esposos y padres sean quienes provean el sustento es optativo, y las cualidades de carácter que los hombres debían tener para desempeñar su función, como fortaleza, estoicismo, valor y fidelidad, son obsoletas e incluso un tanto bochornosas”¹.

En su afán por promover oportunidades para la mujer, algo que aplaudimos, hay quienes denigran al hombre y sus contribuciones; parece que consideran la vida como una competencia entre el hombre y la mujer, en la que uno debe dominar al otro; y ahora es el turno de la mujer. Algunos afirman que lo principal es una profesión y que el matrimonio y los hijos deben ser optativos; por lo tanto, ¿para qué necesitamos al hombre?² Hay demasiadas películas de Hollywood, series de televisión y de cable e incluso avisos comerciales que representan al hombre como incompetente, inmaduro o egocéntrico; esa degradación cultural del hombre está causando un efecto dañino.

En Estados Unidos, por ejemplo, se dice que: “Actualmente, la mujer supera al varón en todos los niveles, desde la escuela primaria hasta los niveles de postgrado. Por ejemplo, en el octavo grado sólo el 20 por ciento de los varones son competentes en escritura y 24 por ciento en lectura. Por otra parte, en 2011 los resultados de la prueba de admisión a la universidad para los varones fueron los peores en 40 años. De acuerdo con el Centro Nacional de Estadísticas de Educación (NCES, por su sigla en inglés), los varones tienen un 30 por ciento más de probabilidad que las mujeres de abandonar tanto la secundaria como la universidad... Se calcula que para 2016, las mujeres obtendrán un 60 por ciento de licenciaturas, un 63 por ciento de maestrías y un 54 por ciento de doctorados. Dos tercios de los alumnos que están en programas para repetir materias sin aprobar son varones”³.

Algunos hombres adultos y jóvenes han tomado esas señales negativas como excusa para evitar responsabilidades y no llegan a madurar nunca. En una observación que casi siempre resulta correcta, un profesor universitario comentó: “Los hombres vienen a la clase con sus gorras de béisbol al revés y la [triste] excusa de que ‘la computadora me borró el trabajo’, mientras las mujeres están consultando su agenda y pidiendo recomendaciones para la facultad de derecho”⁴. Una mujer que trabaja como crítica de películas expresó su punto de vista, más bien cínico, diciendo que: “Podemos contar con un hombre, si tenemos suerte y decidimos tener un compañero, para que sea sólo eso: un compañero; alguien que ocupe su espacio y que respete nuestro propio espacio”⁵.

Hermanos, no puede ser así con nosotros. Como hombres del sacerdocio, tenemos una función esencial que desempeñar en la sociedad, en el hogar y en la Iglesia; pero debemos ser hombres en los que la mujer pueda confiar, en los que los niños puedan confiar y en los que Dios pueda confiar. En la Iglesia y el reino



de Dios de éstos, los últimos días, no podemos darnos el lujo de tener muchachos ni hombres que anden a la deriva; no podemos permitirnos tener jóvenes que carezcan de autodisciplina y que vivan sólo para divertirse; no podemos permitirnos tener jóvenes adultos que no tengan un rumbo en la vida, que no piensen seriamente en formar una familia y hacer una verdadera contribución a este mundo; no podemos permitirnos tener esposos y padres que no brinden un liderazgo espiritual en el hogar; no podemos permitir que los que ejercen el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios desperdicien su fortaleza en la pornografía o pasen su vida en el ciberespacio (irónicamente, siendo *del* mundo sin estar *en* el mundo).

Hermanos, tenemos trabajo que hacer.

Jóvenes, ustedes deben aplicarse en los estudios y continuar su educación después de la secundaria. Algunos de ustedes querrán entrar en la universidad y seguir una carrera en los negocios, la agricultura, el gobierno u otras profesiones; otros sobresaldrán en las

artes, la música o la docencia; mientras que otros escogerán una carrera militar o aprender un oficio. Con el correr de los años, varios obreros han trabajado en reformas y reparaciones en mi casa, y he admirado el arduo trabajo y la habilidad de esos hombres. En lo que sea que escojan, es esencial que sean competentes a fin de mantener una familia y contribuir para el bien de su comunidad y de su país.

Hace poco vi un video que muestra un día en la vida de un muchacho de catorce años de India que se llama Amar: se levanta temprano y trabaja en dos empleos, antes y después de la escuela, seis días y medio por semana; lo que gana provee buena parte del sustento de su familia. Después de oscurecer, y al salir de su segundo trabajo, se apresura para regresar a casa en una bicicleta vieja y encuentra la forma de dedicar unas horas a estudiar antes de dejarse caer, como a las once de la noche, en una cama en el suelo entre sus hermanos que ya están dormidos. Aunque no lo conozco, me siento orgulloso de él por su diligencia y valor; con sus recursos

y oportunidades limitados, está haciendo todo el esfuerzo posible, y es una bendición para su familia.

Ustedes, hombres adultos —padres, adultos solteros, líderes, maestros orientadores— sean modelos dignos y ayuden a la nueva generación de jovencitos a llegar a ser hombres; enséñenles aptitudes sociales y otras habilidades: a participar en una conversación, a conocer a los demás y a relacionarse con ellos, la manera de tratar a las mujeres y jovencitas, a prestar servicio, a ser activos y disfrutar del esparcimiento, a dedicarse a pasatiempos sin hacerse adictos, a corregir errores y a tomar mejores decisiones.

Así que, a todos los que me escuchan y dondequiera que este mensaje les llegue, les digo lo que Jehová le dijo a Josué: “Esfuérzate y sé valiente” (Josué 1:6). Anímense y prepárense lo mejor que puedan, sean cuales sean sus circunstancias. Prepárense para ser un buen esposo y padre, prepárense para ser un ciudadano bueno y productivo; prepárense para servir al Señor, cuyo sacerdocio poseen. Estén

donde estén, su Padre Celestial los tiene presentes. No están solos, y tienen el sacerdocio y el don del Espíritu Santo.

De los muchos lugares donde se les necesita, uno de los más importantes es su quórum del sacerdocio. Necesitamos quórumes que proporcionen nutrición espiritual a los miembros los domingos y que también presten servicio. Necesitamos líderes de quórum que se concentren en hacer la obra del Señor y en apoyar a los miembros del quórum y a sus familias.

Piensen en la obra misional. Jóvenes, no tienen tiempo que perder, no pueden esperar hasta que tengan 17 o 18 años para pensar seriamente en prepararse. Los quórumes del Sacerdocio Aarónico pueden ayudar a sus miembros a entender el juramento y convenio del sacerdocio y a prepararse para su ordenación a élderes; pueden ayudarlos a entender las ordenanzas del templo y a prepararse para recibirlas; y pueden ayudarlos a prepararse para cumplir una misión exitosa. Los quórumes del Sacerdocio de Melquisedec y la Sociedad de Socorro pueden ayudar a los padres a preparar misioneros que conozcan el Libro de Mormón y que vayan al campo totalmente comprometidos. Y en todo barrio y rama, esos mismos quórumes pueden ser los que guíen eficazmente el trabajo en equipo con los misioneros de tiempo completo que presten servicio en sus unidades.

Una obra relacionada con todo esto, y que descansa principalmente en los hombros de los poseedores del sacerdocio, es el llamado del Salvador, del cual hace eco el presidente Thomas S. Monson, de rescatar a los que se hayan alejado del Evangelio o se hayan distanciado por alguna razón. Hemos tenido mucho éxito en esa labor, incluyendo el excelente trabajo de parte de los jóvenes. Un quórum del Sacerdocio Aarónico del barrio hispanohablante Río Grande, de Albuquerque, Nuevo México, EE. UU., se reunió en consejo para ver a quiénes podían traer de regreso, y luego fueron en grupo a visitar a cada uno de ellos. Uno dijo: “Cuando

vinieron a mi puerta, me sentí importante”, y otro comentó: “Me alegré porque alguien de verdad quería que fuera a la Iglesia; ahora eso me motiva a ir a la Iglesia”. Cuando los miembros del quórum invitaron a un joven a volver, le pidieron que los acompañara a la próxima visita, y él lo hizo. No sólo lo invitaron a ir a la Iglesia la semana siguiente sino que de inmediato lo hicieron formar parte del quórum.

Otra obra del sacerdocio que constituye un desafío pero que a la vez es motivadora es la de la historia familiar y el templo. Esperen una carta de la Primera Presidencia que les llegará pronto y que les ofrecerá un llamado renovado y una visión más elevada de esa parte esencial de la obra que debemos hacer.

Nuestros quórumes también forman una fraternidad de apoyo mutuo. El presidente Gordon B. Hinckley dijo: “Será un día maravilloso, hermanos, será un día en que se cumplan los propósitos del Señor, cuando nuestros quórumes del sacerdocio se transformen en un ancla de fortaleza para cada uno de sus miembros, cuando todo hombre pueda decir con propiedad: ‘Soy miembro de un quórum del sacerdocio de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Estoy listo para ayudar a mis hermanos en todas sus necesidades, como estoy seguro de que ellos están listos para prestarme ayuda en las mías... Trabajando juntos podremos enfrentarnos, sin vergüenza y sin miedo, a todo viento de adversidad que nos azote, ya sea económico, social o espiritual’”⁶.

A pesar de nuestros esfuerzos, las cosas no siempre siguen el curso que hemos planeado, y un “viento de adversidad” en particular que puede sobrevenir a la vida de un hombre es el desempleo. Un folleto antiguo de la Iglesia sobre bienestar decía: “Un hombre sin empleo tiene importancia especial en la Iglesia porque, privado de su herencia, se encuentra en una prueba como la de Job, una prueba a su integridad. A medida que los días se convierten en semanas, meses e incluso en años de adversidad, el dolor

se hace más profundo... La Iglesia no puede esperar salvar a un hombre el domingo si durante la semana se satisface con ser testigo de la crucifixión de su alma”⁷.

En abril de 2009, Richard C. Edgley, quien era consejero del Obispado Presidente, contó el relato de un quórum ejemplar que se movilizó para auxiliar a uno de sus miembros que había perdido su trabajo:

“El taller mecánico ‘Phil’s Auto’ de Centerville, Utah, es un testimonio de lo que los líderes del sacerdocio y un quórum pueden lograr. Phil era miembro de un quórum de élderes y trabajaba como mecánico en un taller local. Lamentablemente, el taller donde trabajaba Phil atravesó dificultades económicas y tuvieron que despedirlo. Phil estaba desolado por ese giro de los acontecimientos.

“Al enterarse de que Phil había perdido el trabajo, su obispo, Leon Olson, y la presidencia del quórum de élderes, consideraron en oración las maneras en que podrían ayudar a Phil a recobrarlo. Después de todo, él era un compañero y hermano del quórum y necesitaba ayuda. Llegaron a la conclusión de que Phil tenía aptitudes para tener su propio negocio. Uno de los miembros del quórum ofreció un viejo granero que quizás se podría utilizar como taller de reparaciones. Otros miembros del quórum podían ayudar a recolectar las herramientas y los materiales necesarios a fin de equipar el nuevo taller. Casi todos los integrantes del quórum podían, al menos, ayudar a limpiar el viejo granero.

“Compartieron sus ideas con Phil, y luego comunicaron el plan a los miembros del quórum. Se limpió y renovó el granero, se recolectaron las herramientas y se puso todo en orden. ‘Phil’s Auto’ fue todo un éxito, y con el tiempo se mudó a un lugar mejor y más permanente; y todo eso gracias a que los hermanos del quórum de Phil le ofrecieron ayuda en un momento de crisis”⁸.

Por supuesto, a través de los años, los profetas han repetido: “La obra más importante que harán será la que realicen dentro de las paredes de su

propio hogar”⁹. Tenemos mucho que hacer para fortalecer el matrimonio en sociedades que cada vez le quitan más su importancia y propósito. Tenemos mucho que hacer para enseñar a nuestros hijos a “orar y andar rectamente delante del Señor (D. y C. 68:28). Nuestra tarea no es nada menos que ayudar a nuestros hijos a experimentar el potente cambio de corazón o conversión al Señor del que tan elocuentemente se habla en el Libro de Mormón (véase Mosíah 5:1–12; Alma 26). Junto con la Sociedad de Socorro, los quórumes del sacerdocio pueden edificar a los padres y los matrimonios, y los quórumes pueden proporcionar las bendiciones del sacerdocio a las familias que tengan sólo uno de los padres.

Sí, hermanos, tenemos trabajo que hacer. Gracias por los sacrificios que ofrecen y el bien que hacen. Sigán adelante, y el Señor los ayudará. A veces, tal vez no sepan bien qué hacer ni qué decir, pero sigan adelante. Empiecen a actuar y el Señor les asegura que “les será abierta una puerta eficaz desde ahora en adelante” (D. y C. 118:3). Empiecen a hablar, y Él les promete: “... no seréis confundidos delante de los hombres; porque os será dado en la hora, sí, en el momento preciso, lo que habéis de decir” (D. y C. 100:5–6). Es cierto que somos comunes y corrientes e imperfectos en

muchos aspectos, pero tenemos un Maestro perfecto que llevó a cabo una expiación perfecta, y hemos apelado a Su gracia y a Su sacerdocio. A medida que nos arrepintamos y purifiquemos nuestra alma, se nos promete que se nos enseñará y seremos investidos con poder de lo alto (véase D. y C. 43:16).

La Iglesia, el mundo y las mujeres claman por hombres, hombres que estén desarrollando su capacidad y sus talentos, que estén dispuestos a trabajar y hacer sacrificios, que ayuden a los demás a lograr la felicidad y la salvación. Claman: “¡Levantaos, varones de Dios!”¹⁰. Que Dios nos ayude a hacerlo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Kay S. Hymowitz, *Manning Up: How the Rise of Women Has Turned Men into Boys*, 2011, pág. 16.
2. “Cuando se les pregunta a los jóvenes de hoy qué los convertirá en adultos, casi ninguno menciona el matrimonio; lo más probable es que vean asuntos relacionados con el empleo —terminar una carrera, la independencia económica, tener un trabajo de tiempo completo— como señales de haber logrado su meta. El trabajo, la profesión y la independencia son las principales fuentes de identidad actualmente” (Hymowitz, *Manning Up*, pág. 45). La presión que se pone en la mujer para que adopte esos valores en contra del matrimonio es especialmente intensa. Una colaboradora del periódico *Times* de Londres, escribió: “Nadie, ni mis familiares ni mis maestros, me dijo nunca: ‘Sí, por cierto, tal vez también quieras ser esposa

y madre’. Estaban tan resueltos a que siguiéramos un camino nuevo, igualitario y moderno que las históricas ambiciones de generaciones de mujeres de casarse y tener una familia se borrarían intencionalmente de su visión de nuestro futuro” (Eleanor Mills, “Learning to Be Left on the Shelf”, *Sunday Times*, 18 de abril de 2010, www.thetimes.co.uk; en Hymowitz, *Manning Up*, pág. 72). Otra autora de cuarenta y tantos años citó algunas respuestas que recibió por un artículo que había escrito en el que se lamentaba por no haberse casado: “La necesidad que usted tiene de un hombre me disgusta en extremo”, “¡Le hace falta algo de autoestima!”, “Usted ha llevado la codependencia a su nivel más bajo” y “Si cuando crezca mi hija, necesita un hombre la mitad de lo que usted dice necesitarlo, sabré que he hecho algo incorrecto al criarla” (Lori Gottlieb, *Marry Him: The Case for Settling for Mr. Good Enough*, 2010, pág. 55).

Lo bueno es que la mayoría de la gente, incluso los adultos jóvenes instruidos, no se deja llevar por esa publicidad contra el matrimonio y la familia. “De acuerdo con un estudio hecho por un economista de la Universidad de Pensilvania, en Estados Unidos, durante 2008, un 86 por ciento de las mujeres caucásicas con educación universitaria estaban casadas a los 40 años, comparado con un 88 por ciento de las que tenían menos de cuatro años de estudios universitarios. Las cifras para los hombres caucásicos con estudios universitarios era similar: en 2008, 84 por ciento estaban casados a los 40 años. La idea general que, dicho sea de paso, no proviene de ninguna investigación, es que tal vez el matrimonio sea injusto para la mujer; pero las mujeres con estudios universitarios no lo creen así y son el grupo con mayores probabilidades de pensar que ‘las personas casadas son generalmente más felices que las solteras’... La vasta mayoría de los alumnos del primer año universitario (70 por ciento) piensan que el tener una familia es ‘esencial’ o ‘muy importante’ para su futuro” (Hymowitz, *Manning Up*, págs. 173–74).

3. Philip G. Zimbardo y Nikita Duncan, *The Demise of Guys: Why Boys Are Struggling and What We Can Do about It*, 2012, libro electrónico, véase el capítulo “Behind the Headlines”.
4. Barbara Dafoe Whitehead, *Why There Are No Good Men Left: The Romantic Plight of the New Single Woman*, 2003, pág. 67.
5. Amanda Dickson, “‘Hunger Games’ Main Character a Heroine for Our Day”, *Deseret News*, 2 de abril de 2012, www.deseretnews.com.
6. Véase Gordon B. Hinckley, “Los quórumes del sacerdocio en el plan de bienestar”, *Liahona*, febrero de 1978, pág. 125.
7. *Helping Others to Help Themselves: The Story of the Mormon Church Welfare Program*, 1945, pág. 4.
8. Richard C. Edgley, “Ésta es su llamada telefónica”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 54.
9. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2000, pág. 148.
10. “Rise Up, O Men of God”, *Hymns*, N° 323.





Por el obispo Gary E. Stevenson
Obispo Presidente

Sean valientes en cuanto a intrepidez, vigor y actividad

[Sean] valientes en cuanto a intrepidez como dignos poseedores del sacerdocio, tal como lo hicieron los 2.000 soldados jóvenes.

Esta noche me siento particularmente bendecido de hablar como obispo a los jóvenes poseedores del Sacerdocio Aarónico que están reunidos de todas partes del mundo para esta reunión general del sacerdocio. Comparto con ustedes una historia del Libro de Mormón que describe a Helamán y a sus 2.000 soldados jóvenes. En este pasaje se nos revela el carácter de aquellos jóvenes de la antigüedad que pueden servir de inspiración para ustedes, jóvenes de los últimos días. Cito un pasaje predilecto: “Y todos ellos eran jóvenes, y sumamente valientes en cuanto a intrepidez, y también en cuanto a vigor y actividad; mas he aquí, esto no era todo; eran hombres que en todo momento se mantenían fieles”¹. Intrepidez, vigor, actividad y fidelidad. ¡Qué rasgos tan admirables!

Me gustaría concentrarme en el primer rasgo que los describe: “valientes en cuanto a intrepidez”. Para mí, eso define la convicción de esos jóvenes

de hacer lo correcto con valor, o como dice Alma, “ser testigos de Dios en todo tiempo... y en todo lugar”². Los 2.000 soldados jóvenes tuvieron incontables oportunidades de demostrar su valor, y cada uno de ustedes también tendrá momentos decisivos que requerirán valor. Un amigo mío, John, compartió conmigo uno de esos momentos en su vida.

Hace algunos años, John fue aceptado en una prestigiosa universidad japonesa. Él formaba parte del programa de estudiantes internacionales junto a otros alumnos destacados provenientes de todo el mundo. Algunos se inscribieron con la esperanza de aprender más sobre la cultura y el idioma, otros lo consideraban un primer paso para tener una profesión y un empleo en Japón, pero todos habían dejado atrás su hogar para estudiar en un país extranjero.

Poco después de la llegada de John, se corrió la voz entre los estudiantes extranjeros de una fiesta que

se iba a realizar en la azotea de una residencia privada. Esa noche, John y dos amigos fueron a la dirección indicada.

Tras subir por ascensor al piso más alto del edificio, John y sus amigos treparon la angosta escalera que llevaba a la azotea y empezaron a relacionarse con los demás. Al avanzar la noche, el ambiente cambió. Aumentó el ruido, el volumen de la música y el consumo de alcohol, a la vez que aumentaba también la inquietud de John. De repente, alguien empezó a organizar a los estudiantes en un gran círculo con la idea de compartir cigarrillos de marihuana. John frunció el ceño e informó rápidamente a sus dos amigos que era hora de partir. Casi burlándose, uno de ellos le dijo: “John, esto es fácil. Simplemente nos ponemos en el círculo, y cuando sea nuestro turno, lo pasamos en lugar de fumarlo. Así no pasaremos la vergüenza frente a todos por dejar la fiesta”. A John eso le parecía fácil, pero no parecía correcto. Él sabía que tenía que expresar sus intenciones y actuar. En tan sólo un momento se armó de valor y les dijo que hicieran lo que quisieran, pero que él se marchaba. Un amigo decidió quedarse y se integró al círculo; el otro siguió renuente a John bajando por la escalera para subir al ascensor. Para sorpresa de ellos, al abrirse las puertas del ascensor, salieron oficiales de la policía japonesa, quienes treparon rápidamente la escalera hasta la azotea. John y su amigo subieron al ascensor y partieron.

Cuando los policías llegaron al final de la escalera, los estudiantes rápidamente tiraron las drogas ilegales a la calle para que no los pescaran. Pero los oficiales bloquearon la escalera, colocaron a todos en una hilera en la azotea y pidieron a cada estudiante que extendiera ambas manos. Entonces los oficiales caminaron por la fila oliendo detenidamente el dedo gordo y el dedo índice de cada estudiante. Consideraron culpables a todos los que hubieran tocado la marihuana, la hubieran fumado o no; y hubo consecuencias lamentables. Casi sin excepción, los estudiantes que habían

permanecido en la azotea fueron expulsados de sus respectivas universidades, y a los que se hallaron culpables de un delito fueron deportados de Japón. En un solo momento se esfumaron los sueños de educación, los años de preparación y la posibilidad de un futuro empleo en Japón.

Ahora les contaré lo que ocurrió con esos tres amigos. El que permaneció en la azotea fue expulsado de la universidad de Japón a la que tanto trabajo le había costado ser aceptado y tuvo que regresar a casa. El que dejó la fiesta esa noche con John terminó los estudios en Japón y continuó estudiando hasta recibir títulos de dos de las mejores universidades de los Estados Unidos. Su carrera lo llevó de nuevo a Asia, donde ha disfrutado de gran éxito profesional. Hasta el día de hoy le agradece a John su ejemplo de valor. Las consecuencias en la vida de John han sido incalculables. El tiempo que pasó en Japón ese año lo llevó a un matrimonio feliz y después al nacimiento de dos hijos. Ha tenido gran éxito en los negocios y recientemente

pasó a ser profesor en una universidad japonesa. Imagínense lo diferente que habría sido su vida de no haber tenido el valor para dejar la fiesta esa noche tan importante en Japón³.

Jóvenes, habrá momentos en que ustedes, al igual que John, tendrán que demostrar su recto valor a la vista de sus compañeros, lo cual podría resultar en desprecios y burlas. Además, en el mundo de ustedes, las luchas con el adversario también se entablarán en un campo de batalla frente a una discreta y solitaria pantalla. La tecnología, con sus grandes beneficios, también trae consigo desafíos que no tuvieron que afrontar las generaciones que los antecedieron. Una encuesta nacional reciente determinó que los adolescentes de hoy son tentados a niveles alarmantes a diario no sólo en la escuela sino también en el ciberespacio. El estudio reveló que los adolescentes que fueron expuestos a imágenes de personas consumiendo alcohol o drogas en sitios de redes sociales tuvieron de tres a cuatro veces más probabilidades de consumir

alcohol o drogas. Comentando sobre la encuesta, un ex secretario del gabinete de los Estados Unidos aseveró: “La encuesta de este año revela un nuevo y potente tipo de presión social: la presión social digital, la cual se extiende más allá de los amigos y de los conocidos de un joven, e invade el hogar y el dormitorio del niño vía internet”⁴. A menudo la manera de demostrar el valor recto será algo tan sutil como hacer clic o no hacer clic. En *Predicad Mi Evangelio* se enseña a los misioneros: “Lo que usted opte por pensar y hacer cuando está solo y cree que nadie lo observa es una indicación clara de su virtud”⁵. ¡Sean valientes! ¡Sean fuertes! “...permaneced en lugares santos y no seáis movidos”⁶.

Jóvenes, les prometo que el Señor les dará el poder. “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder”⁷. Él recompensará su valentía y su conducta recta con felicidad y gozo. Esa valentía será un resultado de su fe en Jesucristo y en Su expiación, de sus oraciones y de su obediencia a los mandamientos.

El presidente N. Eldon Tanner dijo: “Un solo niño en el patio escolar puede ejercer una gran influencia para bien. Un solo joven en el equipo de fútbol o en la universidad o entre sus compañeros de trabajo, al vivir el Evangelio, honrar el sacerdocio y defender lo correcto, hace un bien incalculable. A menudo serán muy criticados y ridiculizados, aun por los que tienen sus mismas creencias, aunque los respeten por hacer el bien. Pero recuerden que al Salvador mismo lo atormentaron, lo ridiculizaron, lo escupieron y finalmente lo crucificaron porque no cedió en su convicción. ¿Se han puesto a pensar en lo que habría sucedido si se hubiera debilitado y hubiera dicho: ‘Para qué hacer esto?’ y hubiera abandonado su misión? ¿Queremos ser cobardes o queremos ser siervos valientes a pesar de toda la oposición y el mal que hay en el mundo? Tengamos el valor de permanecer de pie y ser contados como discípulos fieles y devotos de Jesucristo”⁸.





Los invito a ser valientes en cuanto a intrepidez como dignos poseedores del sacerdocio, tal como lo hicieron los 2.000 soldados jóvenes. Recuerden que lo que hagan, a dónde vayan y lo que vean determinará quiénes llegarán a ser. ¿Quién desean ser? Lleguen a ser un diácono digno, un maestro digno y un presbítero digno. Fíjense la meta ahora de ser dignos de entrar al templo y de ser dignos de recibir la siguiente ordenanza a la edad indicada, y en su debido tiempo recibir el Sacerdocio de Melquisedec. Éste es un camino de rectitud que requiere la ayuda divina. El Señor dijo: "...En sus ordenanzas se manifiesta el poder de la divinidad"⁹.

Sus padres, los líderes del sacerdocio y las prioridades proféticas que se encuentran en sus libritos *Mi Deber a Dios* y *Para la Fortaleza de*

la Juventud los guiarán a lo largo del camino.

El presidente Thomas S. Monson hace poco aconsejó:

"A fin de [tomar decisiones] sabiamente, se necesita valor, el valor para decir no, y el valor para decir sí...

"Les suplico que tomen la determinación... ahora mismo, de no desviarse del sendero que nos llevará a nuestra meta: la vida eterna con nuestro Padre Celestial"¹⁰.

Así como los 2.000 soldados respondieron al grito de guerra de su líder, Helamán, y se armaron de valor intrépido, ustedes también pueden hacerlo al seguir a su profeta y líder, el presidente Thomas S. Monson.

Mis jóvenes poseedores del Sacerdocio Aarónico, para concluir ofrezco mi testimonio de Dios el Padre y de Jesucristo y las palabras de José Smith:

"Hermanos, ¿no hemos de seguir adelante en una causa tan grande? Avanzad, en vez de retroceder. ¡Valor, hermanos; e id adelante, adelante a la victoria!"¹¹. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Alma 53:20.
2. Mosíah 18:9.
3. Historia personal relatada al autor.
4. Joseph A. Califano, Jr., fundador y director emérito del Centro Nacional de Adicciones y Abuso de Sustancias en la Universidad de Columbia, en un comunicado de prensa sobre la investigación, casacolumbia.org.
5. *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004, pág. 125.
6. D. y C. 87:8.
7. 2 Timoteo 1:7.
8. N. Eldon Tanner, "For They Loved the Praise of Men More Than the Praise of God", *Ensign*, noviembre de 1975, págs. 74-75.
9. D. y C. 84:20.
10. Thomas S. Monson, "Los tres aspectos de las decisiones", *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 68.
11. D. y C. 128:22.



Por el élder Anthony D. Perkins
De los Setenta

Tengan cuidado en cuanto a ustedes mismos

[Manténganse] en el camino del sacerdocio profundizando su conversión y fortaleciendo a su familia... Eviten la tragedia prestando atención a las señales espirituales de "Precaución" que Dios y los profetas han puesto en nuestro camino.

Cuando era joven, nuestra familia viajaba en auto por las Montañas Rocosas de Estados Unidos para visitar a los abuelos. La vía comenzaba en planicies de artemisa, ascendía por empinadas laderas cubiertas de pinos, y finalmente terminaba en alamedas y en la cima de prados desde donde podíamos ver casi hasta el infinito.

Pero ese hermoso camino no era perfectamente seguro. La mayoría se había construido en la ladera de montañas empinadas. Para proteger a los viajeros, los constructores colocaron vallas de contención y carteles que decían: "Cuidado: Zona de derrumbes". Notamos que había buena razón para esas advertencias, pues había piedras y rocas esparcidas a lo largo del lecho del río mucho más abajo del camino. En ocasiones, veíamos autos aplastados al fondo del cañón, la trágica evidencia de conductores que no habían prestado atención.

El juramento y convenio del sacerdocio

Hermanos, cada uno de ustedes ha entrado, o pronto entrará, en el juramento y convenio del Sacerdocio de Melquisedec¹. Ese convenio abarca una gloriosa jornada que comienza con la recepción de los sacerdocios menor y mayor, progresa cuando magnificamos nuestros llamamientos, y asciende continuamente hacia el panorama más grande de Dios hasta que recibimos "todo lo que [el] Padre tiene"².

El sabio diseñador de ese camino celestial ha colocado señales de precaución para nuestro viaje. El juramento y convenio del sacerdocio contiene esta advertencia que lleva a un examen de conciencia: "Y ahora os doy el mandamiento de tener cuidado, en cuanto a vosotros mismos"³.

¿Por qué nos mandaría Dios que tuviéramos cuidado? Él sabe que Satanás es un ser real⁴ que procura arrastrar nuestra alma al abismo de miseria⁵.

Dios también sabe que dentro de los poseedores del sacerdocio hay un "hombre natural"⁶ al acecho que es "propenso a andar errante"⁷. Por tanto, los profetas nos invitan a "despojarnos del viejo hombre"⁸ y ser "de Cristo... revestidos"⁹ mediante la fe, el arrepentimiento, las ordenanzas de salvación y el vivir el Evangelio a diario.

Evitar la tragedia

Al ascender por el camino del sacerdocio, cualquier joven u hombre puede ser abatido si no tiene cuidado. ¿Han quedado sorprendidos y desconsolados por la caída inesperada de un joven ejemplar, un reciente ex misionero, un respetado líder del sacerdocio o un familiar querido?

El relato del Antiguo Testamento de David es un ejemplo trágico del poder del sacerdocio desperdiciado. A pesar de que derrotó a Goliat cuando era joven y vivió rectamente por décadas¹⁰, este profeta y rey aún era espiritualmente vulnerable. En ese momento crucial cuando vio desde la terraza a la hermosa Betsabé bañándose, no había ningún socorrista moral cerca que le gritara: "¡Cuidado, David, no seas insensato!". El no tener cuidado en cuanto a sí mismo¹¹ y el no actuar según las impresiones del Espíritu¹² lo llevaron a perder su familia eterna¹³.

Hermanos, si aun el poderoso David pudo ser apartado del camino a la exaltación, ¿cómo podemos evitar un destino similar?

Las dos vallas de contención de la profunda conversión personal y de las relaciones familiares fuertes nos ayudan a mantenernos en el camino celestial.

Sabiendo esto, Satanás desprende rocas que abaten la conversión y que fracturan a la familia para cruzarse en nuestro camino del sacerdocio. Afortunadamente, Jesucristo y Sus profetas han puesto señales de "precaución" por el camino que constantemente nos advierten del orgullo que abate la conversión¹⁴ y de los pecados que fracturan a la familia, tales como el enojo, la avaricia y la lujuria.

Hace mucho tiempo, Moisés aconsejó: "...cuídate de no olvidarte de



Jehová”¹⁵. En nuestro mundo acelerado y saturado de diversión, los hombres todavía son prontos a “[olvidarse] del Señor... para cometer iniquidad y dejarse llevar por el maligno”¹⁶.

Profundizar la conversión y fortalecer a la familia

Para permanecer a salvo en el camino del sacerdocio entre el alud de rocas de la tentación, recuerdo seis principios fundamentales que profundizan la conversión y fortalecen a la familia.

Primero, el orar siempre abre la puerta a la ayuda divina para “[vencer] a Satanás”¹⁷. Cada vez que Jesús advierte a los poseedores del sacerdocio que se cuiden, “porque Satanás desea [zarandearlos]”, señala la oración como la acción para contrarrestar la tentación¹⁸. El presidente Thomas S. Monson enseñó: “Si alguno de nosotros ha sido lento en prestar atención al consejo de orar siempre, no hay mejor momento para empezar que ahora mismo... Una persona jamás se eleva a mayor altura que cuando está arrodillada orando”¹⁹.

Segundo, el estudio de las Escrituras antiguas y modernas nos conecta

con Dios. El Señor advirtió a los miembros de la Iglesia que “[tuvieran] cuidado de cómo... estiman [a los profetas], no sea que los menosprecien, y con ello incurran en la condenación, y tropiecen y caigan”²⁰. Para evitar esa solemne condenación, debemos leer con diligencia las Escrituras, así como las revistas y los sitios web de la Iglesia que nos permitan “recibir palabras de consejo en una forma íntima y personal por medio del profeta escogido [del Señor]”²¹.

Tercero, el participar dignamente en las ordenanzas nos prepara para tomar “al Santo Espíritu por guía”²². Cuando el Salvador advirtió: “...cuidaos a fin de que no os engañen”, prometió que no lo seremos si “[buscamos] diligentemente los mejores dones” del Espíritu²³. El participar dignamente de la Santa Cena cada semana habilita a los miembros para que “siempre puedan tener su Espíritu consigo”²⁴. Al adorar en el templo, podemos “[recibir] la plenitud del Espíritu Santo”²⁵.

Cuarto, demostrar amor genuino es la esencia de la conversión personal y de las relaciones familiares. El rey Benjamín indicó: “Mas cuidaos...

no sea que surjan contenciones entre vosotros”²⁶. Nunca olviden que Satanás es el “padre de la contención”²⁷ y que procura que los miembros de la familia “contienda[n] y riñan”²⁸. Hermanos, si maltratamos emocional, verbal o físicamente a algún miembro de nuestra familia, o amedrentamos a cualquier persona, entonces perdemos el poder del sacerdocio²⁹. Escojan controlar el enojo. Los miembros de la familia deben escuchar de nuestra boca bendiciones, no maldiciones. Debemos influenciar a los demás sólo con persuasión, longanimidad, benignidad, mansedumbre, amor sincero, bondad y caridad³⁰.

Quinto, obedecer la ley del diezmo es un elemento esencial de la fe y de la unidad familiar. Debido a que Satanás utiliza la avaricia y la búsqueda de posesiones para desviar a las familias del camino celestial, Jesús aconsejó: “...guardaos de toda avaricia”³¹. La avaricia se restringe cuando administramos bien nuestro ingreso, pagamos un diezmo íntegro y una ofrenda de ayuno generosa, presupuestamos los gastos necesarios, evitamos las deudas innecesarias, ahorramos para necesidades futuras y llegamos a ser autosuficientes en lo temporal. La promesa que Dios nos hace es: “...buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”³².

Sexto, vivir plenamente la ley de castidad produce confianza para estar “en la presencia de Dios” con el Espíritu Santo como nuestro “compañero constante”³³. Satanás está atacando la virtud y el matrimonio con una avalancha de obscenidad. Cuando el Señor advirtió a los adúlteros: “cúdense... y arrepíentanse cuanto antes”, Su definición se extendía más allá del acto físico del adulterio a los pensamientos lujuriosos que lo preceden³⁴. Los profetas y apóstoles modernos han hablado con frecuencia y claramente sobre la plaga de la pornografía. El presidente Gordon B. Hinckley enseñó: “[La pornografía] es como una furiosa tempestad que destruye a personas y a familias, y que aniquila totalmente lo que una vez fue sano y

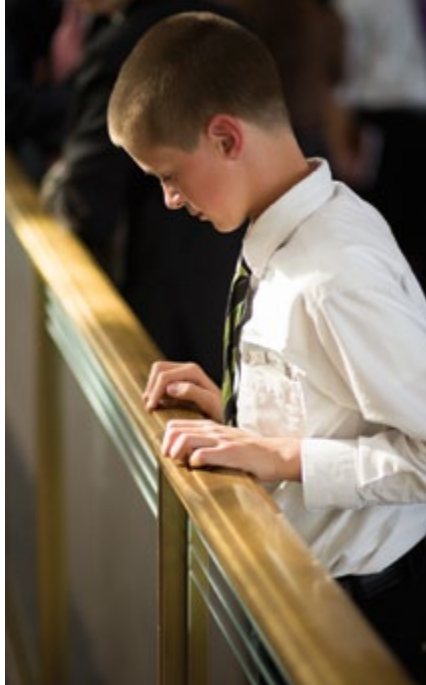
hermoso... ha llegado la hora de que cualquiera de nosotros que se ocupe en tales prácticas se retire del fango”³⁵. Si se ven tentados a violar la ley de castidad en cualquier forma, sigan el ejemplo de José de Egipto que “... huyó y salió afuera”³⁶.

Estos seis principios fundamentales ayudan a los poseedores del sacerdocio a continuar ascendiendo por el camino celestial con seguridad entre las vallas de contención espirituales de la conversión personal y las relaciones familiares. Jóvenes, el obedecer estos principios los preparará para los convenios del templo, el servicio misional de tiempo completo y el matrimonio eterno. Esposos y padres, el vivir estos principios los habilitará para presidir su hogar en rectitud y servir como el líder espiritual de su familia, con su esposa como compañera en igualdad³⁷. El camino del sacerdocio es un trayecto lleno de gozo.

Mantenerse en el camino del sacerdocio

Volviendo a mis experiencias de joven, recuerdo una ocasión en la que cruzamos las Montañas Rocosas. Después de pasar por una señal de “Cuidado: Zona de derrumbes”, mi padre observó que caían piedritas en el pavimento enfrente de nosotros. Rápidamente aminoró la marcha hasta casi detenerse cuando una roca del tamaño de una pelota de baloncesto nos pasó zumbando. Papá esperó a que el derrumbe cesara antes de continuar. La atención constante y la acción inmediata de mi padre aseguraron que nuestra familia llegara a salvo a su destino final.

Hermanos, Satanás procura “destruir las almas de los hombres”³⁸. Si su alma se está alejando hacia la orilla de un precipicio espiritual, deténganse ahora antes de que caigan y corrijan su rumbo³⁹. Si sienten que su alma yace destrozada al fondo del cañón en vez de estar elevada en el camino del sacerdocio porque han hecho caso omiso a las señales de “Precaución” y han pecado, les testifico que mediante el arrepentimiento sincero y el poder del sacrificio expiatorio de Jesucristo, pueden ser elevados y restaurados al



camino celestial de Dios⁴⁰.

Jesús enseñó: “Guardaos de... la hipocresía”⁴¹. Si no son dignos de ejercer el sacerdocio, por favor reúnanse con su obispo, quien puede ayudarlos a arrepentirse. Tengan ánimo, pues aun cuando el Salvador afirme: “...tened cuidado... y absteneos de pecar”⁴², también promete: “...yo, el Señor, os perdono... id y no pequéis más”⁴³.

Invito a cada joven y hombre a que se mantenga en el camino del sacerdocio profundizando su conversión y fortaleciendo a su familia. Las oraciones, las Escrituras y las ordenanzas profundizan la conversión; el amor, el diezmo y la castidad fortalecen a la familia. Eviten la tragedia prestando atención a las señales espirituales de “Precaución” que Dios y los profetas han puesto en nuestro camino. Esfuércense por seguir el ejemplo perfecto de Jesucristo, quien “sufrió tentaciones pero no hizo caso de ellas”⁴⁴.

Les prometo que si los hombres guardan el convenio del sacerdocio de “tener cuidado, en cuanto a [ellos] mismos”⁴⁵, nosotros y nuestras familias estaremos seguros de llegar a salvo y con gozo a nuestro destino exaltado en el reino celestial. De ello testifico en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase D. y C. 84:33–44.
2. D. y C. 84:38.
3. D. y C. 84:43.

4. Véase José Smith—Historia 1:16; véase también Moisés 1:12–22.
5. Véase Helamán 5:12; véanse también 2 Nefi 1:13; Helamán 7:16.
6. Mosíah 3:19; véase también 1 Corintios 2:14.
7. “Come, Thou Fount of Every Blessing”, *Hymns*, 1948, nº 70.
8. Véase Colosenses 3:8–10; véase también Efesios 4:22–24.
9. Gálatas 3:27; véase también Romanos 13:14.
10. Véase 1 Samuel 13:14; 17:45–47.
11. Véase 2 Samuel 11:1–17.
12. “...no cometerán un error grave sin que primeramente reciban una advertencia mediante los susurros del Espíritu” (Boyd K. Packer, “Consejo a los jóvenes”, *Liahona*, noviembre de 2011, pág. 17) .
13. Véase D. y C. 132:39; véase también Guía para el Estudio de las Escrituras, “David”.
14. Véase D. y C. 23:1; 25:14; 38:39; véase también Ezra Taft Benson, “Cuidaos del orgullo”, *Liahona*, julio de 1989, págs. 4–8.
15. Deuteronomio 6:12; véase también Deuteronomio 8:11–19.
16. Alma 46:8.
17. D. y C. 10:5.
18. Véase D. y C. 52:12–15; véanse también Lucas 22:31–32; Alma 37:15–17; 3 Nefi 18:18–19.
19. Thomas S. Monson, “Acerquémonos a Él en oración y fe”, *Liahona*, marzo de 2009, pág. 4.
20. D. y C. 90:5; véase también D. y C. 41:1, 12.
21. Véase Gordon B. Hinckley, “La certeza... ¿enemiga de la religión?”, *Liahona*, febrero de 1982, pág. 5.
22. D. y C. 45:57.
23. D. y C. 46:8; véanse también Efesios 4:14; D. y C. 52:14–16; Colosenses 2:8.
24. Moroni 4:3; D. y C. 20:77; véase también 3 Nefi 18:1–11.
25. D. y C. 109:15.
26. Mosíah 2:32.
27. Véase 3 Nefi 11:29–30.
28. Mosíah 4:14.
29. Véase D. y C. 121:36–37; véase también D. y C. 63:61–63.
30. Véase D. y C. 121:41–45.
31. Lucas 12:15; véase también D. y C. 38:39.
32. Mateo 6:33; 3 Nefi 13:33.
33. D. y C. 121:45–46; véanse también D. y C. 67:11; Moisés 1:11.
34. Véase D. y C. 63:14–16; véanse también Mateo 5:27–28; 3 Nefi 12:27–30.
35. Gordon B. Hinckley, “Un mal trágico entre nosotros”, *Liahona*, noviembre de 2004, págs. 59–62; véanse también Dallin H. Oaks, “La pornografía”, *Liahona*, mayo de 2005, 87–90; Jeffrey R. Holland, “No hay lugar para el enemigo de mi alma”, *Liahona*, mayo de 2010, 44–46.
36. Génesis 39:12.
37. Véase *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, 2.3.
38. D. y C. 10:27; véase también 1 Pedro 5:8.
39. Véanse D. y C. 3:9–10; 1 Corintios 10:12–13; 2 Pedro 3:17.
40. Véanse Alma 13:27–29; D. y C. 109:21.
41. Lucas 12:1; véase también D. y C. 50:6–9.
42. D. y C. 82:2.
43. D. y C. 82:1, 7.
44. D. y C. 20:22; véase también Hebreos 2:17–18; 4:14–16.
45. D. y C. 84:43; véanse también Deuteronomio 4:9; Mosíah 4:29–30.



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

El gozo del sacerdocio

Abracemos y entendamos la maravilla y el privilegio del sacerdocio. Aceptemos y amemos las responsabilidades que se nos pide cumplir.

El gozo de volar

Hace muchos años, un par de comandantes de avión amigos míos y yo decidimos hacer realidad el sueño de nuestra juventud de restaurar un aeroplano antiguo. Juntos compramos un antiguo Piper Cub de 1938 y comenzamos a trabajar para devolverlo a su estado original. El proyecto fue una obra de amor que tuvo un significado especial para mí, pues había aprendido a volar en un aparato parecido cuando era joven.

Ese aeroplano se construyó apenas 35 años después de que los hermanos Wright hicieran su famoso primer vuelo. El sólo pensar en ello me hace sentir muy viejo.

El motor carecía de arranque eléctrico; mientras alguien cebaba el motor desde la cabina, otra persona en tierra tenía que agarrar la hélice y tirar de ella con fuerza para que el motor arrancara por sí mismo. Cada vez que se arrancaba el motor era un momento de emoción y valentía.

Cuando el aeroplano ya estaba en pleno vuelo, era evidente que el Piper Cub no se había concebido para ser veloz. De hecho, siempre que había un fuerte viento en contra, parecía que no se movía en lo absoluto. Recuerdo estar volando con mi hijo

adolescente, Guido, por encima de la autopista en Alemania y, como era de esperarse, ¡los coches nos adelantaban fácilmente!

¡Pero cómo amaba yo aquel avioncito! Era la manera perfecta de experimentar la maravilla y la belleza de volar. Uno podía oír, sentir, oler, probar y ver la esencia de volar. Los hermanos Wright lo expresaron así: “[Nada] se equipara al gozo de los aviadores cuando se desplazan por el cielo sobre unas alas grandes y blancas”¹.

En contrapartida, a principios de este año tuve el privilegio de volar en un sofisticado avión de combate F-18 con los mundialmente famosos Blue Angels, el equipo de demostraciones aéreas de la Marina de los Estados Unidos. Fue como volar hacia atrás en el recuerdo, pues casi ese mismo día se cumplían exactamente 50 años desde que había terminado mi formación como piloto de combate de las fuerzas aéreas.

Desde luego, la experiencia de volar en el F-18 fue totalmente diferente a la del Piper Cub. Me mostró una belleza de vuelo más dinámica. Era como aplicar las leyes actuales de la aerodinámica de una manera más perfecta. No obstante, volar con los Blue

Angels me recordó inmediatamente que ser piloto de aviones de combate es idóneo para cuando se es joven. Cito de nuevo a los hermanos Wright: “Más que ninguna otra cosa, la sensación [de volar] equivale a una paz perfecta mezclada con una emoción que tensa cada nervio al máximo”². Además de eso, volar con los Blue Angels supuso una manera completamente distinta de tener “ángeles” a mí alrededor para sostenerme.

Si me preguntaran cuál de las dos experiencias de vuelo disfruté más, no sabría decirles. En algunos aspectos, obviamente, fueron diferentes, por no decir más, y en otros aspectos, fueron muy parecidas.

Tanto en el Piper Cub como en el F-18 sentí la emoción, la belleza y la alegría de volar. En ambos casos sentí el llamado del poeta a “[distanciarme] de los hoscos lazos de la tierra y [bailar] en los cielos con alas plateadas por la risa”³.

El mismo sacerdocio en todas partes

Tal vez se pregunten: ¿Qué tienen que ver dos experiencias de vuelo totalmente diferentes con nuestra reunión de hoy o con el sacerdocio que tenemos el privilegio de poseer, o con el servicio que tanto amamos en el sacerdocio?

Hermanos, ¿no es cierto que nuestras experiencias individuales de servicio en el sacerdocio podrían resultar todas bastante diferentes? Podríamos decir que algunos de ustedes están volando en aviones F-18, mientras que otros lo hacen en Piper Cubs. Algunos de ustedes residen en barrios y estacas donde cada llamamiento, desde el ayudante del líder del grupo de los sumos sacerdotes hasta el secretario del quórum de diáconos, está asignado a un poseedor del sacerdocio activo. Ustedes tienen el privilegio de participar en la organización de un barrio que cuenta con los miembros suficientes para ocupar todos los llamamientos.

Otros de ustedes viven en regiones del mundo que cuentan sólo con un puñado de miembros de la Iglesia y poseedores del sacerdocio. Puede que se sientan solos y abrumados con



el peso de tantas cosas que hay que hacer. En su caso, tal vez necesiten poner mucho de su parte para arrancar el motor del servicio del sacerdocio. En ocasiones puede que hasta les parezca que su barrio o rama no avanza en lo absoluto.

Sin embargo, no importa cuáles sean sus responsabilidades o circunstancias, tanto ustedes como yo sabemos que siempre hay un gozo especial que emana del servicio dedicado en el sacerdocio.

Siempre me ha encantado volar, ya sea en un Piper Cub, en un F-18 o en cualquier otro avión. Cuando estuve en el Piper Cub no me quejé por la falta de velocidad; y cuando estuve en el F-18 no refunfuñé cuando la tensión de las maniobras acrobáticas reveló sin misericordia las realidades de mi avanzada edad.

Sí, siempre hay algo imperfecto en cualquier situación. Sí, es fácil encontrar algo de qué quejarse.

¡Pero hermanos, somos poseedores del Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios! A cada uno de nosotros se nos han puesto las manos

sobre la cabeza y hemos recibido el sacerdocio de Dios. Se nos han otorgado la autoridad y la responsabilidad de actuar en Su nombre como Sus siervos en la tierra. Tanto si estamos en un barrio grande o en una rama pequeña, somos llamados a servir, a bendecir y a actuar en todas las cosas para el beneficio de todos y de todo lo que se confíe a nuestro cargo. ¿Puede haber algo más estimulante?

Entendamos, apreciemos y sintamos el gozo del servicio en el sacerdocio.

El gozo del sacerdocio

Mi amor por volar influyó en el rumbo de toda mi vida. Pero a pesar de lo estimulantes y dichosas que resultaron mis experiencias como piloto, mis experiencias como miembro de esta Iglesia han sido mucho más profundas, más gozosas y muchísimo más intensas. Al sumergirme en el servicio a la Iglesia, he sentido el enorme poder de Dios, así como Sus tiernas misericordias.

Como piloto, toqué los cielos. Como miembro de la Iglesia, he

sentido el abrazo del cielo.

En ocasiones echo de menos estar sentado en una cabina, pero servir al lado de mis hermanos y hermanas en la Iglesia fácilmente lo compensa. Ser capaz de sentir la paz y el gozo sublimes que emanan del ser una parte pequeña de esta gran causa y obra es algo que no querría perderme por nada del mundo.

Hoy nos hemos reunido como un vasto cuerpo del sacerdocio. Nuestro es el gozo y el privilegio sagrado de servir al Señor y a nuestro prójimo, de comprometer lo mejor que haya en nosotros a la noble causa de elevar a los demás y edificar el reino de Dios.

Sabemos y comprendemos que el sacerdocio es el poder eterno y la autoridad de Dios. Es una definición que podemos recitar fácilmente de memoria. Sin embargo, ¿comprendemos realmente el significado de lo que estamos diciendo? Permítanme repetirlo: *El sacerdocio es el poder eterno y la autoridad de Dios.*

Piensen en ello. Por medio del sacerdocio, Dios creó y gobierna los cielos y la tierra.

Por medio de ese poder, Él redime y exalta a Sus hijos, llevando a cabo “la inmortalidad y la vida eterna del hombre”⁴.

El sacerdocio, tal y como lo explicó el profeta José Smith, es “el conducto mediante el cual el Todopoderoso comenzó a revelar Su gloria... [en] la creación de esta tierra, y por el cual ha seguido revelándose a los hijos de los hombres hasta el tiempo actual, y es el instrumento por el que dará a conocer Sus propósitos hasta el fin del tiempo”⁵.

Nuestro Padre Celestial Todopoderoso nos ha confiado la autoridad del sacerdocio a nosotros, seres mortales que, por definición, erramos y somos imperfectos. Él nos concede la autoridad para actuar en Su nombre para la salvación de Sus hijos. Mediante este gran poder se nos autoriza para predicar el Evangelio, administrar las ordenanzas de salvación, contribuir a la edificación del reino de Dios en la tierra, y bendecir y prestar servicio a nuestra familia y a nuestro prójimo.

Al alcance de todos

Tal es el sagrado sacerdocio que portamos.

El sacerdocio, o cualquier responsabilidad dentro de éste, no se puede comprar ni se puede pedir que se nos dé. El uso del poder del sacerdocio no puede verse influenciado, persuadido ni compelido por posición, riqueza o influencia. Es un poder espiritual que se administra según la ley celestial. Tiene su origen en el gran Padre

Celestial de todos nosotros, y su poder únicamente se puede controlar mediante los principios de la rectitud⁶, no los de la jactancia.

Cristo es la fuente de toda verdadera autoridad del sacerdocio y poder sobre la tierra⁷. Ésta es Su obra y nosotros tenemos el privilegio de colaborar en ella. “Y nadie puede ayudar en ella a menos que sea humilde y lleno de amor, y tenga fe, esperanza y caridad, y sea moderado en todas las cosas, cualesquiera que le fueren confiadas”⁸.

No actuamos movidos por ninguna ganancia personal; antes bien, procuramos servir y elevar a los demás. No lideramos por fuerza bruta, sino por “persuasión... longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero”⁹.

El sacerdocio del Dios Todopoderoso está al alcance de los varones dignos dondequiera que estén, independientemente de sus orígenes, sin importar lo humilde de sus circunstancias ni la cercanía o la lejanía de su lugar en el mundo. Está disponible sin dinero ni precio mundano. Parfraseando al antiguo profeta Isaías: ¡Cualquiera que tenga sed puede venir a las aguas, pues no se requiere dinero alguno para venir y comer!¹⁰

Gracias a la expiación eterna e insondable de nuestro Salvador Jesucristo, el sacerdocio de Dios puede estar al alcance de ustedes aunque hayan tropezado o hayan sido indignos en el pasado. Mediante el proceso espiritualmente refinador y

purificador del arrepentimiento, ¡pueden “levantarse y brillar”!¹¹. Gracias al amor ilimitado y clemente de nuestro Salvador y Redentor, ustedes pueden alzar la vista, ser limpios y dignos, y convertirse en hijos rectos y nobles de Dios, es decir, en dignos poseedores del más sagrado sacerdocio del Dios Todopoderoso.

La maravilla y el privilegio del sacerdocio

Siento cierta tristeza por aquellos que no captan ni aprecian la maravilla y el privilegio del sacerdocio. Son como los pasajeros de un avión que pasan el tiempo quejándose del tamaño de las bolsas de maní que les dan como refrigerio mientras surcan el aire muy por encima de las nubes, ¡algo por lo que los reyes de la antigüedad habrían dado todas sus posesiones con tal de probarlo y vivirlo una sola vez!

Hermanos, somos bendecidos al ser humildes partícipes de este gran poder y autoridad del sacerdocio. Elevemos la vista y veamos, reconozcamos y aceptemos esta oportunidad como lo que realmente es.

Mediante un servicio recto, amoroso y dedicado en el sacerdocio, seremos capaces de experimentar el verdadero significado de la revelación: “Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros”¹².

Abracemos y entendamos la maravilla y el privilegio del sacerdocio. Aceptemos y amemos las responsabilidades que se nos pide cumplir, ya sean responsabilidades en el hogar o en nuestra unidad de la Iglesia, sin importar lo grande o pequeñas que sean. Aumentemos constantemente en rectitud, dedicación y servicio en el sacerdocio. ¡Descubramos el gozo de servir en el sacerdocio!

La mejor manera de hacerlo es aplicando los principios del conocimiento, la obediencia y la fe.

Esto implica que, primero, precisamos conocer e interiorizar la doctrina del sacerdocio tal y como se

Sobral, Brasil



encuentra en la palabra revelada de Dios. Es importante que comprendamos los convenios y los mandamientos por los que se administra el sacerdocio¹³.

En segundo lugar, seamos prudentes y actuemos basándonos en este conocimiento obtenido de manera constante y honorable. Al obedecer las leyes de Dios, disciplinemos la mente y el cuerpo, alineemos nuestras acciones de acuerdo con los patrones de la rectitud que enseñan los profetas, y experimentaremos el gozo del servicio en el sacerdocio.

Por último, aumentemos nuestra fe en nuestro Señor Jesucristo. Tomemos Su nombre sobre nosotros y comprometámonos cada día a caminar por el sendero del discipulado. Permitamos que nuestras obras perfeccionen nuestra fe¹⁴. A través del discipulado podemos perfeccionarnos paso a paso al servir a nuestra familia, a nuestro prójimo y a Dios.

Cuando prestamos servicio en el sacerdocio con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza, recibimos la promesa de conocimiento, paz y dones espirituales sublimes. Cuando honramos el santo sacerdocio, Dios nos honra a nosotros y “[apareceremos] sin culpa ante [Él] en el último día”¹⁵.

Ruego que siempre tengamos ojos para ver y un corazón para sentir la maravilla y el gozo del sacerdocio de nuestro gran y poderoso Dios. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Wilbur Wright, en James Tobin, *To Conquer the Air: The Wright Brothers and the Great Race for Flight*, 2003, pág. 238.
2. Wright brothers, en Tobin, *To Conquer the Air*, pág. 397.
3. John Gillespie Magee Jr., “High Flight”, en Diane Ravitch, ed., *The American Reader: Words That Moved a Nation*, 1990, pág. 486.
4. Moisés 1:39.
5. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 114.
6. Véase D. y C. 121:36.
7. Véanse Hebreos 5:4–10; D. y C. 107:3.
8. D. y C. 12:8.
9. D. y C. 121:41.
10. Véase Isaías 55:1.
11. Véase D. y C. 115:5.
12. D. y C. 84:88.
13. Véase D. y C. 84:33–44; 121:34–46.
14. Véase Santiago 2:22.
15. D. y C. 4:2.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Ayúdenlos a fijar metas elevadas

Con la guía de ustedes, aquellos a quienes dirijan podrán ver, querer y creer que pueden lograr su pleno potencial para servir en el reino de Dios.

Estoy tan agradecido por la oportunidad de estar en esta gran reunión del sacerdocio y de haber escuchado enseñanzas y testimonios maravillosos. Me hizo pensar sobre mi experiencia personal; casi todo lo que he logrado como poseedor del sacerdocio ha sido porque personas que me conocían vieron en mí aquello que yo no podía ver.

Cuando era un padre joven, oré para saber qué contribuciones podrían hacer mis hijos en el reino del Señor. Para los varones, sabía que podrían tener oportunidades en el sacerdocio; para las mujeres, sabía que brindarían servicio representando al Señor. Todos estarían llevando a cabo Su obra. Sabía que cada uno era una persona individual y, por lo tanto, el Señor les habría dado dones específicos para que cada uno de ellos los utilizara en Su servicio.

Ahora bien, no puedo decir a cada padre y a cada líder de jóvenes los detalles de lo que sería mejor que hicieran; sin embargo, les prometo que ustedes los bendecirán para ayudarlos a reconocer los dones espirituales con los que nacieron. Toda persona es

diferente y la contribución que hará será diferente. Nadie está condenado al fracaso. A medida que ustedes busquen revelación para reconocer dones que Dios ve en quienes ustedes dirigen en el sacerdocio, en especial los jóvenes, serán bendecidos para ayudarlos a elevar la mira del servicio que ellos pueden realizar. Con la guía de ustedes, aquellos a quienes dirijan podrán ver, querer y creer que pueden lograr su pleno potencial para servir en el reino de Dios.

Con mis propios hijos, oré por revelación para saber cómo podía ayudar a cada uno a prepararse en forma individual para las oportunidades específicas de servir a Dios; y después traté de ayudarlos a imaginar, tener esperanzas y trabajar por ese futuro. Para cada hijo esculpí una tabla con una cita de un pasaje de las Escrituras que describía sus dones especiales, y una imagen que representaba ese don. Al pie de la imagen y de la inscripción esculpí la fecha de bautismo y de ordenación a los oficios del sacerdocio de cada uno, con la medida de su estatura grabada en la fecha de cada logro.



Describiré las tablas que esculpí para cada hijo a fin de ayudarlo a ver sus dones espirituales y lo que podría aportar a la obra del Señor. Ustedes pueden ser inspirados a reconocer, al igual que yo, los dones específicos y las oportunidades singulares para cada uno de los jóvenes a quienes aman y dirigen.

Cuando mi hijo mayor llegó a ser diácono y un Scout Águila, acudió a mi mente la imagen de un águila cuando pensé en él y en su futuro. Vivíamos en Idaho, cerca de la base sur de las montañas Teton, donde íbamos a caminar juntos y observábamos las águilas elevarse. Esa imagen en mi mente me hizo sentir las palabras de Isaías:

“Él da fuerzas al cansado y multiplica las fuerzas del que no tiene vigor.

“Los muchachos se fatigan y se cansan; los jóvenes ciertamente caen;

“pero los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán”¹.

De hecho, con ese hijo, que era el mayor, nos habíamos detenido antes de llegar a la cumbre del Teton del Sur porque él estaba muy cansado; quería detenerse. Me dijo: “¿Lamentaré siempre que no llegamos a la cima? Papá, tú sigue adelante; no quiero que te sientas decepcionado”.

Le contesté: “Nunca estaré decepcionado, y tú nunca lo lamentarás. Siempre recordaremos que ascendimos juntos”. En la parte superior de su tabla de medidas de estatura esculpí un águila y la inscripción “En alas de águilas”.

Con el pasar de los años, como misionero, mi hijo se elevó más de lo que jamás me imaginé. En los desafíos del campo misional, algunas cosas a las que se enfrentó parecían estar fuera de su alcance. En el caso del joven al que ustedes ayuden a elevarse, tal vez ocurra lo mismo que con mi hijo: el Señor lo elevó más alto de lo que yo me había imaginado en la predicación del Evangelio en un idioma difícil. Si se esfuerzan por hacerle

sentir a cualquier joven sus posibilidades en el sacerdocio, les prometo que el Señor les hará saber lo que ustedes necesitan. El muchacho tal vez tendrá potencial más allá de lo que el Señor les revele a ustedes; ayúdenlo a fijar metas elevadas.

El muchacho al que estén alentando quizás parezca ser demasiado tímido para ser un poderoso siervo en el sacerdocio. Otro de mis hijos era tan tímido cuando era niño que no se atrevía a entrar a una tienda y hablarle al empleado; tenía demasiado miedo. Me preocupaba mientras oraba por su futuro en el sacerdocio; pensaba en él cuando estuviera en el campo misional, temía que le fuera difícil. Fui guiado a un pasaje de Proverbios: “Huye el malvado sin que nadie lo persiga, pero el justo está confiado como un leoncillo”².

En su tabla esculpí las palabras “Confiado como un leoncillo”, debajo de la imagen de la cabeza de un león que ruga. En su misión y en los años subsiguientes, él hizo realidad la esperanza de mis palabras esculpidas. El hijo que una vez fue tímido predicó el Evangelio con gran convicción y se enfrentó a peligros con valor. Fue magnificado en sus responsabilidades para representar al Señor.

Lo mismo puede sucederle al joven que ustedes guíen. Deben edificar la fe de él en que el Señor puede transformarlo en un siervo más valiente que el muchacho tímido que es ahora.

Sabemos que el Señor hace intrépidos a Sus siervos. El joven José, que vio a Dios el Padre y a Su Hijo Jesucristo en una arboleda, fue transformado en un gigante espiritual. Parley P. Pratt vio prueba de ello cuando el profeta José Smith reprendió a los guardias infames que los tenían cautivos. El élder Pratt escribió lo siguiente:

“De pronto, se levantó y exclamó con voz de trueno, o como un león que ruga, diciendo, según lo que recuerdo, las siguientes palabras:

“¡SILENCIO, demonios del abismo infernal. En el nombre de Jesucristo los reprendo, y les mando callar; no viviré ni un minuto más escuchando semejante lenguaje. Cesen de hablar de esa



manera, o ustedes o yo moriremos EN ESTE MISMO INSTANTE!".

De esa experiencia, el élder Pratt escribió: "...dignidad y majestad no he visto sino *una* sola vez, en cadenas, a medianoche, en el calabozo de una pequeña aldea de Misuri"³.

El Señor dará a Sus siervos rectos oportunidades para ser audaces como los leones cuando hablen en Su nombre y como testigos de Su sacerdocio.

Otro hijo, aun cuando era niño, tenía un círculo numeroso de amigos que buscaban su compañía. Establecía fácilmente lazos de amistad con la gente. Al orar y tratar de prever su contribución en el reino de Dios, sentí que él tendría el poder de vincular a la gente en amor y unidad.

Eso me llevó al relato de Doctrina y Convenios donde se describen los esfuerzos de los élderes del sacerdocio para edificar Sión en Misuri para la aclamación de los ángeles que vieron sus esfuerzos y sus contribuciones. Eso requirió gran sacrificio. En la revelación de Doctrina y Convenios dice: "Sin embargo, benditos sois, porque el testimonio que habéis dado se ha escrito en el cielo para que lo vean los ángeles; y ellos se regocijan a causa de vosotros, y vuestros pecados os son perdonados"⁴.

En la tabla con medidas de estatura de mi hijo esculpí: "Los ángeles se regocijan por ti".

La gran habilidad que este hijo tenía para unir a las personas e influir en ellas continuó mucho después de

sus años escolares. Con compañeros del sacerdocio, organizó actividades de estaca que dieron a los jóvenes de su área la fe para perseverar e incluso triunfar en situaciones difíciles. Al edificar la fe de esos jóvenes y jovencitas, ayudó a fundar establecimientos de Sión en los centros urbanos de Estados Unidos. En la madera tallada, puse ángeles que tocaban trompetas, lo cual quizá no sea exactamente como lo hacen, pero era más fácil esculpir una trompeta que un grito.

Los ángeles se regocijan cuando los líderes del sacerdocio de todo el mundo edifican Sión en sus barrios, estacas y misiones. Y se regocijarán por los jóvenes y las jovencitas a los que ustedes ayuden a edificar Sión, donde sea que estén y en cualquier circunstancia en que se encuentren. Sión es el resultado de personas unidas mediante convenios y amor. Los invito a que ayuden a sus jóvenes a ser parte de ello.

Para uno de mis hijos, sentí la impresión de esculpir un sol —es decir, el sol en el cielo— y las palabras de la oración intercesora del Salvador: "Ésta es la vida eterna". Cerca del final de Su ministerio mortal, el Salvador oró a Su Padre:

"Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

"Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese"⁵.

Mi hijo ha prestado servicio del sacerdocio a lo largo de tres continentes, pero principalmente en su hogar y en su familia. Él ha edificado su vida en torno a ellos; trabaja cerca de casa, y con frecuencia se une a su esposa y a sus hijos más pequeños a la hora del almuerzo. La familia de él vive muy cerca de la hermana Eyring y de mí; cuidan de nuestro jardín como si fuera el suyo. Este hijo no sólo vive para hacerse merecedor de la vida eterna, sino también para vivir rodeado eternamente de familiares agradecidos a quienes trata de tener a su alrededor.

La vida eterna es vivir en unidad, en familias, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La vida eterna es posible únicamente mediante las llaves del sacerdocio de Dios, que fueron restauradas por el profeta José Smith. El mantener esa meta eterna ante los jóvenes que ustedes guían es el mejor regalo que podrían darles. Lo harán principalmente mediante el ejemplo de su propia familia. Los jóvenes a los que guían tal vez no tengan una familia en la Iglesia, pero los insto a que los ayuden a sentir y a querer el amor de una familia en ambos lados del velo.

Las tablas que he descrito son sólo una forma de ayudar a los jóvenes a vislumbrar la grandeza que Dios ve en ellos y en su futuro, y el servicio singular para el que Él los está preparando. Él los ayudará a ustedes a ver cómo lograrlo con sus hijos o con otros jóvenes que dirijan. Sin embargo, a medida que, por medio de la oración, procuren vislumbrar ese futuro ustedes mismos y se lo comuniquen al joven personalmente, llegarán a saber que Dios ama a cada uno de Sus hijos en forma individual y que ve dones grandiosos y particulares en cada uno de ellos.

Como padre, fui bendecido para ver grandes futuros en el reino de Dios para mis hijas así como para mis hijos. Cuando en oración busqué guía, se me mostró la manera de ayudar a mis hijas a reconocer la confianza que Dios había depositado en ellas como siervas que podían edificar Su reino.

Cuando mis hijas eran pequeñas,



Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Octubre de 2012

LA PRIMERA PRESIDENCIA



Henry B. Eyring
Primer Consejero



Thomas S. Monson
Presidente



Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero

EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES



Boyd K. Packer



L. Tom Perry



Russell M. Nelson



Dallin H. Oaks



M. Russell Ballard



Richard G. Scott



Robert D. Hales



Jeffrey R. Holland



David A. Bednar



Quentin L. Cook



D. Todd Christofferson



Neil L. Andersen

LA PRESIDENCIA DE LOS SETENTA



Ronald A. Risband



Walter F. González



L. Whitney Clayton



Donald L. Hallstrom



Todd R. Callister



Richard J. Maynes



Craig C. Christensen

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA
(en orden alfabético)



Marcos A. Aichukovits



José L. Alonso



Carlos H. Amado



Ian S. Ardern



Mervyn B. Arnold



David S. Boster



Shayne M. Bowen



Craig A. Cardon



Yoon Hwan Choi



Don R. Cante



Carl B. Cook



Lawrence E. Colbridge



Claudio R. M. Costa



LeGrand R. Curtis Jr.



Benjamín De Hoyos



John B. Dickson



Kevin R. Duncan



Larry Echo Hawk



Stanley G. Ellis



David F. Evans



Enrique R. Faubella



Eduardo Gavaret



Robert C. Gay



Carlos A. Godoy



Christoffer Gøtken Jr.



Gerrit W. Gong



C. Scott Groat



James J. Hamula



Daniel L. Johnson



Paul V. Johnson



Patrick Kearon



Paul E. Koelliker



Erich W. Kopischke



Marcus B. Nash



Brent H. Nielson



Allan F. Packer



Kevin W. Pearson



Anthony D. Perkins



Paul B. Pieper



Rafael E. Pino



Bruce D. Porter



Dale G. Renlund



Michael T. Ringwood



Lynn G. Robbins



Joseph W. Sironi



Steven E. Snow



Ulisses Soares



Michael John U. Tei



José A. Teixeira



Juan A. Uceda



Francisco J. Vinas



W. Christopher Woodell



William R. Walker



F. Michael Watson



Scott D. Whiting



Kazuhiko Yamashita



Jorge F. Zaballos



Claudio D. Zivic



W. Craig Zwirk

EL SEGUNDO QUÓRUM DE LOS SETENTA
(en orden alfabético)



Willard W. Andersen



Kóichi Aoyagi



Randall K. Bennett



Bruce A. Carlson



J. Devin Cornish



Bradley D. Foster



O. Vincent Hildeck



Larry R. Lawrence



Pe G. Mohr



James B. Martino



Jairo Mazzingardi



Kent F. Richards



Gregory A. Schwitzer



Kent D. Watson



Larry Y. Wilson

EL OBISPADO PRESIDENTE



Gérald Causé
Primer Consejero



Gerry E. Stevenson
Obispo presidente



Dean M. Davies
Segundo Consejero



Gracias a lo que el presidente Thomas S. Monson llamó "una cobertura sin igual", Santos de los Últimos Días en todo el mundo tuvieron la bendición de escuchar la conferencia general. En las fotos se ven, desde arriba a la izquierda en dirección de las agujas del reloj, a miembros y misioneros en: Quelimane, Mozambique; Tallin, Estonia; Varsovia, Polonia; Ciudad de México, México; Edinburgo, Escocia; Taipéi, Taiwán; y Gaborone, Botsuana.



descubrí que podíamos ayudar a otras personas a sentir el amor de aquellos que estaban más allá del velo, a través de las generaciones. Sabía que el amor se deriva del servicio e inspira la esperanza de la vida eterna.

De modo que hicimos tablas para cortar pan donde colocamos un pan casero y fuimos juntos a entregar nuestra ofrenda a viudas, viudos y familias. La inscripción que esculpí en cada una de esas tablas para el pan decía: "J'aime et J'espere", que en francés significa "Yo amo y yo espero". La evidencia de sus obsequios espirituales especiales se veía no sólo en las tablas que esculpí, sino más claramente al distribuir las a aquellos que en medio del dolor o de la pérdida necesitaban la seguridad de que el amor del Salvador y Su expiación podían surtir un perfecto fulgor de esperanza. Ésa es la vida eterna, para mis hijas, y para cada uno de nosotros.

Ahora bien, tal vez piensen: "Hermano Eyring, ¿está diciendo que tengo que aprender a esculpir?". La respuesta es no. Aprendí a esculpir únicamente con la ayuda de un maestro amable y talentoso, en aquel entonces el élder Boyd K. Packer. La poca destreza que logré, se puede atribuir a su gran don como escultor y a su paciencia como maestro. Sólo el Cielo puede proporcionar un mentor como el presidente Packer; pero hay muchas maneras de moldear el corazón de los niños sin tener que esculpirles una tabla.

Por ejemplo, las nuevas tecnologías de la comunicación permiten compartir mensajes de fe y esperanza a través de los kilómetros que nos separan, de manera instantánea y a bajo costo o sin costo alguno. Mi esposa me ayuda a hacer esto. Para empezar, hablamos por teléfono con los nietos o los hijos con quienes podemos comunicarnos. Les pedimos que nos cuenten relatos de sus éxitos personales y del servicio que prestaron. También los invitamos a que envíen fotografías de esas actividades. Utilizamos esas fotos para ilustrar varios párrafos de texto y agregamos uno o dos versículos del Libro de Mormón.

Quizás Nefi y Mormón no estarían muy impresionados por la calidad espiritual de nuestro contenido o el esfuerzo limitado que se necesita para crear lo que llamamos "El diario familiar: Las planchas menores"; pero la hermana Eyring y yo somos bendecidos por el esfuerzo. Nos sentimos inspirados al seleccionar el pasaje de las Escrituras y los breves mensajes de testimonio que escribimos; y en la vida de ellos vemos evidencia de que sus corazones se están volviendo hacia nosotros, hacia el Salvador y hacia el cielo.

Hay otras formas de establecer una conexión; ustedes ya aplican muchas de ellas. Los hábitos de realizar la oración familiar y el estudio de las Escrituras crearán más recuerdos perdurables y cambios más grandes en el corazón de lo que se imaginan. Incluso las actividades aparentemente temporales, tales como asistir a una actividad deportiva o ver una película, pueden moldear el corazón de un niño. Lo que importa no es la actividad sino los sentimientos que se tienen al desempeñarla. He descubierto una buena prueba para reconocer actividades que tienen el potencial de surtir una gran diferencia en la vida de un joven; es que ellos propongan la actividad a raíz de un interés que piensen que han recibido como don de Dios. Por experiencia propia sé que eso es posible.

Cuando llegué a ser diácono, a los 12 años, vivía en Nueva Jersey, a 80 km de distancia de Nueva York. Soñaba con ser un gran jugador de béisbol. Mi padre accedió a llevarme a ver un juego en el antiguo y afamado Estadio de los Yankees, en el Bronx. Todavía puedo ver a Joe DiMaggio pegar un jonrón al jardín central con mi padre sentado a mi lado, la única vez que fuimos juntos a un juego de béisbol de una liga mayor.

Pero otro día con mi padre moldeó mi vida para siempre. Me llevó desde Nueva Jersey a la casa de un patriarca ordenado en Salt Lake City. Yo nunca había visto al hombre antes. Mi padre me dejó frente a la puerta. El patriarca me llevó hasta una silla, colocó las

manos sobre mi cabeza y pronunció una bendición como don de Dios que incluía una declaración del gran deseo de mi corazón.

Dijo que yo era uno de aquellos de quienes se había dicho: "Bienaventurados los pacificadores"⁶. Estaba tan sorprendido de que un perfecto extraño supiera lo que había en mi corazón, que abrí los ojos para ver el cuarto donde se estaba llevando a cabo ese milagro. Esa bendición de mis probabilidades ha moldeado mi vida, mi matrimonio y mi servicio en el sacerdocio.

A causa de esa experiencia y de lo que le ha seguido, puedo testificar: "Porque no a todos se da cada uno de los dones; pues hay muchos dones, y a todo hombre le es dado un don por el Espíritu de Dios"⁷.

Al revelarme el Señor un don, he podido reconocer y prepararme para oportunidades de ejercerlo para la bendición de aquellos a quienes amo y sirvo.

Dios conoce nuestros dones. El desafío para ustedes y para mí es que oremos para discernir los dones que se nos han dado, para saber cómo desarrollarlos y para reconocer las oportunidades que Dios nos proporciona de servir a los demás. Pero más que nada, ruego que ustedes sean inspirados para ayudar a otras personas a descubrir los dones especiales de Dios que ellos tienen a fin de prestar servicio.

Les prometo que si lo piden, serán bendecidos para ayudar y elevar a los demás a su pleno potencial en el servicio a aquellos a quienes guían y aman. Les testifico que Dios vive, Jesús es el Cristo, éste es el sacerdocio de Dios, el cual poseemos, y Dios nos ha preparado con dones especiales para servirlo a Él más allá de lo que nos imaginábamos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Isaías 40:29-31.
2. Proverbios 28:1.
3. *Autobiografía de Parley P. Pratt*, ed. Parley P. Pratt Jr., 1938, pág. 211.
4. D. y C. 62:3.
5. Juan 17:3-4.
6. Mateo 5:9.
7. D. y C. 46:11.



Por el presidente Thomas S. Monson

Ver a los demás como lo que pueden llegar a ser

Debemos cultivar la capacidad de ver a los hombres no como lo que son ahora, sino como lo que pueden llegar a ser.

Mis queridos hermanos, dos veces al año, este magnífico Centro de Conferencias se llena con el sacerdocio de Dios al reunirnos para escuchar mensajes inspiradores. Un maravilloso espíritu impregna la reunión general del sacerdocio de la Iglesia, el cual emana del Centro de Conferencias y llega a cada edificio donde los hijos de Dios están reunidos. Sin duda hemos sentido ese espíritu esta noche.

Hace muchos años, antes de que se construyera este hermoso Centro de Conferencias, alguien que visitaba la Manzana del Templo, en Salt Lake City, asistió a una sesión de conferencia general en el Tabernáculo. Escuchó los mensajes de las Autoridades Generales; puso atención a las oraciones; oyó la bella música del Coro del Tabernáculo; se maravilló ante la grandiosidad del majestuoso órgano del Tabernáculo. Cuando hubo terminado la reunión, se le oyó decir: “Daría todo lo que poseo si supiera que lo que los oradores dijeron hoy es verdad”. Básicamente estaba diciendo: “Desearía

tener un testimonio del Evangelio”.

Absolutamente nada en este mundo proporciona más consuelo y felicidad que el testimonio de la verdad. Aunque en diferentes medidas, creo que todo hombre o jovencito que se encuentra aquí esta noche tiene un testimonio. Si sienten que aún no tienen el fuerte testimonio que desearían, los exhorto a esforzarse a fin de obtener dicho testimonio. Si ya es fuerte y profundo, esfuércense por mantenerlo así. Qué bendecidos somos por tener conocimiento de la verdad.

Mi mensaje esta noche, hermanos, es que hay incontables personas cuyo testimonio es pequeño o nulo en este momento y que podrían obtenerlo, o lo obtendrían, si estuviésemos dispuestos a esforzarnos por compartir el nuestro y ayudarlos a cambiar. En ocasiones, *nosotros* podemos proporcionar el incentivo para cambiar. Mencionaré primero a quienes son miembros pero que actualmente no están completamente comprometidos al Evangelio.

Hace muchos años, en una conferencia de área en Helsinki, Finlandia, escuché un mensaje poderoso, memorable y motivador que se dio en una sesión para madres e hijas. No he olvidado ese mensaje a pesar de que han pasado casi 40 años desde que lo escuché. Entre las muchas verdades que mencionó la oradora, dijo que a una mujer debe decirse que es hermosa; debe decirse que se la aprecia; debe decirse que es valiosa.

Hermanos, sé que los hombres son muy parecidos a las mujeres en este aspecto. Necesitamos que se nos diga que valemos algo, que somos competentes y apreciados. Necesitamos que se nos dé la oportunidad de prestar servicio. En cuanto a los miembros que se han inactivado o que evitan comprometerse, podemos orar para encontrar alguna manera de llegar a ellos. Pedirles que desempeñen alguna función podría ser el incentivo justo que necesitan para volver a activarse. Sin embargo, a veces los líderes que podrían ayudar con esto son reacios a hacerlo. Debemos recordar que las personas pueden cambiar; pueden dejar atrás malos hábitos; pueden arrepentirse de transgresiones; pueden ser poseedores dignos del sacerdocio; y pueden servir al Señor diligentemente. Ofreceré algunos ejemplos.

Al poco tiempo de que se me llamó como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, tuve la oportunidad de acompañar al presidente N. Eldon Tanner, consejero del presidente David O. McKay, a una conferencia de estaca en Alberta, Canadá. Durante la reunión, el presidente de estaca leyó los nombres de cuatro hermanos que eran dignos de ser ordenados élderes. El presidente Tanner los conocía, dado que en un tiempo había vivido en esa región. Pero aunque los conocía y recordaba cómo habían sido una vez, no sabía que ellos habían cambiado su vida y eran totalmente dignos de convertirse en élderes.

El presidente de estaca leyó el nombre del primer hombre y le pidió que se pusiera de pie. El presidente Tanner me susurró: “¡Mira tú! Nunca pensé que lo lograría”. El presidente



de estaca leyó el nombre del segundo hombre, y él se levantó. El presidente Tanner me codeó de nuevo y mencionó su sorpresa. Lo mismo sucedió con los cuatro hermanos.

Tras la reunión, el presidente Tanner y yo tuvimos la oportunidad de felicitar a esos cuatro hermanos. Ellos habían demostrado que los hombres pueden cambiar.

Durante las décadas de 1940 y 1950, el director de una prisión estadounidense, Clinton Duffy, era famoso por sus labores para rehabilitar a los hombres de su prisión. Un crítico dijo: “Usted sabe que los leopardos no pueden cambiar sus manchas”.

El director Duffy respondió: “Sepa usted que no trabajo con leopardos; trabajo con hombres, y los hombres cambian todos los días”¹.

Hace ya muchos años, tuve la

oportunidad de servir como presidente de la Misión Canadiense. Allí teníamos una rama con muy pocos poseedores del sacerdocio. Siempre había un misionero que presidía la rama. Recibí la fuerte impresión de que un miembro de la rama debía ser quien la presidiera.

Había un miembro adulto en la rama que era diácono en el Sacerdocio Aarónico, pero no asistía ni participaba lo suficiente para ser avanzado en el sacerdocio. Sentí la inspiración de llamarlo como presidente de la rama. Siempre recordaré el día en que lo entrevisté. Le dije que el Señor me había inspirado a llamarlo como presidente de la rama. Tras muchas protestas de su parte, y mucho aliento de parte de su esposa, él dijo que prestaría servicio, y lo ordené presbítero.

Fue el comienzo de un nuevo día para aquel hombre. Rápidamente puso su vida en orden, y me aseguré que viviría los mandamientos tal como se esperaba que lo hiciera. Pocos meses después, fue ordenado élder. Con el tiempo, él, su esposa y su familia fueron al templo y se sellaron. Los hijos sirvieron en misiones y se casaron en la casa del Señor.

A veces, el demostrarles a nuestros hermanos que se los necesita y son valiosos puede ayudarlos a dedicarse y activarse completamente. Esto se aplica a los poseedores del sacerdocio de todas las edades. Es nuestra responsabilidad darles oportunidades de vivir como deben. Podemos ayudarlos a vencer sus faltas. Debemos desarrollar la capacidad de ver a los hombres no como lo que son ahora, sino como lo que pueden llegar a ser

al recibir un testimonio del evangelio de Cristo.

Una vez asistí a una reunión en Leadville, Colorado. Leadville se encuentra a una altitud de más de 3.000 m. Recuerdo esa reunión en particular por la gran altitud, pero también por lo que ocurrió aquella noche. Había sólo unos pocos poseedores del sacerdocio presentes. Tal como con la rama de la Misión Canadiense, a esa rama la presidía un misionero; siempre había sido así.

Esa noche tuvimos una reunión encantadora, pero mientras entonábamos la última canción, vino a mí la inspiración de que tenía que haber un presidente de rama local presidiendo. Me volví al presidente de misión y le pregunté: “¿No hay alguien aquí que podría presidir? ¿Un hombre local?”.

Él respondió: “No sé de ninguno”.

Mientras cantábamos, miré con detenimiento a los hombres sentados en las primeras tres filas. Mi atención parecía centrarse en uno de los hermanos. Le dije al presidente de misión: “¿Podría él servir como el presidente de la rama?”.

Él contestó: “No lo sé. Quizá sí”.

Le dije: “Presidente, lo llevaré al otro salón para entrevistarlo. Usted hable después del último himno y no se detenga hasta que regresemos”.

Cuando los dos volvimos a entrar en el salón, el presidente de misión concluyó su testimonio y yo presenté el nombre del hermano para que fuera el nuevo presidente de la rama. A partir de ese día, Leadville, Colorado, tuvo un miembro local a la cabeza de la unidad.

El mismo principio, hermanos, se aplica a los que aún no son miembros. Debemos cultivar la capacidad de ver a los hombres no como lo que son ahora, sino como lo que pueden llegar a ser cuando sean miembros de la Iglesia, cuando tengan un testimonio del Evangelio y cuando su vida esté en armonía con sus enseñanzas.

Allá por el año 1961 hubo una conferencia mundial para presidentes de misión, y cada presidente de misión de la Iglesia vino a Salt Lake City para las reuniones. Yo vine a Salt Lake City

desde mi misión, en Toronto, Canadá.

En una reunión en particular, N. Eldon Tanner, que en ese entonces era ayudante del Quórum de los Doce, acababa de regresar de su primera experiencia de presidir las misiones de Gran Bretaña y Europa Occidental. Contó de un misionero que había sido el misionero más exitoso de todos los que había entrevistado. Dijo que, mientras entrevistaba a aquel misionero, le había dicho: “Supongo que todas las personas que usted bautizó llegaron a la Iglesia mediante referencias”.

El joven contestó: “No, a todas las encontramos tocando puertas”.

El hermano Tanner le preguntó

cuál era la diferencia de su método, por qué él había tenido un éxito tan fenomenal y otros no. El joven dijo que él intentaba bautizar a cada persona que conocía. Dijo que, si golpeaba a una puerta y veía a un hombre fumando un cigarro, vestido con ropa vieja y aparentemente indiferente a todo —en especial, a la religión—, él se imaginaba cómo se vería el hombre en circunstancias diferentes. En su mente, lo veía sin barba y de camisa blanca y pantalones blancos. Y el misionero se veía a sí mismo ayudando al hombre a entrar en las aguas del bautismo. Él dijo: “Cuando veo a alguien de ese modo, tengo la capacidad de



expresarle mi testimonio en una forma que le llegue al corazón”.

Tenemos la responsabilidad de ver a nuestros amigos, nuestros colegas y nuestros vecinos de este modo. Repito: tenemos la responsabilidad de ver a las personas no como son, sino más bien como pueden llegar a ser. Les ruego que piensen en ellos de ese modo.

Hermanos, el Señor nos dijo algo acerca de la importancia de este sacerdocio que poseemos. Nos dijo que lo recibimos con un juramento y un convenio. Nos dio la instrucción de que debemos ser fieles y leales en todo lo que recibamos, y que tenemos la responsabilidad de guardar este convenio hasta el fin. Y entonces, todo lo que el Padre tiene, nos será dado².

Valor es la palabra a la que debemos prestar oído y llevar cerca de nuestro corazón: valor para darle la espalda a la tentación, valor para alzar nuestra voz y testificar a todos los que conozcamos, recordando que todos deben tener la oportunidad de oír el mensaje. Aunque para la mayoría esto no es fácil, podemos llegar a creer en las palabras de Pablo a Timoteo:

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor, y de dominio propio.

“Por tanto, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor”³.

En mayo de 1974 fui con el hermano John H. Groberg a las islas de Tonga. Teníamos una cita para visitar al rey de Tonga y nos reunimos con él en una sesión formal. Intercambiamos las cortesías normales. Sin embargo, antes de irnos, John Groberg dijo algo fuera de lo común. Dijo: “Su Majestad, usted realmente debería convertirse en mormón, y sus súbditos también; así, sus problemas y los de ellos se solucionarían en gran medida”.

El rey, con una amplia sonrisa, respondió: “John Groberg, quizá usted tenga razón”.

Pensé en el apóstol Pablo ante Agripa. Pensé en la respuesta de Agripa al testimonio de Pablo: “Por poco me persuades a hacerme cristiano”⁴. El hermano Groberg tuvo el valor de expresar su testimonio ante un rey.

Esta noche hay muchos entre los nuestros que están sirviendo al Señor a tiempo completo como Sus misioneros. En respuesta a un llamamiento, han dejado su hogar, su familia, sus amigos, sus estudios, y han salido a prestar servicio. Aquellos que no comprenden, preguntan: “¿Por qué responden de tan buena gana y están dispuestos a dar tanto?”.

Nuestros misioneros bien podrían responder con las palabras de Pablo, el incomparable misionero de antaño: “No tengo por qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad; y, ¡ay de mí si no anunciara el evangelio!”⁵.

En las Santas Escrituras no hay declaración más importante, responsabilidad más vinculante, ni instrucción más directa que el mandamiento que dio el Señor resucitado al aparecerse en Galilea a los once discípulos. Él dijo:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

“Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

“enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”⁶.

Este mandato divino, junto con su gloriosa promesa, es nuestro lema hoy, tal como lo fue en el meridiano de los tiempos. La obra misional es una característica distintiva de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Como dijo el profeta José Smith: “Después de todo lo que se ha dicho, el mayor y más importante deber es predicar el Evangelio”⁷.

Dentro de dos cortos años, todos los misioneros de tiempo completo que actualmente sirven en este ejército real de Dios habrán terminado su labor de tiempo completo y habrán regresado a sus hogares y seres queridos. Su remplazo se encuentra esta noche entre los poseedores del Sacerdocio Aarónico de la Iglesia. Jóvenes, ¿están listos para responder? ¿Están dispuestos a trabajar? ¿Están preparados para servir?

El presidente John Taylor resumió los requisitos: “Los hombres que deseamos como portadores del mensaje de este Evangelio son los que tengan fe en Dios y en su religión, que honren su sacerdocio;... hombres llenos del Espíritu Santo y del poder de Dios... hombres de honor, de integridad, de virtud y de pureza”⁸.

Hermanos, a todos se nos manda compartir el evangelio de Cristo. Cuando nuestra vida concuerda con las normas de Dios, quienes se encuentran en nuestra esfera de influencia jamás se lamentarán de este modo: “Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos”⁹.

El perfecto Pastor de almas, el misionero que redimió a la humanidad, nos dio Su garantía divina:

“Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!

“Y ahora, si vuestro gozo será grande con un alma que me hayáis traído al reino de mi Padre, ¡cuán grande no será vuestro gozo si me trajereis muchas almas!”¹⁰.

De Él, quien pronunció estas palabras, declaro mi testimonio personal. Él es el Hijo de Dios, nuestro Redentor y nuestro Salvador.

Ruego que tengamos el valor para extender la mano de hermandad, la tenacidad de intentar una y otra vez, y la humildad que se necesita para buscar la guía de nuestro Padre al cumplir su mandato divino de compartir el Evangelio. La responsabilidad es nuestra, hermanos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase “Al rescate”, *Liahona*, julio de 2001, pág. 58.
2. Véase D. y C. 84:33–39.
3. 2 Timoteo 1:7–8.
4. Hechos 26:28.
5. 1 Corintios 9:16.
6. Mateo 28:18–20.
7. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 350.
8. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: John Taylor*, 2001, pág. 82.
9. Jeremías 8:20.
10. D. y C. 18:15–16.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

¿Dónde está el pabellón?

El pabellón que parece interceptar la ayuda divina no cubre a Dios; a veces nos cubre a nosotros. Dios nunca está oculto, pero a veces nosotros sí lo estamos.

En las profundidades de su aflicción en la cárcel de Liberty, el profeta José Smith exclamó: “Oh, Dios, ¿en dónde estás?, ¿y dónde está el pabellón que cubre tu morada oculta?”¹. Muchos de nosotros, en momentos de aflicción personal, sentimos que Dios está lejos de nosotros; sin embargo, el pabellón que parece interceptar la ayuda divina no cubre a Dios; a veces nos cubre a nosotros. Dios nunca está oculto, pero a veces nosotros sí lo estamos, cubiertos por un pabellón de motivos que nos alejan de Dios y lo hacen parecer distante e inaccesible. Nuestros propios deseos, más bien que un sentimiento que indique “Hágase tu voluntad”², crean el sentimiento de que un pabellón bloquea a Dios. No es que Él sea incapaz de vernos o comunicarse con nosotros, pero quizás nosotros no estemos dispuestos a escuchar ni a someternos a Su voluntad ni a Su tiempo.

Nuestros sentimientos de separación de Dios disminuirán a medida que nos volvamos más como niños ante Él. Eso no es fácil en un mundo

donde las opiniones de otros seres humanos pueden tener ese tipo de efecto en nuestros motivos. Sin embargo, nos ayudará a reconocer esta verdad: Dios está cerca de nosotros, pendiente de nosotros y nunca se esconde de Sus fieles hijos.

Mi nieta de tres años ilustró el poder de la inocencia y de la humildad para conectarnos con Dios. Ella fue con su familia al programa de puertas abiertas del Templo de Brigham City, Utah. En uno de los cuartos de ese hermoso edificio, ella miró a su alrededor y preguntó: “Mami, ¿dónde está Jesús?”. Su madre le explicó que no vería a Jesús en el templo, pero que podría sentir Su influencia en el corazón. Eliza se quedó pensando en la respuesta de su madre y pareció quedar satisfecha y dijo “Jesús se ha ido a ayudar a alguien”, y así concluyó.

Ningún pabellón ocultó el entendimiento de Eliza ni obstruyó su perspectiva de la realidad. Dios está cerca de ella, y ella se siente cerca de Él. Ella sabía que el templo es la casa del Señor, pero también comprendía

que el Jesucristo resucitado y glorificado tiene un cuerpo y que solamente puede estar en un lugar a la vez³. Ella reconoció que si Él no se encontraba en Su casa, debía estar en otro lugar. Y por lo que sabe del Salvador, ella sabía que Él estaría en alguna parte haciendo algo bueno para los hijos de Su Padre. Era obvio que ella había tenido la esperanza de ver a Jesús, no como un milagro que confirmara Su existencia, sino simplemente porque lo amaba.

El Espíritu pudo revelarle a su mente y corazón de niña el consuelo que todos nosotros necesitamos y deseamos. Jesucristo vive, nos conoce, vela por nosotros y cuida de nosotros. En momentos de dolor, soledad o confusión, no es necesario que veamos a Jesucristo para saber que Él está al tanto de nuestras circunstancias y que Su misión es la de bendecir.

Por mi propia vida, sé que podemos tener la misma experiencia que tuvo Eliza mucho después de dejar la niñez. En los primeros años de mi carrera, trabajé arduamente para asegurar un puesto de profesor titular en la Universidad Stanford. Pensé que había provisto cómodamente de lo necesario para mí y para mi familia; vivíamos cerca de los padres de mi esposa en un entorno bastante cómodo. Según las normas del mundo, había logrado el éxito. No obstante, la Iglesia me dio la oportunidad de irme de California para ir al Colegio Universitario Ricks, en Rexburg, Idaho. Los objetivos profesionales de toda mi vida quizás hayan sido un pabellón que me apartaba de un amoroso Padre que sabía mejor que yo lo que me depararía el futuro. Sin embargo, fui bendecido al saber que cualquier éxito que tenía en mi profesión y en mi vida familiar hasta ese punto era un don de Dios. De modo que, como un niño, me arrodillé en oración para preguntar qué debía hacer. Oí una voz apacible en mi mente que dijo: “Es Mi escuela”. No se interponía un pabellón que me ocultara de Dios. Con fe y humildad, sometí mi voluntad a la de Él, y sentí Su cuidado y cercanía.

Los años que pasé en el Colegio



represa se desbordaría y que cientos de personas necesitarían ayuda. Él me permitió buscar consejo y obtener Su permiso para quedarme en el Colegio Universitario Ricks. Él sabía todas las razones por las que mi servicio aún podría ser valioso en el colegio y en Rexburg. Estaba allí para pedir con frecuencia al Padre Celestial en oración que Él me permitiera hacer aquellas cosas que ayudarían a las personas cuyas propiedades y vidas habían resultado dañadas o destruidas. Pasé horas trabajando con otras personas para sacar el lodo y el agua de las casas. El deseo que tenía de saber y de hacer Su voluntad me dio la oportunidad de realizar un profundo examen de conciencia.

Ese incidente ilustra otra manera de crear una barrera para saber la voluntad de Dios o sentir Su amor por nosotros: no podemos insistir sobre *nuestro* tiempo cuando el Señor tiene el Suyo. Creí que había pasado suficiente tiempo en mi servicio en Rexburg y estaba apurado por seguir adelante. A veces, nuestra insistencia de actuar de acuerdo con nuestro propio tiempo puede impedir que veamos claramente Su voluntad respecto a nosotros.

En la cárcel de Liberty, el profeta José le pidió al Señor que castigara a aquellos que perseguían a los miembros de la Iglesia en Misuri. Oró para que hubiera un castigo seguro y repentino; sin embargo, el Señor respondió que “de aquí a pocos años”⁴, Él se encargaría de los enemigos de la Iglesia. En los versículos 24 y 25 de la sección 121 de Doctrina y Convenios, Él dice:

“He aquí, mis ojos ven y conocen todas sus obras, y tengo reservado en su sazón un juicio repentino para todos ellos;

“porque para cada hombre hay una hora señalada, de acuerdo con sus obras”⁵.

Retiramos el pabellón cuando sentimos y oramos: “Hágase Tu voluntad” y “a Tu tiempo”. Su tiempo debería ser lo bastante pronto para nosotros, ya que sabemos que Él sólo quiere lo que es mejor.

Universitario Ricks, durante los cuales traté de procurar y de hacer la voluntad de Dios, impidieron que el pabellón me cubriera o ensombreciera el papel activo de Dios en mi vida. Al procurar llevar a cabo Su obra, me sentí cerca de Él y sentí la seguridad de que Él sabía en cuanto a mis asuntos y se preocupaba profundamente por mi felicidad. Pero así como había ocurrido en Stanford, se me empezaron a presentar los motivos mundanos. Uno fue una atractiva oferta de trabajo que se me hizo cuando terminaba mi quinto año como presidente del Colegio Ricks. Consideré la oferta y oré respecto a ella, e incluso la analicé con la Primera Presidencia. Ellos respondieron con calidez y un poco de buen humor, pero sin ofrecer ninguna dirección. El presidente Spencer W. Kimball me oyó describir el ofrecimiento que había recibido de una corporación grande y dijo: “Bueno, Hal, ¡suena como una oportunidad maravillosa!; y si algún día te necesitamos, sabremos

dónde encontrarte”. Hubieran sabido dónde encontrarme, pero mis deseos por lograr éxito profesional podrían haber creado un pabellón que haría difícil que yo encontrara a Dios, y más difícil que escuchara y siguiera Sus invitaciones.

Mi esposa, al percibir esto, tuvo la fuerte impresión de que no debíamos dejar el Colegio Universitario Ricks. Le dije: “Me parece bien”; sin embargo, sabiamente ella insistió que yo obtuviera mi propia revelación. De modo que oré de nuevo. Esta vez recibí dirección en la forma de una voz en mi mente, que dijo: “Te *dejaré* quedarte en el Colegio Universitario Ricks un poco más”. Mis ambiciones personales tal vez habrían empañado mi perspectiva de la realidad y hecho difícil que recibiera revelación.

Treinta días después de que fui bendecido con la decisión inspirada de rechazar la oferta de trabajo y quedarme en el Colegio Universitario Ricks, la represa de Teton se desbordó por aquí cerca. Dios sabía que esa

Una de mis nueras pasó muchos años con el sentimiento de que Dios le había puesto un pabellón encima. Era una madre joven de tres niños que añoraba tener más hijos. Después de dos abortos espontáneos, sus oraciones de súplica se hicieron más angustiosas. Con el paso de más años estériles, se sintió tentada a la ira. Cuando el más pequeño se iba a la escuela, el vacío de la casa parecía burlarse de su deseo de ser madre, al igual que los embarazos no planeados, y a veces no deseados, de sus conocidas. Se sentía tan dedicada y consagrada como María, quien declaró: “He aquí la sierva del Señor”⁶. Pero aunque hablaba esas palabras en su corazón, no oía ninguna contestación.

Con la esperanza de darle ánimo, su esposo la invitó a que fuera con él en un viaje de negocios a California. Mientras él asistía a reuniones, ella caminaba a lo largo de la playa hermosa y vacía. Con el corazón a punto de estallarle, oró en voz alta. Por primera vez, no pidió otra criatura, sino un mandato divino. “Padre Celestial”, dijo llorando, “te daré todo mi tiempo; por favor muéstrame cómo ocuparlo”. Expresó su voluntad para llevar a su familia a dondequiera que se les pidiera ir. Esa oración produjo un sentimiento inesperado de paz, el cual no satisfizo la sed que tenía en su mente de tener certeza, pero por primera vez en años, le tranquilizó el corazón.

La oración retiró el pabellón y abrió las ventanas de los cielos. En menos de dos semanas se enteró de que estaba esperando un hijo. El nuevo bebé tenía sólo un año de edad cuando a mi hijo y a mi nuera les llegó un llamamiento misional. Habiendo prometido ir y hacer cualquier cosa a donde fuera, ella puso a un lado sus temores y fue con sus hijos allende el mar. En el campo misional tuvo otro hijo, en el día de traslados de misioneros.

El someterse plenamente a la voluntad del cielo, tal como lo hizo esta joven madre, es esencial para retirar los pabellones espirituales con los que a veces nos cubrimos la cabeza. Sin embargo, eso no garantiza respuestas inmediatas a nuestras oraciones.

Parece que el corazón de Abraham había estado en lo cierto mucho antes de que Sara concibiera a Isaac y antes de que recibieran su tierra prometida. Los cielos tenían otros propósitos que cumplir primeramente, los cuales incluían edificar no sólo la fe de Abraham y de Sara, sino también enseñarles verdades eternas que dieron a conocer a otras personas en el largo recorrido a la tierra preparada para ellos. Muchas veces las demoras del Señor parecen largas; a veces duran toda una vida, pero siempre tienen la intención de bendecir. Nunca tienen que ser tiempos de soledad ni de tristeza ni de impaciencia.

A pesar de que el tiempo del Señor no siempre es el nuestro, podemos estar seguros de que Él cumple Sus promesas. Para cualquiera de ustedes que por ahora piense que es difícil llegar al Señor, testifico que llegará el día en que todos lo veremos cara a cara. Así como no hay nada que le impida a Él vernos, no habrá nada que nos impida verlo a Él. Todos compareceremos ante Él, en persona. Así como mi nieta, deseamos ver a Jesucristo ahora mismo, pero nuestra reunión segura con Él el día del juicio será más deleitable si primero hacemos las cosas que lo hacen a Él tan familiar para nosotros como nosotros lo somos para Él. Cuando lo servimos llegamos a ser como Él, y nos sentimos más cerca de Él al acercarse el día en que nada obstaculizará nuestra visión.

El avance hacia Dios puede ser constante. El Salvador enseña: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”⁷. Y entonces nos dice cómo hacerlo:

“Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; “estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.

“Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos?, ¿o sediento y te dimos de beber?

“¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos?, ¿o desnudo y te cubrimos?

“¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?

“Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”⁸.

Al hacer lo que el Señor querría que hiciéramos por los hijos de Su Padre, Él lo considera una bondad hacia Él, y nos sentiremos más cerca de Él al sentir Su amor y Su aprobación. Con el tiempo, llegaremos a ser como Él y esperaremos el día del juicio con feliz expectativa.

El pabellón que parezca ocultarlos a ustedes de Dios quizás sea el temor del hombre más bien que el deseo de servir a los demás. La única motivación del Señor era ayudar a la gente. Muchos de ustedes, al igual que yo,



han tenido temor de acercarse a alguien que han ofendido o que les haya hecho daño. Y, sin embargo, he visto una y otra vez que el Señor entenece los corazones, incluso el mío. De modo que los insto a que, representando al Señor, vayan a alguien, a pesar de cualquier temor que pudieran tener, a extender amor y perdón. Les prometo que si lo hacen, sentirán el amor que el Salvador siente por esa persona y el amor que Él siente por ustedes, y no parecerá que vendrá de una gran distancia. Quizás para ustedes ese desafío radicaré en una familia, o en una comunidad, o a través de una nación.

Pero si van en nombre del Señor a bendecir a los demás, Él lo verá y lo premiará. Si lo hacen con suficiente frecuencia y por suficiente tiempo, sentirán un cambio en su propia naturaleza, mediante la expiación de Jesucristo. No sólo se sentirán más cerca de Él, sino que también sentirán que más y más están llegando a ser como Él. Entonces, cuando lo veamos, porque todos lo veremos, será para ustedes como lo fue para Moroni, cuando dijo: “Y ahora me despido de todos. Pronto iré a descansar en el paraíso de Dios, hasta que mi espíritu y mi cuerpo de nuevo se reúnan, y sea llevado triunfante por el aire, para encontrarnos ante el agradable tribunal del gran Jehová, el Juez Eterno de vivos y de muertos. Amén”⁹.

Si servimos con fe, humildad y un deseo de hacer la voluntad de Dios, testifico que el día del juicio del gran Jehová será placentero. Veremos a nuestro amoroso Padre y a Su Hijo tal como Ellos nos ven ahora: con perfecta claridad y con perfecto amor. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. D. y C. 121:1.
2. Véase Mateo 6:10; Lucas 11:2; 3 Nefi 13:10; Éter 12:29; D. y C. 109:44; Moisés 4:2.
3. Véase D. y C. 130:22.
4. D. y C. 121:15.
5. D. y C. 121:24–25.
6. Lucas 1:38.
7. Mateo 25:34.
8. Mateo 25:35–40.
9. Moroni 10:34.



Por el presidente Boyd K. Packer
Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles

La Expiación

A dondequiera que vayan nuestros miembros y misioneros, nuestro mensaje es uno de fe y de esperanza en el Salvador Jesucristo.

Mi mensaje está dirigido a aquellos de entre nosotros que están sufriendo, que tienen que cargar con la culpa, la debilidad, el fracaso, el dolor y la desesperación.

En 1971 se me asignaron conferencias de estaca en Samoa Occidental, incluso la organización de una estaca nueva en la isla Upolu. Después de las entrevistas alquilamos una avioneta para ir a la isla Savai'i para una conferencia de estaca. La avioneta aterrizó en un campo verde en Faala y debía regresar a la tarde siguiente para llevarnos a la isla Upolu.

El día que debíamos regresar de Savai'i llovió. Sabiendo que la avioneta no podía aterrizar en un campo mojado, manejamos hasta el extremo oeste de la isla donde había una pista rudimentaria encima de una franja de coral. Esperamos hasta el anochecer, pero la avioneta no llegó. Finalmente, supimos por radio que había una tormenta y que la avioneta no podía despegar. Avisamos que iríamos por bote. Alguien nos recibiría en Mulifanua.

Al salir del puerto de Savai'i, el capitán del bote de 12 metros preguntó al presidente de misión si tenía una linterna. Afortunadamente él tenía una y se la regaló al capitán. Cruzamos los 21 kilómetros hasta la isla Upolu

sobre un mar muy picado. Ninguno sabía que una feroz tormenta tropical había azotado la isla y nos dirigíamos directamente hacia ella.

Llegamos al puerto de Mulifanua; allí había un paso angosto junto al arrecife que debíamos atravesar. Una luz en el cerro arriba de la playa y una segunda luz más abajo marcaban el estrecho paso. Cuando se maniobraba el bote de tal modo que las dos luces quedaban una encima de la otra, el bote quedaba en la posición correcta para pasar entre las peligrosas rocas que bordeaban el paso.

Pero esa noche había una sola luz. En el embarcadero nos esperaban dos élderes, pero habíamos tardado mucho más de lo normal. Tras esperar horas buscando señales de nuestro bote, los élderes se cansaron y se durmieron, y se olvidaron de prender la segunda luz, la luz de abajo; por consiguiente, no quedaba claro el paso a través del arrecife.

El capitán maniobró el bote lo mejor que pudo hacia la luz de arriba en la costa mientras un tripulante sostenía la linterna prestada sobre la proa, buscando las rocas por delante. Oíamos las grandes olas que rompían en el arrecife. Cuando nos acercamos lo suficiente para verlas con la linterna, el



capitán gritó que fuéramos en reversa para volver a buscar el paso.

Tras muchos intentos, se dio cuenta de que sería imposible encontrar el paso. Lo único que podíamos hacer era tratar de llegar al puerto de Apia a 64 kilómetros de distancia. Nos sentíamos indefensos ante el feroz poder de los elementos. No recuerdo haber estado antes en un lugar tan oscuro.

A pesar de que la máquina iba a toda marcha, la primera hora no avanzamos nada. El bote apenas lograba subir una gran ola y luego hacía una pausa, exhausto en la cima de ésta con las hélices fuera del agua. La vibración de las hélices sacudía tanto el bote que casi lo desintegraba antes de bajar resbalando por el otro lado.

Estábamos acostados con los brazos y las piernas extendidos sobre la cubierta de la bodega de carga, aferrándonos con las manos de un lado y haciendo presión con los dedos de los pies sobre el otro para evitar caer al mar. El hermano Mark Littleford se soltó y cayó contra la baja borda

de hierro; se cortó la cabeza, pero la baranda impidió que cayera al mar.

Finalmente avanzamos y, ya casi al amanecer, arribamos al puerto de Apia. El muelle estaba atascado de barcos amarrados unos a otros para protegerlos. Caminamos sobre ellos a gatas, tratando de no molestar a los que dormían en la cubierta. Nos dirigimos a Pesega, secamos nuestra ropa y nos encaminamos a Vailuutai para organizar la nueva estaca.

No supe quién nos había estado esperando en la playa de Mulifanua; no quise que me informaran. Pero es verdad que sin esa luz de abajo, todos podíamos haber muerto.

En el himnario hay un himno muy antiguo que se canta muy poco y que tiene significado especial para mí.

*Brillan rayos de clemencia
del gran faro del Señor,
y Sus atalayas somos,
alumbrando con amor.
Reflejemos los destellos
por las olas de la mar;
al errante marinero
ayudemos a salvar.*

*Tenebrosa es la noche,
rugen olas de furor,
y con ansia todos buscan
ese faro protector.*

*Ajustemos las linternas;
los perdidos las verán.
Un asilo de las olas
nuestras luces mostrarán¹.*

Hoy me dirijo a los que pueden estar perdidos y están buscando esa luz de abajo para que los guíe de regreso.

Desde el principio, entendimos que en la vida mortal no seríamos perfectos. No se esperaba que viviéramos sin transgredir una u otra ley.

“Porque el hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que se someta al influjo del Santo Espíritu, y se despoje del hombre natural, y se haga santo por la expiación de Cristo el Señor”².

De la Perla de Gran Precio aprendemos que “ninguna cosa inmunda puede morar [en el reino de Dios]”³, por lo que se brindó un medio para que todos los que pequen se

arrepientan y una vez más sean dignos de la presencia de nuestro Padre Celestial.

Se escogió a un Mediador, a un Redentor, uno que viviría Su vida perfectamente, no cometería ningún pecado y se ofrecería “a sí mismo en sacrificio por el pecado, para satisfacer las demandas de la ley, por todos los de corazón quebrantado y de espíritu contrito; y por nadie más se pueden satisfacer las demandas de la ley”⁴.

Respecto a la importancia de la Expiación, en Alma aprendemos: “Porque es necesario que se realice una expiación... o de lo contrario, todo el género humano inevitablemente debe perecer”⁵.

Si no han cometido ningún error, no necesitan la Expiación. Si han cometido errores, y todos los hemos cometido, ya sean pequeños o graves, entonces tienen una gran necesidad de averiguar cómo se pueden borrar para que ustedes ya no estén en la oscuridad.

“[Jesucristo] es la luz y la vida del mundo”⁶. Al fijar nuestra mirada en Sus enseñanzas, seremos guiados al puerto de la seguridad espiritual.

El tercer Artículo de Fe declara: “Creemos que por la Expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio”⁷.

El presidente Joseph F. Smith enseñó: “Los hombres no pueden perdonarse sus propios pecados; no pueden limpiarse de las consecuencias de sus pecados. Pueden dejar de pecar y pueden actuar rectamente en el futuro, y a tal punto [que] sus hechos sean aceptables ante el Señor, [[llegan a ser] dignos de consideración. Pero, ¿quién reparará los agravios que se hayan ocasionado a sí mismos y a otras personas, los cuales parece imposible que ellos mismos reparen? Mediante la expiación de Jesucristo serán lavados los pecados de aquel que se arrepienta, y aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana [véase Isaías 1:18]. Ésa es la promesa que se les ha hecho”⁸.

No sabemos exactamente cómo llevó a cabo el Señor la Expiación.



Pero sí sabemos que la cruel tortura de la Crucifixión fue sólo una parte del terrible dolor que comenzó en Getsemaní —aquel sagrado lugar de sufrimiento— y que se completó en el Gólgota.

Lucas registra:

“Y él se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró,

“diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

“Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle.

“Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían a tierra”⁹.

Hasta donde yo sé, hay un solo relato en las palabras del Salvador mismo que describe lo que Él sufrió en el jardín de Getsemaní. En la revelación se registra:

“Porque he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten;

“mas si no se arrepienten, tendrán que padecer así como yo;

“padecimiento que hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a

causa del dolor y sangrara por cada poro”¹⁰.

En el transcurso de su vida, quizás hayan ido a lugares donde nunca debieron ir y hecho cosas que nunca debieron hacer. Si se apartan del pecado, un día podrán conocer la paz que se recibe al seguir el sendero del arrepentimiento completo.

No importa cuáles hayan sido nuestras transgresiones ni cuánto hayamos lastimado a otras personas, toda esa culpa se puede eliminar. Para mí, quizás la frase más hermosa de todas las Escrituras es cuando el Señor dijo: “He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más”¹¹.

Ésa es la promesa del evangelio de Jesucristo y de la Expiación: tomar a quienquiera que venga, a quienquiera que se una, y hacerlo pasar por una experiencia tal que al finalizar su vida pueda atravesar el velo habiéndose arrepentido de sus pecados y habiendo quedado limpio mediante la sangre de Cristo¹².

Eso es lo que hacen los Santos de los Últimos Días por el mundo; ésa es la Luz que ofrecemos a los que están en la oscuridad y han perdido

el camino. A dondequiera que vayan nuestros miembros y misioneros, nuestro mensaje es uno de fe y de esperanza en el Salvador Jesucristo.

El presidente Joseph Fielding Smith, que fue un buen amigo mío, escribió la letra del himno “¿Es muy larga la jornada?”, que da ánimo y una promesa a los que tratan de seguir las enseñanzas del Salvador:

*¿Es muy larga la jornada
y la vía abrupta y empinada?
¿Hay arbustos y espinas,
y filosas piedras que los pies te
lastiman
mientras luchas cuesta arriba,
bajo el calor del día?*

*¿Desfallece el corazón,
y se fatiga el alma
cuando llevas esa carga?
¿Te parece muy pesado
lo que tienes que vivir?
¿Puedes esa carga compartir?*

*Que tu corazón no desfallezca,
la jornada ha comenzado;
ahí está Aquél que aún te llama.
Míralo feliz, está allí arriba
y tómalo de la mano;
te llevará a alturas que desconocías.*

*He allí la tierra santa y pura,
donde sin aflicciones ni dudas,
de todo pecado libre serás,
lágrimas no derramarás,
ni tristezas habrá.
Toma Su mano para con Él
entrar¹³.*

En el nombre de Jesucristo.
Amén. ■

NOTAS

1. “Brillan rayos de clemencia”, *Himnos*, N° 208.
2. Mosiah 3:19.
3. Moisés 6:57.
4. 2 Nefi 2:7.
5. Alma 34:9.
6. Mosiah 16:9.
7. Artículos de Fe 1:3.
8. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, págs. 99–100.
9. Lucas 22:41–44.
10. D. y C. 19:16–18.
11. D. y C. 58:42.
12. Véase Apocalipsis 1:5.
13. Citado por Joseph B. Wirthlin, “Paso por paso”, *Liahona*, octubre de 2001.



Por Linda K. Burton

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

Primero observa; luego sirve

Pero con práctica, todos podemos llegar a parecernos más al Salvador al servir a los hijos de Dios.

Una de las grandes evidencias que tenemos de que nuestro amado profeta, el presidente Thomas S. Monson, es el siervo escogido del Señor es que ha aprendido a seguir el ejemplo del Salvador: el de servir individualmente, uno por uno. Quienes hemos entrado en las aguas del bautismo hicimos convenio de hacer lo mismo. Acordamos “[recordar] siempre [al Salvador] y... guardar sus mandamientos”¹, y Él ha dicho: “Éste es mi mandamiento: Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado”².

Noten que las siguientes palabras del presidente Monson incluyen la misma invitación: “Estamos rodeados de personas que necesitan nuestra atención, nuestro estímulo, apoyo, consuelo y bondad... Nosotros somos las manos del Señor aquí sobre la tierra, con el mandato de prestar servicio y edificar a Sus hijos. Él depende de cada uno de nosotros”³.

¿La oyeron, la invitación a amarlos los unos a los otros? Para algunos, servir o ministrar uno por uno, siguiendo el ejemplo del Salvador, no resulta fácil. Pero con práctica, todos podemos llegar a parecernos más al Salvador al servir a los hijos de Dios.

Para ayudarnos a amarnos mejor unos a otros, sugiero que recordemos cuatro palabras: “Primero observa; luego sirve”.

Hace casi 40 años, fui al templo con mi esposo para nuestra salida del viernes por la noche. Llevábamos poco tiempo de casados y estaba nerviosa porque esa era sólo la segunda vez que iba después de casarme. Una hermana sentada a mi lado debe haberlo notado. Se inclinó hacia mí y con reverencia susurró: “No te preocupes. Yo te ayudaré”. Mis temores se calmaron y pude disfrutar del resto de la sesión. Ella primero observó y luego sirvió.

A todos se nos invita a seguir las enseñanzas de Jesús y a ministrar a los demás. La invitación no se limita a hermanas angelicales. Mientras comparto ejemplos típicos de miembros que aprendieron a observar primero y luego a servir, presten atención a las enseñanzas de Jesús que las demuestran.

Un niño de la Primaria, de seis años, dijo: “Cuando me eligieron ayudante de la clase, podía elegir a un amigo para que trabajara conmigo. Elegí [a un niño de mi clase que me



trataba mal], porque nunca lo eligen. Quería hacerlo sentir bien”⁴.

¿Qué observó este niño? Notó que nunca elegían al niño buscableitos de la clase. ¿Qué hizo para servir? Simplemente lo eligió como su amigo para ayudar en la clase. Jesús enseñó: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen”⁵.

En cierto barrio, el Sacerdocio Aarónico primero observó y ahora sirve en forma valiosa. Cada semana los jóvenes llegan temprano y esperan fuera del centro de reuniones, con lluvia, nieve o calor abrasador, la llegada de los muchos miembros ancianos del barrio. Sacan sillas de ruedas y andadores de los autos, brindan brazos fornidos de donde agarrarse y con paciencia acompañan a los ancianos de cabello canoso hasta la entrada del edificio. En verdad cumplen su deber a Dios. Al observar y luego servir, son ejemplos vivientes de la enseñanza del Salvador: “En cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”⁶. Al

implementar el nuevo programa para la juventud, estos jóvenes sin duda estarán dispuestos aun a más oportunidades de servir de una manera semejante a la de Cristo.

El observar y servir a veces requiere gran esfuerzo. Una jovencita inspirada llamada Alexandria notó que su prima, Madison, no podía completar los requisitos de su propio Progreso Personal porque sufría de autismo severo. Alexandria reunió a las jovencitas de su barrio, consultó con sus líderes, y decidió hacer algo por Maddy que ella no podía hacer por sí misma. Cada jovencita completó una parte de las actividades y los proyectos del Progreso Personal a nombre de Maddy para que ella pudiera recibir su propia medalla⁷.

Estas jovencitas desempeñarán bien las funciones de la maternidad y de la hermandad de la Sociedad de Socorro, porque están aprendiendo a observar primero, y luego a servir caritativamente.

El presidente Monson nos ha recordado que la caridad, “el amor puro de

Cristo”⁸—o sea, el observar y servir— “es evidente cuando se recuerda a una anciana viuda y se la lleva a las reuniones del barrio” y “cuando la hermana que se sienta sola en la Sociedad de Socorro recibe la invitación: ‘Venga, siéntese con nosotras’”⁹. Aquí se aplica la regla de oro: “Cuantas cosas queráis que los hombres [o las mujeres] os hagan a vosotros, así haced vosotros con ellos”¹⁰.

Un esposo observador sirvió de dos modos importantes. Él cuenta:

“Un domingo ayudé a mi esposa con su clase de la Primaria, llena de activos niños de siete años. Al empezar el tiempo para compartir, noté a una niña de la clase acurrucada en la silla; obviamente no se sentía bien. El Espíritu me susurró que necesitaba consuelo, así que me senté a su lado y en voz baja le pregunté qué sucedía. No contestó... así que comencé a cantarle suavemente.

“La Primaria estaba aprendiendo una canción nueva, y cuando cantamos ‘al Salvador escucho si escucho con el corazón’, empecé a sentir que

mi alma se llenaba de una luz y una calidez increíbles... recibí un testimonio personal del amor que el Salvador tenía por ella... y por mí... Aprendí que somos las manos [del Salvador] cuando servimos a la persona en particular”¹¹.

Este hermano cristiano no sólo percibió que debía ayudar a su esposa con una clase llena de niños activos de siete años, sino también prestó servicio a una niña necesitada en particular. Siguió al Salvador, que enseñó: “Aquellos que me habéis visto hacer, eso haréis vosotros”¹².

Recientemente una inundación presentó muchas oportunidades para que discípulos de Jesucristo primero observaran y luego sirvieran. Hombres, mujeres, adolescentes y niños vieron negocios y hogares destruidos y dejaron todo para ayudar a limpiar y a reparar estructuras dañadas. Algunos vieron que era necesario ayudar con la abrumadora tarea de lavar ropa. Otros laboriosamente limpiaron fotos, documentos legales, cartas y otros papeles importantes; y luego con cuidado los colgaron para que se secaran, y así preservar lo que fuera posible. Observar y luego servir no siempre es conveniente ni se ajusta a nuestro horario.

¿Hay mejor lugar que el hogar para primero observar y luego servir? Un ejemplo de la vida del élder Richard G. Scott lo demuestra:

“Una noche, nuestro pequeño hijo Richard, que tenía problemas cardíacos, se despertó llorando. Por lo general era mi esposa la que se levantaba para cuidar a los pequeños cuando lloraban; pero esa vez le dije: ‘Yo me encargo de él’.

“Debido a su condición, cuando comenzaba a llorar, su pequeño corazón latía muy rápido; vomitaba y ensuciaba las sábanas. Esa noche lo sostuve contra mí para tratar de calmar su corazón acelerado y que dejara de llorar mientras le cambiaba la ropa y ponía sábanas limpias. Lo tuve en brazos hasta que se durmió. En ese momento no sabía que sólo en unos meses moriría. Siempre recordaré haberlo tenido en mis brazos en medio de esa noche”¹³.



Jesús dijo: “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor”¹⁴.

A veces estamos tentados a servir del modo que nosotros queremos y no precisamente del modo necesario en ese momento. Cuando el élder Robert D. Hales enseñó el principio de la vida providente, compartió el ejemplo de comprar un regalo para su esposa, quien preguntó: “¿Lo vas a comprar para mí o para tí?”¹⁵. Si adaptamos esa pregunta a nosotros al servir y preguntamos: “¿Hago esto para el Salvador o para mí?”, es más probable que nuestro servicio se asemeje al del Salvador. Como el Salvador, debemos preguntarnos: “¿Qué queréis que haga por vosotros?”¹⁶.

Hace unas semanas, estaba apurada y extenuada, con una lista larga de cosas para hacer. Quería ir al templo ese día, pero sentía que estaba demasiado ocupada. Apenas pasó por mi mente esa idea de que estaba muy ocupada para servir en el templo, me hizo pensar en qué era lo que más necesitaba hacer. Salí de mi oficina para ir al Templo de Salt Lake, preguntándome cuándo recuperaría el tiempo que estaba perdiendo. Afortunadamente, el Señor es paciente y misericordioso y me enseñó una hermosa lección ese día.

Al sentarme en el salón de sesiones, una hermana joven se me arrimó

y susurró con reverencia: “Estoy muy nerviosa. Ésta sólo es mi segunda vez en el templo. ¿Podría ayudarme?”. ¿Cómo podría ella haber sabido que esas palabras eran exactamente lo que necesitaba oír? Ella no sabía, pero el Padre Celestial sí. Él había observado mi mayor necesidad; necesitaba servir. Él inspiró a esta humilde y joven hermana a prestarme servicio invitándome a servirla a ella. Les aseguro que yo fui quien más se benefició.

Reconozco con profunda gratitud a las muchas personas cristianas que han prestado servicio a nuestra familia a lo largo de los años; expreso agradecimiento profundo a mi querido esposo y a mi familia, que sirven desinteresadamente y con gran amor.

Procuremos todos primero observar, luego servir. Al hacerlo, guardamos los convenios, y nuestro servicio, como el del presidente Monson, será evidencia de nuestro discipulado. Sé que el Salvador vive. Su expiación nos permite vivir Sus enseñanzas y sé que el presidente Monson es nuestro profeta hoy en día. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. D. y C. 20:77.
2. Juan 15:12.
3. Thomas S. Monson, “¿Qué he hecho hoy por alguien?”, *Liahona*, noviembre de 2009, pág. 86.
4. Canyon H., “A Good Choice”, *Friend*, enero de 2012, pág. 31.
5. Mateo 5:44.
6. Mateo 25:40.
7. Véase “For Madison”, lds.org/youth/video/for-madison.
8. Moroni 7:47.
9. Thomas S. Monson, “La caridad nunca deja de ser”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 124; véase también *Hijas en Mi reino: La historia y la obra de la Sociedad de Socorro*, 2011, pág. 112.
10. 3 Nefi 14:12.
11. Al VanLeeuwen, “Servir a la persona en particular”, *Liahona*, agosto de 2012, pág. 19; véase también Sally DeFord, “Si escucho con el corazón”, *Bosquejo del Tiempo para compartir 2011*, pág. 28.
12. 3 Nefi 27:21.
13. Richard G. Scott, “Las bendiciones eternas del matrimonio”, *Liahona*, mayo de 2011, pág. 96.
14. Mateo 20:26.
15. Véase Robert D. Hales, “Seamos proveedores providentes temporal y espiritualmente”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 9.
16. Mateo 20:32.



Por el élder **Walter F. González**
De la Presidencia de los Setenta

Aprendamos con el corazón

Una forma de venir a Cristo es procurar aprender verdades esenciales con el corazón.

He mandado que vinieseis a mí, a fin de que palpaseis y vieseis...¹. Éste fue un mandamiento que extendió el Salvador a los habitantes de la América antigua, quienes sintieron con sus manos y vieron con sus ojos que Jesús era el Cristo. Este mandamiento es tan importante para nosotros en la actualidad como lo fue para ellos en su época. Al venir a Cristo podremos sentir y “[saber] con certeza”²—no con nuestras manos y nuestros ojos—sino con todo el corazón y la mente que Jesús es el Cristo.

Una forma de venir a Cristo es procurar aprender verdades esenciales con el corazón. Al hacerlo, los susurros que provienen de Dios nos otorgarán conocimiento que no podemos obtener de ninguna otra manera. El apóstol Pedro supo con certeza que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente. El Salvador explicó que la fuente del conocimiento de Pedro no era “carne ni sangre, sino [el] Padre que está en los cielos”³.

El profeta Abinadí explicó la función de los sentimientos que vienen de Dios a nuestro corazón. Él enseñó que no podemos entender las

Escrituras completamente a menos que apliquemos nuestro corazón para entender⁴.

Esta verdad fue bien expresada en un libro para niños: *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. En el relato, el principito se hace amigo de un zorro. Cuando se separan, el zorro comparte un secreto con el principito al decirle: “He aquí mi secreto... sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos”⁵.

El hermano Thomas Coelho, de 88 años de edad, es un buen ejemplo de alguien que vio con su corazón lo esencial. Él era un miembro fiel de nuestro sumo consejo en Paysandú, Uruguay. Antes de unirse a la Iglesia, tuvo un accidente cuando andaba en su motocicleta. Mientras estaba caído en el piso, sin poder levantarse, dos misioneros nuestros lo ayudaron a pararse y a regresar a casa. Dijo que sintió algo especial cuando los misioneros acudieron a su rescate. Volvió a experimentar esos fuertes sentimientos cuando posteriormente los misioneros le enseñaron, y fue tal el impacto de esos sentimientos que leyó el Libro de Mormón de tapa a tapa en apenas unos días. Se bautizó

y sirvió incansablemente de ese día en adelante. Lo recuerdo recorriendo las calles de nuestra ciudad de arriba abajo en su motocicleta, incluso en los fríos y lluviosos inviernos, para traer a otros a la Iglesia para que sintiesen, vieses y supiesen con certeza, así como él lo hizo.

Hoy día, rodeados de tanta información, podemos creer que navegar millones de páginas web nos proveerá todo lo que necesitemos saber. En la red podemos encontrar información correcta e incorrecta, pero la información de por sí no basta. Dios nos ha dado otra fuente para obtener un conocimiento mayor⁶, sí, un conocimiento enviado del cielo. El Padre Celestial nos puede otorgar ese conocimiento cuando navegamos la red celestial en nuestro corazón y en nuestra mente. El profeta José Smith dijo que tenía “el libro más antiguo en [el] corazón, es decir, el don del Espíritu Santo”⁷.

Accedemos a esta fuente celestial cuando hacemos cosas tales como leer las Escrituras, dar oído al profeta viviente y orar. También es importante dedicar tiempo a estar tranquilo⁸ y a sentir y a seguir los susurros celestiales. Al hacer esto, “sentimos y vemos” cosas que no se pueden aprender a través de la tecnología moderna. Una vez que nos volvemos algo experimentados en navegar esta red celestial, discerniremos la verdad, incluso al leer la historia secular u otros temas. Los que busquen sinceramente la verdad conocerán la verdad de todas las cosas por el poder del Espíritu Santo⁹.

Ahora, una advertencia: el acceso a esta red celestial se ve estropeado por la iniquidad y por olvidar al Señor. Nefi les dijo a sus hermanos que no podían “sentir las palabras [del Señor]” porque eran “prontos en cometer iniquidad [y] lentos en recordar al Señor”¹⁰. La iniquidad atrofia nuestra capacidad de ver, sentir y amar a los demás. Nuestra capacidad de ver y sentir las cosas de Cristo se amplía cuando somos prontos en recordar al Señor al orar “con toda la energía de [nuestros] corazones”¹¹ y al recordar



Barcelona, España

nuestras experiencias espirituales. Ahora les pregunto:

¿Se acuerdan de la paz que sintieron cuando, tras mucha tribulación, clamaron al Padre con potente oración?

¿Recuerdan haber modificado su lista de cosas para hacer a fin de obedecer un susurro en el corazón?

Los grandes hombres del Libro de Mormón fomentaron el acceso a un conocimiento mayor al recordar sus experiencias espirituales clave. Alma fortaleció y reforzó a sus hijos recordándoles el relato de su propia conversión¹². Helamán enseñó a Nefi y a Lehi a recordar, recordar que era sobre la roca de Cristo que debían establecer su fundamento para que el diablo no tuviese poder sobre ellos¹³. Tenemos que hacer lo mismo. Recordar a Dios nos ayuda a sentir y a vivir. Esto les da mayor sentido a las palabras del rey Benjamín, que dijo: "...Y ahora bien, ¡oh hombre!, recuerda, y no perezcas"¹⁴.

Uno de los recuerdos más sagrados que atesoro es lo que sentí cuando supe que el Libro de Mormón era la palabra de Dios. Descubrí que podemos experimentar un gozo que las palabras no son capaces de expresar. Ese

mismo día, de rodillas, sentí y supe con certeza lo que no pude haber aprendido de ninguna otra manera. Este recuerdo es motivo de gratitud sempiterna en mi vida y me fortalece en los momentos difíciles.

Quienes reciben conocimiento, no de carne ni sangre sino de nuestro Padre Celestial, saben con certeza que Jesús es el Cristo y que ésta es Su Iglesia. Ese mismo conocimiento brinda la fuerza para hacer los cambios necesarios para venir a Cristo. Por esta razón, invitamos a toda alma a que se bautice, se arrepienta y se vuelva a Él ahora¹⁵.

Al venir a Cristo, al seguirlo, toda alma puede ver, sentir y saber con certeza que Cristo sufrió y expió nuestros pecados a fin de que tengamos la vida eterna. Si nos arrepentimos, no sufriremos innecesariamente¹⁶. Gracias a Él, el alma herida puede ser sanada y el corazón reparado. No existe carga que Él no pueda aliviar o quitar. Él conoce nuestras flaquezas y enfermedades. Les prometo y testifico que, cuando todas las puertas parecían cerrarse, cuando todo parecía ser inútil, Él no les fallará. Cristo nos ayudará y es la vía de escape en la lucha contra la adicción, la depresión

o cualquier otra cosa. Él sabe "cómo socorrer a los de su pueblo"¹⁷. Los matrimonios y las familias que enfrenten dificultades por lo que sea —retos económicos, influencias negativas de los medios o dinámicas de familia— sentirán la tranquilizadora influencia de los cielos. Es reconfortante "sentir y ver" que Él se levantó de entre los muertos "con salvación en sus alas"¹⁸ y que gracias a Él volveremos a ver y a abrazar a nuestros seres queridos que han fallecido. De cierto, nuestra conversión a Él es recompensada con nuestra sanación¹⁹.

Sé con certeza que todo esto es verdad. Por ello uno mi voz a la de los antiguos habitantes de América exclamando: "¡Hosanna! ¡Bendito sea el nombre del Más Alto Dios!"²⁰. Él nos da salvación. Doy testimonio de que Jesús es el Cristo, el santo Mesías. Él es Jehová de los Ejércitos, nuestro Salvador y Redentor. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. 3 Nefi 18:25.
2. 3 Nefi 11:15.
3. Véase Mateo 16:16–17.
4. Véase Mosiah 12:27.
5. Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*, traducido por I.R.M., 1992, pág. 83.
6. Véase Éter 4:13.
7. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, págs. 138–139.
8. Véase D. y C. 101:16.
9. Véase Moroni 10:3–5.
10. 1 Nefi 17:45.
11. Moroni 7:48.
12. Véase Alma 36:5–24; 38:6–9.
13. Véase Helamán 5:12.
14. Mosiah 4:30.
15. Véase 3 Nefi 9:13.
16. Véase D. y C. 19:16.
17. Alma 7:12.
18. 2 Nefi 25:13; véase también 3 Nefi 25:2.
19. Véase 2 Nefi 16:10; 3 Nefi 9:13.
20. Véase 3 Nefi 11:15–17.





Por el élder Jeffrey R. Holland
Del Quórum de los Doce Apóstoles

El primer y grande mandamiento

En una palabra, tenemos una vida de discipulado devoto que dar a fin de demostrar nuestro amor por el Señor.

Casi no hay un grupo en la historia por el que sienta más compasión que la que siento por los once apóstoles que quedaron inmediatamente después de la muerte del Salvador del mundo. Creo que a veces olvidamos cuán faltos de experiencia eran y lo mucho que, por necesidad, habían dependido de Jesucristo. A ellos les había dicho: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me [habéis] conocido?”¹.

Pero, naturalmente, les parecía que Él no había estado con ellos el tiempo suficiente. Tres años no es suficiente para llamar a todo un Quórum de Doce Apóstoles de entre un puñado de conversos nuevos, purificarlos del error de sus costumbres, enseñarles las maravillas del evangelio de Jesucristo, y después dejarlos a que continuaran la obra hasta que ellos también fueran muertos. Un panorama sumamente abrumador para un grupo de élderes recién ordenados.

Principalmente la parte acerca de quedarse solos. En repetidas ocasiones, Jesús había tratado de decirles que Él *no* permanecería físicamente con ellos, pero ellos no pudieron o no quisieron comprender una idea

tan dolorosa. Marcos escribe:

“...enseñaba a sus discípulos y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; y después de haber muerto, resucitará al tercer día.

“Pero ellos no entendían esta palabra y tenían miedo de preguntarle”².

Entonces, después de un breve período para aprender e incluso menos tiempo para prepararse, ocurrió lo inconcebible; lo increíble fue verdad: Su Señor y Maestro, Su Consejero y Rey fue crucificado. Su ministerio mortal había terminado y la frágil pequeña Iglesia que Él había establecido parecía condenada al desdén y destinada a la extinción. Sus apóstoles lo vieron en Su estado resucitado, pero eso sólo aumentó su perplejidad. Como seguramente se habrán preguntado: “¿Y ahora qué hacemos?”; para recibir respuesta, acudieron a Pedro, el apóstol de más antigüedad.

Les pido que me permitan tomar cierta libertad al hacer una descripción no basada en las Escrituras sobre esta conversación. En efecto, Pedro dijo a sus colegas: “Hermanos, han sido tres años gloriosos. Hace unos meses, ninguno de nosotros se habría imaginado

los milagros que hemos visto y la divinidad que hemos disfrutado. Hemos hablado, orado y trabajado con el Hijo de Dios mismo. Hemos caminado a Su lado y llorado con Él, y la noche de ese horrible final, nadie lloró más amargamente que yo. Pero ya pasó. Él ha terminado Su obra y Él se ha levantado de la tumba. Él ha logrado Su salvación y la nuestra. Ahora ustedes preguntan: ‘¿Y ahora qué hacemos?’ No sé qué más decirles, salvo que vuelvan a su vida anterior, con regocijo; yo intento ‘ir a pescar’. Y por lo menos seis de los otros diez apóstoles restantes dijeron de conformidad: “Vamos nosotros también contigo”. Juan, que era uno de ellos, escribe: “Fueron y subieron en una barca”³.

Pero, lamentablemente, la pesca no era muy buena. La primera noche que pasaron en el lago, no pescaron nada, ni un solo pez. Con los primeros rayos de la alborada, volvieron la mirada decepcionados hacia la playa donde en la distancia vieron una figura que los llamó: “Hijitos, ¿han pescado algo?”. Con tristeza, esos apóstoles convertidos otra vez en pescadores dieron la respuesta que ningún pescador quiere dar: “No hemos pescado nada”, murmuraron y, para añadir leña al fuego, los estaba llamando “hijitos”⁴.

“Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis”⁵, les dice el extraño, y con esas simples palabras, empiezan a tener una idea de quién es. Hacía sólo tres años, esos mismos hombres habían estado pescando en ese mismo mar. En aquella ocasión, también habían “trabajado toda la noche y nada [habían] pescado”⁶, dice en las Escrituras. Pero un compatriota galileo que estaba en la playa les había dicho que echaran sus redes, y sacaron “tal cantidad de peces”⁷ que sus redes se rompieron, y llenaron dos barcas de tal manera que se empezaron a hundir.

Ahora volvía a suceder. Esos “hijitos”, como acertadamente se los llamaba, ávidamente bajaron sus redes y no las “podían sacar, por la gran cantidad de peces”⁸. Juan dijo lo obvio: “¡Es el Señor!”⁹. Y el irreprimible Pedro saltó por la orilla de la barca.

Tras una reunión llena de júbilo con el Jesús resucitado, Pedro tuvo una conversación con el Salvador que yo considero que es el momento crucial del ministerio apostólico de Pedro en forma general y ciertamente para él en lo personal, impulsando a un hombre, fuerte como la roca, a una devota vida de servicio y liderazgo. Contemplando las pequeñas barcas rotas, las redes deshilachadas y el asombroso montón de 153 peces, Jesús le dijo a Su apóstol de más antigüedad: “Pedro, ¿me amas más de lo que amas todo esto?”. Pedro dijo: “Sí, Señor, tú sabes que te amo”¹⁰.

El Salvador responde a esa respuesta, pero sigue mirando a los ojos de Su discípulo y dice otra vez: “Pedro, ¿me amas?”. Sin duda un tanto confuso por la repetición de la pregunta, el gran pescador contesta por segunda vez: “Sí, Señor, tú sabes que te amo”¹¹.

El Salvador da otra vez una breve respuesta, pero con implacable escrutinio pregunta por tercera vez: “Pedro, ¿me amas?”. Para entonces, Pedro de seguro se debió estar sintiendo muy incómodo. Tal vez en su corazón llevaba el recuerdo de tan sólo unos días antes cuando le habían hecho otra pregunta tres veces y él había contestado de manera igualmente enfática, pero de modo negativo. O quizás empezó a dudar si había mal entendido la pregunta del Maestro de maestros. O tal vez meditaba en su corazón, buscando una sincera confirmación de la respuesta que había dado sin demora, casi de manera automática. Cualesquiera fueran sus sentimientos, Pedro dijo por tercera vez: “Señor... tú sabes que te amo”¹².

A lo que Jesús respondió (y aquí vuelvo a reconocer mi elaboración no basada en las Escrituras), diciendo quizás algo como esto: “Entonces Pedro, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué estamos otra vez en esta misma playa, cerca de estas mismas redes, teniendo la misma conversación? ¿No fue obvio en aquel entonces y no es obvio ahora que si quiero pescar, puedo conseguir peces? Lo que necesito, Pedro, son discípulos; y los

necesito para siempre. Necesito que alguien alimente mis ovejas y salve mis corderos. Necesito que alguien predique Mi evangelio y defienda mi fe. Necesito a alguien que me ame, que verdaderamente me ame, y que ame lo que nuestro Padre Celestial me ha comisionado hacer. El nuestro no es un mensaje débil; no es una tarea fugaz; no es desafortunada; no es sin esperanza; no ha de quedar olvidada en las cenizas de la historia; es la obra del Dios Todopoderoso, y ha de cambiar al mundo. De modo que, Pedro, por segunda, y supuestamente la última vez, te pido que dejes todo esto y vayas a enseñar y testificar, a trabajar y servir fielmente hasta el día en que hagan contigo exactamente lo que hicieron conmigo”.

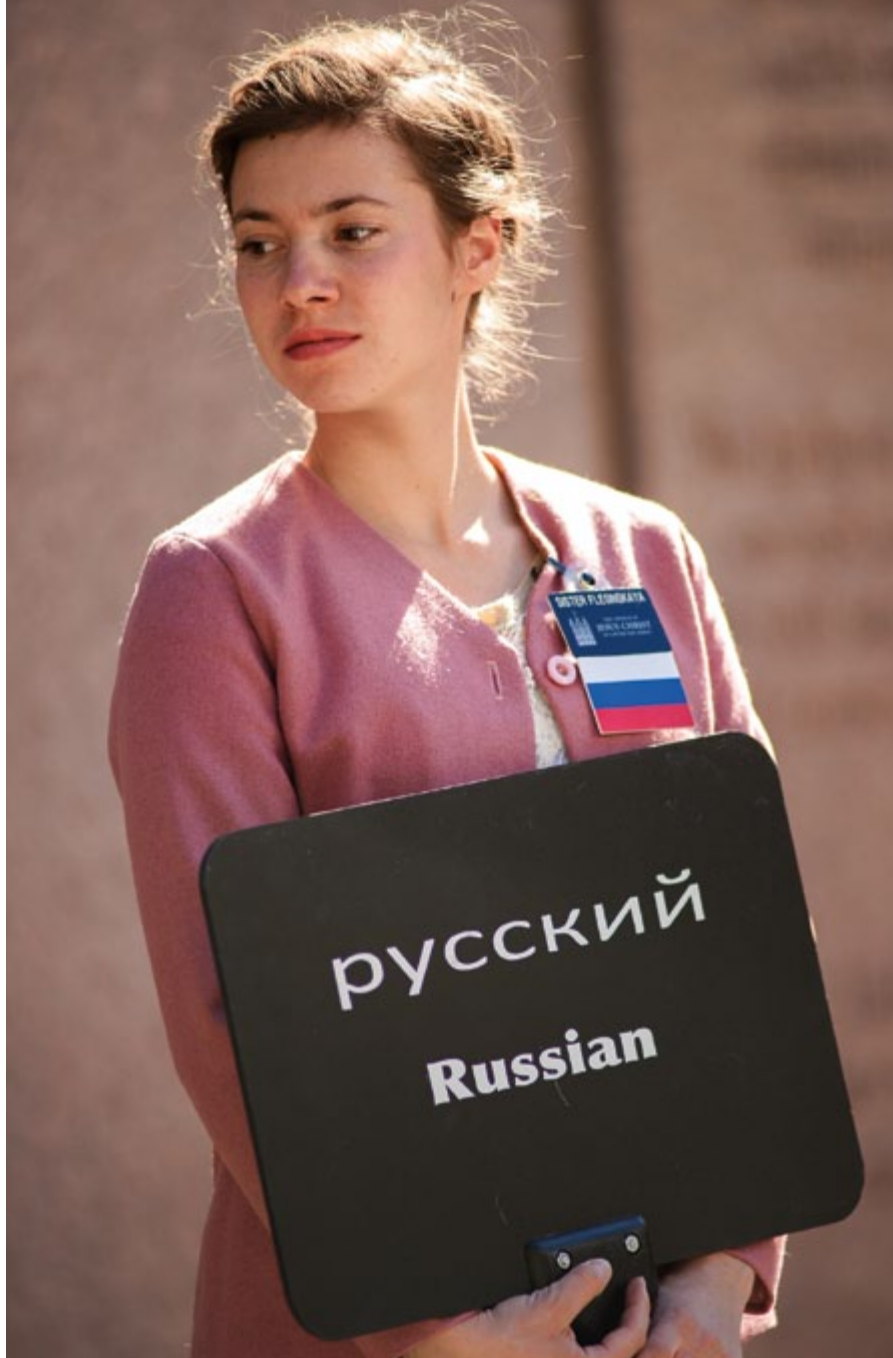
Entonces, volviéndose a todos los apóstoles, tal vez haya dicho algo así: “¿Fueron ustedes tan insolentes como los escribas y los fariseos? ¿como lo fueron Herodes y Pilato? ¿Pensaron ustedes, al igual que ellos, que podrían acabar con esta obra simplemente al matarme? ¿Pensaron ustedes, al igual que ellos, que la cruz, los clavos y la tumba eran el final de todo y que cada uno podía felizmente volver a ser lo que era antes? Hijitos, ¿no les tocó el

corazón mi vida y mi amor más profundamente que esto?”.

Mis queridos hermanos y hermanas, no sé exactamente cuál será nuestra experiencia el día del juicio, pero me sorprenderá mucho si en algún momento de la conversación Dios no nos pregunta exactamente lo mismo que Cristo le preguntó a Pedro: “¿Me amaste?”. Creo que Él querrá saber si, en nuestra comprensión sumamente mortal, muy inadecuada y a veces infantil de las cosas, al menos comprendimos *un* mandamiento, el primero y el más grande mandamiento de todos: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas y con toda tu mente”¹³. Y si en ese momento podemos balbucear: “Sí, Señor, tú sabes que te amo”, entonces Él quizás nos recuerde que la característica suprema del amor es siempre la lealtad.

“Si me amáis, guardad mis mandamientos”¹⁴, dijo Jesús. De modo que tenemos vecinos a quienes bendecir, niños a quienes proteger, pobres a quienes elevar y la verdad que defender. Tenemos errores que rectificar, verdades que compartir y bienes que hacer. En una palabra, tenemos una vida de discipulado devoto que dar





delante largas noches y redes vacías. El llamado es para que regresen, para que permanezcan fieles, amen a Dios y den una mano de ayuda. En ese llamado a la fidelidad constante incluyo a todo ex misionero que haya estado en una pila bautismal con el brazo levantado en forma de escuadra y haya dicho: “Habiendo sido comisionado de Jesucristo”¹⁶. Esa comisión debió haber cambiado a ese converso para siempre, pero se supone que debió haberlos cambiado a ustedes para siempre también. A los jóvenes de la Iglesia que pronto estarán listos para misiones, templos y el matrimonio, les decimos: “Amen a Dios y permanezcan limpios de la sangre y de los pecados de esta generación. Ustedes tienen una obra monumental que llevar a cabo que se recalcó en ese maravilloso anuncio hecho por el presidente Thomas S. Monson ayer por la mañana. Nuestro Padre Celestial espera el amor y la lealtad de ustedes en toda etapa de su vida”.

A todos los que estén al alcance de mi voz, la voz de Cristo suena a través del tiempo preguntándonos a cada uno, mientras aún hay tiempo: “¿Me amas?”. Y por cada uno de nosotros, respondo con mi honor y con mi alma: “Sí, Señor, te amamos”. Y habiendo puesto la “mano en el arado”¹⁷, nunca miraremos hacia atrás hasta que esta obra esté terminada y que el amor hacia Dios y al prójimo prevalezca en el mundo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

a fin de demostrar nuestro amor por el Señor. No podemos desistir y no podemos volver hacia atrás. Después de un encuentro con el Hijo viviente del Dios viviente, nada volverá a ser como lo era antes. La crucifixión, la expiación y la resurrección de Jesucristo marcan el comienzo de una vida cristiana, no el final de ella. Fue esta verdad, esta realidad, lo que permitió a un grupo de pescadores galileos convertidos nuevamente en apóstoles, “sin una sola sinagoga y sin espada”¹⁵, dejar esas redes por segunda vez e ir a forjar la historia del mundo en el que ahora vivimos.

Testifico desde lo profundo de mi corazón y con toda la intensidad de mi alma a todos los que me oigan, que esas llaves apostólicas se han restaurado sobre la tierra y que se encuentran en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. A aquellos que aún no se han unido a nosotros en esta gran causa final de Cristo, les decimos: “Por favor, vengan”. A los que estuvieron una vez con nosotros pero que se han retirado, prefiriendo escoger unos cuantos bocadillos del festín de la Restauración y dejar el resto del banquete, les digo que temo que tienen por

NOTAS

1. Juan 14:9.
2. Marcos 9:31–32.
3. Juan 21:3.
4. Véase Juan 21:5.
5. Juan 21:6.
6. Lucas 5:5.
7. Lucas 5:6.
8. Juan 21:6.
9. Juan 21:7.
10. Juan 21:15.
11. Juan 21:16.
12. Juan 21:17.
13. Lucas 10:27; véase también Mateo 22:37–38.
14. Juan 14:15.
15. Frederick William Farrar, *The Life of Christ*, 1994, pág. 656; véase el capítulo 62 para leer más sobre las dificultades de esa Iglesia que se acababa de fundar.
16. D. y C. 20:73.
17. Lucas 9:62.



Por el presidente Thomas S. Monson

Consideren las bendiciones

Nuestro Padre Celestial está al tanto de nuestras necesidades y nos auxiliará cuando pidamos Su ayuda.

Queridos hermanos y hermanas, en esta conferencia se cumplen 49 años desde que fui sostenido, el 4 de octubre de 1963, como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles. Cuarenta y nueve años es mucho tiempo; no obstante, en muchos sentidos el tiempo parece muy corto desde que me puse de pie ante el púlpito del Tabernáculo para dar mi primer discurso en la conferencia general.

Mucho ha cambiado desde el 4 de octubre de 1963. Vivimos en tiempos singulares de la historia del mundo. Tenemos tantas bendiciones, y sin embargo a veces es difícil ver los problemas y la permisividad que nos rodean sin desanimarnos. Me he dado cuenta de que, en lugar de concentrarnos en lo negativo, si damos un paso hacia atrás y consideramos las bendiciones que tenemos, incluso las que parecen pequeñas y que a veces pasamos por alto, hallaremos mayor felicidad.

Al examinar los últimos 49 años, he descubierto algunas cosas. Una es que incontables experiencias que he tenido no fueron necesariamente de las que se considerarían extraordinarias; de

hecho, al momento de ocurrir, a menudo parecían comunes e incluso ordinarias. Y sin embargo, en retrospectiva, enriquecieron y bendijeron vidas, entre ellas la mía. Les recomiendo este mismo ejercicio, o sea, que piensen detenidamente en su vida y busquen específicamente las bendiciones grandes y pequeñas que han recibido.

Durante mi propio análisis de los años, constantemente se ha reforzado mi conocimiento de que se escuchan y se contestan nuestras oraciones. Estamos familiarizados con la verdad que se encuentra en 2 Nefi, en el Libro de Mormón: “Existen los hombres para que tengan gozo”¹. Testifico que gran parte de ese gozo se recibe cuando reconocemos que podemos comunicarnos con nuestro Padre Celestial mediante la oración y que Él escuchará y contestará esas oraciones —tal vez no sea ni cómo ni cuándo esperemos que sean contestadas, pero sí serán contestadas por un Padre Celestial que nos conoce y nos ama de manera perfecta y que desea nuestra felicidad. ¿No nos ha prometido: “Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones”²?

Durante los pocos minutos que tengo, quiero compartir con ustedes una pequeña muestra de las experiencias que he tenido en las que se escucharon y contestaron oraciones y que, en retrospectiva, me bendijeron a mí y a otros también. Valiéndome del diario que he llevado todos estos años, he podido proporcionar algunos detalles que de otra forma probablemente no habría podido recordar.

A principios de 1965, se me asignó asistir a conferencias de estaca y realizar otras reuniones en el área del Pacífico Sur. Era mi primera visita a esa región del mundo, y fue un tiempo inolvidable. En esa asignación ocurrieron muchas cosas de naturaleza espiritual al reunirme con líderes, miembros y misioneros.

El fin de semana del sábado y el domingo 20 y 21 de febrero, estuvimos en Brisbane, Australia, para realizar las sesiones regulares de la conferencia de la Estaca Brisbane. Durante las reuniones del sábado, me presentaron al presidente de un distrito colindante. Al estrecharle la mano, sentí la firme impresión de que debía hablar con él y darle consejos, así que le pedí que al día siguiente me acompañara a la sesión del domingo por la mañana para que pudiera hacerlo.

Después de la sesión del domingo tuvimos la oportunidad de conversar. Hablamos de sus muchas responsabilidades como presidente de distrito y, al hacerlo, me sentí inspirado a ofrecerle sugerencias específicas respecto a la obra misional y cómo él y sus miembros podían ayudar a los misioneros regulares en sus labores en el área que le correspondía. Después supe que él había estado orando para pedir guía en cuanto a ese tema. Para él, nuestra conversación fue un testimonio especial de que sus oraciones habían sido escuchadas y contestadas. En apariencia, esa reunión fue algo común y corriente, pero estoy convencido de que fue dirigida por el Espíritu y tuvo un impacto en la vida y el servicio de ese presidente de distrito, en sus miembros y en el éxito de los misioneros allí.



Mis hermanos y hermanas, los propósitos del Señor a menudo se logran cuando hacemos caso a la guía del Espíritu. Yo pienso que cuanto más actuamos en base a la inspiración y a las impresiones que recibimos, más nos confiará el Señor Sus asuntos.

He aprendido, como mencioné en mensajes anteriores, a nunca posponer la inspiración que recibo. En una ocasión hace muchos años, hacía ejercicio acuático en el viejo Gimnasio Deseret en Salt Lake City cuando sentí la inspiración de ir al

Hospital University para visitar a un buen amigo que, debido a un tumor maligno y a la cirugía que le hicieron, había perdido el uso de las piernas. Inmediatamente salí de la piscina, me vestí y en poco tiempo estaba en camino a ver a ese buen hombre.

Cuando llegué a su habitación, la encontré vacía. Tras preguntar, me dijeron que probablemente lo encontraría en la piscina del hospital, un área que se usaba para terapia física. Y así fue. Él se había dirigido a ese lugar en su silla de ruedas y era la única persona en el lugar. Estaba en el otro extremo de la piscina, cerca de la parte más honda. Lo llamé, y él se acercó en la silla de ruedas para saludarme. Tuvimos una excelente conversación, y lo acompañé de regreso a su habitación, en donde le di una bendición.

Más adelante mi amigo me informó que ese día había estado totalmente abatido y que había contemplado quitarse la vida. Había orado pidiendo alivio pero comenzó a sentir que no recibía respuesta a sus oraciones. Fue a la piscina pensando que una forma de poner fin a su desdicha sería empujar la silla de ruedas en la parte honda de la piscina. Yo había llegado en el momento crítico, como respuesta a lo que sé que fue la inspiración del cielo.

Mi amigo logró vivir muchos años más, años llenos de felicidad y gratitud. Qué complacido estoy de haber sido un instrumento en las manos del Señor ese día crítico en la piscina.

En otra ocasión, cuando la hermana Monson y yo manejábamos hacia casa después de visitar a unos amigos, sentí la impresión de que debíamos ir a la ciudad —a muchos kilómetros de distancia— para visitar a una viuda anciana que había vivido en nuestro barrio. Se llamaba Zella Thomas; en ese entonces, vivía en un asilo para ancianos. Esa tarde la encontramos muy frágil pero acostada pacíficamente en su cama.

Zella había estado ciega por mucho tiempo, pero de inmediato reconoció nuestras voces. Pidió que le diera una

bendición, y añadió que estaba preparada para morir si el Señor quería que regresara a casa. En la habitación había un dulce espíritu de paz, y todos sabíamos que el tiempo que le quedaba en la vida mortal sería breve. Zella me tomó de la mano y dijo que había orado fervientemente pidiendo que yo fuera a verla y a darle una bendición. Le dije que habíamos venido por inspiración directa de nuestro Padre Celestial. La besé en la frente, sabiendo que quizás no volvería a verla en la vida mortal. Y ése fue el caso, porque murió al día siguiente. El haber podido dar algo de consuelo y paz a nuestra querida Zella fue una bendición para ella y para mí.

La oportunidad de ser una bendición en la vida de otra persona a veces se presenta de forma inesperada. En el invierno de 1983 a 1984, la noche de un sábado muy frío, mi esposa y yo manejamos varios kilómetros hasta el valle de las montañas de Midway, Utah, donde tenemos una casa. Esa noche la temperatura era de 31 grados Celsius bajo cero, y queríamos asegurarnos de que todo estuviera bien en la casa. Revisamos todo y vimos que no había problemas, así que partimos para regresar a Salt Lake City. Apenas habíamos recorrido unos pocos kilómetros hasta la carretera cuando el auto dejó de funcionar. Estábamos totalmente varados. Pocas veces, si ha existido alguna, he sentido tanto frío como aquella noche.

Muy a nuestro pesar, empezamos a caminar hacia el pueblo más cercano, con los autos pasándonos a gran velocidad. Finalmente se detuvo un auto y un joven ofreció su ayuda. Con el tiempo supimos que el combustible diesel se había espesado por el frío, por lo que fue imposible manejar el auto. Ese joven bondadoso nos llevó de vuelta a nuestra casa en Midway. Traté de pagarle por sus servicios, pero generosamente se negó. Indicó que era un Boy Scout y que quería hacer una buena obra. Le dije quién era yo y él expresó agradecimiento por el privilegio de ayudar. Suponiendo que tenía la edad para ir a la misión, le pregunté si tenía planes de hacerlo,

pero dijo que no estaba seguro de lo que quería hacer.

La mañana del lunes siguiente, le escribí una carta al joven agradeciéndole su bondad. En la carta lo animé a servir en una misión de tiempo completo. Le mandé un ejemplar de uno de mis libros, en el que puse de relieve los capítulos sobre el servicio misional.

Más o menos una semana después, la mamá del joven llamó por teléfono y me dijo que su hijo era un joven sobresaliente pero que por ciertas influencias en su vida, el deseo que siempre había tenido de servir en una misión había disminuido. Indicó que ella y el papá habían ayunado y orado pidiendo que hubiera un cambio en su corazón. Habían puesto su nombre en la lista de oración del Templo de Provo, Utah. Esperaban que de alguna forma su corazón fuera influenciado para bien y que volviera a sentir el deseo de servir en una misión y de servir fielmente al Señor. La mamá quería informarme que consideraba que los acontecimientos de aquella noche fría eran la respuesta a sus oraciones por él. Yo le dije: “Estoy de acuerdo con usted”.

Después de varios meses y de tener más comunicaciones con el joven, mi esposa y yo sentimos gran gozo cuando asistimos a su despedida antes de que saliera a la Misión Canadá Vancouver.

¿Fue casualidad el que se cruzaran nuestros caminos esa fría noche de diciembre? No lo creo ni por un minuto. Más bien creo que fue la respuesta a las oraciones sinceras de una madre y de un padre a favor del hijo al que amaban.

De nuevo, hermanos y hermanas, nuestro Padre Celestial está al tanto de nuestras necesidades y nos auxiliará cuando pidamos Su ayuda. Yo pienso que ningún asunto nuestro es demasiado pequeño o insignificante. El Señor participa en los detalles de nuestra vida.

Quiero concluir con el relato de una experiencia reciente que tuvo un impacto en cientos de personas. Ocurrió hace cinco meses en la celebración cultural del Templo de Kansas

City. Tal como ocurre con muchas cosas en nuestra vida, en el momento parecía ser otra experiencia en la que todo salió bien. Pero, al enterarme de las circunstancias relacionadas con la celebración cultural la noche antes de la dedicación del templo, me di cuenta de que el espectáculo esa noche no fue común y corriente, sino más bien extraordinario.

Al igual que para todos los eventos culturales que se llevan a cabo con la dedicación de un templo, los jóvenes del distrito del Templo de Kansas City, Misuri, habían practicado el espectáculo en grupos separados en sus propias áreas. El plan era que se reunieran todos en el gran centro municipal rentado la mañana del sábado de la función para que aprendieran cuándo y dónde entrar, dónde ponerse, cuánto espacio dejar entre uno y otro, cómo salir del piso principal, y demás; muchos detalles que tendrían que aprender ese día mientras los encargados unían las diferentes escenas para que la función final saliera impecable y profesional.

Pero ese día hubo sólo un problema muy grande. La producción entera dependía de segmentos grabados que se mostrarían en la pantalla grande conocida como jumbotrón. Esos segmentos grabados eran vitales para la entera producción. No sólo unían las partes, sino que cada segmento televisado daba una introducción a la siguiente representación. Los segmentos de video eran el marco del cual dependía la producción entera; y el jumbotrón no funcionaba.

Los técnicos trataron frenéticamente de resolver el problema mientras los jóvenes esperaban, cientos de ellos perdiendo valioso tiempo de práctica. La situación parecía imposible.

Susan Cooper, autora y directora de la celebración, explicó después: “Al cambiar del Plan A al Plan B y al Plan Z, nos dimos cuenta de que no iba a funcionar... Al mirar el horario, vimos que no lograríamos hacerlo, pero sabíamos que en el piso inferior teníamos una de las fuerzas más grandes: tres mil jóvenes. Teníamos que bajar



que los jóvenes nunca olvidarán, no porque el piso era duro, sino porque el Espíritu se sintió hasta los huesos”⁴.

En poco tiempo llegó uno de los técnicos para informarles que habían descubierto y corregido el problema. Dijo que habían tenido suerte, pero todos esos jóvenes sabían que era más que eso.

Cuando llegamos al centro municipal esa noche, no teníamos idea de las dificultades que habían tenido. Nos enteramos después. Sin embargo, fuimos testigos de una producción hermosa e impecable, una de las mejores que he visto. Los jóvenes irradiaban un espíritu glorioso y poderoso que todos los presentes percibieron. Parecían saber exactamente dónde entrar, dónde ponerse y cómo interactuar con los demás artistas que los rodeaban. Cuando supe que habían practicado poco y que el grupo entero no había podido practicar muchos de los números, quedé asombrado. Nadie lo hubiera sabido. El Señor en verdad había compensado las deficiencias.

Nunca deja de asombrarme cómo el Señor puede motivar y dirigir cada parte de Su reino y aún así tener tiempo para dar inspiración respecto a una persona, o una celebración cultural, o un jumbotron. El hecho de que puede hacerlo y que lo hace es un testimonio para mí.

Mis hermanos y hermanas, el Señor participa en la vida de todos nosotros. Él nos ama y desea bendecirnos. Desea que pidamos Su ayuda. Conforme Él nos guíe y nos dirija y escuche y conteste nuestras oraciones, hallaremos aquí y ahora la felicidad que Él desea para nosotros. Que seamos conscientes de Sus bendiciones en nuestra vida; lo ruego en el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador. Amén. ■

NOTAS

1. 2 Nefi 2:25.
2. D. y C. 112:10.
3. Susan Cooper, en Maurine Proctor, “Nothing’s Too Hard for the Lord: The Kansas City Cultural Celebration”, *Meridian Magazine*, 9 de mayo de 2012, ldsmag.com.
4. Proctor, *Meridian Magazine*, 9 de mayo de 2012.

y decirles lo que estaba ocurriendo y recurrir a su fe”³.

Una hora antes de que empezara a llegar la audiencia al centro, 3.000 jóvenes se arrodillaron en el piso y oraron juntos. Oraron por los que trabajaban en el jumbotron pidiendo

que recibieran inspiración para saber cómo repararlo; pidieron al Padre Celestial que compensara lo que ellos no podían hacer por la premura del tiempo.

Alguien que después escribió acerca de ello dijo: “Fue una oración



Por el élder Robert D. Hales
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Ser un cristiano más cristiano

*Ése es el llamado de Cristo a todo cristiano hoy:
“Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas”.*

¿Qué significa ser cristiano? Un cristiano tiene fe en el Señor Jesucristo, en que Él es el Hijo literal de Dios, enviado por Su Padre para sufrir por nuestros pecados en el acto supremo de amor conocido como la Expiación.

Un cristiano cree que mediante la gracia de Dios el Padre y de Su Hijo Jesucristo, podemos arrepentirnos, perdonar a los demás, guardar los mandamientos y heredar la vida eterna.

La palabra *cristiano* denota tomar sobre nosotros el nombre de Cristo, lo cual hacemos al ser bautizados y recibir el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos por los que poseen la autoridad de Su sacerdocio.

Un cristiano sabe que a través de la historia, los profetas de Dios siempre han testificado de Jesucristo. Ese mismo Jesús, acompañado del Padre Celestial, se apareció al profeta José Smith en el año 1820 y restauró el Evangelio y la organización de Su Iglesia original.

Por las Escrituras y por el testimonio de José Smith, sabemos que Dios, nuestro Padre Celestial, tiene

un cuerpo glorificado y perfecto de carne y huesos. Jesucristo es Su Hijo Unigénito en la carne. El Espíritu Santo es un personaje de espíritu cuya obra es testificar del Padre y del Hijo. La Trinidad está compuesta por tres seres separados y distintos, unidos en propósito.

Con estas doctrinas como fundamento de nuestra fe, ¿cabe duda o se puede disputar que seamos cristianos? Sin embargo, para cada cristiano, hay una pregunta sencilla: ¿Qué clase de cristianos somos? En otras palabras, ¿cómo nos va en nuestro objetivo de seguir a Cristo?

Consideren conmigo la experiencia de dos discípulos cristianos:

“Y andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, a Simón, que es llamado Pedro, y a Andrés, su hermano, que echaban la red en el mar, porque eran pescadores.

“Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.

“Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron”¹.

Como cristianos hoy, tenemos la oportunidad de actuar sin demora,

de inmediato y con decisión, tal como lo hicieron Pedro y Andrés: “Y al instante, dejando sus redes, le siguieron”². A nosotros también se nos llama a dejar nuestras redes, a rechazar los hábitos, las costumbres y las tradiciones del mundo y a abandonar nuestros pecados. “Y llamando a la gente... les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame”³. Negarnos al comportamiento impío es el comienzo del arrepentimiento, lo cual produce un potente cambio en el corazón, hasta que “ya no tenemos más disposición a obrar mal”⁴.

Ese cambio, llamado conversión, es posible sólo mediante el Salvador. Jesús prometió: “si los hombres vienen a mí, les mostraré su debilidad... y basta mi gracia a todos los hombres que se humillan ante mí; porque si se humillan ante mí, y tienen fe en mí, entonces *haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos*”⁵. Al volvernos nuevos en Cristo, nuestra naturaleza cambia y ya no deseamos volver a lo que hacíamos antes.

Aún así, los cristianos fieles siempre tendrán la bendición de dificultades y desalientos. Cuando lleguen esos desafíos refinadores, podemos sentirnos tentados a regresar al camino de antes. Tras la crucifixión del Salvador, Él se apareció a las mujeres y les dijo que los discípulos lo hallarían en Galilea. Cuando Pedro, el apóstol mayor, regresó a Galilea, también volvió a lo que conocía —a lo que le era cómodo hacer. “Voy a pescar”⁶, explicó, y se llevó a varios discípulos.

De hecho, Pedro y los demás pescaron toda la noche sin resultados. A la mañana siguiente, Jesús se apareció y los llamó desde la orilla: “Echad la red a la derecha”. Los discípulos que estaban en el barco siguieron las instrucciones de Jesús y rápidamente descubrieron que sus redes se llenaron milagrosamente hasta el borde. Juan reconoció la voz del Salvador, y Pedro al instante se lanzó al agua y nadó hasta la orilla⁷.

A los cristianos que han regresado a su antiguo camino menos devoto, consideren el ejemplo fiel de Pedro.



No demoren. Vengan, escuchen y reconozcan la voz del Maestro que llama. Después regresen a Él al instante y reciban de nuevo Sus abundantes bendiciones.

Al regresar a la orilla del mar, los discípulos descubrieron un banquete de pescado y pan. “Venid, comed”⁸, invitó el Salvador. Al darles de comer, le preguntó a Pedro tres veces: “Simón hijo de Jonás, ¿me amas?”. Cuando Pedro expresó su amor, el Salvador le imploró: “Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas”⁹.

Ése es el llamado de Cristo a todo cristiano hoy: “Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas”; comparte Mi evangelio con jóvenes y ancianos por igual, elevándolos, bendiciéndolos, consolándolos, animándolos y edificándolos, especialmente a los que no piensen ni crean lo mismo que nosotros. Apacientamos a Sus corderos en nuestro hogar al vivir el Evangelio: guardar los mandamientos,

orar, estudiar las Escrituras y emular Su amor. Apacientamos a Sus corderos en la Iglesia al servir en los quórumes del sacerdocio y las organizaciones auxiliares. Y apacientamos a Sus ovejas por todo el mundo al ser vecinos cristianos, al practicar la religión pura de visitar y servir a las viudas, los huérfanos, los pobres y a todos los necesitados.

Para muchos, el llamado a ser cristiano puede parecer difícil, incluso abrumador. Pero no hay necesidad de temer ni de sentirnos ineptos. El Salvador prometió que nos habilitará para Su obra. “Venid en pos de mí”, dijo Él, “y os haré pescadores de hombres”¹⁰. Al seguirle, Él nos bendice con dones, talentos y la fortaleza para hacer Su voluntad, y nos permite salir de nuestra comodidad y hacer cosas que jamás creímos posibles. Eso quizás signifique compartir el Evangelio con vecinos, rescatar a los que están espiritualmente perdidos, servir en una

misión de tiempo completo, trabajar en el templo, criar a un niño con necesidades especiales, amar al pródigo, servir a un compañero enfermo, soportar malos entendidos o padecer aflicción. Significa prepararnos para responder a Su llamado diciendo: “A donde me mandes iré; lo que me mandes diré; alegre haré [Tu] voluntad; lo que Tú quieras seré”¹¹.

Para ser quien el Padre Celestial desea que seamos, seguimos a Jesucristo. Testifico que Él continuamente nos pide que lo sigamos. Si usted apenas está aprendiendo acerca del compromiso de los Santos de los Últimos Días de ser cristianos o si no ha estado participando plenamente en la Iglesia y desea seguirlo de nuevo, ¡no tema! Todos los discípulos originales del Salvador eran miembros nuevos de la Iglesia, nuevos conversos a Su evangelio. Jesús enseñó con paciencia a cada uno; los ayudó a cumplir sus responsabilidades. Los llamó Sus



amigos y dio Su vida por ellos. Y ya hizo lo mismo por usted y por mí.

Testifico que por medio de Su infinito amor y gracia, podemos llegar a ser cristianos más cristianos. Consideren las siguientes cualidades de Cristo. ¿Hasta qué punto las estamos afianzando en nosotros mismos?

El amor cristiano. El Salvador valoró a todos. Bondadoso y compasivo con todos, dejó a los noventa y nueve para hallar a uno¹², porque “aun los cabellos de [nuestra] cabeza están... contados”¹³ para Él.

La fe cristiana. A pesar de tentaciones, pruebas y persecuciones, el Salvador confió en el Padre Celestial y eligió ser fiel y obediente a Sus mandamientos.

El sacrificio cristiano. En el transcurso de Su vida, el Salvador dio Su

tiempo, energía y finalmente, mediante la Expiación, se dio a Sí mismo para que todos los hijos de Dios resucitaran y tuvieran la oportunidad de heredar la vida eterna.

El afecto cristiano. Al igual que el buen samaritano, el Salvador continuamente rescató, amó y cuidó a los que lo rodeaban, sin importar su cultura, credo o circunstancias.

El servicio cristiano. Ya sea sacando agua de un pozo, preparando una cena de pescado o lavando pies empolvados, el Salvador pasó Sus días sirviendo a los demás, ayudando al cansado y fortaleciendo al débil.

La paciencia cristiana. En Su propio pesar y sufrimiento, el Salvador esperó en Su Padre. Con paciencia hacia nosotros, espera a que entendamos el plan y regresemos a casa con Él.

La paz cristiana. Durante todo Su ministerio, Él fomentó la comprensión y la paz. Especialmente entre Sus discípulos, enseñó que, a pesar de sus diferencias, los cristianos no pueden contender con otros cristianos.

El perdón cristiano. Él nos enseñó a bendecir a los que nos maldicen y nos mostró el camino al suplicar el perdón para los que lo crucificaron.

La conversión cristiana. Al igual que Pedro y Andrés, muchos reconocen la verdad del Evangelio en cuanto la escuchan. Se convierten al instante. Para otros quizás tome más tiempo. En una revelación dada a través de José Smith, el Salvador enseñó: “Lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto”¹⁴. Jesucristo es “la luz y el Redentor del mundo; el Espíritu de verdad”¹⁵.

Perseverancia cristiana hasta el fin. En todos Sus días, el Salvador nunca desistió de hacer la voluntad de Su Padre, sino continuó en rectitud, bondad, misericordia y verdad hasta el fin de Su vida mortal.

Éstas son algunas de las características de los que escuchan y obedecen la voz del Salvador. Y como uno de Sus testigos especiales sobre la tierra, doy mi testimonio cristiano de que Él los llama hoy: “Venid en pos de mí”¹⁶. Vengan y caminen por el sendero que lleva a la felicidad y gozo eternos y a la vida sempiterna en el reino del Padre Celestial. En el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor. Amén. ■

NOTAS

1. Mateo 4:18–20.
2. Marcos 1:18.
3. Marcos 8:34.
4. Mosíah 5:2.
5. Éter 12:27; cursiva añadida.
6. Juan 21:3.
7. Véase Juan 21:3–8.
8. Juan 21:12.
9. Véase Juan 21:15–17.
10. Mateo 4:19.
11. Véase “A donde me mandes iré”, *Himnos*, N° 175.
12. Véase Mateo 18:12–14.
13. Lucas 12:7.
14. D. y C. 50:24.
15. D. y C. 93:9.
16. Lucas 18:22.



Por el élder Richard G. Scott
Del Quórum de los Doce Apóstoles

El gozo de redimir a los muertos

“Él plantará en el corazón de los hijos las promesas hechas a los padres, y el corazón de los hijos se volverá hacia sus padres”.

El Señor le reveló al profeta José Smith la sublime doctrina concerniente a la sagrada ordenanza del bautismo. Ese conocimiento se recibió cuando otras iglesias cristianas enseñaban que la muerte determinaba irrevocable y eternamente el destino del alma. Ellos enseñaban que a los bautizados se les recompensaba con gozo eterno mientras que los demás afrontaban un tormento eterno, sin esperanza de redención.

La revelación del Señor de que, mediante la adecuada autoridad del sacerdocio, el bautismo se podía efectuar en forma vicaria por los muertos, preservó la justicia de Su declaración: “El que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios”¹. El bautismo vicario proporciona con misericordia esa ordenanza esencial para todos los justos fallecidos que no la recibieron en la vida terrenal.

Esta gloriosa doctrina es otro testimonio de que la expiación de Jesucristo lo abarca todo. Él hizo posible la salvación para toda alma arrepentida. Su expiación conquistó la muerte y Él permite que las personas fallecidas

que sean dignas reciban vicariamente todas las ordenanzas de salvación.

En una epístola que escribió hace más de ciento cincuenta años, José Smith dijo: “Los santos tienen el privilegio de ser bautizados por... los parientes muertos... que hayan recibido el Evangelio en el espíritu... por medio... de quienes hayan sido comisionados para predicárselo”². Luego, él agregó: “Esos santos que desatiendan ese cometido en beneficio de sus familiares fallecidos ponen en peligro su propia salvación”³.

Elías el profeta confirió las llaves de la obra vicaria a José Smith en el Templo de Kirtland⁴ para cumplir la promesa del Señor de que “él plantará en el corazón de los hijos las promesas hechas a los padres, y el corazón de los hijos se volverá hacia sus padres”⁵.

Por medio de una revelación posterior a José Smith y a los profetas que le sucedieron, se llegó a obtener una mayor comprensión de ella y de las condiciones de la obra del templo y de historia familiar que la reafirman. Todos los profetas, desde José Smith en adelante, han resaltado la necesidad imperiosa de proporcionar todas

las ordenanzas por nosotros mismos y nuestros antepasados fallecidos.

La obra del templo y de historia familiar es una obra dividida en dos partes. Se enlazan la una a la otra como las ordenanzas del bautismo y del don del Espíritu Santo. A algunos miembros les es imposible efectuar ambas ordenanzas debido a problemas de salud o a la distancia de los templos.

El presidente Howard W. Hunter enseñó:

“Debemos llevar a cabo la obra de las ordenanzas del sacerdocio en el templo que son necesarias para nuestra propia exaltación; después, debemos hacer esa misma obra necesaria para otras personas que no tuvieron la oportunidad de aceptar el Evangelio en vida. El efectuar la obra en favor de otras personas se logra en dos pasos: Primero, mediante la investigación de historia familiar con el fin de buscar a nuestros antepasados; y, segundo, al efectuar las ordenanzas del templo para brindarles las mismas oportunidades que se les brindan a las personas que viven.

“No obstante, hay muchos miembros de la Iglesia que tienen acceso limitado a los templos; ellos hacen su mejor esfuerzo. Hacen investigación de historia familiar y otras personas efectúan la obra de las ordenanzas en el templo. Y, viceversa, hay miembros que llevan la obra a cabo en el templo, pero no investigan la historia familiar de su propio árbol genealógico. Éstos últimos, a pesar de que efectúan un servicio divino al prestar ayuda a los demás, se privan de la bendición de buscar a sus propios parientes fallecidos, tal como lo han mandado divinamente los profetas de los últimos días...

“He llegado a darme cuenta de que los que participan en la investigación de historia familiar y después llevan a cabo la obra de las ordenanzas en el templo en beneficio de las personas cuyos nombres han encontrado, recibirán el gozo adicional de recibir ambas partes de la bendición”⁶.

El Padre Celestial desea que cada uno de nosotros reciba ambas partes de la bendición de esta obra vicaria

tan vital. Él ha guiado a otras personas para demostrarnos cómo ser merecedores de ellas, y ahora está en ti y en mí reclamar esas bendiciones.

Toda obra que hagas en el templo es tiempo bien utilizado, pero recibir las ordenanzas en forma vicaria por alguno de tus antepasados hará el tiempo que pases en el templo más sagrado e incluso se recibirán bendiciones aún más grandiosas. La Primera Presidencia ha declarado: “Nuestra obligación más preponderante es buscar y localizar a *nuestros propios* antepasados”⁷.

¿Deseas una forma segura de eliminar la influencia del adversario en tu vida? Dedícate a la búsqueda de tus antepasados, prepara sus nombres para las sagradas ordenanzas vicarias del templo y después ve como representante para recibir por ellos las ordenanzas del bautismo y del don del Espíritu Santo. A medida que crezcas, podrás también ser partícipe de recibir las demás ordenanzas. No puedo pensar en una protección mayor contra la influencia del adversario en tu vida.

En la Misión Rusia Rostov-na-Donu, se invitó a los jóvenes a indexar 2.000 nombres y después a buscar por lo menos un nombre de la familia para recibir las ordenanzas del templo. A todos los que realizaron esa meta se les invitó a hacer un largo viaje al nuevo Templo de Kiev, Ucrania. Uno de los jóvenes compartió esta experiencia: “Pasaba mucho tiempo jugando en la computadora, pero cuando comencé a indexar, no tenía tiempo para jugar. Al principio pensé: ¡No es posible! ¿Qué voy hacer? Pero cuando el proyecto finalizó, incluso había perdido interés en esos juegos... La obra genealógica es algo que podemos hacer aquí en la tierra y que permanecerá en el cielo”.

Muchos miembros fieles que han hecho la obra de investigación de sus líneas familiares utilizan la función que tiene el nuevo FamilySearch para reservar las ordenanzas de los miembros de su familia para efectuarlas ellos mismos. La idea de reservar los nombres es otorgar un período de tiempo razonable a las personas que

van a efectuar las ordenanzas por sus antepasados y por las líneas colaterales. En el momento, hay 12 millones de nombres o más de 60 millones de ordenanzas reservadas para efectuarse. Eso representa una población más grande que la de Noruega y Dinamarca juntas. Muchos nombres hace años que están reservados. No hay dudas de que los antepasados que se hayan encontrado se sintieron ansiosos y emocionados cuando sus nombres fueron aprobados para las ordenanzas. Sin embargo, ellos no deben encontrarse muy felices al seguir esperando que éstas se efectúen.

Alentamos a quienes tengan una larga lista de nombres reservados que los compartan con sus parientes o miembros del barrio o estaca para que ellos puedan ayudarles a realizar la obra. Puedes hacer eso distribuyendo las tarjetas del templo entre los miembros del barrio o de la estaca que estén dispuestos a ayudarte o utilizando el programa de computación nuevo FamilySearch para enviar los nombres directamente al templo. Esta última opción es algo que Cindy Blevins, de Casper, Wyoming, ha usado durante años.

La hermana Blevins se bautizó en la adolescencia y es la única miembro de su familia que se ha unido a la Iglesia. Ella ha realizado una gran cantidad de obra genealógica, pero son demasiados los nombres para hacerlos sola o con sus familiares; por lo tanto, la hermana Blevins los ha enviado al templo, los cuales, según dijo, se efectúan en pocas semanas; por lo general, en uno de los dos templos cercanos a su casa. Ella dice que le gusta pensar que amigos y vecinos de su propio barrio y estaca se encuentran entre los que le ayudan a completar la obra por sus antepasados, lo cual aprecia muchísimo.

A mi amada esposa Jeanene le encantaba hacer investigación de historia familiar. Cuando nuestros niños eran pequeños, ella intercambiaba con las amigas el cuidado de los niños para poder tener algunas horas cada tanto para trabajar en la investigación de nuestras líneas familiares. Una vez que nuestro último hijo se fue de casa, ella registró en su diario personal: “He tomado una decisión y quiero levantarme y ponerme a gritar de alegría. El antiguo dormitorio de



Mike lo he convertido en mi taller de genealogía. Está bien equipado para organizar los registros y trabajar en ellos. Ahora concentraré mi vida en la importante investigación de historia familiar y en el envío de nombres al templo. Me siento tan entusiasmada y ansiosa por empezar”⁸.

Otra anotación dice: “El... milagro tuvo lugar para mí en la oficina de Mel Olsen, en Historia Familiar, quien me dio una copia impresa de todos los cuadros genealógicos que yo conocía sacados de los registros computarizados y actualizados de Ancestral File, enviados a la sociedad genealógica. La mayoría de ellos provenían de los registros de cuatro generaciones del programa que la Iglesia pidió por muchos años. Me había sentido abrumada al pensar en la enorme tarea que tenía delante de mí de juntar toda la información sobre mis antepasados de las organizaciones familiares para ponerlos todos en la computadora para la primera distribución computarizada de Ancestral File. Y allí estaban todos, hermosos, organizados e impresos con laser, sobre el escritorio enfrente de mí. Sentí tanto entusiasmo y emoción que me quedé sentada impresionada y comencé a llorar. Estaba tan feliz... Para alguien que ha investigado tenaz y cuidadosamente por treinta años, la computarización de esos registros era en verdad emocionante. Y cuando pienso en los cientos de miles de personas que ahora o muy pronto computarizarán enormes conjuntos de padrones y discos de investigación privada me siento muy emocionada. Es en verdad la obra de Dios y es Él quien la dirige”⁹.

He probado muchos de los frutos de esta obra sublime y sé que las llaves de Elías el profeta que se restauraron mediante José Smith permiten que nuestro corazón quede ligado y que cada uno de nosotros quede vinculado con los antepasados que esperan nuestra ayuda. Mediante nuestra obra en los santos templos aquí en la tierra, al usar la autoridad que el Señor ha delegado, nuestros progenitores reciben las ordenanzas



salvadoras que les permiten disfrutar de felicidad eterna.

En el pasado, motivados por una convicción profunda de la santidad de la obra, hubo personas que afrontaron valientemente problemas que se asemejaban a cosechar por una sola persona todo el grano de Nebraska [estado rural de los Estados Unidos dedicado en su mayor parte a la cosecha de granos]. Ahora hay muchas cosechadoras trabajando; juntos podremos y lograremos llevar a cabo la obra que se requiere.

Testifico que el espíritu de Elías el profeta está conmoviendo el corazón de muchos de los hijos del Padre por todo el mundo, haciendo que la obra por los muertos se acelere a un paso sin precedentes.

Pero, ¿y tú, has orado acerca de la obra por tus antepasados? Pon a un lado todo aquello de tu vida que en realidad no tiene importancia. Decídate a hacer algo que tendrá consecuencias eternas. Quizás te hayas sentido inspirado a buscar a tus antepasados pero sientes que no eres un genealogista profesional. ¿Te das cuenta de que ya no es necesario? Lo importante es comenzar con

amor y un deseo sincero de ayudar a quienes se encuentran del otro lado del velo, que no pueden hacerlo por sí mismos. Busca; debe haber alguien donde vives que puede ayudarte a lograrlo.

Esta obra es una obra espiritual, un empeño monumental de cooperación de ambos lados del velo donde hay ayuda en ambas direcciones. Sea donde sea que te encuentres en el mundo, con oración, fe, determinación, diligencia y algo de sacrificio, puedes prestar una gran contribución. Comienza ahora. Te prometo que el Señor te ayudará a encontrar el camino y que te sentirás maravillosamente. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Juan 3:5
2. *Church History*, Tomo IV, pág. 231
3. *Enseñanza de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, págs. 471–472
4. Véase D. y C. 110:13–16.
5. D. y C. 2:2; cursiva agregada.
6. Howard W. Hunter, “Un pueblo deseoso de asistir al templo”, *Liahona*, mayo de 1995, pág. 2
7. Carta de la Primera Presidencia, 29 de febrero de 2012; cursiva agregada.
8. Jeanene Watkins Scott, diario personal, abril de 1988.
9. Jeanene Watkins Scott, diario personal, 23 de septiembre de 1989.



Por **Russell T. Osguthorpe**
Presidente General de la Escuela Dominical

Un paso más cerca del Salvador

La conversión es la meta de todo aprendizaje y toda enseñanza del Evangelio. La conversión no es un evento de una sola vez. Se trata de un esfuerzo de toda la vida por llegar a ser más como el Salvador.

Este verano apareció en la revista *Liahona* un breve artículo que yo había escrito. Mi hijo me dijo por correo electrónico: “Papá, tal vez podrías avisarnos cuando publiques un artículo”. Yo le respondí: “Quería ver si estás leyendo las revistas de la Iglesia”. Volvió a escribirme diciendo que su hija de diez años había “pasado la prueba, pues recogió la revista *Liahona* del buzón de correo, entró en casa y la leyó. Entonces vino a nuestro cuarto y nos mostró tu artículo”.

Mi nieta leyó la revista *Liahona* porque quería aprender. Actuó por sí misma mediante el ejercicio de su albedrío. La Primera Presidencia acaba de aprobar nuevos recursos de aprendizaje para los jóvenes que servirán de apoyo al deseo innato de los jóvenes por aprender, vivir y compartir el Evangelio. Estos nuevos recursos están disponibles para verse en internet. A partir de enero empezaremos a usarlos en las clases.

Cuando el Salvador enseñaba, el albedrío de quien aprendía era esencial.

No sólo nos mostró qué enseñar, sino cómo hacerlo. Él se centraba en las necesidades del que aprendía, ayudaba a las personas a descubrir la verdad por sí mismas¹ y siempre prestaba atención a sus preguntas².

Estos nuevos recursos de aprendizaje nos ayudarán a todos a aprender y a enseñar a la manera del Salvador tanto en el hogar como en el salón de clase³. Al hacerlo, estaremos respondiendo a Su invitación de “ven, sígueme”⁴, tal como el élder Robert D. Hales hermosamente enseñó. Durante la elaboración de estos nuevos recursos, vi a líderes y maestros de las organizaciones auxiliares y de seminario deliberar en consejo con padres y madres a fin de cubrir las necesidades de los alumnos. He visto a jovencitas en sus clases, a jóvenes en los quórums del Sacerdocio Aarónico y a los jóvenes en la Escuela Dominical aprender a utilizar el albedrío y a actuar por sí mismos.

Una maestra de la Escuela Dominical de los jóvenes se preguntaba cómo ayudar a dos jóvenes con

autismo a actuar por sí mismos. Al invitar a los participantes de la clase a compartir lo que estaban aprendiendo, temía que dichos jóvenes rechazaran su invitación; mas no lo hicieron. Uno de ellos se puso de pie para enseñar lo que había aprendido y luego invitó al otro joven con autismo a ayudarlo. Cuando el primero empezó a tener dificultades, su compañero permaneció a su lado susurrándole al oído para que sintiera que lo había logrado. Ambos enseñaron ese día; enseñaron lo *que* enseñó el Salvador, pero también enseñaron *como* Él enseñó. Cuando el Salvador enseñaba, lo hacía con amor por la persona a la que instruía, tal como aquel joven hizo con su amigo⁵.

Cuando aprendemos y enseñamos Su palabra a Su manera, aceptamos la invitación “ven, sígueme”. Lo seguimos un paso a la vez, y con cada paso nos acercamos más a Él, cambiamos. El Señor sabía que el crecimiento espiritual no se produce de repente, sino de manera gradual. Cada vez que aceptamos Su invitación y escogemos seguirlo, progresamos por el camino de la plena conversión.

La conversión es la meta de todo aprendizaje y toda enseñanza del Evangelio. La conversión no es un evento de una sola vez. Se trata de un esfuerzo de toda la vida por llegar a ser más como el Salvador. El élder Dallin H. Oaks nos ha recordado que no basta con “saber”. “Convertirnos’... requiere que *hagamos* y que *lleguemos a ser*”⁶. Así pues, aprender para convertirse es un proceso continuo de conocer, hacer y llegar a ser. Del mismo modo, la enseñanza dirigida a la conversión requiere de doctrina clave, invitaciones a actuar y bendiciones prometidas⁷. Cuando impartimos doctrina verdadera, ayudamos al alumno a conocer. Cuando invitamos a las personas a actuar, las ayudamos a hacer o a vivir la doctrina. Cuando se reciben las bendiciones que el Señor ha prometido, cambiamos y, al igual que Alma, nos convertimos en nuevas criaturas⁸.

Los nuevos recursos de aprendizaje para los jóvenes tienen una

meta central: ayudar a los jóvenes a convertirse al evangelio de Jesucristo. Hace poco vi a un joven descubrir esta verdad por sí mismo en una clase de la Escuela Dominical. Cuando me percaté de que estaba teniendo dificultades para relacionar la Expiación a su propia vida, le pregunté si alguna vez había sentido el perdón, a lo que él respondió: “Sí, como aquella vez cuando le rompí la nariz a un muchacho jugando al fútbol. Me sentí mal y me preguntaba qué necesitaba hacer para sentirme mejor. Fui a su casa y le pedí disculpas; pero sabía que tenía que hacer algo más; así que oré y sentí que mi Padre Celestial también me había perdonado. Ése es el significado que la Expiación tiene para mí”.

Cuando compartió su experiencia con la clase, leyó Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito”; y luego testificó del poder de la Expiación. Esta doctrina había dejado de ser un concepto abstracto para ese joven; llegó a ser parte de su vida porque formuló su propia pregunta y luego ejerció su albedrío para actuar⁹.

Aquel joven se estaba convirtiendo cada vez más, al igual que sus compañeros de clase. Se centraron en una doctrina clave a través del estudio de las Escrituras; relacionaron esas palabras sagradas con sus propias vidas y luego testificaron de las bendiciones que habían recibido como resultado de haber vivido la doctrina. Al enseñar el evangelio de Jesucristo, nos centramos en las Escrituras y en las palabras de los profetas modernos. Acudimos a los textos sagrados para contribuir a fortalecer la fe, edificar testimonios y ayudar a los demás a convertirse plenamente. Los nuevos recursos de aprendizaje para los jóvenes ayudarán a todo aquel que los use a entender y vivir la palabra de Dios.

Mientras enseñaba a los santos en Costa Rica, sostuve en alto un ejemplar de *La enseñanza: El llamamiento más importante* y pregunté: “¿Cuántos de ustedes tienen una copia de este manual?”. Casi todos levantaron la mano. Con una sonrisa, añadí: “Apuesto a que lo leen todos los días”.



Para mi sorpresa, una hermana de la primera fila levantó la mano, indicando que ella sí lo hacía. Le pedí que subiera al podio y se explicase. Éstas fueron sus palabras: “Leo el Libro de Mormón cada mañana y luego leo un poco en *La enseñanza: El llamamiento más importante* para así poder enseñar a mis hijos lo que aprendí de la mejor manera posible”.

Ella deseaba aprender y enseñar la palabra del Señor a la manera del Señor, así que estudió Su palabra en las Escrituras y luego estudió cómo enseñarla para que los hijos de ella se convirtieran plenamente. No creo que adquirió su patrón de aprendizaje y enseñanza del Evangelio de golpe. Ella tomó la decisión de hacer algo,

y cuanto más hacía lo que sabía que debía hacer, más la fortalecía el Señor para seguir en Su camino.

En ocasiones, el camino de la conversión puede ser largo y difícil. Mi cuñado estuvo inactivo en la Iglesia durante 50 años, y no fue sino hasta después de los 60 que empezó a aceptar la invitación del Salvador para regresar. Muchos lo ayudaron en el camino; un maestro orientador le mandó una postal todos los meses durante 22 años; pero fue mi cuñado el que tuvo que decidir regresar. Tuvo que ejercer su albedrío; tuvo que tomar el primer paso y luego otro, y otro más. Actualmente, él y su esposa han sido sellados y él presta servicio en un obispado.



Atenas, Grecia

Recientemente le mostramos los videos creados para ayudar a los líderes y a los maestros a implementar los nuevos recursos de aprendizaje y, tras verlos, mi cuñado se recostó en la silla y comentó, un tanto emocionado: “Tal vez si yo hubiera tenido esto cuando era joven, no me hubiese inactivado”.

Hace unas cuantas semanas conocí a un joven que estaba pasando por dificultades. Le pregunté si era miembro de la Iglesia y me dijo que era ateo, aunque había conocido la Iglesia de pequeño. Cuando le hablé de mi llamamiento en la Escuela Dominical y de que iba a hablar en la conferencia general, me dijo: “Si va a discursar, miraré esa sesión”. Espero que esté viéndola. Sé que si lo está haciendo, ha aprendido algo. El Centro de Conferencias es un lugar único para

el aprendizaje y la enseñanza que conduce a la conversión.

Aprendemos a la manera del Señor cuando vivimos los principios que nos enseñan aquéllos a quienes sostenemos como profetas, videntes y reveladores¹⁰. Damos un paso más cerca de Él. Al término de esta conferencia, invito a todo aquel que oiga mi voz a dar ese paso. Al igual que los nefitas de la antigüedad, podemos regresar a nuestras “casas, y [meditar] las cosas que... [se han] dicho, y [pedir] al Padre en el nombre de [Cristo] que [podamos] entender”¹¹.

Queremos que todo joven entienda; queremos que aprendan, enseñen y vivan el evangelio de Jesucristo a diario. Esto es lo que el Señor desea para todos Sus hijos. Ya sea que usted sea un niño, un joven o un adulto, lo invito a venir y seguirlo a Él en Sus

pasos. Les testifico que el Señor nos fortalecerá con cada paso que demos; Él nos ayudará durante el resto del camino. Entonces, cuando se presenten los obstáculos, seguiremos adelante. Seguiremos adelante cuando aparezcan las dudas. Nunca volveremos hacia atrás; nunca nos desviaremos.

Testifico que Dios el Padre y Su Hijo, Jesucristo, viven. Testifico que el Salvador sigue diciéndonos, tal como lo hizo en la antigüedad, que vayamos a Él. Todos podemos aceptar Su invitación. Todos podemos aprender, enseñar y vivir Su palabra a Su manera al dar un paso que nos acerque más a Él. Al hacerlo, nos habremos convertido de verdad. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Juan 3:1-7. En este pasaje, el Salvador responde a la pregunta de Nicodemo. Él enseñó adecuándose a las necesidades de Nicodemo, le permitió ejercer su albedrío para aprender y lo ayudó a descubrir la respuesta por sí mismo.
2. Véase Juan 3:4; José Smith—Historia 1:18.
3. Véase “Enseñar a la manera del Salvador”, lds.org/youth/learn/guidebook/teaching.
4. Véase Lucas 18:18-22.
5. Véase 1 Juan 4:19.
6. Dallin H. Oaks, “El desafío de lo que debemos llegar a ser”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 41: “Testificar es *saber* y *declarar*. El Evangelio nos invita a ‘convertirnos’, lo cual requiere que *hagamos* y que *lleguemos a ser*. Si alguno de nosotros se basa únicamente en el conocimiento y en el testimonio del Evangelio, estamos en la misma posición de los bienaventurados pero inconclusos apóstoles a quienes Jesús dio el desafío de que se ‘convirtieran’. Todos conocemos a alguien que tiene un fuerte testimonio pero que no actúa como si estuviese convertido”.
7. Véase Abraham 2:11.
8. Véase Mosíah 27:24-26; 2 Corintios 5:17.
9. Véase David A. Bednar, “Velando... con toda perseverancia”, *Liahona*, mayo de 2010, pág. 43: “¿Estamos ustedes y yo ayudando a nuestros hijos a ser agentes que actúan y que buscan conocimiento tanto por el estudio como por la fe, o hemos capacitado a nuestros hijos a que esperen para que se les enseñe y se actúe sobre ellos? Como padres, ¿estamos dando de comer principalmente a nuestros hijos el equivalente de pescado espiritual, o estamos constantemente ayudándolos a actuar, a aprender por sí mismos y a permanecer firmes e inmutables? ¿Estamos ayudando a nuestros hijos a estar ansiosamente consagrados en pedir, buscar y llamar?”.
10. Véase Dennis B. Neuenschwander, “Profetas, videntes y reveladores vivientes”, *Liahona*, enero de 2001, págs. 49-51.
11. 3 Nefi 17:3.



Por el élder Marcus B. Nash
De los Setenta

Por medio de la fe todas las cosas se cumplen

La fe nos ayudará a subir a salvo por el sendero del Evangelio, superar todo desafío de la vida terrenal y regresar a la presencia majestuosa de nuestro Padre Celestial.

No hace mucho tiempo, varios de nosotros de la familia Nash escalamos a la cima del Huayna Picchu, un alto pico que colinda con las antiguas ruinas incas de Machu Picchu en las montañas de Perú. Es una subida muy empinada con panoramas impresionantes y escarpados barrancos. Tristemente, algunos excursionistas han perdido la vida al caerse del estrecho y empinado sendero. Para evitar este tipo de tragedias, desde entonces se han fijado cables fuertes a la roca sólida a lo largo de la ladera de la montaña Huayna Picchu. Nos aferramos a los cables mientras ascendíamos, y nos permitieron llegar a salvo a la cumbre, donde el panorama era majestuoso.

Tal como el sendero del Huayna Picchu, nuestra jornada terrenal es una subida empinada y difícil, una que requiere la ayuda de nuestro Padre Celestial para completarse satisfactoriamente. Por esa razón, Él estableció los principios y las ordenanzas del Evangelio para conducirnos al Salvador y a Su poder salvador¹. El primero de esos principios, la fe en el Señor Jesucristo², es como los cables del

Huayna Picchu: si se fija de manera fuerte y segura a “la roca de nuestro Redentor”³, la fe nos ayudará a subir a salvo por el sendero del Evangelio, superar todo desafío de la vida terrenal⁴, y regresar a la presencia majestuosa de nuestro Padre Celestial. Todas las cosas se cumplen por la fe⁵.

La fe es tanto un principio de acción como de poder⁶. “...no es tener un conocimiento perfecto de las cosas; de modo que si [tenemos] fe, [tenemos] esperanza en cosas que no se ven, y que son verdaderas”⁷. Es una convicción⁸ del Espíritu que se obtiene por medio del aprendizaje y que nos mueve a actuar⁹ para seguir el ejemplo del Salvador y guardar Sus mandamientos con espíritu de oración, incluso en momentos de sacrificio y pruebas¹⁰. La fe nos da el poder del Señor que, entre otras cosas, se manifiesta en la esperanza de las cosas buenas que vendrán¹¹, en milagros que confirman nuestra fe¹², y en la protección divina en asuntos espirituales y temporales¹³.

La vida de Ann Rowley, una pionera de los primeros días de la Iglesia, demuestra la forma en que el ejercer

la fe impacta nuestra vida para siempre. La hermana Rowley, una viuda de Inglaterra, ejerció su fe para responder al llamado del profeta de congregarse en Sión. Era miembro de la compañía de carros de mano Willie que enfrentó ventiscas de nieve profundas por el sendero en el otoño de 1856. Habían llegado a un punto de la travesía en la que sus siete hijos estaban literalmente muertos de hambre. Ella escribió: “Me dolía ver a mis hijos pasar hambre... La noche se acercaba y no había comida para la cena. Como siempre, pedí la ayuda de Dios. Me arrodillé y recordé que tenía dos galletas marineras duras que... habían sobrado del viaje por mar. No eran grandes, y estaban tan duras que no se podían romper. Sin duda, no era suficiente para alimentar a ocho personas, pero cinco panes y dos pescados tampoco eran suficientes para alimentar a 5 mil personas, sin embargo, por medio de un milagro, Jesús lo había hecho. Así que, con la ayuda de Dios, nada es imposible.

Encontré las galletas, las puse en una olla de hierro, las cubrí con agua y pedí la bendición de Dios. Luego le puse la tapa a la olla y la puse sobre las brasas. Cuando al poco tiempo le quité la tapa, la olla estaba llena de comida. Me arrodillé con mi familia y agradecí a Dios Su bondad. Esa noche mi familia tuvo suficiente comida”¹⁴.

Ann Rowley vivía el Evangelio con gran sacrificio personal. Ella necesitaba ayuda y la pidió en oración. Debido a su fe, estaba llena de esperanza y milagrosamente proveyó alimento para su familia. El Señor también la bendijo con la capacidad de importancia eterna de “perseverar con fe hasta el fin”¹⁵. Aun cuando enfrentaba un futuro incierto, no exigió saber cómo iba a alimentar a sus hijos al día siguiente; en cambio, esperó pacientemente en el Señor¹⁶ y siguió adelante con esperanza, tal como el hermoso himno lo expresa:

*Divina Luz, entre las penumbras,
alúmbrame.*

*Oscura es la noche y lejos de casa
estoy; mi Guía sé.*

Guía mis pies; no pido ver;



*La escena distante, un paso es suficiente*¹⁷.

Nosotros también podemos ejercer ese tipo de fe en el Señor, creyendo y confiando que nuestro bondadoso y constante Dios¹⁸ nos bendecirá con Su milagroso poder adaptado a nuestra circunstancia, de acuerdo con Su tiempo. Al hacerlo, nosotros también veremos la mano de Dios manifestada en nuestra vida.

El Señor nos manda “[tomar] el escudo de la fe con el cual podréis apagar *todos* los dardos encendidos de los malvados”¹⁹. Satanás utilizará cosas tales como la duda, el temor o el pecado para tentarnos a dejar de lado la fe y perder la protección que nos ofrece. Examinemos brevemente cada uno de estos desafíos a la fe a fin de reconocer las tentaciones del adversario y no prestarles atención²⁰.

En primer lugar, el no creer en el Señor o en Su evangelio hará que resistamos el Espíritu de Dios²¹. El antídoto del Señor para la duda es sencillamente. Tal como el rey Benjamín declaró:

“Creed en Dios; creed que él existe, y que creó todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra; creed que él tiene toda sabiduría y todo poder, tanto en el cielo como en la tierra; creed que el hombre no comprende todas las cosas que el Señor puede comprender”²².

Si su fe desfallece a causa de la duda o de no creer, recuerden que incluso los antiguos apóstoles imploraron al Señor: “Auméntanos la fe”²³. Teniendo en cuenta que la fe y el razonamiento son compañeros necesarios, consideren la siguiente analogía: la fe y el razonamiento son como las dos alas de un avión. Ambas son necesarias para mantener el vuelo. Si desde su perspectiva el razonamiento parece contradecir la fe, hagan una pausa y recuerden que nuestra perspectiva es extremadamente limitada en comparación a la del Señor²⁴. No desechen la fe, tal como no quitarían un ala de un avión que esté en vuelo. En vez de ello, nutran una partícula de fe y permitan que la esperanza que produce sea un ancla para su alma,

y para su razonamiento²⁵. Es por eso que se nos manda “[buscar] conocimiento, *tanto por el estudio como por la fe*”²⁶. Recuerden que la fe precede los milagros y los produce, milagros para los cuales no tenemos una explicación inmediata dentro de nuestra experiencia, tales como una olla llena de alimento a partir de dos pequeñas galletas o simplemente perseverar con fe contra viento y marea²⁷.

Segundo, el temor distrae de la fe en el Salvador y la socava. El apóstol Pedro fijó la mirada en el Señor una noche tormentosa y caminó sobre el agua —hasta que desvió la vista y “[vio] el viento fuerte, [y] tuvo miedo”— y luego se hundió en el turbulento mar²⁸. ¡Podría haber seguido caminando si no hubiera tenido miedo! En vez de temer a los fuertes vientos y olas de nuestra vida y de concentrarnos en ellos, el Señor nos invita: “...elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis”²⁹.

Tercero, el pecado reduce la presencia del Espíritu en nuestra vida y, sin el Espíritu Santo, no tendremos el vigor espiritual para ejercitar la fe y sujetarnos a ella. Es mejor ejercitar nuestra fe para “no [tocar] el don malo, ni la cosa impura”³⁰ y para “[ser] diligentes en guardar todos [los] mandamientos, no sea que... os falte vuestra fe, y triunfen sobre vosotros vuestros enemigos”³¹. Si el pecado ha manchado su vida, les invito a que ejerciten “fe para arrepentimiento”³², y el Salvador, mediante la Expiación, purificará y sanará su vida.

Hermanos y hermanas, el Señor, de conformidad con nuestra fe, cumplirá Sus promesas y trabajará con nosotros para que superemos todo desafío³³. Lo hizo para Ann Rowley y lo ha hecho para Su pueblo en todas las naciones y en toda época y generación. Puesto que es un “Dios de milagros” y que “no cambia”, igualmente bendecirá a cada uno de nosotros con esperanza, protección y poder de conformidad con nuestra fe en Él³⁴. La fe firme en el Señor Jesucristo —tal como los cables del sendero del Huayna Picchu— los anclará a ustedes y a sus seres queridos a la “roca de nuestro

Redentor”³⁵ y a Su incomparable poder para salvar.

El presidente Thomas S. Monson ha dicho: “Sean de buen ánimo. El futuro es tan brillante como su fe”³⁶. Testifico de esa sublime, esperanzadora verdad e invito a cada uno de nosotros a seguir adelante con firmeza y con fe en el Señor, “no dudando nada”³⁷. Sé que el Salvador vive, que es el “autor y el perfeccionador de [nuestra] fe”³⁸ y el “galardonador de los que le buscan”³⁹. Lo testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase D. y C. 84:19–21.
2. Véase Artículos de Fe 1:4.
3. Helamán 5:12.
4. Véase D. y C. 76:53.
5. Véase Éter 12:3.
6. Véase *Lectures on Faith*, 1985, pág. 3; véanse también Jacob 4:6; Éter 12:7–22; Hebreos 11:4–40.
7. Alma 32:21.
8. Véase Traducción de José Smith, Hebreos 11:1 (en Hebreos 11:1, nota *b* en inglés).
9. Véanse 2 Nefi 25:23; Alma 34:15–17; Éter 12:6; Santiago 2:17–26.
10. Véase Éter 12:4–6; *Lectures on Faith*, pág. 69.
11. Véase Moroni 7:40–42.
12. Véase Guía para el Estudio de las Escrituras, “Fe”; véanse también, Mormón 9:8–21; Moroni 7:33–37.
13. Véanse D. y C. 27:17; Alma 57:19–27; 58:10–13.
14. Ann Rowley, en Andrew D. Olsen, *The Price We Paid: The Extraordinary Story of the Willie and Martin Handcart Pioneers*, 2006, pág. 113.
15. D. y C. 20:25.
16. Véase Isaías 40:31.
17. “Lead, Kindly, Light”, *Hymns*, N° 97.
18. Véanse Jacob 4:10; Mormón 9:9.
19. D. y C. 27:17; cursiva agregada.
20. Véanse 1 Nefi 8:33–34; Alma 37:33; D. y C. 20:22.
21. Véase Alma 32:28.
22. Mosiah 4:9.
23. Lucas 17:5.
24. Véanse Mosiah 4:9–10; Proverbios 27:5–7; Isaías 55:8–9.
25. Véase Éter 12:4.
26. D. y C. 88:118; cursiva agregada.
27. Véanse Moroni 7:33–38; Éter 12:19.
28. Véase Mateo 14:25–31.
29. D. y C. 6:36.
30. Moroni 10:30.
31. D. y C. 136:42.
32. Véase Alma 34:15–17; véase también Éter 12:3.
33. Véase Éter 12:29; Alma 7:27.
34. Véase Mormón 9:18–21; véanse también Moroni 7:33–38; Alma 37:16–17.
35. Helamán 5:12.
36. Thomas S. Monson, “Sed de buen ánimo”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 92.
37. Véase Santiago 1:6–8.
38. Moroni 6:4; véase también Hebreos 12:2.
39. Hebreos 11:6; véase también Éter 12:41.



Por el élder Daniel L. Johnson

De los Setenta

Llegar a ser un verdadero discípulo

Al obedecer Sus mandamientos y servir a nuestros semejantes, llegamos a ser mejores discípulos de Jesucristo.

Aquellos de nosotros que hemos entrado en las aguas del bautismo y recibido el don del Espíritu Santo hemos hecho convenio de que estamos dispuestos a tomar sobre nosotros el nombre de Jesucristo, o, en otras palabras, declaramos que somos discípulos del Señor. Renovamos ese convenio cada semana al participar de la Santa Cena, y demostramos ese discipulado mediante el modo de vivir. Tal discipulado se demostró de manera bella en algunos acontecimientos recientes en México.

Había sido una hermosa primavera para las comunidades que cultivan fruta en el norte de México. Los árboles frutales estaban en plena floración y había gran expectativa de una cosecha abundante. Ya se había planificado pagar los préstamos, reemplazar los equipos que se necesitaban y las plantaciones antiguas, y cumplir obligaciones personales como el pago de matrículas escolares de los miembros de la familia; incluso se habían planificado las vacaciones familiares. Había un clima general de optimismo. Entonces, en la tarde de un lunes a finales de marzo, llegó una tormenta invernal

y empezó a nevar. Nevó hasta cerca de las tres de la madrugada. Luego, al retirarse las nubes, la temperatura bajó de golpe. Durante toda la noche y temprano por la mañana, se intentó todo para salvar al menos una parte de la cosecha de fruta pero fue inútil. Había hecho demasiado frío y los cultivos se congelaron por completo. No habría fruta para cosechar y vender ese año. El martes amaneció con la desagradable y desalentadora pérdida de todos esos maravillosos planes, expectativas y sueños de apenas el día anterior.

Recibí un correo electrónico concerniente a ese terrible martes por la mañana de Sandra Hatch, la esposa de John Hatch, en ese entonces primer consejero de la presidencia del Templo de Colonia Juárez, Chihuahua. Cito partes de ese mensaje: “John se levantó temprano, alrededor de las 6:30 h para ir al templo a ver si se debía cancelar la sesión de esa mañana. Al regresar, dijo que el estacionamiento y la calle estaban despejados, por lo que decidimos continuar. Imaginamos que quizás vendrían algunos de los obreros que no tenían plantaciones y que podríamos

ubicarlos a todos en la sesión... Fue muy inspirador verlos entrar, uno tras otro. Allí estaban, después de no haber dormido nada, y pensando que habían perdido los cultivos... Yo los miraba durante la reunión de preparación; les costaba trabajo mantenerse despiertos; pero en vez de pensar que tenían una buena excusa para no asistir, allí estaban. Y hubo treinta y ocho personas en la sesión (una sesión completa). Fue una mañana edificante para nosotros y dimos gracias al Padre Celestial por las buenas personas que cumplen con su deber, sin importar lo que ocurra. Sentí un espíritu especial allí esa mañana. Estoy segura de que "El estaba complacido de saber que amamos Su casa y sentíamos que era un buen lugar donde estar en una mañana tan difícil".

Pero la historia no termina allí, y de hecho todavía continúa.

La mayoría de quienes perdieron la cosecha de fruta tenía algunos campos disponibles para plantar otros cultivos de temporada, como chiles (ajíes) o frijoles. Dichos cultivos podrían brindar al menos algunos ingresos, suficientes para sobrevivir hasta la cosecha de fruta del año siguiente. Sin embargo, un buen hermano y su

joven familia no tenían otras tierras y afrontaba un año sin ingreso alguno. Otros miembros de la comunidad, al ver la situación calamitosa de ese hermano y por iniciativa y a expensas propias, se encargaron de conseguir algo de tierra, usaron sus propios equipos para prepararla y le proporcionaron las plantas de ají para que él las plantara.

Conozco a los hombres sobre los que acabo de hablar. Al conocerlos, no me sorprendió lo que hicieron. Pero quienes no los conozcan quizás se hagan dos preguntas; ambas comienzan con *por qué*: ¿Por qué asistir al templo para cumplir con sus deberes y para servir tras haber pasado toda la noche en vela, sólo para darse cuenta de que habían perdido la mayoría de los ingresos de todo el año? ¿Por qué usar los ahora escasos y muy valiosos recursos para ayudar a otra persona muy necesitada cuando ellos mismos estaban en tan graves aprietos económicos?

Si entienden lo que significa ser discípulos de Jesucristo, entonces conocerán la respuesta de las dos preguntas.

Hacer convenio de ser discípulos de Cristo es el inicio de un proceso de toda la vida y el sendero no siempre

es fácil. Al arrepentirnos de nuestros pecados y esforzarnos por hacer lo que Él desea que hagamos y servir a nuestros semejantes como Él lo haría, inevitablemente llegaremos a ser más como Él. Llegar a ser más semejantes a Él y ser uno en Él son las metas y los objetivos supremos, y en esencia es la definición misma del verdadero discipulado.

Tal como el Salvador preguntó a Sus discípulos al visitarlos en el continente americano: "Por lo tanto, ¿qué clase de hombres habéis de ser?" y luego dijo en respuesta a Su propia pregunta: "En verdad os digo, aun como yo soy" (3 Nefi 27:27).

Llegar a ser semejantes al Salvador no es tarea fácil, en especial en el mundo en que vivimos. Afrontamos obstáculos y adversidades literalmente cada día de la vida. Hay una razón para ello, y es uno de los principales propósitos de la vida terrenal; tal como leemos en Abraham 3:25: "Y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare".

Esas pruebas varían en naturaleza e intensidad, pero nadie dejará esta existencia terrenal sin atravesarlas. Sobre todo, nos imaginamos las pruebas como la pérdida de una cosecha o del empleo; la muerte de un ser querido; las enfermedades; las incapacidades físicas, mentales o emocionales; la pobreza o la pérdida de amigos. Sin embargo, aun el logro de objetivos que al parecer valen la pena puede tener su propio riesgo del orgullo vano, en el que aspiramos más a los honores de los hombres que a la aprobación del cielo. Éstos pueden abarcar la popularidad mundana, el reconocimiento público, las proezas físicas, el talento artístico o deportivo, la prosperidad y las riquezas. En cuanto a estas últimas, algunos de nosotros quizás tengamos sentimientos similares a los que Teyve expresa en *El violinista en el tejado*: "¡Si las riquezas son una maldición, que Dios me hiera con ella y que jamás me recupere!"¹.

Pero estos últimos tipos de pruebas pueden ser aún más desalentadores y peligrosos y más difíciles de vencer



que los anteriores. Nuestro discipulado se cultivará y probará no por el tipo de pruebas que afrontemos, sino por cómo las sobrellevemos. Como nos ha enseñado el presidente Henry B. Eyring: “La gran prueba de esta vida es ver si daremos oído a los mandamientos de Dios y los obedecemos en medio de las tormentas de la vida. No se trata tanto de soportar las tormentas como de hacer lo justo en medio de ellas. La gran tragedia de la vida es no superar esa prueba y, por tanto, no hacernos merecedores de regresar en gloria a nuestro hogar celestial” (“La preparación espiritual: Comiencen con tiempo y perseveren”, *Liahona*, noviembre de 2005, pág. 38).

Tengo el orgullo de ser abuelo de veintitrés nietos. Nunca dejan de sorprenderme con su entendimiento de las verdades eternas, aun en sus tiernos primeros años de vida. Mientras me preparaba para este discurso, le pedí a cada uno de ellos que me mandara una definición muy breve de lo que significa para ellos ser discípulo o seguidor de Jesucristo. Recibí respuestas maravillosas de todos ellos, pero me gustaría compartir con ustedes esta respuesta de Benjamin, de ocho años de edad: “Ser discípulo de Jesucristo significa ser un ejemplo; significa ser misionero y prepararse para serlo; significa servir a los demás; significa leer las Escrituras y orar; significa guardar el día de reposo; significa escuchar los susurros del Espíritu Santo; significa asistir a la Iglesia y al templo”.

Estoy de acuerdo con Benjamin. El discipulado tiene que ver principalmente con hacer y llegar a ser. Al obedecer Sus mandamientos y servir a nuestros semejantes, llegamos a ser mejores discípulos de Jesucristo. Al obedecer y someternos a la voluntad de Él, recibimos la compañía del Espíritu Santo, junto con bendiciones de paz, gozo, y seguridad que siempre acompañan al tercer miembro de la Trinidad. No se reciben de ningún otro modo. En definitiva, es mediante la total sumisión a Su voluntad que se nos ayuda a llegar a ser semejantes a nuestro Salvador. Una vez más, llegar a ser semejantes a Él y ser uno en Él



son las metas y los objetivos supremos; y en esencia es la definición misma del verdadero discipulado.

El discipulado es lo que vi ejercerse en el Templo de Colonia Juárez y en sus campos cercanos, cuando los hermanos y las hermanas en la fe confirmaron sus compromisos para con Dios y el prójimo a pesar de adversidades estremecedoras.

Testifico que al obedecer Sus mandamientos, servir a los demás y someter nuestra voluntad a la de Él, ciertamente llegaremos a ser Sus verdaderos discípulos. Así lo testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTA

1. Véase Joseph Stein, Jerry Bock, Sheldon Harnick, *El violinista en el tejado*, 1964, pág. 61.



Por el élder Don R. Clarke
De los Setenta

Las bendiciones de la Santa Cena

Seremos bendecidos conforme sintamos gratitud por la expiación de Jesucristo, renovemos los convenios bautismales, sintamos el perdón y recibamos inspiración del Espíritu Santo...

Creí en Rexburg, Idaho, donde recibí la influencia y las enseñanzas de familiares, amigos, maestros y líderes maravillosos. Todos tenemos experiencias especiales que nos tocan el corazón y nos cambian para siempre. En mi juventud tuve una experiencia así que transformó mi vida.

Siempre fui activo en la Iglesia y progresé en el Sacerdocio Aarónico. Cuando era adolescente, mi maestro, el hermano Jacobs, nos pidió que escribiéramos en una tarjeta lo que habíamos pensado durante la Santa Cena. Tomé la tarjeta y empecé a escribir. Primero escribí el partido de básquetbol que habíamos ganado la noche anterior; luego puse la cita con mi amiga después del partido, y así seguí. El nombre de Jesucristo no ocupaba un lugar de importancia en esa lista.

Cada domingo llenábamos la tarjeta. Para un joven poseedor del Sacerdocio Aarónico, la Santa Cena y la reunión sacramental cobraron nuevo y mayor significado espiritual.

Yo esperaba ansioso los domingos y la oportunidad de participar de la Santa Cena, porque el comprender la expiación del Salvador me estaba cambiando. Hasta la fecha, cada vez que tomo la Santa Cena, puedo ver mi tarjeta y repasar mi lista. Ahora, primero en mi lista, está el Salvador del género humano.

En el Nuevo Testamento leemos que el Salvador y Sus apóstoles se reunieron en un aposento alto para pasar la fiesta de la Pascua.

“Entonces tomó el pan, y habiendo dado gracias, lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; *haced esto en memoria de mí*.”

“Asimismo, tomó también la copa, después que hubo cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo convenio en mi sangre, *que por vosotros se derrama*”¹.

Jesús también instituyó la ordenanza de la Santa Cena durante Su visita a los nefitas². He llegado a conocer la importancia de esos dos acontecimientos.

El presidente David O. McKay dijo:

“Me siento inspirado a recalcar lo que el Señor ha designado como la reunión más importante de la Iglesia, y es la reunión sacramental”³. Si nos preparamos debidamente para la Santa Cena, ésta puede transformarnos. Me gustaría sugerir cinco principios que nos pueden bendecir si participamos dignamente de la Santa Cena.

1. Sentir gratitud por la expiación de Jesucristo

El primer principio es sentir gratitud hacia nuestro Padre Celestial durante la Santa Cena por la expiación de Su Hijo. Se cuenta la siguiente historia acerca de la repartición de la Santa Cena:

“No le di mucha importancia a la Santa Cena hasta que fui ordenado diácono. Aquella tarde repartí la Santa Cena por primera vez. Antes de la reunión sacramental, uno de los diáconos me advirtió: ‘Cuidado con el hermano Schmidt. ¡Tal vez tengas que despertarlo!’ Finalmente llegó el momento de repartir los emblemas. Me fue muy bien en las primeras seis filas. Los niños y los adultos tomaron el pan sin problema alguno. Al llegar a la séptima fila, donde el hermano Schmidt siempre se sentaba, quedé sorprendido. En lugar de encontrarlo dormido, como era su costumbre, lo encontré bien despierto. A diferencia de muchos a los que había servido primero, tomó el pan con lo que me pareció gran reflexión y reverencia.

“Poco después volví a la séptima fila para repartir el agua. Esta vez mi amigo había acertado. El hermano Schmidt tenía la cabeza inclinada y los ojos cerrados; aparentemente estaba dormido. ¿Qué podía hacer o decir yo? Miré su frente arrugada y desgastada por años de esfuerzo y dificultades. Él se había unido a la Iglesia en su adolescencia y había sufrido muchas persecuciones en su ciudad natal de Alemania. Yo había oído aquella historia muchas veces en la reunión de testimonios. Finalmente decidí tocar su hombro suavemente, con la esperanza de despertarlo. Al extender mi brazo para hacerlo, levantó la cabeza lentamente. Las



lágrimas surcaban sus mejillas, y al mirarlo a los ojos vi amor y gozo. Lentamente tomó el agua. Aunque entonces yo sólo tenía doce años, recuerdo vívidamente el sentimiento que tuve al observar cómo aquel tusco anciano participaba de la Santa Cena. Supe sin duda alguna que él sentía algo respecto a la Santa Cena que yo nunca había sentido. En ese momento tomé la determinación de llegar a abrigar esos mismos sentimientos”⁴.

El hermano Schmidt se había comunicado con el cielo, y el cielo se había comunicado con él.

2. Recuerden que estamos renovando convenios bautismales

El segundo principio es recordar que al participar de la Santa Cena estamos renovando nuestros convenios bautismales. Algunas de las promesas que hacemos según se registra en las Escrituras son:

“Entrar en el redil de Dios y ser llamados su pueblo... llevar las cargas los unos de los otros... llorar con los que lloran... y ser testigos de Dios”⁵.

“...Vengan con corazones quebrantados y con espíritus contritos... dispuestos a tomar sobre sí el nombre de Jesucristo, con la determinación de servirle hasta el fin”⁶, y a

recordarle siempre, y a guardar sus mandamientos”⁷.

Las oraciones sacramentales nos recuerdan esos convenios. Cuando participamos de la Santa Cena, renovamos nuestro compromiso de cumplir con esos convenios. Me parece que sería apropiado memorizar las oraciones sacramentales en la mente y en el corazón, lo cual nos permitirá concentrarnos en renovar los convenios bautismales. Hayamos tenido 8 u 80 años al bautizarnos, espero que nunca olvidemos ese día ni los convenios que hicimos.

3. Durante la Santa Cena podemos sentir el perdón de nuestros pecados

Tercero, durante la Santa Cena podemos sentir el perdón de los pecados. Si antes de la reunión hemos tomado tiempo para arrepentirnos, podemos salir sintiéndonos limpios y puros. El presidente Packer dijo: “La Santa Cena renueva el proceso del perdón. Cada domingo cuando se sirve la Santa Cena, es una ceremonia para renovar el proceso del perdón. Cada domingo uno se purifica para que, con el tiempo, cuando uno muera, el espíritu esté limpio”⁸. El participar dignamente de la Santa Cena permite que nos sintamos como el pueblo del rey Benjamín, quienes

estaban “lentos de gozo, habiendo recibido la *remisión de sus pecados, y teniendo paz de conciencia*”⁹.

4. Podemos recibir inspiración para resolver nuestros problemas

El cuarto principio es que durante la reunión sacramental podemos recibir inspiración para resolver problemas. Cuando fui presidente de misión en Bolivia, Mary Ann y yo tuvimos la bendición de asistir a un seminario para presidentes de misión con el presidente Eyring. Nos enseñó que hay tres formas importantes de prepararnos para beneficiarnos de la reunión. Debemos llegar con nuestros problemas, humildes como niños listos para aprender, y con el deseo de ayudar a los hijos de Dios.

Al asistir con humildad a la reunión sacramental, podemos recibir la bendición de la inspiración para resolver los problemas diarios. Debemos llegar preparados, estar dispuestos a escuchar y no distraernos. En las Escrituras leemos: “Pero he aquí, te digo que debes *estudiarlo* en tu mente; entonces has de *preguntarme si está bien*; y si así fuere, haré que tu *pecho arda* dentro de ti; por tanto, *sentirás que está bien*”¹⁰. Podemos saber qué hacer para resolver nuestros problemas.

5. El participar dignamente de la Santa Cena nos permitirá estar llenos del Espíritu Santo

El quinto principio, participar dignamente de la Santa Cena, nos permitirá estar llenos del Espíritu Santo. Al instituir la Santa Cena durante Su visita a los nefitas, Jesús declaró: “El que come de este pan, come de mi cuerpo para su alma; y el que bebe de este vino, bebe de mi sangre para su alma; y su alma nunca tendrá hambre ni sed, sino que será lleno”¹¹. Se les había prometido que si tenían hambre y sed de justicia, serían llenos del Espíritu Santo. La oración sacramental también promete que si vivimos de acuerdo con nuestros convenios, siempre tendremos la compañía de Su Espíritu¹².

El élder Melvin J. Ballard dijo: “Soy testigo de que hay un espíritu que acompaña la administración de la Santa Cena, el cual reconforta el alma de pies a cabeza; uno siente que las heridas del alma sanan y que las cargas se aligeran. El alma digna que realmente desea participar de ese alimento espiritual recibe consuelo y felicidad”¹³.

Seremos bendecidos conforme sintamos gratitud por la expiación de Jesucristo, renovemos los convenios bautismales, sintamos el perdón y recibamos inspiración del Espíritu Santo al participar de la Santa Cena cada semana. La reunión sacramental será excelente si la Santa Cena es el centro de nuestra adoración. Expreso mi gratitud por la expiación de Jesucristo. Sé que Él vive. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lucas 22:19–20; cursiva agregada.
2. Véase 3 Nefi 18.
3. David O. McKay, en Conference Report, octubre de 1929, págs. 11–15.
4. Véase *Libro de Mormón, Manual del alumno* (Manual del Sistema Educativo de la Iglesia), 1982, pág. 378.
5. Mosíah 18:8–9.
6. D. y C. 20:37.
7. Véase D. y C. 20:77.
8. Boyd K. Packer, *Mine Errand from the Lord*, 2008, pág. 196.
9. Mosíah 4:3; cursiva agregada.
10. D. y C. 9:8; cursiva agregada.
11. 3 Nefi 20:8.
12. Véase D. y C. 20:77.
13. Melvin J. Ballard, en Bryant S. Hinckley, *Sermons and Missionary Services of Melvin Joseph Ballard*, 1949, pág. 149.



Por el élder David A. Bednar
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Convertidos al Señor

El saber que el Evangelio es verdadero es la esencia de un testimonio. El ser constantemente fieles al Evangelio es la esencia de la conversión.

MI mensaje se centra en la relación que existe entre recibir un testimonio de que Jesús es el Cristo y llegar a convertirse a Él y a Su evangelio. Normalmente, los temas del testimonio y de la conversión los tratamos de forma separada e independiente; sin embargo, ganamos una valiosa perspectiva y una mayor convicción espiritual al considerar estos dos temas importantes juntos.

Ruego que el Espíritu Santo instruya y edifique a cada uno de nosotros.

¿Quién decís que soy yo?

Del ministerio del apóstol Pablo podemos aprender mucho sobre el testimonio y la conversión.

Cuando Jesús llegó a las costas de Cesarea de Filipo, hizo esta penetrante pregunta a Sus discípulos: “¿...quién decís que soy yo?”

Pedro respondió abiertamente: “¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!

“Entonces, respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:15–17).

Tal como se manifiesta en la respuesta de Pedro y en la instrucción del Salvador, un testimonio es el

conocimiento personal de la verdad espiritual que se obtiene por medio de la revelación. Un testimonio es un don de Dios y está al alcance de todos Sus hijos. Cualquier persona que busque sinceramente la verdad puede obtener un testimonio al ejercitar “un poco de fe” necesaria en Jesucristo para “experimentar” (Alma 32:27) y poner “a prueba la virtud de la palabra de Dios” (Alma 31:5), para someterse “al influjo del Santo Espíritu” (Mosíah 3:19), y despertar en cuanto a Dios (véase Alma 5:7). El testimonio proporciona mayor responsabilidad personal y es una fuente de propósito, seguridad y gozo.

Para procurar y obtener un testimonio de la verdad espiritual es necesario pedir, buscar y llamar (véase Mateo 7:7; 3 Nefi 14:7) con un corazón sincero, con verdadera intención y con fe en el Salvador (véase Moroni 10:4). Los componentes primordiales de un testimonio son saber que el Padre Celestial vive y nos ama, que Jesucristo es nuestro Salvador y que la plenitud del Evangelio se ha restaurado en la tierra en estos últimos días.

Y tú, una vez vuelto

Mientras el Salvador enseñaba a Sus discípulos durante la Última Cena, le dijo a Pedro:



“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo;

“pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, fortalece a tus hermanos” (Lucas 22:31–32).

Es interesante notar que este poderoso apóstol había hablado y caminado con el Maestro, había presenciado muchos milagros y tenía un fuerte testimonio de la divinidad del Salvador; sin embargo, incluso Pedro necesitaba instrucción adicional de Jesús sobre el poder para convertir y santificar del Espíritu Santo, y la obligación que él tenía de servir fielmente.

La esencia del evangelio de Jesucristo implica un cambio fundamental y permanente en nuestra naturaleza misma, que es posible por medio de la expiación del Salvador. La verdadera conversión produce un cambio en las creencias, el corazón y la vida de una persona para aceptar y ajustarse a la voluntad de Dios (véase Hechos 3:19; 3 Nefi 9:20) e incluye el compromiso consciente de convertirse en un discípulo de Cristo.

La conversión es una expansión, una profundización y una ampliación de la estructura básica del testimonio. Es el resultado de la revelación de Dios, acompañado del arrepentimiento, de la obediencia y de la

diligencia personales. Cualquier persona que sinceramente busque la verdad puede llegar a convertirse al experimentar el gran cambio en el corazón y al nacer espiritualmente de Dios (véase Alma 5:12–14). Cuando honramos las ordenanzas y los convenios de salvación y exaltación (véase D. y C. 20:25), “[seguimos] adelante con firmeza en Cristo” (2 Nefi 31:20), y perseveramos con fe hasta el fin (véase D. y C. 14:7), llegamos a ser nuevas criaturas en Cristo (véase 2 Corintios 5:17). La conversión es una ofrenda de uno mismo, de amor y de lealtad que damos a Dios en gratitud por el don del testimonio.

Ejemplos de conversión en el Libro de Mormón

El Libro de Mormón está repleto de relatos inspiradores de conversión. Amalekí, un descendiente de Jacob, declaró: “...quisiera que vinieses a Cristo, el cual es el Santo de Israel, y participaseis de su salvación y del poder de su redención. Sí, venid a él y ofrecedle vuestras almas enteras como ofrenda” (Omni 1:26).

El saber mediante el poder del Espíritu Santo que Jesús es el Cristo es importante y necesario; sin embargo, el venir a Él de verdad y ofrecerle nuestras almas enteras como ofrenda

requiere mucho más que simplemente saber. La conversión exige todo nuestro corazón, toda nuestra alma y toda nuestra mente y fuerza (véase D. y C. 4:2).

El pueblo del rey Benjamín respondió a sus enseñanzas al exclamar: “Sí, creemos todas las palabras que nos has hablado; y además, sabemos de su certeza y verdad por el Espíritu del Señor Omnipotente, el cual ha efectuado un potente cambio en nosotros, o sea, en nuestros corazones, por lo que ya no tenemos más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente” (Mosíah 5:2). El aceptar esas palabras, obtener un testimonio de su veracidad y ejercitar fe en Cristo produjo un potente cambio en sus corazones y una firme determinación a progresar y ser mejores.

En el libro de Helamán se describe a los lamanitas convertidos como personas que “se hallan en la senda de su deber, y andan con circunspección delante de Dios, y se esfuerzan por guardar sus mandamientos y sus estatutos y sus juicios...

“y con infatigable diligencia se están esforzando por traer al resto de sus hermanos al conocimiento de la verdad” (Helamán 15:5–6).

Como se destaca en estos ejemplos, las características clave relacionadas



con la conversión son experimentar un potente cambio en nuestro corazón, tener la disposición de hacer lo bueno continuamente, seguir adelante en la senda del deber, andar con circunspección delante de Dios, guardar los mandamientos y servir con infatigable diligencia. Queda muy claro que esas fieles almas estaban profundamente dedicadas al Señor y a Sus enseñanzas.

Llegar a estar convertidos

Para muchos de nosotros, la conversión es un proceso constante y no un solo acontecimiento que resulta de una experiencia poderosa o dramática. Línea por línea y precepto por precepto, de manera gradual y casi imperceptible, nuestras intenciones, nuestros pensamientos, nuestras palabras y acciones entran en sintonía con la voluntad de Dios. La conversión al Señor requiere tanto perseverancia como paciencia.

Samuel el lamanita señaló cinco elementos básicos para convertirse al Señor: (1) creer en las enseñanzas y

profecías de los santos profetas como están registradas en las Escrituras; (2) ejercitar fe en el Señor Jesucristo; (3) arrepentirse; (4) experimentar un potente cambio de corazón; y (5) llegar a ser “firmes e inmutables en la fe” (véase Helamán 15:7–8). Ése es el modelo que conduce a la conversión.

Testimonio y conversión

El testimonio es el comienzo y un prerequisite para una conversión continua. El testimonio es un punto de partida y no el destino final. Un testimonio firme es la base sobre la cual se establece la conversión.

El testimonio por sí solo no es ni será suficiente para protegernos en la tormenta de oscuridad y maldad en la que estamos viviendo en estos últimos días. El testimonio es importante y necesario pero no suficiente para proporcionar la fortaleza espiritual y la protección que necesitamos. Algunos miembros de la Iglesia con testimonios han flaqueado y se han desviado; su conocimiento espiritual y su cometido no estuvieron a la altura de los

desafíos a los que se enfrentaron.

Una lección importante sobre el vínculo que existe entre el testimonio y la conversión es evidente en la obra misional de los hijos de Mosiah.

“...cuantos llegaron al conocimiento de la verdad por la predicación de Ammón y sus hermanos, según el espíritu de revelación y de profecía, y el poder de Dios que obraba milagros en ellos, sí... como vive el Señor, cuantos lamanitas creyeron en su predicación y fueron convertidos al Señor, nunca más se desviaron.

“Porque se convirtieron en un pueblo justo; abandonaron las armas de su rebelión de modo que no pugnaron más en contra de Dios...”

“Y éstos son los que fueron convertidos al Señor” (Alma 23:6–8).

En estos versículos se describen dos elementos importantes: (1) *el conocimiento de la verdad*, que se puede interpretar como un testimonio, y (2) *convertidos al Señor*, lo que a mi parecer es la conversión al Salvador y a Su evangelio. Por consiguiente, la potente combinación del testimonio

y de la conversión al Señor resultó en firmeza y constancia, y proporcionó protección espiritual.

Nunca más se desviaron y abandonaron “las armas de su rebelión y no pugnaron más en contra de Dios”. Para abandonar las preciadas “armas de rebelión” tales como el egoísmo, el orgullo y la desobediencia, se necesita más que el sólo creer y saber. La convicción, la humildad, el arrepentimiento y la docilidad preceden el abandono de las armas de nuestra rebelión. ¿Poseemos todavía, ustedes y yo, armas de rebelión que nos impiden convertirnos al Señor? Si es así, entonces tenemos que arrepentirnos ahora mismo.

Noten que los lamanitas no estaban convertidos a los misioneros que les enseñaron ni a los excelentes programas de la Iglesia; no estaban convertidos a la personalidad de sus líderes, a la preservación del legado cultural ni a las tradiciones de sus padres. Estaban convertidos al Señor —a Él como el Salvador y a Su divinidad y doctrina— y nunca se desviaron.

Un testimonio es el conocimiento espiritual de la verdad adquirido por el poder del Espíritu Santo. La conversión continua es una devoción constante a la verdad revelada que hemos recibido, con un corazón dispuesto y por las razones justas. El saber que el Evangelio es verdadero es la esencia de un testimonio. El ser constantemente fieles al Evangelio es la esencia de la conversión. Debemos saber que el Evangelio es verdadero, y ser fieles al Evangelio.

Testimonio, conversión y la parábola de las diez vírgenes

Ahora quiero utilizar una de las muchas interpretaciones posibles de la parábola de las diez vírgenes a fin de destacar la relación que existe entre el testimonio y la conversión. Diez vírgenes, cinco que fueron prudentes y cinco insensatas, tomaron sus lámparas y fueron a recibir al novio. Por favor consideren las lámparas que usaron las vírgenes como la lámpara del testimonio. Las vírgenes insensatas tomaron sus lámparas del testimonio pero no llevaron consigo aceite. Consideren que el aceite que se describe es el aceite de la conversión.

“...mas las prudentes tomaron aceite [de conversión] en sus vasijas, juntamente con sus lámparas [del testimonio].

“Y tardándose el novio, cabecearon todas y se durmieron.

“Y a la medianoche se oyó un clamor: He aquí el novio viene; salid a recibirle.

“Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas [del testimonio].

“Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite [sí, el aceite de la conversión], porque nuestras lámparas [del testimonio están débiles y] se apagan.

“Pero las prudentes respondieron, diciendo: para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden y comprad para vosotras mismas” (Mateo 25:4–9).

¿Fueron egoístas las cinco vírgenes prudentes por no estar dispuestas a

compartir, o indicaban correctamente que el aceite de la conversión no se puede pedir prestado? ¿Puede darse a otra persona la fortaleza espiritual que proviene de la obediencia constante a los mandamientos? ¿Puede transmitirse a la persona que lo necesite el conocimiento que se obtiene al estudiar con diligencia y meditar las Escrituras? ¿Puede la paz que le brinda el Evangelio al fiel Santo de los Últimos Días transferirse a la persona que esté pasando adversidades o grandes desafíos? La respuesta clara a cada una de estas preguntas es no.

Como apropiadamente lo recalcaron las vírgenes prudentes, cada uno de nosotros debe “comprar para uno mismo”. Esas mujeres inspiradas no describían una transacción de negocios; más bien, recalcaban la responsabilidad individual que tenemos de mantener viva la lámpara de nuestro testimonio y de obtener una provisión suficiente del aceite de la conversión. Este valioso aceite se adquiere una gota a la vez: “línea por línea [y] precepto por precepto” (2 Nefi 28:30), con paciencia y perseverancia. No hay atajos; no es posible la preparación a último momento.

“Por lo tanto, sed fieles, orando siempre, llevando arregladas y encendidas vuestras lámparas, y una provisión de aceite, a fin de que estéis listos a la venida del Esposo” (D. y C. 33:17).

Testimonio

Prometo que al llegar a un conocimiento de la verdad y convertirnos al Señor, permaneceremos firmes e inmutables y nunca nos desviaremos. De buena gana abandonaremos las armas de nuestra rebelión; seremos bendecidos con la luz brillante de nuestras lámparas del testimonio y con una provisión suficiente del aceite de la conversión. Y a medida que cada uno de nosotros esté más plenamente convertido, fortaleceremos a nuestra familia, a nuestros amigos y a las personas con quienes nos relacionemos. Testifico de estas verdades en el sagrado nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■





Por el presidente Thomas S. Monson

Para siempre Dios esté con vos

Si arraigamos los mensajes de los dos últimos días en nuestro corazón y en nuestra vida, seremos bendecidos.

Mis queridos hermanos y hermanas, hemos llegado al final de otra inspiradora conferencia general. En lo personal, he sido nutrido y elevado espiritualmente y sé que ustedes también han sentido el espíritu especial de esta conferencia.

Agradecemos sinceramente a todos los que han participado de algún modo. Las verdades del Evangelio se han enseñado y recalcado maravillosamente. Si arraigamos los mensajes de los dos últimos días en nuestro corazón y en nuestra vida, seremos bendecidos.

Como siempre, esta conferencia estará disponible en los próximos números de las revistas *Ensign* y *Liahona*. Los insto a leer los discursos una vez más y a meditar en los mensajes que ellos contienen. He descubierto en mi propia vida que obtengo aún más de estos sermones inspirados cuando los estudio en mayor profundidad.

Hemos tenido una cobertura sin igual de esta conferencia; ha llegado a través de los continentes y océanos a la gente de todas partes. Aunque estamos lejos de muchos de ustedes, sentimos su espíritu y les enviamos nuestro amor y gratitud.

Hermanos y hermanas, acabo de celebrar mi cumpleaños número 85 y agradezco cada año que el Señor me ha concedido. Al reflexionar en las experiencias de mi vida, le agradezco las muchas bendiciones que me ha dado. Como dije en mi mensaje esta mañana, he sentido que Su mano dirige mi labor al esforzarme sinceramente por servirlo a Él y servirlos a todos ustedes.

El oficio de Presidente de la Iglesia exige mucho. Cuánto agradezco tener a mis dos fieles consejeros, quienes sirven a mi lado, están siempre dispuestos y son excepcionalmente competentes para ayudar en el trabajo que llega a la Primera Presidencia. Expreso mi agradecimiento también por los nobles hombres que son parte del Quórum de los Doce Apóstoles. Ellos trabajan infatigablemente en la causa del Maestro y con la ayuda inspirada de los miembros del Quórum de los Setenta.

Deseo honrarlos también a ustedes, mis hermanos y hermanas, dondequiera que se encuentren en el mundo, por todo lo que hacen en sus barrios y ramas, en sus estacas y distritos. Al cumplir de buen grado llamamientos cuando se les pide, ayudan a edificar el reino de Dios sobre la tierra.



Veamos siempre los unos por los otros, ayudándonos en tiempos de necesidad. No critiquemos ni censuremos, sino seamos tolerantes, siempre emulando el ejemplo de tierna bondad del Salvador. Del mismo modo, sirvámonos unos a otros con buena disposición. Supliquemos inspiración para saber las necesidades de los que nos rodean, y luego vayamos y brindemos ayuda.

Seamos de buen ánimo al vivir nuestra vida. Aunque vivimos en tiempos cada vez más peligrosos, el Señor nos ama y nos tiene presentes. Está siempre de nuestro lado cuando hacemos lo correcto. Nos ayudará en épocas de necesidad. Llegan dificultades a nuestra vida, problemas que no anticipamos y que jamás escogeríamos. Ninguno de nosotros está exento. El propósito de la vida mortal es aprender y crecer para ser más parecidos a nuestro Padre, y a menudo es durante tiempos difíciles cuando más aprendemos, aunque las lecciones nos duelan. Nuestra vida también puede estar llena de gozo al seguir las enseñanzas del evangelio de Jesucristo.

El Señor nos exhortó: “Confíad; yo he vencido al mundo”¹. Cuánta felicidad debería darnos este conocimiento. Él vivió por nosotros y murió por nosotros. Pagó el precio de nuestros pecados. Emulemos Su ejemplo. Mostremos nuestra gratitud a Él al aceptar Su sacrificio y vivir de tal modo que seamos dignos de un día regresar a vivir con Él.

Como he dicho en conferencias anteriores, les agradezco las oraciones que ofrecen por mí. Las necesito; las siento. Nosotros, como Autoridades Generales, también los recordamos a todos ustedes y rogamos que reciban las más selectas bendiciones de nuestro Padre Celestial.

Ahora, mis amados hermanos y hermanas, entramos en receso por seis meses. Que Dios los acompañe hasta que volvamos a vernos en esa ocasión. En el nombre de nuestro Salvador y Redentor, sí, Jesucristo el Señor. Amén. ■

NOTA

1. Juan 16:33.



Por Linda K. Burton

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

¿Está escrita en nuestro corazón la fe en la expiación de Jesucristo?

El hacer y cumplir nuestros convenios, y el regocijarnos en ellos, será la evidencia de que la expiación de Jesucristo realmente está escrita en nuestro corazón.

Queridas hermanas, ustedes han estado en mi mente y en mi corazón por meses al reflexionar en esta imponente responsabilidad. Aunque no me siento a la altura de la responsabilidad que se me ha dado, sé que el llamamiento vino del Señor a través de Su profeta escogido, y por ahora, eso es suficiente. En las Escrituras dice: “...sea por [la] voz [del Señor] o por la voz de [Sus] siervos, es lo mismo”¹.

Uno de los preciosos dones relacionados con este llamamiento es la certeza de que nuestro Padre Celestial ama a todas Sus hijas. ¡Yo he sentido Su amor por cada una de nosotras!

Al igual que ustedes, ¡me encantan las Escrituras! En Jeremías hay un pasaje que me gusta mucho. Jeremías vivió en una época y en un lugar

difíciles, pero el Señor le permitió “[prever] una era de esperanza durante el recogimiento de Israel en los últimos días”²; nuestros días. Jeremías profetizó:

“...después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en su mente y la *escribiré en sus corazones*; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo...

“...todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la iniquidad de ellos y no me acordaré más de su pecado”³.

Nosotros somos el pueblo que Jeremías vio. ¿Hemos invitado al Señor a escribir la ley, o la doctrina, en nuestro corazón? ¿Creemos que el perdón que está disponible a través de la Expiación a la que se refiere Jeremías se aplica a nosotros personalmente?



Hace unos años, el élder Jeffrey R. Holland expresó sus sentimientos sobre la profunda fe de los pioneros que siguieron adelante hacia el Valle de Salt Lake aún tras la muerte de sus hijos. Él dijo: "...no lo hicieron por un programa o una actividad social; lo hicieron porque tenían la fe en el evangelio de Jesucristo arraigada en su alma, estaba en la médula de sus huesos".

Expresó con tierna emoción:

"Ésa era la única forma en que esas madres podían enterrar a [sus bebés] en una caja de pan y seguir adelante diciendo: 'La tierra prometida está más adelante. Lograremos llegar al valle'.

Podían decirlo debido a los convenios, la doctrina, la fe, la revelación y el Espíritu".

Concluyó con estas palabras que invitan a la reflexión: "Si conservamos esto en nuestra familia y en la Iglesia, tal vez muchas otras cosas comenzarán a resolverse por sí mismas; y muchas otras menos necesarias perderán su importancia. Me han contado que los carros de mano tenían una capacidad limitada. Al igual que nuestros antepasados tuvieron que escoger lo que llevarían, tal vez el siglo veintiuno nos obligue a decidir: '¿Qué ponemos en el carro de mano?'. Es la esencia de nuestra alma; lo que se encuentra en la médula de nuestros huesos"⁴. O en otras palabras, es lo que está *escrito en nuestro corazón*.

Como nueva presidencia de la Sociedad de Socorro, hemos buscado con sinceridad al Señor para saber qué cosas esenciales desea que pongamos en nuestra carreta de la Sociedad de Socorro para seguir avanzando Su obra. Hemos sentido que primero el Padre Celestial desea que ayudemos a Sus amadas hijas a entender la doctrina de la expiación de Jesucristo. Al hacerlo, sabemos que aumentará nuestra fe y nuestro deseo de vivir en rectitud. Segundo, al considerar la necesidad vital de fortalecer a las familias y los hogares, hemos sentido que el Señor desea que animemos a Sus amadas hijas a que se adhieran a sus convenios. Cuando los convenios se guardan, las familias se fortalecen. Finalmente, sentimos que Él desea que trabajemos en unidad con las otras organizaciones auxiliares y con los líderes del sacerdocio, esforzándonos por buscar y ayudar a los necesitados a progresar en el sendero. Es nuestra oración ferviente que cada una abramos nuestro corazón y permitamos que el Señor grave en él las doctrinas de la Expiación, los convenios y la unidad.

¿Cómo podemos esperar fortalecer a las familias o ayudar a los demás a menos que tengamos escrito en nuestro propio corazón una fe profunda y perdurable en Jesucristo y en Su expiación infinita? Esta noche quiero compartir tres principios de la

Expiación que, si quedan escritos en nuestro corazón, fortalecerán nuestra fe en Jesucristo. Espero que el comprender estos principios nos bendiga a cada una, ya sea que seamos nuevas en la Iglesia o miembros de toda la vida.

Principio 1: "Todo lo que es injusto en la vida se puede remediar por medio de la expiación de Jesucristo"⁵.

Junto con ustedes, damos testimonio de la expiación de nuestro Salvador Jesucristo. Nuestro testimonio, como el de ustedes, quedó escrito en nuestro corazón al enfrentar diversos desafíos y adversidades que ensanchan el alma. Sin la comprensión del plan perfecto de felicidad del Padre Celestial y de la expiación del Salvador como parte central de ese plan, esos desafíos podrían parecer injustos. Todos tenemos pruebas en la vida; pero en el corazón fiel está escrito: "Todo lo que es injusto en la vida se puede remediar por medio de la expiación de Jesucristo".

¿Por qué permite el Señor que tengamos sufrimiento y adversidad en esta vida? En palabras simples, ¡es parte del plan para nuestro crecimiento y progreso! Cuando nos enteramos de la oportunidad de venir a la tierra como mortales, nos "regocijamos"⁶. El élder Dallin H. Oaks enseñó: "Con frecuencia, nuestras conversiones necesarias se logran con más rapidez mediante el sufrimiento y la adversidad que mediante la comodidad y la tranquilidad"⁷.

El ejemplo de una fiel hermana pionera ilustra esa verdad. Mary Lois Walker se casó a los 17 años con John T. Morris en St. Louis, Misuri. Cruzaron las llanuras con los santos en 1853 y entraron al Valle del Lago Salado poco después de su primer aniversario. En el viaje, sufrieron las mismas privaciones que padecieron otros santos; pero su sufrimiento y adversidad no terminó al llegar al Valle del Lago Salado. Al año siguiente, Mary, que ya tenía 19 años, escribió: "Tuvimos un hijo... Una noche cuando tenía dos o tres meses de edad... algo me susurró: 'Vas a perder a ese pequeño'".

Durante el invierno se deterioró la salud del bebé. “Hicimos todo lo posible... pero el bebé empeoraba gradualmente... El 2 de febrero murió... así que bebí de la amarga copa de separarme de mi propia carne”. Pero sus pruebas aún no habían terminado. El esposo de Mary también cayó enfermo y, tres semanas después de perder al bebé, él murió.

Mary escribió: “Así fue como, aún adolescente, quedé privada en el corto plazo de 20 días de mi esposo y mi único hijo, en una tierra extraña, a cientos de kilómetros de mi familia y enfrentando una montaña de dificultades... y yo también deseé morir y reunirme con mis seres queridos”.

Mary continúa: “Un domingo por la tarde caminaba con mi amiga... Recordé la ausencia de [mi esposo] y mi intensa soledad, y al llorar amargamente pude ver, como en una visión mental, el empinado cerro de la vida que tendría que escalar y sentí la realidad de todo ello con gran fuerza. Me embargó una profunda depresión, porque el enemigo sabe cuándo atacarnos, *pero nuestro [Salvador Jesucristo] es poderoso para salvar*. Mediante... la ayuda del Padre, pude luchar contra todas las fuerzas que parecían combinarse contra mí en esos momentos”⁸.

Mary aprendió a la tierna edad de 19 años que la Expiación nos asegura que todo lo que es injusto en esta vida puede remediarse y se remediará, incluso las penas más profundas.

Principio 2: La Expiación tiene un poder que nos habilita para vencer al hombre o a la mujer natural y llegar a ser verdaderos discípulos de Jesucristo?

Hay una forma de saber si hemos aprendido una doctrina o un principio del Evangelio; es cuando podemos enseñar la doctrina o el principio de manera que un niño lo pueda entender. Un recurso valioso para enseñar la Expiación a los niños es la analogía que se encuentra en una lección de la Primaria. Tal vez nos ayude al enseñar a nuestros hijos o nietos, o a los amigos de otras religiones que deseen entender esta doctrina básica.



“Al andar por cierto camino, [una mujer] se cayó en un pozo tan profundo que no podía salir de allí. A pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía hacerlo. Empezó a suplicar que alguien [la] ayudara y se regocijó cuando, al oírle, un bondadoso viajero le alcanzó una escalera por la cual pudo salir del pozo y recobrar su libertad.

“Somos como [la mujer] que cayó en el pozo. El pecar es como caer en un pozo sin poder salir por nuestros propios medios. Tal como el bondadoso viajero escuchó el clamor de [aquella mujer], el Padre Celestial

envió a Su Hijo Unigénito para proporcionar el medio de escapar. La expiación de Jesucristo podría compararse a colocar la escalera en el pozo; nos provee la manera de salir”¹⁰. Pero el Salvador hace más que colocar la escalera, Él “baja al abismo y hace posible que usemos la escalera para... escapar”¹¹. “Así como [aquella mujer] tuvo que trepar la escalera, nosotros debemos arrepentirnos de nuestros pecados y obedecer los principios y ordenanzas del Evangelio para salir del pozo y hacer que la Expiación surta efecto en nuestra vida. Por tanto, después de hacer todo lo que



podemos, la Expiación hace posible que seamos dignos de regresar a la presencia del Padre Celestial”¹².

Hace poco tuve el privilegio de conocer a una pionera de nuestros días, una amada hija de Dios y reciente conversa a la Iglesia en Chile. Es una madre sola y tiene dos hijos pequeños. Por el poder de la Expiación, ha logrado dejar atrás su pasado y ahora se esfuerza sinceramente por ser una verdadera discípula de Jesucristo. Al pensar en ella, acude a mi mente un principio que enseñó el élder David A. Bednar: “Una cosa es saber que Jesucristo vino a la tierra para *morir* por nosotros, lo cual es básico y fundamental respecto a la doctrina de Cristo; pero también es necesario que reconozcamos que el Señor desea, mediante Su expiación y por medio del poder del Espíritu Santo, *vivir* en nosotros, no sólo para guiarnos, sino también para darnos poder”¹³.

Al conversar con esta hermana chilena sobre la forma de seguir en el sendero que lleva a la vida eterna, ella me aseguró con entusiasmo que estaba decidida a hacerlo. Había estado fuera del sendero la mayor parte de su vida y declaró que “allá”,

fuera del sendero, no había nada que quisiera tener en su vida otra vez. El poder habilitador de la Expiación vive dentro de ella; se está escribiendo en su corazón.

Ese poder no sólo nos habilita para salir del pozo, sino que además nos da el poder para continuar en el sendero estrecho y angosto que lleva a la presencia de nuestro Padre Celestial.

Principio 3: La Expiación es la evidencia más grande que tenemos del amor del Padre por Sus hijos.

Haríamos bien en meditar sobre este pensamiento conmovedor del élder Oaks: “Piensen cuán doloroso debió haber sido para nuestro Padre Celestial enviar a Su Hijo a soportar el incomprensible sufrimiento por nuestros pecados. ¡Ésta es la evidencia más extraordinaria de Su amor por cada uno de nosotros!”¹⁴.

Ese acto supremo de amor debería llevar a cada uno de nosotros a arrojarnos en humilde oración para agradecer a nuestro Padre Celestial el amarnos lo suficiente como para mandar a Su Hijo Unigénito y perfecto a sufrir por nuestros pecados, nuestras penas y todo lo que parece

ser injusto en nuestras vidas.

¿Recuerdan a la mujer de la que habló hace poco el presidente Dieter F. Uchtdorf? Él dijo: “Una mujer que había pasado años de pruebas y dolor dijo a través de las lágrimas: ‘He llegado a comprender que soy como un billete viejo de 20 dólares: arrugada, hecha trizas, sucia, maltratada y marcada; pero sigo siendo un billete de 20 dólares. Algo valgo; aunque parezca que no valgo nada, y aunque me hayan golpeado y maltratado, todavía valgo los 20 dólares completos’”¹⁵.

Esa mujer sabe que es una amada hija del Padre Celestial y que Él la valora lo suficiente para enviar a Su Hijo para expiar por ella, en forma individual. Toda hermana en la Iglesia debe saber lo que sabe esta mujer: que es una amada hija de Dios. ¿Cómo cambia la manera en que guardamos nuestros convenios el saber cuánto valemos para Él? ¿Qué efecto tiene el saber cuánto nos valora en nuestro deseo de ministrar a los demás? ¿En qué forma el hecho de saber lo que valemos para Él aumenta nuestro deseo de ayudar a quienes necesitan entender la Expiación como la entendemos nosotras, es decir, en profundidad? Cuando cada una de nosotras tenga la doctrina de la Expiación escrita en lo más profundo del corazón, empezaremos a ser la clase de personas que el Señor desea que seamos cuando Él regrese. Él nos reconocerá como Sus verdaderas discípulas.

Ruego que la expiación de Jesucristo produzca un “gran cambio” en nuestro corazón¹⁶. Conforme abramos los ojos a esta doctrina que un ángel de Dios declaró que son “alegres nuevas de gran gozo”¹⁷, les aseguro que sentiremos lo que sintió el pueblo del rey Benjamín. Después de orar intensamente para que se aplicara la Expiación en su vida, “fueron llenos de gozo”¹⁸ y estuvieron “dispuestos a concertar un convenio con... Dios de hacer su voluntad y ser obedientes a sus mandamientos en todas las cosas”¹⁹. El hacer y cumplir nuestros convenios, y el regocijarnos en ellos, será la evidencia de que la expiación de Jesucristo realmente está escrita en

nuestro corazón. Hermanas, por favor recuerden estos tres principios:

1. “Todo lo que es injusto en la vida se puede remediar por medio de la expiación de Jesucristo”²⁰.
2. La Expiación tiene un poder que nos habilita para vencer al hombre o a la mujer natural y llegar a ser verdaderos discípulos de Jesucristo²¹.
3. La Expiación es la evidencia más grande que tenemos del amor del Padre por Sus hijos²².

“...después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en su mente y *la escribiré en sus corazones*; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”²³. Invito a que pidamos al Señor que escriba esos principios de la Expiación en nuestro corazón; testifico que son verdaderos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. D. y C. 1:38.
2. Véase *El Antiguo Testamento, Doctrina del Evangelio: Manual para el maestro*, pág. 222.
3. Jeremías 31:33–34; cursiva añadida.
4. Véase Jeffrey R. Holland, Análisis de mesa redonda, *Reunión mundial de capacitación de líderes*, 9 de febrero de 2008, págs. 27–28.
5. *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, pág. 52.
6. Job 38:7.
7. Véase Dallin H. Oaks, “El desafío de lo que debemos llegar a ser”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 42.
8. Autobiografía de Mary Lois Walker Morris (copia en posesión de Linda Kjar Burton).
9. Véase David A. Bednar, “La Expiación y la travesía de la vida mortal”, *Liahona*, abril de 2012, págs. 12–19.
10. *Primaria 7: Nuevo Testamento*, 1997, lección 30.
11. Véase Joseph Fielding Smith, *Doctrina de Salvación*, comp. por Bruce R. McConkie, tomo I, pág. 118.
12. *Primaria 7*, lección 30.
13. David A. Bednar, *Liahona*, abril de 2012, pág. 14.
14. Dallin H. Oaks, “El amor y la ley”, *Liahona*, noviembre de 2009, pág. 26.
15. Véase Dieter F. Uchtdorf, “‘Ustedes son mis manos’”, *Liahona*, mayo de 2010, pág. 69.
16. Véase Alma 5:12–14.
17. Mosiah 3:3.
18. Véase Mosiah 4:1–3.
19. Véase Mosiah 5:2–5.
20. *Predicad Mi Evangelio*, pág. 52.
21. Véase David A. Bednar, *Liahona*, abril de 2012, págs. 12–19.
22. Véase Dallin H. Oaks, *Liahona*, noviembre de 2009, pág. 26.
23. Jeremías 31:33; cursiva agregada.



Por Carole M. Stephens

Primera Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

Bien atentas a nuestros deberes

Debemos estar atentas a nuestros deberes y a continuar con fe al hacer uso del poder consolador, fortalecedor, habilitador y sanador de la Expiación.

Después de ser llamada a la Presidencia General de la Sociedad de Socorro, sentí el deseo de saber más acerca de las mujeres que habían servido antes que yo. Quedé impactada con las enseñanzas de la hermana Zina D. Young, primera consejera en la segunda presidencia general de la Sociedad de Socorro. Ella dijo: “Hermanas, es nuestra responsabilidad estar bien atentas a nuestros deberes”¹. Medité sobre las palabras *atentas y deberes*, e hice una búsqueda más intensa en las Escrituras.

En el Nuevo Testamento, Pablo enseñó a los santos de su época:

“... es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación...”

“La noche ha avanzado, y se acerca el día... vistámonos con las armas de la luz”².

En el Libro de Mormón, Alma enseñó a su pueblo los deberes sagrados de quienes establecen un convenio con Dios:

“...ya que deseáis entrar en el redil de Dios y ser llamados su pueblo, y estáis dispuestos a llevar las cargas los unos de los otros para que sean ligeras;

“sí, y estáis dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y a consolar a los que necesitan de consuelo, y ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar...”

“os digo ahora, si éste es el deseo de vuestros corazones, ¿qué os impide ser bautizados en el nombre del Señor, como testimonio ante él de que habéis concertado un convenio con él de que lo serviréis y guardaréis sus mandamientos, para que él derrame su Espíritu más abundantemente sobre vosotros?”

“Y ahora bien, cuando los del pueblo hubieron oído estas palabras, batieron sus manos de gozo y exclamaron: Ése es el deseo de nuestros corazones”³.

La declaración de la hermana Young y estos pasajes de Escritura me hicieron considerar los “deberes” a los que debemos estar atentos hoy en día.

Cuando nos bautizamos, concertamos un convenio. El élder Robert D. Hales enseñó: “Cuando hacemos convenios y los guardamos, salimos del mundo y entramos en el reino de Dios”⁴.

Cambiamos; nuestra apariencia es diferente y nuestra actitud es diferente. Las cosas que escuchamos, leemos y decimos son diferentes, y la forma en que nos vestimos es diferente porque nos convertimos en hijas de Dios ligadas a Él mediante un convenio.

Al ser confirmadas, recibimos el don del Espíritu Santo, el derecho de tener la influencia constante de un miembro de la Trinidad para guiarnos, para consolarnos y para protegernos. Él nos advierte cuando nos vemos tentadas a alejarnos de nuestros convenios y volver al mundo. El presidente Boyd K. Packer enseña que ninguno de nosotros “cometerá un serio error sin antes haber sido advertido por los susurros del Espíritu Santo”⁵.

Para recibir este don y siempre tener el Espíritu con nosotros, debemos ser dignas y estar atentas a la condición en que se encuentra nuestro corazón. ¿Es nuestro corazón blando? ¿Tenemos un corazón humilde, un corazón dócil y un corazón tierno? ¿O se ha endurecido gradualmente al permitir que demasiado ruido del mundo nos distraiga de los suaves susurros que con seguridad han venido del Espíritu?

Al bautizarnos, nuestros corazones

fueron cambiados y se volcaron a Dios. En nuestra jornada mortal, tenemos que preguntarnos constantemente si “[hemos] experimentado un cambio en el corazón... ¿[Podemos] sentir esto ahora?”⁶. Y si no lo sentimos, ¿por qué no?

Muchos de los primeros santos “[experimentaron] este gran cambio en [sus] corazones”⁷. Eso los preparó para recibir las bendiciones del templo que los fortalecieron en sus deberes. Los primeros santos de Nauvoo fueron “al templo todo el día y hasta bien entrada la noche”⁸ para recibir las ordenanzas y hacer convenios antes de comenzar su viaje hacia el oeste.

Sara Rich, una hermana de la Sociedad de Socorro de Nauvoo, dijo: “Muchas fueron las bendiciones que recibimos en la casa del Señor y que nos brindaron gozo y consuelo en medio de todas nuestras aflicciones y que nos facultaron para tener fe en Dios, sabiendo que Él nos iba a guiar y a sostener en la jornada incierta que teníamos por delante”⁹.

Con corazones cambiados por medio de la fe en el Salvador, ellos confiaron en el poder de Su expiación. Ellos fueron motivados a actuar. Sabían en lo profundo de su corazón

que había alguien, el Salvador, que comprendía las adversidades que enfrentaban porque Él las había sufrido por ellos en el Jardín de Getsemaní y en la cruz. Él sintió sus temores, sus dudas, sus dolores y su soledad. Él sufrió sus aflicciones, su persecución, su hambre, su fatiga y sus pérdidas. Y debido a que Él había sufrido todas esas cosas podía decirles: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”¹⁰.

Y vinieron. Confiaron en el profeta y lo siguieron. Sabían que el viaje sería largo, que su deber sería difícil. Sabían que requeriría sacrificio, pero sostenidos por su fe y aferrados a sus convenios, estaban espiritualmente preparados.

Antes de salir de Nauvoo, un grupo de santos escribió un mensaje en el salón de asambleas del templo que se les obligó a abandonar. Decía: “El Señor ha visto nuestro sacrificio: Sígannos”¹¹.

Hace poco participé en una caminata al estilo de los pioneros con los hombres y las mujeres jóvenes de mi barrio. Cada mañana me preguntaba: “¿Qué sacrificio hago yo? ¿Cómo puedo seguirlos?”

El segundo día de la caminata habíamos tirado de los carrromatos por 13 km cuando llegamos a un lugar llamado “el trecho de las mujeres”. Separaron a los hombres de las mujeres y a los hombres se les mandó seguir adelante a la cima de la colina. Cuando comenzamos a tirar de los carrromatos, miré hacia arriba y vi a los hermanos del sacerdocio, jóvenes y mayores, alineados a ambos lados del camino, con los sombreros en la mano como señal de respeto a las mujeres.

Al principio el sendero era fácil, pero pronto estábamos hundidas en la arena y la colina era empinada. Con la cabeza agachada yo tiraba con todas mis fuerzas cuando sentí que alguien tiraba del carrromato; levanté la cabeza y vi a Lexi, una de las jovencitas que era mi vecina. Ella había llevado su carrromato hasta la cima y al ver que necesitábamos ayuda volvió corriendo. Cuando llegamos a la cima, deseaba tanto ir a ayudar a quienes venían





detrás de mí, pero no podía respirar bien y ¡mi corazón latía tan fuerte que más de una vez pensé que tendría un *infarto*! Vi con gratitud cómo otras jovencitas dejaban sus carromatos al llegar y corrían a ayudar.

Cuando todas llegaron a la cima, tomamos un momento para registrar nuestros sentimientos en nuestros diarios. Yo escribí: “Físicamente no me preparé bien, así que no tuve la fuerza para ayudar a quienes venían detrás. Quizás nunca tenga que tirar de un carromato otra vez, pero ¡jamás quiero defraudar espiritualmente a mis hermanas, jamás!”.

Fue una experiencia sagrada que me despertó espiritualmente a mis deberes hacia mi familia y los demás. A lo largo del viaje, reflexioné sobre lo que había aprendido.

Primero pensé en mis hermanas, quienes *han* tirado y las que *hoy continúan* tirando de sus carromatos solas. Casi el 20 por ciento de las mujeres de esas compañías estaban solas, al menos parte del viaje. Eran mujeres que no se habían casado, divorciadas o viudas. Muchas eran madres solas¹². Todas tiraban juntas: hijas del convenio, jóvenes y ancianas, provenientes

de diferentes circunstancias, en el mismo camino y con la misma meta.

Quienes corrieron a ayudar a sus hermanas en necesidad me recordaron a los rescatadores, tanto los que se ven como los que no se ven, y que son rápidos para observar, ver una necesidad y actuar.

Pensé en las palabras del Señor: “...iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros”¹³.

Alineados a ambos lados del camino había hombres fieles, obedientes y que cumplían con sus convenios. Su poder del sacerdocio —el poder que Dios usa para bendecir a todos Sus hijos— nos elevó, nos fortaleció y nos sostuvo. Eran un recordatorio visual de que nunca estamos solas. Podemos tener ese poder siempre con nosotras al cumplir con nuestros convenios.

Pensé en los hombres que estaban separados de sus familias durante el viaje, dejándolas que tiraran del carromato solas. Muchos hombres murieron en el viaje. Algunos hijos se quedaron para servir en misiones en sus tierras natales. Otros habían

emigrado antes a fin de prepararse para la llegada de sus familias al Valle del Lago Salado. Algunos hombres no estaban por propia elección, habían escogido no guardar sus convenios.

Al igual que quienes se han ido antes, muchos todavía viven en circunstancias que no son ideales. Seguimos enseñando y luchando por lo ideal porque sabemos que el esforzarnos continuamente nos mantendrá progresando en el sendero y nos preparará para la oportunidad de recibir todas las bendiciones prometidas mientras “[esperamos] en Jehová”¹⁴.

Cada una de nosotras ha tenido y seguirá teniendo adversidades en la vida. Esta vida mortal es un período de prueba y seguiremos teniendo oportunidades de utilizar nuestro albedrío para escoger lo que aprenderemos de la adversidad que seguramente llegará.

Como hijas de Dios, seguimos en el sendero con fe porque reconocemos que, como enseñó el presidente Thomas S. Monson: “...las ordenanzas salvadoras que se reciben en el templo y que nos permiten regresar algún día a nuestro Padre Celestial en una relación familiar eterna, y ser

investidos con bendiciones y poder de lo alto, merecen todo sacrificio y todo esfuerzo”¹⁵.

No es suficiente simplemente participar del viaje; debemos estar atentas a nuestro deber y continuar con fe a medida que recurrimos al poder consolador, fortalecedor, habilitador y sanador de la Expiación.

Hermanas, las quiero mucho. No conozco a muchas de ustedes personalmente pero ¡sí sé *quiénes* son! Somos hijas en Su reino que cumplen los convenios y están investidas de poder mediante ellos; estamos preparadas para cumplir con nuestro deber.

La Sociedad de Socorro prepara a las mujeres para las bendiciones de la vida eterna despertándonos espiritualmente a fin de aumentar la fe y la rectitud personales. Comencemos con nosotras mismas; comencemos donde estamos; comencemos hoy. Cuando estemos espiritualmente atentas, estaremos mejor preparadas para fortalecer a las familias y los hogares, y para ayudar a los demás.

Ésta es una obra de salvación y el poder fortalecedor y habilitador de la Expiación la hace posible. Estemos atentas para ver quiénes somos; estemos atentas a nuestro deber. Somos hijas de nuestro Padre Celestial, quien nos ama. De ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Zina D. Young, en *Woman's Exponent*, 15 de octubre de 1877, pág. 74.
2. Romanos 13:11-12.
3. Mosíah 18:8-11.
4. Robert D. Hales, “La modestia: Reverencia hacia el Señor”, *Liahona*, agosto de 2008, pág. 21.
5. Boyd K Packer, “Cómo sobrevivir en territorio enemigo”, *Liahona*, octubre de 2012, pág. 34.
6. Alma 5:26.
7. Alma 5:14.
8. *Hijas en Mi reino: La historia y la obra de la Sociedad de Socorro*, 2011, pág. 33.
9. Sarah Rich, en *Hijas en Mi reino*, pág. 34.
10. Mateo 11:28.
11. En *Hijas en Mi reino*, pág. 34.
12. Investigación realizada por Jolene S. Allphin, de historias y listas de las compañías; véase *Tell My Story, Too*, 8a ed., 2012.
13. D. y C. 84:88.
14. Isaías 40:31.
15. Thomas S. Monson, “El Santo Templo: Un faro para el mundo”, *Liahona*, mayo de 2011, pág. 92.



Por Linda S. Reeves

Segunda Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

El Señor no te ha olvidado

Nuestro Padre Celestial y nuestro Salvador Jesucristo nos conocen y nos aman... Podemos sentir Su amor y compasión en medio de nuestro sufrimiento.

Al reunirnos con hermanas de todo el mundo, nos asombra la fortaleza de sus testimonios. Muchas de ustedes son la primera o segunda generación de miembros de la Iglesia. Muchas hermanas sirven en múltiples llamamientos, viajan grandes distancias para asistir a la iglesia y se sacrifican para hacer y guardar los sagrados convenios del templo. Las honramos. ¡Ustedes son las pioneras modernas del Señor!

Recientemente, mi esposo Mel y yo conocimos a una guía turística voluntaria llamada Mollie Lenthal al visitar un museo en Australia. Nos enteramos de que Mollie, una mujer encantadora de setenta y pico de años, no tenía hijos y nunca se había casado. Ella es hija única y sus padres fallecieron hace muchos años. Sus parientes más cercanos son dos primos que viven en otro continente. De repente, me invadió el Espíritu y me testificó, casi como si el Padre Celestial estuviera hablando: “¡Mollie no está sola! ¡Mollie es *Mi* hija! ¡Yo soy su Padre! ¡Ella es una hija muy importante de *Mi* familia y *nunca* está sola!”.

Uno de mis relatos preferidos de la vida del Salvador es el relato de Lázaro. Las Escrituras nos dicen que “amaba Jesús a Marta y a su hermana [María] y a [su hermano] Lázaro”¹. Se le avisó a Jesús que Lázaro estaba muy enfermo, pero Jesús no fue de inmediato; se quedó lejos dos días más y dijo que “esta enfermedad... es... para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”².

Al oír que venía Jesús, Marta “salió a encontrarle”³, y le dijo lo que había sucedido. Lázaro llevaba “ya cuatro días... en el sepulcro”⁴. Apenada, Marta fue a su casa para avisarle a María que el Señor había llegado⁵. María, abrumada por la tristeza, fue donde Jesús, se postró a Sus pies y lloró⁶.

Se nos dice que “cuando Jesús... vio [a María] llorando... se conmovió en espíritu, y se turbó” y preguntó dónde lo habían puesto.

“Le dijeron: Señor, ven y ve”⁷.

Entonces leemos unas de las palabras de más compasión y amor de las Escrituras: “Y lloró Jesús”⁸.

El apóstol James E. Talmage escribió: “Al ver a las dos hermanas dominadas por la angustia... Jesús se



afligió [con ellas], a tal grado que se estremeció en espíritu y se conmovió”⁹. Esta experiencia testifica de la compasión, empatía y amor que nuestro Salvador y nuestro Padre Celestial sienten por cada uno de nosotros cada vez que nos abruma la angustia, el pecado, la adversidad y las penas de la vida.

Queridas hermanas, nuestro Padre Celestial y nuestro Salvador Jesucristo nos conocen y nos aman. Ellos saben cuando sentimos dolor o sufrimiento de cualquier tipo. No dicen: “Está bien que sientas dolor ahora, porque pronto se solucionará. Serás sanada, o tu esposo encontrará trabajo, o tu hijo descarriado volverá”. Ellos sienten la intensidad de nuestro sufrimiento y podemos sentir Su amor y compasión en medio de nuestro sufrimiento.

Alma testificó:

“Y el saldrá, sufriendo dolores, aflicciones y tentaciones de todas clases; y esto para que se cumpla la palabra que dice: Tomará sobre sí los dolores y las enfermedades de su pueblo.

“Y sus enfermedades tomará él sobre sí, para que sus entrañas sean llenas de misericordia... sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos”¹⁰.

Al preguntarnos *si* nuestro Salvador y nuestro Padre Celestial nos conocen o *cuán bien* nos conocen personalmente, deberíamos recordar las palabras del Salvador a Oliver Cowdery:

“Si deseas más testimonio, piensa en la noche en que me imploraste en tu corazón, a fin de saber tocante a la verdad de estas cosas”¹¹.

Antes, el Salvador le había dicho: “No hay quien conozca tus pensamientos y las intenciones de tu corazón sino Dios”¹².

El Salvador le recordó a Oliver que Él conocía cada detalle de esa súplica, y que recordaba el momento exacto, la noche precisa.

Hace muchos años, mi esposo estuvo muy enfermo debido a una enfermedad poco común. A medida que pasaban las semanas y él empeoraba, más me convencía de que él

estaba muriendo. No le conté a nadie mis temores. Teníamos una familia grande y joven, y un matrimonio amoroso y eterno, y la idea de perder a mi esposo y criar a mis hijos sola me llenaba de soledad, desesperación e incluso enojo. Me avergüenza decir que me alejé de mi Padre Celestial. Por varios días, dejé de orar, dejé de hacer planes, lloré. Finalmente me di cuenta de que no podía enfrentar eso sola.

Por primera vez en muchos días, me arrodillé y derramé mi corazón a mi Padre Celestial, suplicándole que me perdonara por alejarme de Él, contándole todos mis sentimientos más profundos y finalmente exclamando que si eso era lo que Él realmente quería que hiciera, lo haría. Sabía que Él debía tener un plan para nuestra vida.

Aún de rodillas, derramando mi corazón, me embargó el sentimiento más dulce, de mayor paz y amor. Parecía que una cobija de amor me cubría. Era como si pudiese sentir que el Padre Celestial decía: “Eso era lo único que



necesitaba saber”. Tomé la decisión de nunca volver a alejarme de Él. De manera gradual y asombrosa, mi esposo empezó a mejorar hasta recuperarse por completo.

Años más tarde, mi esposo y yo nos arrodillamos al lado de nuestra hija de 17 años y suplicamos por su vida. En esa ocasión, la respuesta fue no, pero ese mismo sentimiento de amor y paz que nuestro Salvador prometió fue igual de fuerte, y supimos que, aunque el Padre Celestial la estaba llamando para que regresara a casa, todo estaría bien. Hemos llegado a saber lo que significa echar nuestra carga sobre el Señor, saber que Él nos ama y siente compasión por nosotros en nuestro sufrimiento y dolor.

Uno de los momentos entre padre e hijo más dulces del Libro de Mormón lo encontramos en el testimonio de Alma, hijo, a su hijo Helamán.

Alma describió el “indecible horror” que sintió al imaginarse volviendo a la presencia de Dios para ser juzgado por sus muchas transgresiones. Tras sentir el peso de todos sus pecados durante tres días y tres noches, se arrepintió y rogó al Salvador que tuviera misericordia de él. Le describió a Helamán el “exquisito y dulce” gozo de “no recordar más” sus dolores. En vez de sentir el “indecible horror” de pensar en ir ante el trono de Dios, Alma vio en una visión a “Dios sentado en su trono” y declaró: “Mi alma *anheló* estar allí”¹³.

¿No es así como nos sentimos, queridas hermanas, al arrepentirnos y contemplar el amor, la misericordia y la gratitud que sentimos por nuestro Padre Celestial y nuestro Salvador, que nosotras también “[anhelamos] estar allí”, para que nos rodeen Sus amorosos brazos de nuevo?

Del mismo modo que el Señor me testificó que Él no ha olvidado a Su preciada hija Mollie Lenthal, testifico que ¡Él *no las ha olvidado!* Sea cual sea el pecado, la debilidad o dolor, prueba o lucha por los que estén pasando, Él conoce y comprende esos precisos momentos. ¡Él las ama! Y Él las sostendrá durante esos momentos, tal como hizo con María y Marta. Él ha pagado el precio a fin de saber cómo socorrernos. Echen sus cargas sobre Él. Díganle a su Padre Celestial cómo se sienten. Cuéntenle acerca de su dolor y sus aflicciones, y luego entréguenselos a Él. Escudriñen las Escrituras *diariamente*. Allí también encontrarán solaz y ayuda.

Nuestro Salvador preguntó:

“Porque, ¿puede una mujer olvidar a su niño de pecho al grado de no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aun cuando ella se olvidare, yo nunca me olvidaré de ti...!

“...te tengo grabada en las palmas de mis manos”¹⁴.

“...he mandado que *ninguno* de vosotros se alejara, sino más bien he mandado que vinieseis a mí, a fin de que palpaseis y vieseis; así haréis vosotros al mundo”¹⁵.

Ésa es nuestra responsabilidad. Debemos sentir y ver por nosotras mismas, y luego ayudar a todos los hijos del Padre Celestial a sentir, ver y saber que nuestro Salvador ha tomado sobre Sí no sólo todos nuestros pecados, sino también nuestros dolores y nuestro sufrimiento y aflicciones, para que Él pueda saber lo que sentimos y cómo consolarnos. Testifico de Él en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Juan 11:5.
2. Juan 11:4.
3. Juan 11:20.
4. Juan 11:17.
5. Véase Juan 11:28.
6. Véase Juan 11:32.
7. Juan 11:33–34.
8. Juan 11:35.
9. James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, 1975, pág. 261.
10. Alma 7:11–12.
11. D. y C. 6:22.
12. D. y C. 6:16.
13. Véase Alma 36:14–22; cursiva agregada.
14. 1 Nefi 21:15–16.
15. 3 Nefi 18:25; cursiva agregada.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

El Cuidador

Recibirán fuerza y a la vez serán inspiradas para conocer los límites y el alcance de su capacidad para servir.

Me siento agradecido de estar con ustedes esta noche. Las mujeres de la Iglesia de Jesucristo han avanzado para convertirse en la sociedad de hermanas que la madre del profeta José Smith, Lucy Mack Smith, describió con estas palabras: “Debemos atesorarnos unas a otras, velar unas por otras, consolarnos unas a otras y adquirir conocimiento a fin de que todas nos sentemos juntas en el cielo”¹.

Hay tres partes de esta sobresaliente descripción de los requisitos necesarios para asociarnos en un estado de felicidad con Dios. Una es cuidar unos de otros; otra es instruirnos mutuamente; y la tercera es sentarnos juntos con Dios.

Mi intención esta noche es ayudarlas a sentir el reconocimiento y agradecimiento de Dios por lo que ustedes ya han hecho para ayudarse unas a otras a alcanzar esa meta elevada. Y en segundo lugar, es describir parte de lo que aún se espera de su servicio unificado.

Al igual que las primeras hermanas, ustedes han respondido al llamado del Señor de auxiliar a otras personas. En 1856, el profeta Brigham Young pidió a los santos que fueran a ayudar a los pioneros de los carros de mano que estaban atascados en la nieve de las

montañas. Él dijo en aquel momento de necesidad a los miembros en una conferencia general: “Su fe, su religión y las declaraciones religiosas que hagan no salvarán ni una sola de sus almas en el Reino Celestial de nuestro Dios, a menos que pongan en práctica estos principios que les enseño ahora. Vayan y traigan a esa gente que se encuentra en las planicies y ocúpense estrictamente de aquellas cosas que llamamos temporales... si no, la fe de ustedes habrá sido en vano”².

Las mujeres de Utah respondieron por centenares. En su pobreza llenaron carromatos con aquello de lo que podían desprenderse y con todo lo que recibieron de otras personas a fin de aliviar a los afligidos. Una de esas hermanas valientes escribió: “Jamás había sentido mayor satisfacción y placer, por decirlo así, en ninguna labor que haya realizado en mi vida, tal era el sentimiento de unanimidad que prevalecía”³.

Cuando concluyó el rescate y la nieve se derritió, esa misma hermana registró la pregunta de su corazón fiel: “¿Qué más pueden hacer ahora las manos generosas?”⁴.

En nuestra época, muchas hermanas valientes por todo el mundo han puesto su fe en acción en cientos de lugares, y en sus corazones y

oraciones hacen la misma pregunta sobre el futuro de sus vidas de servicio.

Cada una de ustedes se halla en un momento particular de su trayectoria a la vida eterna. Algunas tienen años de experiencia y otras están al comienzo de su discipulado terrenal. Cada una es única en cuanto a su historia personal y sus desafíos, pero todas son hermanas e hijas amadas de nuestro Padre Celestial, quien las conoce y vela por cada una de ustedes.

Lo que han hecho de manera sobresaliente es atesorar, velar y consolarse unas a otras. Fui testigo de los tres aspectos de ese milagro hace un mes en el servicio que ustedes prestaron a una hermana. Como padre de esa hermana, les doy las gracias y quiero extender mi agradecimiento a Dios por haber guiado a una maestra visitante.

Nuestra hija Elizabeth, que vive en otro estado y con un huso horario diferente al nuestro, se hallaba en casa con su hijita de tres años. Su otra hija estaba en su primera semana de preescolar. Elizabeth estaba embarazada de seis meses y esperando la llegada de su tercer hijo, que los médicos dijeron iba a ser otra niña. Joshua, su esposo, se hallaba en el trabajo.

Cuando vio que estaba perdiendo sangre y que el flujo aumentaba, llamó a su marido por teléfono, quien le dijo que llamara a una ambulancia y que ambos se encontrarían en el hospital, que está a 20 minutos de su casa. Antes de que pudiera hacer la llamada, escuchó que alguien llamaba a la puerta.

Le sorprendió ver a su compañera de maestras visitantes, pues no tenían ninguna cita esa mañana. Su compañera simplemente había sentido que debía ir a ver a Elizabeth.

La ayudó a subirse al coche y llegaron al hospital unos minutos antes que Joshua. En menos de 20 minutos, los médicos decidieron operarla y extraer a la bebé para salvarla a ella y a Elizabeth. Y así vino al mundo una pequeña niña, llorando a pleno pulmón, quince semanas antes de lo previsto. Pesaba 765 gramos (1 libra,



con frecuencia a servir a alguien necesitado cuando no parezca ser conveniente. Incluso podrá parecer una tarea desagradable y quizás hasta imposible. Cuando se presente la ocasión, tal vez parezca que no se las necesite o que otra persona pueda fácilmente ayudar.

Recuerden que cuando el Señor nos permite encontrar a alguien afligido, honramos al buen samaritano tanto por lo que no hizo como por lo que sí hizo. Él no pasó de largo por otro lado aun cuando el viajero golpeado en el camino era un extranjero y quizás un enemigo. Él hizo lo que pudo por el hombre maltratado y luego puso en marcha un plan específico para que otras personas hicieran más. Hizo eso porque entendía que el ayudar puede requerir más de lo que una sola persona es capaz de hacer.

Las lecciones de ese relato pueden guiarlas en cualquier situación que les depare el futuro. Esas mismas lecciones han estado disponibles tanto en su propia infancia como en experiencias más recientes.

Al menos una vez, y quizás a menudo, se han visto sorprendidas al encontrar a alguien que necesitaba cuidado. Tal vez fue un padre, un abuelo, una hermana o un niño aquejado de una enfermedad o discapacidad. Los sentimientos caritativos de ustedes prevalecieron sobre sus deseos humanos y comenzaron a ofrecer su ayuda.

Al igual que el viajero del relato bíblico del buen samaritano, es probable que la ayuda necesaria se tornase en un cuidado más extenso del que ustedes podían ofrecer solas. El samaritano necesitó dejar al viajero al cuidado del mesonero. El plan del Señor para servir al prójimo en su necesidad incluye equipos.

Los obispos y las presidentas de la Sociedad de Socorro siempre invitan a los miembros de la familia a prestarse ayuda mutua cuando se presenta una necesidad. Ese principio tiene muchas razones; la principal es brindar a más personas la bendición del amor en aumento que se recibe al servirse unos a otros.

11 onzas), pero estaba viva, al igual que Elizabeth.

Aquel día se cumplieron, en parte, las palabras de Lucy Mack Smith.

Una miembro fiel de la Sociedad de Socorro, guiada por el Espíritu Santo, veló, atesoró y consoló a su hermana en el reino de Dios. Ella y las decenas de miles como ella que han brindado un servicio inspirado durante generaciones no sólo tienen la gratitud de aquellos a quienes han ayudado y de sus seres queridos, sino también la del Señor.

Ustedes recuerdan Sus palabras de agradecimiento a quienes reciben poco reconocimiento por su bondad: “Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”⁵.

Pero el milagro de una hermana de la Sociedad de Socorro que llega justo a tiempo se multiplica por el poder de una sociedad unificada de hermanas. Éste es parte del mensaje que el obispo de Elizabeth le mandó a ella y a Joshua al hospital pocas horas después de que nació el bebé: “La presidenta de la Sociedad de Socorro tiene todo bajo control. Ya estamos elaborando un plan para ayudarlos con las niñas en casa a fin de que

Elizabeth pueda ir al hospital mientras la preciosa bebé, aún sin nombre, permanece allí. Ya lo hemos hecho antes, por largos períodos de tiempo, y [nuestra] gente lo hace cuando surge la oportunidad”.

El obispo continuó diciendo, hablando por sí mismo y por el barrio: “Incluso hemos ido al hospital y hemos acompañado a los niños en la sala de juegos cuando las madres no querían dejarlos en otro lugar”.

Y después: “No pondremos el plan en práctica sin antes coordinar y consultar con ustedes, por supuesto. Sólo queríamos que supieran que no tienen que preocuparse por las cosas que podemos hacer [y haremos]”.

Lo que hicieron por mi hija hizo posible que ella tuviera un preciado momento cuando sostuvo en brazos a su diminuta hija por primera vez.

El obispo concluyó su mensaje a Joshua y Elizabeth con uno que las hermanas envían en su compromiso a toda la tierra de servir a los demás en nombre del Maestro: “Conserven la fe”.

Con todas las diferencias en sus circunstancias personales y experiencias previas, puedo decirles algo de lo que tienen por delante. Al conservar la fe, verán que el Señor las invitará

Ustedes han observado y sentido esa bendición. Siempre que han cuidado de alguien aun por un breve tiempo, han sentido amor por esa persona. Cuando el período de cuidado requerido se extendió, los sentimientos de amor se incrementaron.

Dado que somos mortales, ese incremento de amor puede verse interrumpido por la frustración y la fatiga. Ésa es otra de las razones por las que el Señor nos permite recibir ayuda de otras personas durante nuestro servicio a los necesitados; por eso el Señor creó las sociedades de cuidadores.

Hace unas semanas estuve en una reunión sacramental en la que se sostuvo a una jovencita como la coordinadora auxiliar de las maestras visitantes, una posición que no sabía que existía. Yo me pregunté si ella sabría del homenaje que el Señor le había rendido. Debido a la agitación de un niño, ella tuvo que irse de la reunión antes de que pudiera decirle lo mucho que el Señor la amaría y agradecería su ayuda en la coordinación de los esfuerzos de Sus discípulas.

Cuidar de los necesitados requiere de un equipo, de una sociedad unida y amorosa. Eso es lo que el Señor está edificando entre ustedes. Él las ama por cualquier labor que desempeñen.

Una muestra de Su agradecimiento es que Dios les permite sentir más amor por las personas a quienes sirven. Ésa es una de las razones por las que lloramos cuando muere alguien a quien hemos servido por mucho tiempo. Perder la oportunidad de cuidar de esa persona puede parecer incluso una pérdida mayor que la separación temporal. Recientemente oí a una mujer, a quien he conocido por mucho tiempo, la semana que su esposo falleció, testificar de su gratitud por la oportunidad de prestarle servicio hasta el final de sus días. No se vieron lágrimas, pero sí su sonrisa de felicidad.

Si bien el servicio extenso y amoroso recibe una rica recompensa, ustedes han descubierto que también tiene limitaciones físicas, emocionales y económicas en lo que se puede hacer. La persona que brinda cuidados

por largo tiempo puede llegar a ser quien necesite cuidado.

El Señor, quien es el Maestro Cuidador de las personas necesitadas, brindó consejo inspirado a los cuidadores cansados en estas palabras pronunciadas por el rey Benjamín y registradas en el Libro de Mormón: “A fin de retener la remisión de vuestros pecados... quisiera que de vuestros bienes dieseis al pobre, cada cual según lo que tuviere, tal como alimentar al hambriento, vestir al desnudo, visitar al enfermo, y ministrar para su alivio, tanto espiritual como temporalmente, según sus necesidades”⁶.

Pero a continuación advierte a quienes podrían ignorar la evidencia de que están llevando demasiado lejos su servicio amoroso: “Y mirad que se hagan todas estas cosas con prudencia y orden; porque no se exige que un hombre [o un cuidador] corra más aprisa de lo que sus fuerzas le permiten. Y además, conviene que sea diligente, para que así gane el galardón; por tanto, todas las cosas deben hacerse en orden”⁷.

Ese consejo puede ser difícil de

aplicar cuando la opción es equilibrar el deseo de hacer todo lo posible por servir al prójimo con la sabiduría de ser prudentes en cuidar de sus propias necesidades y conservar la capacidad de servir. Tal vez hayan visto a otros debatirse con tales decisiones difíciles. Un ejemplo es la decisión entre cuidar de una persona que se aproxima al final de la vida en el hogar o en un centro de asistencia cuando ustedes están al borde del agotamiento.

Su conocimiento del plan de salvación puede ser su guía ante decisiones tan desgarradoras. Ésa es una de las razones por las que Lucy Mack Smith dijo sabiamente que las hermanas debían “ganar conocimiento”.

Es de ayuda tener una firme convicción del propósito del Señor para todo hijo de Dios en el crisol de la vida terrenal. Él enseñó la esencia del plan de salvación al profeta José Smith cuando éste luchaba por entender sus pruebas aparentemente interminables: “Y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te exaltará”⁸.

Nuestra decisión de cómo ayudar mejor a alguien durante pruebas pasa





a ser: “¿Qué curso debo seguir que ayudará más a la persona que amo para que lo ‘sobrelleve bien?’”. Debemos procurar hacer posible que él o ella ejerza la fe en Cristo, conserve un fulgor de esperanza en la vida eterna y practique la caridad, el amor puro de Cristo, hasta el final de sus días.

He visto a hermanas en el reino enfocarse en el Salvador y en Su propósito. Piensen en las veces en que han entrado en el cuarto donde la Sociedad de Socorro, la Primaria o las Mujeres Jóvenes se reunieron.

Tal vez no haya evidencia de una lámina del Salvador o de Sus palabras, pero conocen el testimonio de la realidad y del valor de Su expiación que se ha sentido en esa reunión, como se ha sentido esta noche. Tal vez no haya una lámina de un santo templo ni las palabras “Las familias son eternas”, pero pueden ver la esperanza en sus sonrisas.

Y han visto, como yo, a una sabia maestra visitante edificar la confianza en una hermana atribulada de que

su servicio a otra persona, incluso aun cuando ella misma esté decaída, todavía es necesario y valioso. Las grandes presidentas de la Sociedad de Socorro encuentran maneras de permitir que quienes precisan cuidado contribuyan al cuidado de los demás. Crean oportunidades para que las hermanas sobrelleven las pruebas al cuidar unas de otras en el amor puro de Cristo. Eso podría suponer el instar con bondad a una cuidadora cansada a descansar y aceptar la ayuda de los demás.

Las hermanas hacen eso posible al ser lentas en juzgar a quienes pasan por pruebas. La mayoría de quienes llevan pesadas cargas empiezan a dudar de sí mismas y de su valía. Aligeramos sus cargas al ser pacientes con sus debilidades, al celebrar cualquier cosa buena que veamos en ellas. El Señor hace eso. Podríamos seguir el ejemplo de Él, el más grande cuidador de todos.

Con frecuencia hablamos de la fortaleza del círculo de las hermanas

de la Iglesia de Jesucristo. Debemos aprender a reconocer que el Salvador está siempre en el círculo cuando lo invitamos.

Cada vez veremos a más hijas de Dios invitar a hermanas a formar parte de ese círculo con ellas. Cuando las hermanas lleguen a una reunión y busquen un asiento, oirán las suaves palabras: “Por favor, siéntese aquí conmigo”.

Oiremos esas palabras en el día futuro que previó Lucy Mack Smith cuando las hermanas se sienten “juntas en el cielo”. No nos preparamos para ese día en un instante. Llegamos por los días y años de cuidar unos de otros y de recibir las palabras de vida eterna en lo más hondo de nuestro corazón.

Ruego que muchos de nosotros estemos juntos en el futuro glorioso que tenemos por delante. Les testifico que su esperanza en esos días estará justificada. El Señor Jesucristo, por medio de Su expiación infinita, lo ha hecho posible para cada una de ustedes. El Padre Celestial oye y contesta sus oraciones de fe en busca de guía y de ayuda para perseverar en el servicio que brindan por Él.

Se envía al Espíritu Santo a ustedes y a quienes ustedes cuidan. Recibirán fuerza y a la vez serán inspiradas para conocer los límites y el alcance de su capacidad para servir. El Espíritu las consolará cuando quizás se pregunten: “¿He hecho suficiente?”.

Testifico que el Señor estará con ustedes y su camino será preparado y señalado para ustedes por medio de Él, en su servicio hacia las personas a las que Él ama en sus necesidades y pruebas. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lucy Mack Smith, en *Hijas en Mi Reino: La Historia y la Obra de la Sociedad de Socorro*, 2011, pág. 29.
2. Brigham Young, en *Hijas en Mi Reino*, pág. 41.
3. Lucy Meserve Smith, en *Hijas en Mi Reino*, pág. 42.
4. Lucy Meserve Smith, en *Hijas en Mi Reino*, pág. 42.
5. Mateo 25:40.
6. Mosíah 4:26.
7. Mosíah 4:27.
8. D. y C. 121:8.

Índice de relatos de la conferencia

La siguiente lista de experiencias selectas de los discursos de la conferencia general se pueden usar en el estudio personal, para la noche de hogar y para otra enseñanza. Los oradores se han colocado en orden alfabético y los números se refieren a la primera página del discurso.

DISCURSANTE	RELATO
Neil L. Andersen	(39) La fe de una familia no decae después de la muerte de su hija.
Shayne M. Bowen	(15) Shayne M. Bowen y su compañero de misión enseñan a una familia que los niños pequeñitos no necesitan del bautismo.
Linda K. Burton	(78) Una mujer ayuda a Linda K. Burton durante su segunda visita al templo cuando recién se había casado. (111) La pionera Mary Lois Walker pierde a su esposo y a su hijo al cruzar las llanuras.
Craig C. Christensen	(12) Ben Christensen, de seis años, siente el Espíritu Santo al visitar el templo durante el programa de puertas abiertas.
D. Todd Christofferson	(47) Un joven en India trabaja arduamente para ayudar a su familia y para obtener una carrera.
Quentin L. Cook	(6) Deportista británico Eric Liddell se niega a correr una carrera el día domingo.
Ann M. Dibb	(10) Una jovencita usa con confianza una camiseta que muestra que es miembro de la Iglesia.
Larry Echo Hawk	(32) El entrenador de Larry Echo Hawk en el ejército descubre su ejemplar del Libro de Mormón.
Henry B. Eyring	(60) Henry B. Eyring esculpe una tabla para cada uno de sus hijos para representar sus dones especiales. (72) La nieta de Henry B. Eyring busca a Jesucristo durante el programa de puertas abiertas del templo. (72) Henry B. Eyring deja la Universidad de Stanford para trabajar en el Colegio Universitario Ricks. (72) La nuera de Henry B. Eyring ora en la playa y dedica su tiempo al Señor.
Robert C. Gay	(34) El padre de Robert C. Gay le pregunta si vendería su alma por una moneda. (34) Robert C. Gay sigue la impresión de ayudar a un niño que está llorando al borde de la carretera.
Daniel L. Johnson	(101) Santos de los Últimos Días van al templo después de que una tormenta destruye sus cultivos de fruta.
Thomas S. Monson	(68) N. Eldon Tanner se sorprende de ver que cuatro jóvenes fueron avanzados en los oficios del sacerdocio. (68) Thomas S. Monson recibe inspiración para llamar a presidentes de rama. (68) John H. Groberg expresa su testimonio al rey de Tonga. (86) Thomas S. Monson sigue la inspiración de ofrecer sugerencias sobre la obra misional. (86) Thomas S. Monson sigue la inspiración de ir a visitar a un amigo en el hospital. (86) Thomas S. Monson anima a un joven a servir en una misión. (86) La oración de los jóvenes durante un evento cultural en el templo es contestada.
Russell M. Nelson	(18) Un hombre responde a la impresión de “[detener] a los jóvenes en bicicleta”.
Russell T. Ogusthorpe	(96) Los jóvenes en una clase de la Escuela Dominical ayudan a dos miembros de la clase con autismo a que hablen de lo que aprendieron.
Boyd K. Pakcer	(75) Una fuerte tormenta en el océano de Samoa Occidental golpea el bote de Boyd K. Packer.
Linda S. Reeves	(118) Linda S. Reeves se vuelve hacia Dios después de que su esposo enferma.
Richard G. Scott	(93) Cada joven en Rusia indexa 2.000 nombres y envían nombres de sus antepasados para que se realice la obra del templo.
Carole M. Stephens	(115) Las mujeres jóvenes se ayudan una a la otra durante la caminata que recuerda a los pioneros.
Gary E. Stevenson	(51) Un estudiante universitario abandona una fiesta en Japón después de rechazar cigarrillos de marihuana.
Scott D. Whiting	(37) Los contratistas que trabajaron en el Templo de Laie, Hawaii; reparan dos pequeños defectos.

Se reduce la edad requerida para prestar servicio misional

Por Heather Whittle Wrigley

Noticias y eventos de la Iglesia

Durante la apertura de la Conferencia General Semianual número 182, el presidente Thomas S. Monson anunció que, efectivo de inmediato, los hombres podrán comenzar a servir en la misión a los 18 años y las mujeres a los 19.

Más adelante, durante una conferencia de prensa, el élder Russell M. Nelson, del Quórum de los Doce Apóstoles, hizo hincapié en que el cambio es una opción: “Los hombres y las mujeres jóvenes no deben comenzar el servicio antes de estar preparados espiritual y temporalmente”, dijo. Asuntos como los

estudios académicos, las circunstancias familiares y la salud continúan siendo de importancia al considerar el momento en que se servirá en la misión.

El élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles, explicó que los obispos y presidentes de estaca pueden recomendar a los futuros misioneros 120 días antes de que cumplan 18 años, o de la fecha en que estén disponibles. Los hombres jóvenes pueden entrar en el Centro de Capacitación Misional (CCM) después de graduarse de la escuela secundaria o su equivalente, y después de haber cumplido los 18 años. Las mujeres pueden entrar después de cumplir los 19 años.

Los jóvenes y las jóvenes ahora pueden comenzar a servir en misiones a los 18 y a los 19 años respectivamente, dependiendo de las circunstancias individuales y según lo determinen los líderes locales del sacerdocio.

Se pide a los futuros misioneros que mejoren su preparación misional antes de llegar al CCM.

“Dios está acelerando Su obra”, dijo el élder Holland. “Y necesita más misioneros; misioneros que estén más dispuestos y sean más dignos de esparcir la luz, la verdad, la esperanza y la salvación del evangelio de Jesucristo a un mundo que con frecuencia es oscuro y aterrador”.

El élder Holland dijo que es muy probable que se creen más misiones.

Para ayudar a acomodar el aumento que se anticipa en misioneros y en misiones alrededor del mundo, se reducirá a una tercera parte el tiempo que todos los misioneros permanecerán en el CCM. Un curso de capacitación de 12 semanas en el campo misional, que se implementó recientemente, ayudará a preparar a los misioneros más a fondo. ■

Para leer más, busque: “edad requerida para los misioneros”, en news.lds.org.



Enseñanzas para nuestra época

Desde octubre de 2012 hasta marzo de 2013, las lecciones del cuarto domingo del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro se deben preparar basándose en uno o más discursos ofrecidos en la conferencia general de octubre de 2012. En abril de 2013, se podrán seleccionar discursos de la conferencia de octubre de 2012 o de abril de 2013. Los presidentes de estaca y de distrito deben escoger los discursos que se usarán en su área.

Para más información, repase la sección de “Enseñanzas para nuestra época” de la *Liahona* de mayo de 2012 (lds.org/liahona). ■



Ven, sígueme, es un nuevo curso de estudio que ayudará a los maestros a enseñar a la manera del Salvador y a ayudar a los jóvenes a convertirse más profundamente al Evangelio.

La Iglesia anuncia un nuevo curso de estudio para jóvenes para el año 2013

La Iglesia ha anunciado un nuevo curso de estudio —*Ven, sígueme: Recursos de aprendizaje para los jóvenes*— para las clases de los quórumes del Sacerdocio Aarónico, de las Mujeres Jóvenes y de la Escuela Dominical durante el año 2013.

Una de las metas principales de *Ven, sígueme*, es ayudar a los maestros, tanto en la Iglesia como en el hogar, a enseñar como lo hizo el Salvador, haciendo que las lecciones sean más como conversaciones centradas en el Evangelio. Se invitará a los jóvenes a tener una función mayor en la enseñanza y el aprendizaje.

“El punto central es fortalecer y edificar la fe, la conversión y el testimonio, al usar las enseñanzas más recientes de las Autoridades Generales y de las presidencias generales de las organizaciones auxiliares”, dice una carta de la Primera Presidencia del 12 de septiembre de 2012.

Ven, sígueme, está organizado en unidades que se centran en un tema doctrinal cada mes y que se usarán en forma compartida en las clases de la Escuela Dominical, las Mujeres Jóvenes y el Sacerdocio Aarónico.

En cada unidad hay más lecciones de las que se pueden enseñar en un mes, de modo que se pide a los maestros y a los líderes que busquen inspiración y se pongan de acuerdo para determinar qué reseñas de lecciones usar.

Una nueva guía, *Enseñar el Evangelio a la manera del Salvador*, ayudará a los líderes y maestros a entender mejor cómo adaptar las lecciones a las necesidades específicas de los jóvenes, y cómo ayudarlos a aprender el Evangelio.

Todas las lecciones se pueden imprimir desde internet. Habrá copias impresas disponibles de *Ven, sígueme*, en una fecha futura. Para finales de 2012, todas las reseñas de las lecciones estarán disponibles en línea en 23 idiomas.

Los miembros, los líderes y los maestros pueden examinar el nuevo curso de estudio en línea en **lds.org/youth/learn**.

Los líderes locales y de área proporcionarán capacitación para líderes y maestros antes del final de 2012. ■

Averigüe más en news.lds.org. También vea la página 96 de este ejemplar.

Nuevas herramientas ayudan a los miembros a preparar nombres de familiares

En una carta del 8 de octubre de 2012, la Primera Presidencia invitó a los miembros —en particular a los jóvenes y a los jóvenes adultos solteros— a recibir todas las bendiciones del templo al preparar sus propios nombres de familiares para llevarlos al templo.

Además, se anima a aquellos que “han reservado muchos nombres de familiares para ellos poder asistir personalmente a hacer la obra del templo... que permitan que otros efectúen esas ordenanzas de manera oportuna y así llevar a cabo las ordenanzas necesarias”.

Para ayudar a los miembros a responder al llamado de la Primera Presidencia, la Iglesia está creando nuevos recursos y experiencias, los cuales se pueden encontrar en 10 idiomas en familysearch.org.

Por ejemplo, una actualización reciente de new.familysearch.org, llamada Árbol Familiar, ofrece un enfoque mejorado hacia nuestra historia familiar al permitir a los usuarios (1) ponerse en contacto y colaborar en líneas familiares compartidas, (2) editar y eliminar datos incorrectos, y (3) enviar fácilmente nombres de antepasados para que se realicen las ordenanzas del templo. Los usuarios también pueden encontrar videos en cuanto a “Assigning Names to the Temple” (Asignar nombres al templo) y otras capacitaciones en familysearch.org/treetraining. ■



Élder Craig C. Christensen

De la Presidencia de los Setenta

El élder Craig C. Christensen comenzó a servir como miembro de la Presidencia de los Setenta el 1 de agosto de 2012, después de haber sido llamado a esa función en abril de 2012.

Nació en Salt Lake City, Utah, EE. UU, en marzo de 1956 y es hijo de Sheron y Colleen Christensen. El élder Christensen creció en el norte de California en una “familia SUD activa y afectuosa”. Él resaltó que siempre ha creído que el Evangelio era verdadero, pero que su testimonio se fortaleció durante su servicio misional en Chile.

“Como misionero, mi deseo de sentir el Espíritu Santo llegó a ser constante, y mi testimonio del Evangelio se profundizó y llegó a ser mucho más palpable para mí”, dijo. En su misión, adquirió un amor por el Libro de Mormón, que sigue manifestándose en sus enseñanzas hoy en día.

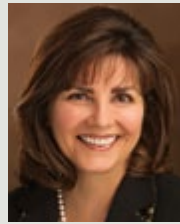
El élder Christensen ha sido miembro del Primer y del Segundo Quórum de los Setenta desde 2002. Más recientemente, sirvió como director ejecutivo del Departamento del Sacerdocio. Entre otros llamamientos anteriores se encuentran el de presidente del Área México Sur, presidente de la Misión Ciudad de México Este, obispo, miembro del sumo consejo y presidente de misión de estaca.

El élder Christensen tiene una licenciatura en contabilidad de la Universidad Brigham Young y una maestría en administración de negocios de la Universidad de Washington. Ha sido propietario y ha operado negocios en las industrias de venta de autos y de bienes raíces, y ha sido profesor visitante en varias universidades.

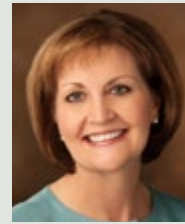
El élder Christensen se casó con Debora Jones el 28 de marzo de 1978. Viven en Holladay, Utah; tienen cuatro hijos y cinco nietos. ■

Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares

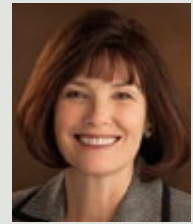
SOCIEDAD DE SOCORRO



Carole M. Stephens
Primera Consejera



Linda K. Burton
Presidenta



Linda S. Reeves
Segunda Consejera

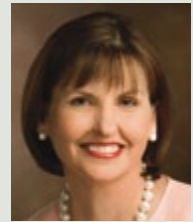
MUJERES JÓVENES



Mary N. Cook
Primera Consejera



Elaine S. Dalton
Presidenta



Ann M. Dibb
Segunda Consejera

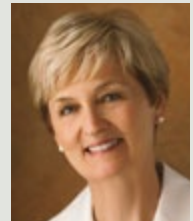
PRIMARIA



Jean A. Stevens
Primera Consejera



Rosemary M. Wixom
Presidenta



Cheryl A. Esplin
Segunda Consejera

HOMBRES JÓVENES



Larry M. Gibson
Primera Consejera



David L. Beck
Presidente



Adrián Ochoa
Segundo Consejero

ESCUELA DOMINICAL



David M. McConkie
Primera Consejero



Russell T. Osguthorpe
Presidente



Matthew O. Richardson
Segundo Consejero



*Un paso de fe,
por Michael T. Malm.*

*“Y los discípulos,
viéndole andar sobre
el mar, se turbaron...*

*“Pero en seguida
Jesús les habló, di-
ciendo: ¡Tened ánimo!
¡Yo soy, no tengáis
miedo!*

*“Entonces le respon-
dió Pedro y dijo: Señor,
si eres tú, manda que
yo vaya a ti sobre las
aguas.*

*“Y él dijo: Ven.
Y descendió Pedro
de la barca y anduvo
sobre las aguas
para ir a Jesús”
(Mateo 14:26–29).*



“Me complace anunciar que, entrando en vigor de inmediato, todos los jóvenes dignos y capaces que se hayan graduado de la escuela secundaria o su equivalente, independientemente de dónde vivan, tendrán la opción de ser recomendados para la obra misional a los 18 años en lugar de a los 19”, anunció el presidente Thomas S. Monson durante la primera sesión de la Conferencia General Semestral número 182 de la Iglesia”. También dijo: “Hoy me complace anunciar que las jóvenes dignas y capaces que tengan el deseo de servir, pueden ser recomendadas para el servicio misional a partir de los 19 años en lugar de los 21”.